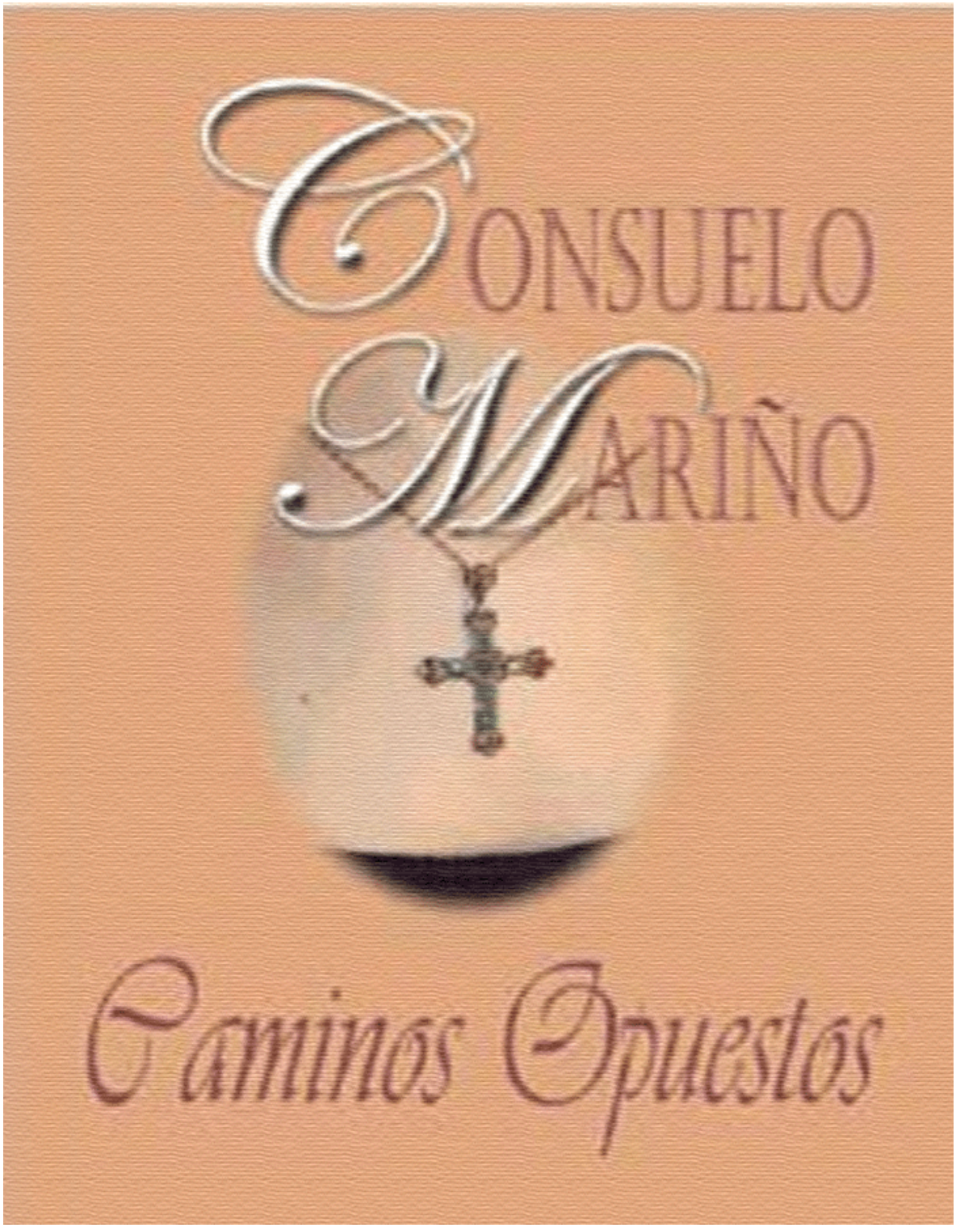
Caminos Opuestos
Consuelo Mariño




LIBROdot.com
http://www.librodot.com

# 1

Lidia bajó del avión y, emocionada, pisó el suelo de Boston. Después de recoger sus maletas se dirigió hacia la salida y escudriñó entre la gente hasta dar con la persona que ella buscaba. El padre López la saludó con afecto y le preguntó por sus padres.

— Están muy bien, gracias. Me han dado muchos recuerdos para usted.

— Te gustará Boston, Lidia; es una ciudad muy bonita y con mucha historia.

— Estoy segura de que me encantará — contestó convencida.

Lidia Villena estaba tan contenta de haber conseguido trabajo que el sitio era lo de menos. Hubiera sido ideal trabajar en Miami, su lugar de nacimiento y donde residían su familia y todos sus amigos, pero ella pensaba que había que coger de la vida lo que ésta ofrecía, y ese puesto de trabajo en Boston era como un regalo caído del cielo.

Desde que terminó la carrera de periodismo hacía dos años, no había conseguido un trabajo estable; tan sólo había escrito artículos para algunos periódicos como periodista independiente.

Ahora, gracias al padre López, cubano, como su padre, podría trabajar en una emisora de la ciudad de Boston.

L Pablo López era amigo de la infancia de José Villena, el padre de Lidia. Hacía muchos años que habían salido de Cuba y se habían instalado en Miami. José Villena todavía vivía allí, pero el padre López, después de un tiempo en Florida, fue destinado a una parroquia de Boston. Su amistad se fue fortaleciendo conforme pasaba el tiempo, no permitiendo que pasara un sólo año sin que se vieran por lo menos una vez.

Quería mucho a Lidia porque era la única hija de su mejor amigo, y su satisfacción fue enorme cuando pudo ofrecerle un trabajo en una importante emisora.

Después de meter las maletas en el destartalado coche que pertenecía a la parroquia, ambos se encaminaron hacia el apartamento que había alquilado el sacerdote para Lidia. Ella no disponía de mucho dinero, por lo que no podía aspirar a grandes lujos, sin embargo, administrándose bien sí estaba en disposición de pagar un modesto pisito.

La calle donde estaba ubicado el apartamento era agradable, cerca de la parroquia que dirigía el padre López y muy bien comunicada con el centro.

— Muchas gracias por todo, padre: por haberme conseguido un trabajo y por este bonito apartamento. Estoy segura de que aquí en Boston seré muy feliz, sobre todo porque cuento con su amistad — expresó con voz llena de emoción.

— Ha sido un placer poder ayudar a la hija de mi mejor amigo.

Además, hablando desde un punto de vista egoísta, estando tú aquí, estoy seguro de que tu padre vendrá con más frecuencia — comentó sonriendo.

— Espero que sí.

Lidia echó un vistazo al apartamento. Constaba de un saloncito, un dormitorio, una pequeña cocina y un cuarto de baño.

— Es un sitio muy acogedor; voy a estar muy a gusto aquí.

— Eso espero, hija. Ahora tengo que irme, y no olvides que mañana debes presentarte en esta dirección con esta carta mía.

Entregándosela, continuó:

— Espero que te guste el trabajo. Si me necesitas, ya sabes dónde encontrarme.

Extendiéndole la mano, añadió:

— Que Dios te bendiga.

Al día siguiente, temprano, Lidia cogió el autobús que la dejaría en la dirección indicada. Se encontraba nerviosa por ser éste su primer trabajo "en serio". Si bien el padre López le había hablado muy bien del señor Clark, el director de la emisora, Lidia tenía miedo de no saber estar a la altura del trabajo. Siempre había sido buena estudiante y estaba bien preparada, pero enfrentarse por primera vez a los micrófonos de una emisora, la asustaba.

El señor Clark la recibió con simpatía. Tenía buenas referencias de ella a través del padre López, y su expediente académico era inmejorable; no obstante, lo que más le impresionó fue la deslumbrante belleza de la chica. La joven era alta, con un bonito pelo castaño y unos ojos marrones claros que hipnotizaban.

Le presentó al equipo de la emisora y le explicó en qué consistiría su trabajo.

— Como no tienes experiencia en la radio, primero tendrás que someterte a unas pruebas para que te acostumbres a hablar delante de un micrófono. Un compañero te ayudará y te corregirá. Cuando él considere que estás lista para salir en antena, empezarás con informativos. Primero buscarás noticias interesantes, estarás en contacto con nuestros colaboradores y corresponsales, y ayudarás a preparar los programas. No te preocupes si, al principio, te parece todo esto un poco abrumador — la animó sonriendo— : a todos nos ha pasado la primera vez. Transcurrido un tiempo te acostumbrarás y lo harás tan bien como los demás.

— Me esforzaré todo lo que pueda para que mi trabajo salga bien, y estoy segura de que con mi ahínco y su paciencia conseguiremos entre todos algo positivo — afirmó mostrando una gran seguridad en sí misma, lo cual agradó al director.

Las pruebas empezaron, y a medida que fueron pasando los días, Lidia fue cogiendo cada vez mayor confianza en el medio y menos miedo a los micrófonos. No solamente practicaba en la emisora, sino que también sacaba tiempo para ensayar ella sola en casa.

Sus compañeros la veían trabajar con tesón, por lo que poco a poco le fueron encargando pequeños trabajos de periodismo: asistir a alguna rueda de prensa, preparar entrevistas o presentarse en algún lugar para captar noticias. Lidia estaba encantada con todo lo que hacía; notaba que aprendía mucho cada día y comprobaba satisfecha que el director estaba contento con ella.

Los domingos iba a misa a la parroquia del padre López. Allí charlaba un ratito con él. Le gustaba mantenerle informado de sus progresos, pues sabía que él se alegraba con sus éxitos. Tratándole en su misma parroquia, se empezó a dar cuenta de la gran labor social que realizaba el sacerdote con las personas más necesitadas.

Después de la misa, siempre había gente esperándole para pedirle algo: dinero, ropas, alimentos, trabajo..., y él siempre les daba lo que podía.

— Es usted muy bondadoso, padre. A todos los que le necesitan los atiende con la misma amabilidad y paciencia — le comentó Lidia realmente admirada— . Su labor en esta parroquia me parece encomiable.

— Hacemos lo que podemos; la pena es no tener más medios para poder ayudar a mucha más gente.

— Aparte de la Iglesia y del donativo de los fieles, ¿reciben alguna otra ayuda?

— El Municipio nos da algo para los talleres, e incluso hace dos años nos cedió un local bastante amplio para instalar unas aulas y un pequeño despacho para la asistente social, que, desinteresadamente, nos ayuda en sus horas libres.

— ¿Para qué utilizan las aulas? — preguntó Lidia muy interesada.

— Una para la catequesis de los niños y otra para personas adultas analfabetas que quieran aprender a leer. Desgraciadamente, entre los hispanos y la población de color de estos barrios, todavía hay gente que no sabe leer. También destinamos una habitación para los hispanos que quieren perfeccionar el inglés: si hablan bien este idioma, tienen más posibilidades de encontrar trabajo.

— Es maravilloso todo lo que hacen, y lo que más me admira es que la gente colabore desinteresadamente.

— Es cierto, tenemos gente buenísima que hace un gran esfuerzo para sacar a todas estas personas adelante. Aparte de su trabajo, dedican parte de su tiempo libre a ayudar a los demás.

— ¿Y qué labor realiza la asistente social?

— Todos los que colaboramos con esta parroquia estamos convencidos de que lo más importante que una persona puede tener para prosperar en la vida es una buena educación.

Desafortunadamente, la mayoría de la gente que acude a nosotros no ha tenido oportunidad de recibir formación de ningún tipo.

Nosotros nos hemos propuesto proporcionársela para que puedan trabajar convenientemente y se relacionen con los demás con dignidad; para ello decidimos dar todos los años unas becas de estudio, tanto para niños como para adultos con el fin de que, una vez terminado el bachillerato, puedan continuar sus estudios. La asistente social estudia la

situación económica y familiar de estas personas y nos entrega un informe, en el cual nos basamos para conceder el dinero de las becas.

— Estoy realmente fascinada por todo lo que me está contando.

Yo, que estaba tan contenta con mi trabajo, ahora me doy cuenta de que hago muy poco en comparación con todas esas personas tan caritativas — se lamentó un poco avergonzada de sí misma.

— No debes decir eso, hija — le respondió bondadosamente el padre— . Tú eres una buena chica y realizas tu trabajo con honradez y dedicación. Eso es suficiente para Nuestro Señor, así que vete tranquila y sigue trabajando como hasta ahora.

— Gracias por todo, padre — contestó Lidia antes de despedirse.

— Vete con Dios, hija.

Los días pasaban y Lidia seguía reafirmándose cada vez más en su trabajo. Había estado tres meses con las pruebas y con las diferentes tareas que le mandaban realizar. Todo ello lo había hecho con gusto y con grandes deseos de aprender. Ahora, según opinaba su instructor, ya le había perdido el miedo al micrófono y estaba lista para trabajar en los informativos.

Los primeros días que se vio sola ante el micrófono y la noticia, lo pasó fatal. Afortunadamente, estaba empezando a acostumbrarse y cada vez le gustaba más su trabajo. Sus compañeros la ayudaban en todo lo que podían y ella lo agradecía ofreciéndose para hacerles algún favor que otro.

Después de pensarlo mucho y de estudiar muy detenidamente el tiempo libre del que disponía, decidió ayudar al padre López en su labor social.

— ¿Estás segura de que quieres colaborar, hija? No tienes ninguna obligación hacia mí, si es por eso por lo que lo haces — le explicó el sacerdote, comprensivo.

— Efectivamente, le estoy muy agradecida por todo lo que ha hecho por mí, pero aparte de querer ayudarle porque se lo merece, creo que, como cristiana, estoy en la obligación de intentar hacer algo por los demás. Usted, sin ser ese su objetivo, me ha abierto los ojos, y yo ahora deseo de todo corazón colaborar en su admirable labor. Lo que no sé es de qué forma puedo serle útil — confesó con humildad.

— Bien, si eso es lo que quieres, te doy la bienvenida a nuestro pequeño equipo de trabajo — respondió sonriendo— . ¿Te gustaría dedicarte a alguna tarea en concreto?

— Haré lo que usted me pida.

— ¿Sabes coser y algo de labores domésticas?

— Sí. Mi abuela, que es una extraordinaria modista, me enseñó a coser, y respecto a las labores domésticas, debo decir que las conozco muy bien porque siempre he tenido que ayudar en casa.

— Bien, entonces serás la profesora ideal para las nuevas clases que queremos crear. Como sabes, hoy en día es difícil encontrar un puesto de trabajo; en cambio, sí hay demanda en el servicio doméstico. El problema que tienen las personas que acuden aquí es que no están preparadas para llevar bien una casa y por ese motivo sus solicitudes son rechazadas — le explicó el sacerdote— . Lo que nos hemos propuesto en la parroquia es constituir unas clases de cocina, costura, administración de una casa y reglas para un comportamiento educado. Nuestras parroquianas son mujeres honradas, pero nadie les ha enseñado urbanidad. Nuestra labor será formarlas con una especie de cultura general, aunque doméstica, ¿comprendes?

Lidia movió la cabeza asintiendo.

— Perfectamente. Deme unos días para hacerme un programa sobre lo que sería más importante para ellas y en seguida empezaremos las clases — concluyó con entusiasmo.

El sacerdote sonrió con satisfacción, muy orgulloso de la decisión adoptada por Lidia.

— Muchas gracias en nombre de todos.

Lidia disfrutaba mucho con todas estas actividades, no importándole disponer de poco tiempo para sí misma. Con su trabajo y la parroquia se encontraba plenamente satisfecha. Se sentía útil a los demás y esto la complacía enormemente.

En la emisora preparaba concienzudamente el informativo que presentaba. Se esmeraba mucho en estudiar y en exponer las noticias lo mejor posible. Esto agradaba al director, y para su asombro, empezaron a comprobar que la forma sencilla y comprensible de explicar todo lo

que sucedía en el mundo, y sobre todo en la región, gustaba mucho a la audiencia. Lidia lo hacía inconscientemente; no pretendía ser la mejor; lo que deseaba era que todos los oyentes entendieran, por medio de un lenguaje claro, todas y cada una de las palabras que ella transmitía a través del micrófono.

Su voz se hizo popular, por lo que el señor Clark empezó a darle pequeños espacios en diferentes programas.

— Lidia, quiero felicitarte por el éxito que tienes entre los oyentes — le dijo su jefe, complacido— . Desde hace unos días le estoy dando vueltas a un proyecto y quisiera saber si puedo contar contigo.

Intrigada, Lidia preguntó:

— ¿De qué se trata?

— Me gustaría hacer un programa en el que tú, después de leer alguna noticia de actualidad, hables sobre ella y entrevistes a alguna persona o personas relacionadas con esa noticia. No serás una simple entrevistadora: opinarás a la vez que haces la entrevista y comentarás con ellos la noticia. Quiero un programa serio, es decir, que tendrás que estudiar y documentarte sobre el suceso en sí en poco tiempo, porque si dejamos pasar muchos días ya no sería noticia. Sé que puedes hacerlo, por eso te lo pido, pero lo que quiero saber es si tú estarías dispuesta a enfrentarte a este reto.

Lidia se echó a reír.

— Señor Clark, presentada así la propuesta, me veo obligada, a poco amor propio que tenga, a aceptar el desafío.

— Magnífico, Lidia, no esperaba menos de ti. Se ve que los cubanos, al igual que los irlandeses, son también espíritus fuertes — bromeó el director.

— Sí que lo somos. Le prometo que haré todo lo posible para conseguir un buen programa.

En la parroquia, Lidia empezó las clases de servicio doméstico con mucha ilusión. Fueron bastantes las chicas que se apuntaron a su grupo. Sabían limpiar y conocían la cocina de sus países de origen, pero no sabían cómo llevar una casa norteamericana.

Empezó por lo que ella consideró lo más elemental: organizar y cocinar las comidas según les gustaba a los norteamericanos, utilizar los electrodomésticos, normas de conducta para tratar a la familia para la que trabajarían, reglas para utilizar el teléfono correctamente y coger los mensajes, etc.

Si bien en estas clases Lidia contó con muchas alumnas, aún tuvo más en las de costura, pues a ellas se unieron no solamente las chicas que pensaban trabajar en el servicio doméstico sino también amas de casa que querían aprender a coser su propia ropa y la de sus hijos. Tanta fue la demanda, que tuvo que hablar con el padre López para solicitarle más espacio para sus clases.

— Es maravilloso que podamos ayudar a tanta gente, pero, desgraciadamente, no tenemos más sitio disponible — contestó él, apesadumbrado.

— Usted me dijo en una ocasión que el Municipio les ayudaba en su labor social. ¿No podríamos pedirle un poco más de dinero? — preguntó Lidia, esperanzada.

— Nos ayuda cuanto puede, al menos eso es lo que dicen. Yo voy con frecuencia al Ayuntamiento para intentar conseguir más dinero para los necesitados, y aunque me tratan con mucha amabilidad, siempre me contestan lo mismo: que el presupuesto no les da para concedernos más.

Lidia no estaba dispuesta a darse por vencida.

— Pero habrá gente particular y entidades privadas que colaboren con la parroquia, ¿no?

— Siempre hay gente buena que nos presta ayuda, lo que pasa es que nuestras necesidades son tantas, que ni así tenemos suficiente.

— Bien, entonces debemos movilizarnos — sugirió Lidia con determinación— . Boston es una gran ciudad, y esta zona es muy rica.

Sin duda habrá muchas familias de fortuna. Es cuestión de tocarles la fibra sensible y convencerles para que colaboren con nosotros.

Yo no conozco a mucha gente aquí, pero mis compañeros de la emisora podrán

proporcionarme una lista con la gente más adinerada de la ciudad.

— La fe mueve montañas, hija, y veo que tú pones tal entusiasmo en lo que haces y confías tanto en la buena disposición de los demás, que estoy seguro de que conseguirás lo que te propongas — aseguró el sacerdote. Cuando empiezo una labor la termino, padre, y esto para mí es muy importante — admitió Lidia.

Tal como ella había previsto, en Boston vivían muchas familias ricas. Antes de empezar a visitar a toda esa gente, preparó un programa para concienciar a los oyentes acerca de la obligación de todos de ayudar al prójimo, sobre todo a los más necesitados.

Llevó al padre López a la emisora y le hizo una entrevista. Él habló de su labor sacerdotal y de las actividades extraparroquiales que realizaban él y un grupo de personas que le ayudaban. El sacerdote explicó todo detalladamente y apeló a la bondad de la gente para que colaboraran en las labores sociales que pudieran, ya fuera ayudando personalmente o con dinero.

La respuesta no se hizo esperar. Los donativos empezaron a llegar a la parroquia al día siguiente de realizarse el programa de radio. Con lo que recaudaron pudieron comprar material de trabajo para las clases y guardar algo de dinero para el fondo de las becas.

Todos estaban muy contentos con la reacción de la gente, y Lidia se reafirmó más en su idea de que había muchas personas que, aun deseando colaborar, dejaban pasar el tiempo pasivamente, haciéndose necesario, de vez en cuando, recordarles las carencias elementales de otras personas y lo importante que era la ayuda de todos para remediar en lo posible esas necesidades.

— Nuestro siguiente paso, padre, será visitar, uno por uno, a cada jefe de esas familias para pedirles directamente su donativo. Mi idea es que se comprometan con una cantidad anual, así tendremos una idea aproximada del dinero con el que podremos contar — explicó Lidia mostrando ilusión ante la nueva perspectiva que se les mostraba.

— Es una idea excelente. De todos modos, me temo que los grandes señores de esta ciudad estén demasiado ocupados como para recibir a un simple sacerdote. Yo ya intenté comunicarme con algunos. Lo único que conseguí fueron palabras amables de las secretarias y algún que otro donativo para que dejara de molestarlos — dijo compungido.

— Entonces seré yo la que se encargue de convencerlos. Les cogeré por sorpresa y no podrán negarse. Soy muy persuasiva cuando me lo propongo... — respondió divertida.

— Espero que así sea, hija; no me gustaría que te molestaras en vano.

Decidida, al día siguiente Lidia llamó al primero de la lista. La secretaria quería saber el motivo por el que pedía una cita para entrevistarse con su jefe y esto la cogió por sorpresa. No supo improvisar una mentira y ese fue su error. La secretaria, en cuanto oyó las palabras "parroquia" y "caridad", se negó a concertarle una entrevista. Lidia colgó el teléfono enfadada consigo misma por no haber sido más lista. Aprendió pronto, pues a la segunda llamada ya tenía preparada la respuesta: "asunto personal". Ante esto, las secretarias se desconcertaban. Por una parte no querían molestar a sus jefes con citas incómodas, pero tampoco deseaban enemistarse con sus amantes o amiguitas. Poniendo su voz más suave y convincente, Lidia casi siempre lograba lo que quería.

Poco consciente de su físico y de su atrayente personalidad, Lidia estaba realmente perpleja del éxito de su operación. Bien es cierto que tuvo que quitarse algunos moscones de encima como pudo, pero, en general, los caballeros iban respondiendo muy bien.

Unos le daban un cheque y otros se abonaban a una cuota anual.

Cuando se lo contó al padre López, éste no podía creerlo.

— Es un milagro, Lidia. En poco tiempo estás consiguiendo un dinero que sin tu ayuda hubiera sido imposible obtener. Muchas gracias, hija; Dios te lo pagará — agregó emocionado.

— No tiene que agradecerme nada. Es mi deber y me siento muy satisfecha de colaborar con todos ustedes — dijo sonriendo con dulzura.

El siguiente apellido que Lidia tenía en la lista era la familia Vantor, una de las más importantes no sólo de Boston sino de todo el país. Las industrias Vantor formaban uno de los grupos empresariales más sólidos y consolidados de los Estados Unidos.

Los Vantor se sentían orgullosos de ser bostonianos genuinos, es decir, descendientes de los primeros europeos anglosajones que se establecieron en esas tierras. Estas familias, que disfrutaban de los enormes privilegios que dan el dinero y el poder, formaban un auténtico grupo de élite. Estos privilegiados se consideraban superiores al resto de los habitantes de Boston, a los cuales calificaban de "inmigrantes nuevos", sin raíces ni tradición en la región.

A Lidia, al igual que le había pasado con otras familias, no le intimidó en absoluto la riqueza y posición de los Vantor. Para ella, todos los seres humanos eran iguales; el mismo respeto y consideración merecían los ricos que los pobres.

Habló varias veces con la secretaria del señor Vantor. En ese caso parecía que las palabras mágicas: "asunto personal", no eran efectivas. La secretaria insistía y quería saber todo sobre Lidia antes de darle una cita con su jefe. Esa empleada parecía un hueso duro de roer, y a Lidia no le quedó más remedio que enfadarse y amenazarla con molestar a su jefe en su propia casa si seguía negándose a recibirla. La secretaria, ya un poco preocupada por la insistencia de Lidia, se lo comentó a su jefe.

— Señor Vantor, hay una chica que llama por teléfono insistentemente pidiendo una cita con su padre. No me quiere decir de qué se trata, y le aseguro que no le habría molestado si ella no hubiera sugerido presentarse en su hogar para hablar con él si yo continuaba negándome a concederle una cita — le informó la secretaria, preocupada.

— ¿Le ha dicho que mi padre está de viaje?

— Las primeras veces que llamó rechacé su petición con excusas, y ahora no se cree lo del viaje. Dice que quiere hablar con él por un asunto personal. La verdad es que su insistencia me desconcierta y no sé qué hacer — dijo casi en un susurro.

— Si llega a llamar otra vez, quede con ella y la recibiré yo — ordenó escuetamente.

## 2

La vida había sido muy generosa con James Vantor III.

Hombre joven y apuesto, muy rico y con un gran porvenir en la abogacía, podía disfrutar de todo lo mejor que una persona puede desear. Su vocación había sido siempre el Derecho y hacia esa carrera encaminó sus pasos cuando ingresó en la Universidad de Harvard. Desde pequeño fue consciente de que, como hijo único, heredaría el gran imperio familiar, por lo que también tuvo siempre que sacar tiempo para atender a sus múltiples negocios. Ahora repartía su jornada laboral entre un despacho de abogados, creado por un tío suyo y considerado como uno de los mejores de Boston, y su trabajo en la empresa de su padre. Ambas actividades le gustaban y se dedicaba a ellas con profesionalidad, aunque con una arrogancia y dureza implacables. James Vantor llevaba una vida de auténtico privilegiado. Todo lo que le rodeaba podía comprarlo, y de hecho así lo hacía cada vez que le convenía. Esta facilidad para conseguir lo que quería había hecho crecer en él una personalidad férrea y orgullosa, mostrando desdén hacia los demás y un intenso escepticismo hacia la vida. Para sus padres él era el centro del universo. Los dos le adoraban y le habían mimado desde que nació.

Le habían dado una educación de acuerdo con sus ideas y con el L medio en el que se desenvolvían, y estaban orgullosos de recoger ahora los frutos de su dedicación. James Vantor III había resultado ser un producto perfecto de su sociedad: un tiburón de las finanzas, altivo con los que él consideraba inferiores, materialista y bastante cínico con las mujeres. Lidia, después de conocer a varios "ejemplares de esta especie", como los llamaba de broma, iba preparada para enfrentarse con el gran jefe cuando acudió al magnífico edificio que ocupaban las Industrias Vantor. Tuvo que pasar varios controles hasta llegar a la planta reservada exclusivamente al señor Vantor.

Mostrando una encantadora sonrisa, se presentó a la secretaria. Recibiéndola con una fría cortesía, la atractiva empleada, vestida con un impecable traje de chaqueta, la acompañó, sin decir palabra, hasta el despacho de su jefe. Cuando la secretaria abrió la puerta y Lidia fue introducida en la gran estancia, no le sorprendió la grandiosidad y riqueza con que estaba decorada la habitación, ya que había visto varios despachos muy parecidos a ése en los últimos meses.

La mesa de trabajo estaba situada delante de un enorme ventanal, a través del cual se contemplaba toda la ciudad. Altas librerías de nogal, completamente llenas de libros, marcos de fotos y trofeos, decoraban casi todas las paredes. En las que quedaban libres, se habían colgado valiosos cuadros debidamente iluminados por unas luces indirectas que destacaban las figuras más sobresalientes de las pinturas. En un rincón de la habitación había también un tresillo tapizado con una tela color hueso, y una mesa baja de madera y cristal. Las alfombras, sin duda de gran valor, daban calidez a la habitación. El despacho era muy grande, pero Lidia lo encontró muy acogedor para sus dimensiones.

Mientras contemplaba uno de los cuadros, una voz desde atrás la sacó de su ensimismamiento.

— Cuando termine de inspeccionar mi despacho, ¿tendría la bondad de decirme qué desea de mí?

Lidia notó un ligero aire sarcástico en su tono, y enderezando los hombros se volvió con una sonrisa malévola en sus labios. Su sorpresa al hallarse frente a un hombre joven y guapo fue enorme.

Había supuesto que el dueño de esas industrias sería una persona mayor, no uno como el que estaba viendo.

La perplejidad de James también fue manifiesta. Cuando ella entró, él se encontraba en la habitación de al lado consultando unas carpetas de los archivos, por lo que al volver a su despacho, sólo había tenido la oportunidad de verla de espaldas mientras Lidia contemplaba todo lo que la rodeaba. Ahora que la veía de cerca, no daba crédito a sus ojos. "Esta mujer es toda una belleza" — pensó— .

Era más: no recordaba haber conocido a ninguna otra tan bella ni con aquella especie de aura en forma de pureza que parecía envolverla. No hubiera sabido describir la sensación que ella le causó, pero estaba claro que esa chica le había impresionado.

Desconcertada durante unos segundos, Lidia supo reaccionar con calma.

— ¿Es usted el señor Vantor?

— Soy James Vantor III. Mi padre está de viaje, así que yo escucharé lo que tenga que decirme, señorita...

— Lidia Villena.

— ¿Es usted hispana? — preguntó sorprendido.

— Soy norteamericana, pero mi padre es cubano — aclaró ella.

— Bien, señorita Villena — comenzó diciendo él a la vez que le señalaba un sillón para que se sentara— , y... ¿en qué puedo servirla?

— Vengo a pedirle ayuda — respondió Lidia sin rodeos.

Ante el estupor de James Vantor, ella continuó:

— Soy colaboradora del padre Pablo López, el sacerdote encargado de la parroquia de Sta. María, situada en la parte norte de la ciudad, y estoy intentando recaudar fondos para las necesidades de la parroquia.

James Vantor, que no dejaba de mirarla fijamente, admirando en silencio sus bellos ojos pardos, preguntó con altivez:

— ¿Ayuda? ¿Acaso el Obispado no mantiene a las parroquias?

Estaba acostumbrada a las inquisitivas preguntas de los ricos.

Antes de soltar su dinero querían informarse de todo.

— Tiene razón, señor Vantor, — contestó Lidia con paciencia— , pero, aparte de la parroquia, el padre López, junto con un grupo de personas, han creado una especie de escuela para los más necesitados.

James le dirigió una mirada incrédula.

— Parece poco creíble lo que me cuenta, señorita Villena, puesto que todo el mundo sabe que en este país todas las personas, hasta los más pobres, tienen derecho a estar escolarizados gratuitamente — contestó con una expresión despectiva en su rostro.

— No se trata de una escuela convencional. Nos dedicamos a dar gratuitamente clases de inglés a los inmigrantes, preparamos a las chicas para el servicio doméstico y hemos creado unas becas para ampliación de estudios. Aunque procuramos arreglarnos con lo que tenemos, desgraciadamente, no siempre es posible. Ahora necesitamos más dinero para llevar adelante nuestros proyectos, por eso nos hemos decidido a pedirles a ustedes su ayuda. No pedimos una cifra — continuó Lidia con humildad— , sino lo que ustedes buenamente puedan darnos.

En los labios del joven se dibujó una mueca irónica.

— ¿Y la envían a usted para que caigamos rendidos ante su belleza y colaboremos... "mejor"? ¿Es ese su juego, señorita Villena?

— preguntó con malicia, incrédulo ante todo lo que fueran buenas obras o servicios desinteresados— . Ateniéndome a lo que ven mis ojos, desde luego, es usted el gancho perfecto — continuó mirándola descaradamente— . Apuesto lo que sea a que ningún rico incauto se le resiste ¿me equivoco? — preguntó con prepotencia— . Me imagino que, cuanto más dinero aporten más sonrisas les dedicará usted o...

puede que algo más, ¿no?

Lidia tuvo que controlarse para no abofetearlo. Con gusto lo hubiera hecho, pero sabía que si se enteraba el padre López se disgustaría muchísimo.

— Por respeto a otras personas me callo lo que pienso de usted, señor Vantor. Para mi gusto tiene usted una mente excesivamente retorcida — le espetó echando fuego por los ojos— . Le aseguro que lamento enormemente haberle conocido.

Con genio dejó el sillón en el que estaba sentada y se dirigió hacia la salida. A un paso de la puerta, una voz profunda la detuvo.

— ¡Treinta mil dólares!

"Tenía mal carácter la hispana, pero era tan hermosa que merecería la pena molestarse en domarla un poco" — pensó el joven Vantor con cinismo.

Lidia no quería ceder. Ese engreído niñato no merecía que ella perdiera su tiempo. Por otra parte... treinta mil dólares era mucho dinero, y la parroquia podría solucionar muchos de sus problemas con esa cifra. Por el padre López y todos los que trabajaban con ella, se dio la

vuelta, tragándose su orgullo.

— ¿Cómo dice...? — preguntó un tanto incrédula.

— Que entregaré treinta mil dólares a su parroquia si me explica todo lo que hace usted.

Lidia volvió a sentarse y le relató a James Vantor III sus actividades. No le apetecía darle explicaciones a ese hombre, pero el cheque que él había firmado y que ella había guardado en su bolso, la obligaba a ello.

— Aparte de su colaboración en la parroquia, ¿a qué se dedica?

— siguió preguntando él.

— No creo que eso le importe, señor Vantor — contestó Lidia con altanería.

Estaba jugando con fuego, ya lo sabía, pero no toleraría más la prepotencia de ese hombre. Consciente de que debía callar todo lo que estaba deseando decir, no estaba muy segura de poder aguantar mucho más.

— Si se lo pregunto es porque deseo saberlo — objetó mirándola con frialdad.

— Y yo no deseo darle explicaciones acerca de mi vida privada.

He venido aquí solamente por el motivo que ya le he explicado.

Usted, muy amablemente, — añadió con acento sarcástico— ha colaborado con nosotros. Yo se lo agradezco en nombre de todos.

Mi misión termina en ese punto.

Una sonrisa burlona afloró a los labios de James Vantor.

— Es usted muy testaruda, señorita Villena, aunque debo advertirle que más lo soy yo, así que, por favor, conteste a mis preguntas si no quiere que anule el cheque que le acabo de entregar — la amenazó sin vacilar.

Al oír sus palabras, Lidia palideció. Si por ella fuera, le tiraría el cheque a la cara, pero sus amigos no merecían perder ese dinero.

Cedió de nuevo y le explicó todo lo que él quería saber.

— Es admirable que tenga usted tiempo para tantas cosas, y lo que más me sorprende es que... digamos... con su aspecto, se dedique a tratar con mendigos e indigentes — observó con sorna, como mofándose de lo que ella hacía.

— ¿Insinúa que debería dedicarme a otras cosas, señor Vantor?

— preguntó con un tono de provocación en su voz— , ¿como por ejemplo... a servir de diversión a hombres como usted y sus amigos?

— Lidia rió con insolencia— . Para eso ya hay mujeres mucho más bellas que yo, que... por dinero — recalcó a propósito— , harán todo lo que ustedes les pidan. Yo, personalmente, prefiero estar con gente más humilde, que no siempre son mendigos e indigentes, que, desde luego, son más nobles y generosos — añadió con aplomo, mirándolo con insolencia.

A James Vantor no le hicieron ninguna gracia sus palabras; no solamente por la ofensa que llevaban implícitas, sino porque esa mujer parecía estar saliendo vencedora de la lucha verbal que mantenían, y él no estaba acostumbrado a eso.

— No la veo muy agradecida que digamos — le reprochó atravesándola con ojos de un verde tormentoso— , y teniendo en cuenta el donativo que acabo de darle, ¿no cree que debería ser más simpática?

— No espere simpatía por mi parte, señor Vantor. Le agradezco, en nombre de todos los que colaboran conmigo, el dinero que nos ha dado, pero eso es todo. Ya que está claro que usted y yo no simpatizamos, si quiere seguir colaborando con la parroquia, la próxima vez vendrá a recoger el donativo otra persona o le daremos el número de cuenta que la parroquia tiene en un banco — expresó con una formalidad que lo exasperó.

— ¡No daré ni un dólar más si no es usted la que viene a recogerlo! — la amenazó él.

Lidia dio un respingo y se levantó del sillón con rabia.

— ¿Por qué sigue provocándome? Está acostumbrado a dominar a los demás, ¿verdad?, y pretende hacer lo mismo conmigo.

Pues se equivoca de persona. Yo no estoy en venta, por lo que no volverá a verme nunca más — estalló con ira.

Él también se levantó de un salto y ambos se miraron con ojos amenazadores.

— Tiene usted mucho genio, señorita Villena. Alguien tendrá que bajarle los humos —

le anunció con falsa calma.

— Desde luego no será usted — aseveró Lidia dándose la vuelta y saliendo a paso ligero de la habitación.

La secretaria oyó el portazo y la vio andar a toda velocidad hacia el ascensor. No tenía ni idea de lo que podía haber sucedido en el despacho de su jefe, pero, teniendo en cuenta el semblante de la señorita Villena, la discusión debía haber sido bastante acalorada.

James Vantor estaba todavía colérico cuando entró su secretaria en el despacho.

— ¿Qué desea, señor Vantor?

— Averigüe todo lo que sea posible sobre la señorita Lidia Villena y sobre el padre Pablo López, párroco de la iglesia de Sta.

María, situada en la parte norte de la ciudad. Quiero el informe hoy mismo — exigió con voz grave.

James Vantor descargó su rabia golpeando la mesa con el puño. "¡Maldita hispana!, ¡cómo es posible que me haya insultado así en mi propia casa?".

Todavía estaba perplejo de que una mujer hubiera sido altiva con él, y sobre todo tratándose de una simple "cubana". Se sentía furioso ante la reacción de ella. En el fondo estaba rabioso por no haber podido ejercer ningún poder sobre ella, por no haber sido capaz de impresionarla hasta el punto de conseguir que quedara cautivada por él, como era lo habitual en su trato con las mujeres.

Era inaudito que una desconocida se hubiera atrevido a tanto. Sin embargo él, el millonario y poderoso James Vantor III, había quedado, nada más verla, completamente deslumbrado por la belleza y la personalidad de esa mujer altanera, embobado por sus facciones perfectas, por sus maravillosos ojos color miel, y totalmente fascinado por su cuerpo de diosa griega.

Disgustado consigo mismo por haberse alterado por ese motivo, se propuso olvidarla y recordar que ella era tan sólo una pobre hispana que jamás podría tener ninguna relación con la familia Vantor ni con la sociedad que él frecuentaba. Le había parecido muy guapa, igual que tantas mujeres con las que se cruzaba en la calle. Es más, en su círculo social había mujeres igual de bellas que la señorita Villena y mucho más dispuestas hacia él; no merecía la pena dedicar ni un pensamiento a esa señorita.

Por la tarde, tan pronto la secretaria le entregó los informes que él le había pedido, los leyó con atención. Lidia Villena no le había mentido, aunque había sido muy escueta en sus explicaciones.

Ahora sabía todo sobre ella. Si bien esa mujer no le importaba lo más mínimo, decidió guardar la información. Por otra parte, el padre Pablo López estaba muy bien considerado en la ciudad. Su labor como sacerdote y como educador de los más humildes era muy elogiada. Estos informes le tranquilizaron. A pesar de haber tenido un encuentro desafortunado con la señorita Villena, por lo menos no le habían estafado.

Lidia le entregó con enorme satisfacción el cheque al padre López, y éste no podía creer lo que veían sus ojos.

— ¡Treinta mil dólares? ¿No habrá querido poner otra cifra y se ha equivocado?

— No; lo dijo bien claro. Era muy consciente de la cantidad que nos estaba entregando — le aclaró Lidia sin gran entusiasmo.

— Una persona que entrega ese dinero sin conocernos debe ser muy generosa. Mañana le llamaré personalmente para darle las gracias — añadió el sacerdote, eufórico.

Usted siempre agradece los donativos con una nota. Yo creo que con eso bastará — le indicó Lidia, intentando evitar que se molestara en darle las gracias al antipático James Vantor.

— Yo agradezco todos los donativos, hija, pero muy pocas personas, por muy ricas que sean, entregan todo este dinero de golpe. Me sentiré más tranquilo si hablo personalmente con ese señor tan bondadoso.

Lidia miró al cielo y suspiró. El padre López no tenía remedio.

Afortunadamente, seguía como siempre, pensando en todo momento lo mejor de las personas. Lidia lo admiraba por eso.

También le daba risa imaginar al señor James Vantor III como una persona generosa, bondadosa o desinteresada. "Más bien todo lo contrario", pensó. De todas formas no sería ella la que desilusionara al sacerdote contándole lo que había sucedido entre James Vantor y ella; no merecía la pena hablar de ello, y menos todavía que por una persona como el señor Vantor el padre López se llevara una decepción.

## 3

En la emisora, el trabajo era cada vez mayor porque Lidia se empeñaba en hacerlo todo perfecto. Su programa había tenido más éxito del que habían previsto. Ahora, el director quería que se incorporaran novedades y se aumentara el tiempo de duración. Esto había dado lugar a que Lidia se sintiera cada vez más responsable de que todo saliera bien, no importándole el tiempo que ello la llevara.

— Después de trabajar tanto aquí, ¿cómo te quedan fuerzas para dar clases en la parroquia? — le preguntó admirada Mary, una compañera.

— Pues la verdad es que me entretiene. La gente me recibe con tanto cariño y son tantas las ganas que tienen de aprender, que el tiempo que estoy con ellos pasa volando. Es maravilloso darles clase, Mary. Aunque parezca mentira, de toda esa buena gente, recibo más de lo que doy — añadió pensativa.

— Valoro mucho lo que haces, Lidia: es una labor admirable.

Todos nos escudamos en excusas tontas para no ayudar a los demás. En realidad, lo único que escondemos es nuestro propio egoísmo. Estamos tan cómodos y satisfechos en nuestras casas, con todas las necesidades cubiertas, que no queremos ni siquiera E pensar en la gente que sufre por una u otra razón. Este mundo es un asco..., pero es en el que vivimos y en el que tenemos que luchar para sobrevivir — reflexionó Mary con desaliento.

— No seas pesimista, Mary. En el mundo hay gente mala, eso es cierto, pero yo estoy convencida de que hay mucha más gente buena que sufre por los necesitados, aunque no puedan hacer mucho por remediarlo.

Mary era muy amiga de Lidia. Mujer independiente y liberal, escondía un gran corazón bajo la coraza de frivolidad de la que se rodeaba. Divorciada dos veces, guardaba en la memoria muy malos recuerdos de sus maridos. Su mala suerte la había empujado a convertirse en una persona desconfiada y más bien crítica con todos. Lidia le había gustado desde el primer momento y le había cogido un gran afecto. A pesar de ser completamente diferentes tanto en la edad (Mary tenía 40 años), como en la forma de pensar, ambas se entendían a la perfección. A Mary le encantaba su sencillez. También consideraba a Lidia demasiado inocente para el mundo de lobos en el que se desenvolvían.

Lidia la apreciaba tal como era; no obstante, algunas veces la acusaba de exagerar mucho las cosas.

— Mary, no me explico cómo podemos ser amigas teniendo en cuenta los diferentes puntos de vista que tenemos sobre cualquier asunto — dijo Lidia riendo.

— Quizás ahí esté el "quid" de nuestra amistad; si estuviéramos de acuerdo en todo, sería demasiado aburrido ¿no crees?

— Eres incorregible — contestó Lidia de buen humor mientras movía la cabeza de un lado a otro.

Las visitas a los potentados se convirtieron para Lidia en un trabajo más. No se consideraba muy buena psicóloga, pero a través de sus conversaciones con los grandes magnates estaba empezando a entender un poco más la naturaleza humana. Mirándolos de lejos, estos grandes negociantes siempre le habían parecido personas inaccesibles e incluso crueles. La realidad no era así, al menos en la mayoría de los casos. Cierto que algunos encajaban a la perfección en los patrones que la gente corriente tenía de ellos, pero muchos de los que Lidia había visitado eran personas sensibles al sufrimiento humano, y de hecho destinaban grandes sumas de dinero a colaborar con asociaciones que se dedicaban a ayudar a los más débiles del mundo. Ese descubrimiento la animaba a seguir con su labor.

El siguiente de su lista la recibió con simpatía y exquisita educación. El señor Irving Michael Longley era un hombre maduro, de unos cincuenta y tantos años, alto, pelo canoso y con un gran atractivo personal. Dejó hablar a Lidia, mostrándose interesado en todo lo que ella le explicaba, y le prometió colaborar con una condición.

Un tanto extrañada, Lidia le rogó que se explicara.

— Señorita Villena, como usted sabe, yo soy un hombre de negocios. Nada es fácil en la vida y si me ha ido bien es porque he trabajado mucho y no he derrochado mi dinero — le explicó él con franqueza— . Como ya le he dicho, suelo colaborar con varias instituciones en

las que confío, aunque también es cierto que compruebo personalmente adónde va cada dólar que entrego — le advirtió sin rodeos— . Con esto quiero decir que antes de darle ningún cheque, me mostrará dónde trabajan usted y sus colaboradores y qué hacen. Si lo que usted me enseñe, me convence, no dude de que mi aportación anual será generosa. Si, por el contrario, no me gusta lo que veo, tenga por seguro que me negaré a entregarles dinero.

Lidia sonrió satisfecha. Lo que ese hombre pedía era muy justo.

— Ha sido usted muy claro y se lo agradezco, señor Longley. Me hubiera gustado que todos los colaboradores que han tenido la bondad de ayudarnos pudieran ver lo que hacemos, porque eso demostraría un mayor interés hacia las personas que se benefician de su generosidad, al tiempo que comprobaría dónde se invierte su dinero. Cuando quiera le acompañaré a la parroquia — se ofreció Lidia con una sonrisa que al señor Longley le pareció cautivadora.

— Ahora debo ir a comer. La invito a que me acompañe y a que continuemos nuestra conversación en el restaurante.

Aun sorprendiéndole la petición, Lidia aceptó la invitación.

Por nada del mundo deseaba mostrarse desagradecida.

Para su sorpresa, el señor Longley la llevó a uno de los mejores restaurantes de la ciudad.

— Muchos amigos míos prefieren tomar esas horribles comidas rápidas para no perder tiempo. Yo hago todo lo contrario. Pienso que, después de trabajar muchas horas, lo menos que merece el cuerpo para reponerse es una buena comida — le explicó sonriendo.

— Estoy de acuerdo con usted.

— Aparte de intentar comer decentemente, creo que es también muy importante, por lo menos para mí, hacerlo en buena compañía y con tranquilidad. Comer solo no es agradable — masculló en un tono un poco triste.

James Vantor la vio enseguida, nada más entrar en el restaurante. Al principio dudó de que fuera ella, pero aquellos maravillosos ojos, que no había podido olvidar, sólo podían pertenecer a una persona: a la señorita Lidia Villena. Ensimismado durante un momento, James reparó a continuación en su acompañante y comprobó que era Irving Longley. No acertaba a comprender qué hacían juntos, a no ser que la señorita Villena se dedicara, con el fin de sacar dinero para su causa, a embaucar a los ricos de la ciudad. No le extrañaba nada. De una mujer tan altiva y hermosa se podía esperar lo peor.

Al pasar a la altura de ellos, saludó a Irving Longley, y con fría formalidad dio las buenas tardes a Lidia. Ella, sorprendida al encontrarse allí con el orgulloso señor Vantor, tan sólo contestó a su saludo con una ligera inclinación de cabeza.

Cualquier mujer hubiera catalogado a James Vantor como un hombre sumamente atractivo. Alto, moreno y con unos ojos verdes fascinantes. Iba impecablemente vestido, como corresponde a un hombre que se mueve en las esferas más altas de la sociedad. El traje de chaqueta y la gabardina que llevaba le sentaban a la perfección, tuvo que reconocer Lidia, pero ni siquiera ese detalle influyó en absoluto para que cambiara de opinión respecto a él. La arrogancia y la seguridad que demostraba en sí mismo la exasperaban, por lo que no le concedió ni una mirada.

James Vantor se sentó con otros dos caballeros que le estaban esperando. A pesar de que intentaba poner atención a lo que decían, sus ojos se dirigían una y otra vez hacia la mesa en la que se hallaba Lidia. Le fastidiaba no poder dominarse, sobre todo teniendo en cuenta la frialdad con la que ella le había saludado.

Desafortunadamente, y sin que él pudiera hacer nada por evitarlo, esa mujer atraía su mirada sin remedio. Después de su desastroso primer encuentro, James Vantor pensó que en un año, es decir, hasta que ella volviera a recoger el cheque de la parroquia, no tendrían ocasión de coincidir. Era lo mejor, pues si bien creía que la señorita Villena era muy guapa, ella no era de su clase. Era muy improbable que llegaran a coincidir. Los Vantor eran anglosajones, blancos y ricos, la flor y nata de la sociedad de Boston. Sólo se trataban con sus iguales y se casaban con mujeres de su misma sociedad. Lidia Villena era una hispana; muy bella, pero hispana, pobre y sin apellido familiar importante. James Vantor III nunca podría relacionarse con esa mujer como una igual. El mundo en el que se movía tenía unas reglas que

no se podían quebrantar, y eso lo sabían todos los de su clase desde pequeños. El que se atrevía a olvidarse de sus responsabilidades para con su familia y sus amigos, quedaba automáticamente desterrado de ese círculo.

— James, parece que miras mucho hacia la mesa de Irving Longley. ¿Acaso conoces a la preciosidad que está con él? Si es así preséntanosla inmediatamente — comentó divertido uno de los amigos que le acompañaban en la mesa.

— La conocí hace unos días. Vino a mi despacho a pedirme ayuda para una parroquia.

— ¡Cómo dices? — preguntó el otro amigo perplejo.

— Sí, ya sé que parece mentira que una mujer tan guapa se dedique a las obras de caridad, pero así es. Seguro que ahora le está pidiendo dinero a Longley — especuló pensativo.

— Esperemos, entonces, que esa bonita "hermanita de la caridad" se digne a visitarme a mí. Será un verdadero placer recibirla... — añadió su amigo en tono jocoso.

James no contestó. No sabía por qué, pero no le apetecía seguir con esa conversación.

Lidia y el padre López estaban encantados con el señor Longley. No solamente había visitado la parroquia y el lugar donde ellos impartían las clases, sino que también se había interesado, de forma individual, por los problemas que acuciaban a la gente que acudía a ellos. Irving Longley era un hombre muy bondadoso y sensible al sufrimiento de las personas. Quizás nunca había podido demostrar estos sentimientos, pero ahora que se le daba la oportunidad, respondía entregando mucho de sí mismo, no solamente dinero. Fue iniciativa suya hacer de vez en cuando alguna excursión con niños que nunca habían tenido oportunidad de salir de sus barrios, e incluso propuso crear un fondo para comprar tebeos y cuentos para que los niños se acostumbraran a leer. Él decía, y Lidia también lo sabía, que la mayoría de la gente aficionada a la lectura se había iniciado con los cuentos, y de ahí había pasado a los libros. Consideraba importantísimo que los niños leyeran lo más posible. La primera remesa de libros infantiles la compró él mismo.

Luego, se creó un fondo para este apartado.

Lidia disfrutaba mucho con las clases, sobre todo cuando enseñaba costura. Desde pequeña había visto a su abuela coserles a todos ellos la ropa con una perfección que admiraba. De hecho, cuando sus abuelos emigraron con sus hijos de Cuba a Miami, hasta que su abuelo encontró trabajo, la abuela, cosiendo para los demás, consiguió mantener a la familia. Cuando su abuelo encontró un empleo, ella siguió cosiendo para ayudar en los gastos de la casa. En cuanto las cosas empezaron a ir mejor, la abuela ya sólo cosió para la familia. Lidia la recordaba haciendo siempre algo para ella o para sus otros nietos. A Lidia le gustaban las labores, y poco a poco fue aprendiendo todo lo que su abuela le enseñaba. Siempre se alegró de haber aprendido un oficio tan práctico, sobre todo ahora que se encontraba sola en Boston y que no contaba con la ayuda de su familia. Consideraba justo transmitir sus conocimientos a personas que los necesitaban tanto.

Estaba muy satisfecha de su pequeño "taller", y conforme pasaban los días veía con alegría que los resultados de sus esfuerzos cada vez eran mejores.

Estaba ya avanzada la primavera y los días empezaban a ser más cálidos y soleados. Lidia aprovechaba el tiempo libre que tenía para dar paseos y sentarse tranquilamente en el parque con un libro.

Un domingo la llamó el padre López y la invitó a navegar con un amigo en su pequeño bote de vela. A Lidia le pareció una idea maravillosa y aceptó encantada. Las pocas oportunidades de navegar que había tenido en su vida las había disfrutado mucho y siempre había deseado volver a vivir esa experiencia.

— Alegran la vista todos estos barcos amarrados unos junto a otros meciéndose al ritmo de las pequeñas olas — exclamó Lidia con entusiasmo.

A los que somos aficionados al mar, todo lo relacionado con él nos parece bonito — comentó el señor García, dueño del pequeño barco— . Para mí el mar es vital; cuando el tiempo es bueno, siempre aprovecho para navegar. No hay nada que me entusiasme tanto como encontrarme flotando en el agua sintiendo la brisa marina sobre mi rostro.

— Yo no sé qué tal se me dará esto de la navegación — confesó el padre López con

modestia— . Sólo he subido una vez a un barco de vela y me gustó mucho, pero de eso hace ya mucho tiempo.

Espero no marearme...

— No creo; el mar está hoy tranquilo — afirmó su amigo para tranquilizarle.

Lidia ayudó a los hombres a aparejar el barco y a izar la vela.

Ella no estaba familiarizada con los términos marineros y con lo que había que hacer en el barco, pero estaba tan encantada de poder colaborar, que seguía al pie de la letra las indicaciones del patrón.

Cuando todo estuvo preparado, el barco, como por arte de magia, empezó a alejarse de los demás lentamente, sin ruido, mientras la brisa hinchaba la vela, haciendo que la embarcación escorase ligeramente.

Lidia estaba exultante mientras el ligero movimiento del barco los balanceaba suavemente, riendo alborozada cada vez que alguna ola le salpicaba en la cara. Se sentía libre y feliz en medio de tanta agua. Todo era silencio. Tan sólo se escuchaba el leve chapoteo de las olas chocando contra el casco.

— Aquí se está de maravilla, ¡qué paz...! — exclamó Lidia perdiendo su mirada en el horizonte.

A petición de Lidia, el señor García empezó a enseñarle unas lecciones básicas para poder navegar. Le ofreció, incluso, llevar el timón. Lidia aceptó encantada.

A su alrededor, se veían todo tipo de embarcaciones. De motor, de vela e incluso pequeños botes de pescadores. Ella iba muy atenta al timón y a lo que hacía, pero no por eso dejaba de admirar los enormes barcos de vela que pasaban a su lado.

No lejos de ellos navegaba orgulloso un fantástico velero de dos mástiles. James Vantor III, propietario del barco, bromeaba con sus amigos, disfrutando del maravilloso día de sol. La bahía se veía llena de veleros, lo que demostraba la afición que había en Boston a la vela, sobre todo en cuanto empezaba el buen tiempo.

El barco de los Vantor tenía tripulación, pero a James, gran aficionado al mar, le gustaba ayudar en todas las maniobras. De hecho, nada más poner el pie en el barco, empezaba a trabajar como cualquier otro marinero.

A media mañana, después de comer, todos se sentaron tranquilamente a popa para tomar el sol. Uno de sus amigos cogió los prismáticos para admirar el bello espectáculo de la bahía llena de barcos. De pronto sus ojos se detuvieron en un pequeño bote de vela ocupado por tres personas.

— Si mi vista no me traiciona, la chica que está en aquel barquito es la bella señorita que estaba el otro día con Irving Longley, la que tú nos contaste que era como una especie de hermanita de la caridad — comentó el joven dirigiéndose a James Vantor.

James le quitó los prismáticos y los dirigió hacia donde su amigo le indicaba. Efectivamente, era ella: Lidia Villena, la mujer que tanto le había impresionado y que le había robado ya más de un pensamiento. Todos miraron a través de los prismáticos, y los varones estuvieron de acuerdo en que era una preciosidad. Sin mostrarse tan efusivas como ellos, las mujeres también lo reconocieron.

James, vayamos a saludarla. Teniendo en cuenta el bote en el que están navegando, seguro que queda impresionada y cae rendida a tus pies — comentaron los amigos entre risas.

— Me da la impresión de que es más fría que un témpano de hielo. De todas formas divirtámonos un rato observando la cara que pone al vernos. Desde luego si las mujeres son como yo creo — les dijo bajando la voz para que no le oyeran las féminas— la señorita Villena quedará fascinada por nuestros "encantos" — terminó James con cinismo.

Lidia reía una ocurrencia del padre López cuando reparó en el gran barco que se acercaba. Se quedó fascinada mirándolo. No sabía de qué clase de embarcación se trataba, pero desde luego era majestuosa.

— Es una goleta — señaló el señor García— . Se utiliza sobre todo para cruceros de larga distancia. La vamos a ver muy bien porque parece que va a pasar a nuestro lado.

Extrañados, observaron cómo la enorme embarcación perdía velocidad y se detenía, al pairo, al lado del pequeño bote. Varias personas se asomaron por la borda.

— ¡Buenos días, señorita Villena! Hermoso día para disfrutar de la navegación, ¿no le parece? — preguntó James realmente interesado en hablar con ella.

No recibió contestación. Tan sólo el padre López los saludó cortésmente.

— Veo que lleva el timón — continuó él— ¿acaso sabe navegar? Si lo desea, yo puedo darle unas cuantas lecciones — se ofreció, esperanzado de que ella aceptara.

— Invítala a subir a bordo, James. Seguro que le encantará ver cómo es un verdadero barco — sugirió uno de los amigos entre las risas de todos, refiriéndose claramente a la insignificancia del barquito en el que iba ella.

— ¡Vamos, señorita, suba con nosotros! — gritaron todos— . Nos vamos a divertir mucho, y además puede conseguir dinero para su causa — continuó otro con mordaz ironía.

Lidia no les dedicó ni siquiera una mirada.

— Por favor, señor García, ¿le importaría virar para alejarnos de aquí? — le pidió Lidia disgustada.

— Parece que la hermosa hispana no quiere cuentas contigo, James — comentó uno de sus amigos con malicia— . ¿Es que le negaste dinero para su asociación o como se llame?

Todos se echaron a reír.

— Tranquilo, muchacho — siguió otro con la broma, poniéndole el brazo en el hombro— . No siempre se gana...

James se quedó pensativo mirando al mar con una sonrisa forzada para no delatar su estado de ánimo. Aunque sus amigos estaban de broma, la indiferencia de Lidia Villena había herido su orgullo más allá de lo que nunca hubiera imaginado. Sabía que tenía mucho carácter, pero tendría que aprender que a un Vantor no se le ofendía de esa manera. "Ya ajustaremos cuentas, señorita Villena.

Esto lo tendrás que pagar".

— ¿Son amigos tuyos, Lidia? — preguntó el padre López.

— Afortunadamente, no. Al único que conozco es a James Vantor, el que habló el primero.

— ¿El que entregó para la parroquia ese cheque tan fabuloso?

Me lo hubieses presentado, mujer; le habría dado las gracias personalmente — dijo él con bondad.

— Siento decirle que no me caen bien, padre; ni él ni sus amigos.

— Pero mujer, no tomes a mal su actitud. Son jóvenes y les gusta bromear con las chicas guapas como tú — intentó apaciguarla el sacerdote.

Lidia aparentó olvidar lo sucedido. No estaba dispuesta a que esos idiotas le aguaran el día. Con su mejor sonrisa, cambió de conversación y se metió de lleno en lo que le explicaba el señor García.

Cuando volvían a puerto, mientras contemplaban maravillados la puesta de sol, Lidia suspiró con satisfacción.

— ¡Qué día más delicioso! Pocas veces he disfrutado tan plenamente como hoy. Les doy las gracias a los dos — dijo mirándoles con afecto.

— Todos lo hemos pasado muy bien. El día que quiera navegar no tiene nada más que decírmelo y yo la llevaré en mi barco con mucho gusto — se ofreció el señor García.

## 4

Lidia se enfurecía cada vez que pensaba en James Vantor III y sus amigos. Se lo contó a su amiga Mary y ésta lo primero que hizo fue reírse.

— Mi querida Lidia, pero ¿en qué mundo has vivido hasta ahora? ¿Todavía no te has enterado de que el dinero es el dios que maneja todos los hilos del mundo? Las personas que lo tienen se pueden permitir todo lo que quieren, hasta reírse de una pobre chica inocente como tú. Para los ricos, lo único serio de este mundo es su dinero y su "status" social. Lo uno va unido a lo otro. Aparte de esto, lo demás no importa; pueden burlarse de todo sin ni siquiera darse cuenta — le explicó Mary con su desenfado habitual.

— ¿Sin darse cuenta? Eso quiere decir que están tan acostumbrados a hacerlo que lo ven como algo normal. ¡Pero eso es terrible, Mary! — exclamó Lidia alarmada— . Estamos en el siglo veinte y se supone que las cosas han cambiado. Aunque siga existiendo gente muy rica y gente muy pobre, a la mayoría, el acceso a la educación nos ha igualado bastante — insistió Lidia con vehemencia— .

No entiendo que todavía existan personas que se consideren superior a los demás solamente porque tengan más dinero. ¡Es absurdo!

Mary se encogió de hombros.

L — Yo estoy de acuerdo contigo, Lidia, pero la realidad no es esa y ahora lo estás viendo. A la gente que económicamente está en lo más alto, el dinero les da poder, y esto les hace creerse superiores.

Tú y yo nos movemos en un medio diferente y no lo comprendemos, pero pecaríamos de ingenuas si pensásemos que este mundo es de color de rosa.

— Ya sé que no es de color de rosa, pero lo que está claro es que si no ponemos cada uno de nosotros un poquito de nuestra parte para mejorarlo, iremos cada vez a peor — agregó Lidia reflexiva.

— Lo sé, y ellos, los poderosos, se encuentran felices porque colaboran con dinero; tranquilizan así sus conciencias y nunca se les podrá reprochar que no ayudan al prójimo. En realidad, ellos se solidarizan con los demás de la única forma que saben: firmando cheques — añadió Mary, divertida.

— Tienes razón, y mientras sigan firmándolos... — sugirió Lidia sonriendo.

A los dos días de su encuentro en el mar con James Vantor, Lidia, en uno de los apartados de su programa dedicado a los lugares de diversión de la juventud de Boston, no pudo resistir sacar a colación a los jóvenes privilegiados de la ciudad y atacarlos muy sutilmente. No dio nombres, pero sus alusiones fueron tan claras, que James no tardó en enterarse de lo que ella había insinuado en su programa.

Desde que supo que Lidia era periodista y trabajaba en una emisora, la escuchó algunas veces para conocer un poco más a la hermosa hispana. Le gustó oírla, y fue precisamente por eso por lo que dejó de grabar el programa. Él no tenía nada que ver con ella ni nunca lo tendría. No podía perder su valioso tiempo pensando en una desconocida. Esa fue su decisión y todavía la mantenía. No obstante, no le toleraría a esa insolente un ataque tan descarado como el que le había hecho a él y a sus amigos a través de la radio.

Tendría que retractarse, y ¡por Dios! que lo haría.

El señor Terence Clark recibió la llamada de James Vantor con mucha simpatía.

— ¿En qué puedo servirle, señor Vantor?

— Pues siento decirle que en esta ocasión llamo para quejarme, señor Clark.

— ¿Quejarse? — preguntó el director, extrañado— . ¿Acaso no están contentos con la hora en que salen en antena los anuncios de sus empresas?

— No, no se trata de eso. Mi queja va dirigida contra la señorita Lidia Villena, la periodista que dirige el programa de las diez de la mañana. Según me han comentado, criticó con bastante dureza a una parte de la juventud de esta ciudad; tanto mis amigos como yo nos hemos sentido aludidos, así que le rogaría, señor Clark, que ordene a dicha señorita que se retracte en su programa de lo que dijo y que me pida perdón personalmente. Solamente de esa forma nos daremos por satisfechos — concluyó tajante.

El director arrugó la frente, sin entender muy bien qué era lo que estaba ocurriendo.

— Pero señor Vantor, si mal no recuerdo, la señorita Villena no nombró a ninguna persona. Ella habló en general — contestó el director, intentando defender a Lidia.

— No hizo falta que nos nombrara. Tanto mis amigos como yo sabíamos que se refería a nosotros, y eso es suficiente.

— No sabía que la señorita Villena y usted se conocieran. Me deja usted un tanto sorprendido... No se preocupe, hablaré con ella.

En los labios del joven Vantor se dibujó una sonrisa malévola después de colgar el teléfono. "Vendrás a pedirme perdón, Lidia Villena. Sé que será un duro golpe para tu orgullo. En esta ocasión yo habré ganado esta batalla".

Al director le faltó tiempo para llamar a Lidia a su despacho.

La joven entró alegre y confiada, sabiendo que el señor Clark estaba muy satisfecho con su programa; sin embargo, no le gustó el aspecto más bien sombrío de su rostro.

— Siéntate, Lidia, y por favor contesta con toda sinceridad a mis preguntas — le pidió con gesto preocupado.

— Usted dirá, señor Clark.

— ¿Conoces al señor James Vantor III?

La bella hispana enmudeció por un momento. No esperaba una pregunta semejante.

— Sí, lo conocí cuando fui a pedirle dinero para la parroquia.

— ¿Y qué ha sucedido entre vosotros?

— Nada importante. Simplemente que el señor Vantor y yo no nos caímos muy bien.

— ¿Algo más? — preguntó el director suspicaz.

— ¿A dónde quiere ir a parar, señor Clark? — preguntó ella un poco harta de no saber por qué él le hacía tantas preguntas.

— El señor Vantor ha llamado quejándose del ataque del que han sido objeto él y sus amigos por tu parte. Según cuenta, hablaste de ellos en particular aunque no dieras nombres. Quiere que te retractes públicamente, es decir, en tu programa, y además exige que le pidas perdón personalmente. — Al director le fastidiaba tener que dar esas órdenes precisamente a Lidia, con la que estaba tan contento. Sabía que no lo quedaba más remedio: había mucho en juego— . Quiero que sepas que yo te defendí, pero deseo saber la verdad, Lidia — le pidió con sinceridad.

Lidia no podía creer que James Vantor se hubiera atrevido a tanto. ¿Retractarse? ¿Estaba loco? No lo haría por nada del mundo.

Lo que había dicho era verdad, le sentara a él bien o mal.

— Tiene razón, señor Clark. En mi programa me refería en particular al señor Vantor y a sus amigos.

— ¿Por qué?

Lidia retrocedió en sus recuerdos, recuperando en su mente con desagrado el malogrado diálogo que habían mantenido James Vantor y ella cuando se conocieron.

— El señor Vantor y yo discutimos en una ocasión. Hace unos días nos volvimos a encontrar por casualidad y él y sus amigos me provocaron de tal manera que yo..., dolida por su comportamiento, me desahogué en el programa. No me arrepiento de ello, señor Clark, porque todo lo que dije es verdad — le aseguró Lidia con franqueza.

El director movió la cabeza preocupado.

— No dudo de tus razones para haber actuado como lo hiciste — contestó él con diplomacia— , pero debo decirte que esta emisora no puede ofender al señor Vantor ni a sus amigos, ya que vivimos de los anuncios que ellos nos confían.

Al notar su gesto de perplejidad, el señor Clark siguió hablando.

— Aunque te comprendo perfectamente, desgraciadamente, dependemos de ellos para mantener abierta esta emisora.

— ¡No me retractaré! — estalló ella.

El señor Clark, hombre bondadoso por naturaleza, se armó de paciencia para poder convencerla. Lidia le caía muy bien y siempre se había alegrado de haber hecho caso a su amigo el padre López y haberle dado un trabajo en la emisora. Tal y como le había explicado el sacerdote, Lidia era una chica inteligente y muy trabajadora, y gracias a ella, el índice de

audiencia era cada vez mayor. No podía ponérsela en contra porque no quería perderla, pero era muy importante que ella comprendiera lo que él le quería decir.

— Lidia, por favor, no nos exaltemos y pensemos con sensatez.

¿Tú crees que lo que ha sucedido entre el señor Vantor y tú tiene algo que ver con la emisora?

— ¡Por supuesto que no! — exclamó la joven sin dudar— . Ustedes no tienen culpa de nada.

— ¿Entonces por qué pones en peligro nuestros puestos de trabajo?

— ¿Sus puestos de trabajo?, pero... ¿qué dice? — preguntó desconcertada.

— Tú conoces a todos los que trabajamos aquí. Pues todos, absolutamente todos, incluida tú, dependemos de la supervivencia de la emisora, y eso sólo se consigue atrayendo publicidad a nuestros programas. Gracias a Dios, hasta ahora, podemos darnos por satisfechos, pero te aseguro que si nos falla la publicidad que nos encargan las Industrias Vantor y las otras empresas pertenecientes a sus amistades, tendríamos que prescindir de personal.

Lidia miró al señor Clark confusa, dudando de que eso pudiera ser verdad.

— No puedo creer que por una tontería semejante el señor Vantor retirara sus anuncios de aquí. ¡Es absurdo!

— Quizás lo parezca, pero yo conozco a esa gente y sé cómo actúan. Son muy poderosos, Lidia, y si se los ofende, nunca puede uno estar seguro de cómo van a reaccionar. La llamada del joven Vantor ha sido un aviso, y yo, como responsable de esta emisora, no puedo tomarlo a la ligera — insistió él con voz grave— . Te ruego que recapacites y pienses en todos nosotros.

El señor Clark tocó la fibra más sensible de Lidia. Ella bien sabía que James Vantor no merecía ninguna disculpa. Sin duda se encontraba en un dilema, pues tampoco permitiría que sus compañeros perdieran sus trabajos.

— No hay nada que recapacitar, señor Clark — dijo en un murmullo tras unos momentos de reflexión— . Ustedes no tienen culpa de mi antipatía hacia el señor Vantor, así que haré exactamente lo que usted me pide.

El señor Clark suspiró con alivio.

— Y puede estar seguro de una cosa — continuó ella— , que esto no volverá a suceder — aseguró con determinación.

— Gracias, Lidia. Eres una muchacha inteligente.

Con sumo cuidado preparó el programa en el que tendría que retractarse de lo dicho contra James Vantor y sus amigos. Tan convincente estuvo que Mary la felicitó.

— Cualquiera diría que sentías lo que decías. ¡Has quedado de maravilla ante la audiencia! En el fondo, a la gente le gusta que los periodistas pidamos perdón cuando nos equivocamos; eso demuestra que somos humanos, como ellos, y que cometemos errores — afirmó la periodista con sensatez.

— Te agradezco mucho que me orientes, Mary. Yo soy todavía muy inexperta.

— A tu disposición, guapísima — respondió ella con una sonrisa afectuosa— . Estoy segura de que después de oírte, el señor Vantor y sus amigos habrán quedado satisfechos. Ya no tienes de qué preocuparte.

— No creas. Ahora me falta lo peor: pedirle perdón a ese antipático — comentó con furia— . Bien sabe Dios que lo hago por esta emisora. Yo preferiría perder mi puesto de trabajo antes que humillarme ante él.

— Tranquilízate, Lidia, y sé sensata. Sabes lo que pienso del mundo en general y de ciertas personas en particular, pero tengo el suficiente sentido común como para no mencionar nombres. A pesar de que tú tampoco lo hiciste, está claro que el tal señor Vantor quiere buscarte las cosquillas. Ten cuidado con él. No estamos hablando de personas corrientes, sino de gente muy poderosa — le aconsejó con prudencia— . Ve con cautela y procura no volver a verlo.

— Esa es mi intención, te lo aseguro — afirmó enfadada.

James Vantor oyó el programa con satisfacción y esperó, con más anhelo del que hubiera

deseado, la llamada de Lidia Villena.

Aun conociéndola muy poco, después de la prueba de carácter que le había demostrado en su primer encuentro, estaba seguro de que había sido obligada a mostrarse humilde. Este triunfo le dio un brillo especial a sus atractivos ojos verdes. Esperaba con verdadera ansiedad contemplar el rostro de Lidia pidiéndole perdón. Aunque hacía bastantes días que no la veía, tampoco la olvidaba. Esto le fastidiaba, y si bien en un principio había pensado tan sólo pedirle al señor Clark que la señorita Villena se retractara por la radio, una fuerza incontrolable lo empujó a obligarla también a pedirle perdón personalmente. Se decía a sí mismo que era únicamente para bajarle los humos. No era exactamente así. Su deseo por verla era superior a su gran fuerza de voluntad.

Los días buenos habían dado paso a otros desapacibles y lluviosos. Parecía que todo se había puesto en contra de Lidia. No solamente su humor era más bien sombrío, sino que, además, el mal tiempo no la ayudaba nada a levantar su ánimo.

Ese día la lluvia era torrencial. Las calles parecían ríos y la gente corría a refugiarse en algún lugar seco. Lidia, empapada a pesar de llevar paraguas, en su camino hacia la parada del autobús, volvió la cabeza atraída por la insistente bocina de una lujosa limusina.

Miró extrañada hacia el vehículo que estaba parado casi a su lado para cerciorarse de que era a ella a quien llamaban. Cuando se abrió la puerta de atrás y se asomó el señor Vantor, Lidia se detuvo y le lanzó una mirada de reproche.

— Señorita Villena, se va a calar. Entre en el coche y la acompañaré al lugar que usted desee — se ofreció él con galantería.

Lidia, indignada de que aún tuviera la cara de dirigirse a ella, lo miró con furia.

— Señor Vantor — contestó con una serenidad que estaba muy lejos de sentir— : antes preferiría abrasarme en el infierno.

Y sin darle la oportunidad de contestar, se dio la vuelta y continuó andando bajo el chaparrón.

Después de este incidente, Lidia se rebeló durante varios días contra la idea de pedirle perdón a James Vantor III. Sabía que no podía demorarlo mucho más. Ante la insinuación de su director de que debía hacerlo cuanto antes, se tragó su orgullo y llamó a su oficina. Le sorprendió que la secretaria fuera mucho más amable con ella que la vez anterior y la pasara al instante con su jefe. Lidia no podía saber que el señor Vantor así se lo había ordenado.

— ¿Señor Vantor? Soy Lidia Villena. Le llamo para pedirle perdón por haberle ofendido en uno de mis programas — expuso sin ningún sentimiento— . Lo siento de veras y espero que acepte mis disculpas — agregó escuetamente y sin hablar para nada del incidente de la limusina.

James no lo había olvidado. De hecho era otro desaire que la señorita Villena tendría que pagar.

— Debo aplaudir su actuación, señorita Villena, pero no me convence — replicó él con voz cortante.

— ¿Cómo dice? — preguntó Lidia, no dando crédito a sus oídos.

— Digo que su disculpa, a través del teléfono y sin verle la cara, no me da ninguna garantía. Sus palabras parecen sinceras, pero hasta que no las oiga al tiempo que observo sus ojos, no estaré seguro de si las dice sinceramente o no — objetó él con una calma que desquició a Lidia.

— ¿Me está usted tomando el pelo? — preguntó con voz colérica.

— De ninguna manera. Simplemente, quiero asegurarme de que siente realmente lo que dice, y para ello nada mejor que volverme a repetir lo que me acaba de decir cara a cara.

Lidia bufó con impaciencia.

— Me da la impresión, señor Vantor, de que se excede usted — contestó mostrando una falsa serenidad— . Una cosa es pedirle perdón, lo cual ya he hecho, y otra es consentirle sus caprichos. Me niego a volver a verle — zanjó con audacia.

— Reconozco que es usted una mujer valiente, y que por ello y por su belleza cuenta con toda mi admiración, pero le vuelvo a repetir que no admito una disculpa por teléfono — le advirtió con paciencia— . La espero el viernes a las ocho en uno de los comedores privados

del hotel Weber.

— Esperará en vano, señor Vantor — aseveró Lidia con tozudez— .

¡Buenos días!

Cuando Lidia comentó con Mary el desafortunado encuentro que habían tenido el señor Vantor y ella en la calle y la conversación que había mantenido con él, ésta se alarmó.

— ¿Qué te pasa, Mary? ¿Por qué pones esa cara?

— Me temo, Lidia, que tendrás que acudir a esa cita. Le prometiste al señor Clark que te disculparías con el señor Vantor. Ya sé que lo has intentado, pero no has conseguido tu objetivo. Siento decirte que tendrás que intentarlo otra vez.

— Pero, Mary, ¿no te das cuenta de que está tratando de humillarme? — le preguntó desesperada.

— No sé si es eso o es otra cosa peor — contestó su amiga en un susurro para no asustar a Lidia. Mary estaba empezando a convencerse de la atracción que sentía James Vantor hacia su amiga.

— ¿Peor? Pero, ¿de qué hablas? — preguntó Lidia un poco turbada.

— Nada. Tonterías mías.

Lidia se sentía inquieta. Le enfurecía tener que seguir el juego a James Vantor. Los días pasaban, y ella veía con aprensión cómo el viernes estaba cada vez más cercano y no había decidido aún qué hacer. Un día, al salir de la emisora, se dirigió hacia la parroquia.

Antes de entrar en el aula se encaminó primero a la iglesia para intentar calmar un poco su espíritu. El silencio que reinaba allí le daba paz a su alma y la ayudaba a pensar con más claridad. Sola ante Dios recordaba las enseñanzas recibidas a lo largo de toda su vida.

Ahí realmente era donde se encontraba y se juzgaba a sí misma.

Pensaba en sus defectos y siempre se proponía enmendar alguno.

No siempre lo conseguía, aunque prometía a Dios y a sí misma intentarlo. Acceder a lo que le pedía el señor Vantor le costaba mucho, pues su sentido de la justicia se rebelaba contra ello. No obstante, debía hacerlo por los demás: por el señor Clark, por todos sus compañeros y también por la parroquia. Si ella se ponía en contra de James Vantor, todos perderían algo, y ella nunca se lo perdonaría.

Había mantenido una lucha interna. Finalmente, adoptando la decisión que ella creía mejor para todos, había hecho que la paz del templo se adueñara de su espíritu y se sintiera en calma consigo misma.

El padre López, que la había visto orando en la iglesia, la esperó fuera.

— Me alegro de que sientas la necesidad de hablar con Dios.

Eso es muy bueno para nuestra alma, hija; nos acerca más a Él y nos ayuda a ser mejores.

— Así es, padre — contestó Lidia sonriendo.

Lidia estuvo el viernes todo el día malhumorada. Todavía no podía creer que tuviera que hacer algo que no quería, que se viera obligada a cenar con un hombre que no la agradaba y que tuviera que ceder por el bien de otras personas. Durante toda la semana había intentado asimilarlo y se había repetido mil veces que esa sería la única vez. Cumpliría con James Vantor esa noche y se acabaría toda relación con él. Ya se cuidaría ella de no volver a cometer otro error semejante.

La falda marrón de raso y la blusa beig de seda, cruzada en el cuello, que eligió para esa noche, le sentaban muy bien. Como único complemento llevaba un cinturón dorado de fantasía adornado con lentejuelas y una vistosa hebilla. La melena, larga y rizada, le daba un aire auténticamente espectacular.

En cuanto entró en el lujoso hotel y preguntó por James Vantor, un conserje la acompañó con deferencia a uno de los comedores privados. Su asombro fue manifiesto al entrar en la estancia y observar la elegancia del mobiliario. Desde luego el lugar hacía honor a su nombre. Tan privado era que sólo había una mesa en el centro de la habitación, perfectamente preparada y adornada con un pequeño centro de flores y unas velas. El ambiente era muy acogedor. Estaba pensado para que los clientes se encontraran como en casa. Le pareció un sitio precioso para cenar en la intimidad; ¡qué pena que, por su situación, ella no pudiera disfrutar del lugar tal como éste se merecía!

James Vantor la miró extasiado. La encontraba todavía más guapa que la primera vez que la vio. Conforme se acercaba hacia donde estaba él, observó con ensimismamiento cómo sus maravillosos ojos centelleaban por el reflejo de la luz de las velas y le miraban con expresión beligerante. Él sostuvo su mirada en silencio durante unos segundos, esperando intimidarla. Para su decepción no fue así. Lidia enderezó la espalda y levantó la barbilla con rebeldía, dándole a entender claramente que no se rendiría tan fácilmente.

— Buenas noches, señorita Villena. Está usted muy guapa — afirmó con sinceridad.

Le hubiera gustado descubrir que la señorita Villena era una mujer corriente, vulgar, incluso; para su desesperación, al verla entrar, se empezó a dar cuenta de que la clase y la elegancia de esa mujer, aun no llevando ropa cara, no era normal. Estaba deslumbrante, y su atuendo, sin ser lujoso, era toda una lección de gusto y distinción.

— Gracias — contestó ella sin hacer nada por iniciar una conversación.

— ¿Desea tomar alguna copa antes de cenar?

— No, gracias.

— Bien, entonces, encargaremos la cena — dijo separando la silla para que ella se sentara.

James Vantor le aconsejó algunos de los platos especiales de los que se cocinaban allí, pero Lidia, queriendo quedar claro que no estaba en ese lugar ni por gusto ni por amistad, pidió tan sólo un plato de verduras.

Estaba nerviosa por la situación tan absurda en la que se encontraba, y lo que quería era disculparse cuanto antes y salir de allí corriendo. James Vantor era un hombre peligroso del que tenía que alejarse. Su gran atractivo, la fuerza y seguridad que demostraba en cada uno de sus movimientos, hacían que cualquier persona que se encontrara con él se sintiera intimidado ante su avasalladora personalidad. Era un hombre que atraía, de eso no había ninguna duda. Bien formado físicamente, tenía unos atrayentes ojos verdes que parecía que la taladraban cada vez que la miraba. Esa noche, vestido con unos pantalones grises, camisa a rayas impecable y una chaqueta azul marino cruzada, estaba de lo más interesante. No pudo dejar de reconocerlo. Cuanto menos tiempo estuviera con él, mejor. Su influencia no era nada buena para ella.

— Señor Vantor — logró decir por fin, intentando sostener su penetrante mirada— : le pido disculpas por lo que dije en mi programa. Lamento que se sintiera ofendido y le aseguro que no volverá a suceder.

— Acepto sus disculpas, pero me gustaría saber por qué lo hizo usted — preguntó ante el estupor de ella.

— Creo que el motivo está bastante claro. Usted, con su autosuficiencia, se burló de mí dos veces, y eso no estoy dispuesta a consentírselo — le advirtió muy seria.

Tras beber un sorbo de la copa de vino, James la miró con aplomo.

— Ha sido usted muy clara; sin embargo, no creo que deba ofenderse tanto por unas simples bromas — le aclaró él.

— Usted no me conoce. Soy una persona alegre y con sentido del humor; bromeo con mis amigos y todos nos tenemos mucho afecto. Usted es distinto. Sus bromas son hirientes, y eso no me gusta.

Lidia era consciente de que quizá estaba siendo demasiado audaz. Era una posibilidad que no le impediría expresar lo que pensaba. Estaba harta de tener que ceder. Contestaría lo que sentía a lo que él le preguntara.

— ¿Y por eso fue tan grosera conmigo cuando le ofrecí mi coche para acompañarla a su casa? — preguntó con fingida humildad, mientras sus ojos despedían chispas de cólera.

Lidia abrió la boca atónita. ¿Grosera ella? Esto era lo último que le faltaba por oír.

— No suelo comportarme así. Usted me había provocado demasiado. Fue una mala suerte que apareciera justo cuando por su culpa me encontraba del peor humor.

— Parece no estar arrepentida de ese arranque de cólera — afirmó asombrado.

Lidia no se hubiera comportado así con nadie, pero el hombre que tenía delante era distinto. La afectaba demasiado, la sacaba de quicio, la... no sabía explicar lo que ese hombre la hacía sentir.

Simplemente, tenía la habilidad de sacar al exterior lo peor de ella.

— No lo estoy — contestó con rotundidad— . En esos momentos usted se merecía esa respuesta. No me gustan las personas que utilizan su poder para manejar a los demás, y usted se vale de esa fuerza para que todos bailemos al son que usted toca — le acusó sin poder contener sus palabras.

James Vantor no podía creer lo que oía. No podía ser posible que una simple hispana le estuviera hablando como nadie se había atrevido hasta ese momento. Él era un hombre poderoso, mucho más de lo que ella nunca hubiera imaginado. Un hombre respetado e incluso temido, con la suficiente autoridad como para elevar o hundir a un hombre a su antojo. Pero... la dejaría hablar. Después de lo que ella había dicho y de cómo se había comportado, Lidia Villena se presentaba como una especie de reto para él. Era una mujer distinta a todas las que había conocido hasta ahora. La mayoría de ellas sólo pensaban en cazarle. A ella la conquistaría como fuera, y una vez en su poder, la abandonaría por una mujer de su clase. Lidia Villena sufriría y se daría cuenta de que no se podía jugar con un Vantor. Sería una aventura interesante.

Una sonrisa diabólica se dibujó en los atractivos labios del joven Vantor.

— Me da la impresión de que no soy muy de su agrado, señorita Villena — dijo con sorna— . Por el contrario, usted me gusta, me parece una mujer preciosa.

Lidia le clavó con su mirada.

— No admito ningún cumplido por su parte, así que, por favor, no vuelva a piropearme — exclamó con rudeza— . Sabe perfectamente que no he tenido más remedio que acudir a su cita, pero que quede claro que no volverá a verme. Cometí un error al intentar vengarme de usted a través de la radio, y es obvio que estoy pagando por ello.

Le juro que no volverá a tener ninguna queja de mí — añadió con determinación— . A partir de estos momentos será como si no nos hubiésemos conocido nunca.

Lidia intentó levantarse con la intención de salir de la pequeña sala, pero la voz amenazadora de James Vantor la quedó paralizada.

— ¡No saldrás de aquí hasta que yo lo desee! — estalló tuteándola por primera vez.

James Vantor, después de la decisión que había tomado para vengarse de ella, intentó ser sarcástico, pensando que la hispana le seguiría el juego y que al final Lidia Villena caería rendida a sus pies.

Para su sorpresa no solamente no había sido así, sino que además esa mujer se había atrevido a prohibirle que la alabara o que la hablara siquiera. Era más de lo que podía soportar. Conforme Lidia se expresaba con total desprecio hacia él, James notaba cómo su furor aumentaba por segundos. Con el rostro lívido y con los ojos tan oscuros como una tormenta en el mar, se levantó de golpe, tirando la silla hacia atrás. Antes de que Lidia pudiera reaccionar, él ya la había levantado de la silla y la zarandeaba por los hombros.

— ¿Quién te has creído que eres, maldita sea! ¿Acaso piensas que estás tratando con algún insignificante hispano amigo tuyo? ¡Yo soy James Vantor III y no consentiré que se me hable como lo acabas de hacer! Tú no eres nadie, ¿me oyes?, ¡nadie!, tan sólo una vulgar hispana que no merece ni una mirada mía...

— ¡Eso es lo que deseo — le cortó ella chillando a su vez— , que no me mire ni que me hable! Es usted odioso y yo le desprecio — le espetó echando fuego por los ojos.

Sin darle tiempo para continuar, la abrazó bruscamente y la besó en los labios con saña, con furia, con odio. Lidia se defendió, intentando con todas sus fuerzas apartarlo de ella, pero sus brazos de acero la retenían contra él cortándole la respiración. Llegó un momento en el que Lidia ya no luchaba; tan sólo quería apartarse un poco para poder respirar con normalidad. Cuando creía que sus piernas ya no podrían sujetarla y que se desmayaría de un momento a otro, James Vantor se apartó jadeante, sujetándola todavía con firmeza. Lidia aprovechó para tomar aire y recobrar el aliento. Tan pronto se sintió un poco recuperada, se apartó de él con un rápido movimiento y le abofeteó con fuerza.

— No vuelva a ponerme las manos encima — le advirtió roja de ira.

James Vantor la miró con rencor y acercándose con calculada lentitud a ella, la cogió de las muñecas con manos de hierro y se las puso a la espalda, intentando no hacerla daño. La

acercó a él sin que ella pudiera impedirlo y le susurró al oído:

— ¿Quién va a interponerse entre mis deseos y yo? — preguntó con arrogancia.

— ¡Yo se lo impediré! — contestó mirándole con altanería.

— ¿Igual que ahora? — rió él entre dientes.

— ¡Suélteme, bruto patán! — le insultó ella.

— Sí, reconozco que mi actitud no ha sido muy caballerosa.

Debo añadir en mi defensa que fue tu tono ofensivo y tu enloquecedor encanto los que me llevaron al límite de mi paciencia.

Te prometo que el próximo beso que te dé será más placentero — puntualizó con una sonrisa diabólica que asustó a Lidia.

— ¡Puede estar seguro de que no habrá una próxima vez!

— exclamó ella echando fuego por los ojos.

— Yo nunca pierdo, Lidia Villena. ¡Recuérdalo!

Con una lentitud deliberada, le soltó las manos y la dejó ir.

— Mi chófer te acompañará a tu casa — le ofreció él.

— No hace falta. Cogeré un taxi — contestó Lidia con altivez.

James no se opuso. No estaba de humor para soportar otra escena.

Cuando el sonido de la puerta indicó que ella había salido, el joven Vantor, reflexivo, cogió una botella de una mesita auxiliar y se sirvió una copa con gesto adusto. Sus pensamientos estaban en completo desorden, haciendo que su mente diera vueltas y más vueltas alrededor de la imagen de una bella y orgullosa hispana. Si bien en un principio, a pesar del impacto que ella le produjo, no pensó siquiera en flirtear con esa hermosa mujer, ahora estaba decidido a todo lo contrario. Lidia Villena era un desafío que le hacía hervir la sangre. Sin quererlo ella ni él, esa hispana había tenido la capacidad de renovar en él el espíritu de conquista que tenía tan olvidado, también la ilusión y el frenesí que siente un hombre cuando le gusta una mujer entre todas las demás.

Si Lidia Villena fuera de su clase, lucharía contra quien fuera para conseguirla por esposa. No siendo así, su acoso y posterior conquista se convertirían tan sólo en una lucha de poderes, una especie de demostración de su superioridad respecto a ella. Nunca había dudado de su capacidad para atraer a las mujeres. De hecho, su problema era quitárselas de encima. La conquista de la hispana iba a ser mucho más difícil, de eso ya se había dado cuenta, pero tarde o temprano la conseguiría. Entonces aprendería esa belleza de lo que él era capaz.

## 5

Lidia decidió olvidar su desafortunado encuentro con James Vantor como si nunca hubiera ocurrido. Su vida le resultaba muy placentera y no estaba dispuesta a permitir que una persona como él se la estropeara. Tenía cosas muy importantes que requerían su atención como para perder el tiempo lamentándose de algo que ya no tenía remedio y que no merecía la pena recordar.

A pesar de este percance, del cual nadie tenía conocimiento excepto ella y el joven Vantor, Lidia seguía con su tarea de recaudar fondos para la parroquia. Eran decisivos los nombres que le facilitaba Irving Longley. Al formar parte de la alta sociedad, conocía a todos sus miembros y sabía quién colaboraría con Lidia y quién no. Ella le consideraba un verdadero amigo y benefactor de la parroquia. Les ayudaba muy generosamente, por lo que todos se volcaban con él, y Lidia, en especial, accedía con gusto a las invitaciones que él le hacía. Irving Longley era un auténtico caballero: amable, galante, culto y educado. Lidia no sabía mucho de su vida. A veces se preguntaba por qué un hombre tan interesante y tan bueno no tendría mujer ni familia. A pesar de su curiosidad no se atrevía a molestarle con preguntas indiscretas. Si algún día él, voluntariamente, deseara contarle algo de su vida privada, le L escucharía con gusto. Desde luego, no sería ella la que cometiera esa indiscreción.

Un sábado, Lidia se arregló con placer pensando en la representación de ballet que iba a tener la ocasión de contemplar gracias a la invitación de Irving Longley. Cuando la llamó para invitarla, Lidia aceptó con entusiasmo. Nunca había practicado ballet, pero siempre le había encantado admirar a los bailarines en el escenario, deslizándose con elegancia y agilidad al ritmo de una maravillosa música clásica.

La ocasión merecía esmerarse en el vestuario, por lo que dedicó toda la semana a confeccionarse el vestido que pensaba lucir.

Se hizo un cuerpo ajustado de terciopelo rosa y una falda corta y recta con flecos bordados en el mismo tono. Las dos prendas se unían por medio de una banda del mismo terciopelo del cuerpo. En el cuello lucía la cruz de oro y brillantes que había llevado siempre.

El pelo se lo recogió en un moño que realzaba aún más su hermosura y dejaba al descubierto su esbelto cuello.

— No sé, querida, si merezco llevar de mi brazo a una belleza tan radiante como tú — le dijo Irving mirándola con admiración— . Voy a ser la envidia de todos los varones asistentes a la representación, sobre todo de los jóvenes. No comprenderán cómo una mujer tan cautivadora como tú se digna asistir del brazo de un viejo cincuentón como yo.

Lidia lo miró sonriendo.

— ¿Viejo? ¡Ja!, ya quisieran muchos jóvenes ser tan atractivos y encantadores como tú — afirmó con franqueza— . Ten por seguro que voy mucho más a gusto contigo que con cualquiera de ellos.

— Tus halagos suenan a música celestial en mis oídos, bella dama — contestó él risueño.

Cuando entraron en el hall del teatro ya había allí mucha gente.

Mirando a su alrededor, Lidia tuvo ocasión de admirar los elegantes vestidos de las damas asistentes y el fulgor de sus joyas. Irving se detuvo a charlar con varios amigos y les presentó a Lidia con orgullo. Aunque despojada de todo adorno millonario, ella relucía con luz propia. Todos se quedaban perplejos ante tal esplendor, no pudiendo disimular su envidia por la suerte de Longley.

— ¿No te dije, Lidia? Están que rabian — le susurró divertido.

Lidia le dedicó una sonrisa radiante que hizo que un personaje que se encontraba más alejado, acompañado de una señora mayor, se sintiera incómodo. James Vantor no sabía por qué ni quería saberlo, pero le hubiera entusiasmado que esa sonrisa hubiera estado dedicada a él. A pesar de estar rodeado de gente y de intentar escuchar y contestar a lo que le preguntaban, no podía dejar de mirar a la hispana. Lidia no le había visto. Estaba tan entretenida con Irving y sus amigos que no se fijaba en el resto de la gente.

Sean Abock, uno de los amigos que Irving le había presentado, se quedó mirando fijamente la cruz que Lidia lucía en el cuello. A la joven le extrañó ese gesto, teniendo en

cuenta las joyas que se veían por allí. Fue el señor Abock el que dio el primer paso.

— Perdone que mire tanto su cruz, señorita Villena, pero es que me recuerda mucho a una que tiene mi madre — le explicó a modo de disculpa— . ¿Le importaría que la observara más de cerca?

Lidia le dio permiso y él la cogió con dos dedos y le dio la vuelta. Sus ojos se dilataron por la sorpresa al ver la inicial que estaba grabada detrás de la cruz. "Rose", murmuró quedamente.

Lidia oyó sus palabras y se sintió intrigada por lo que ese hombre estuviera pensando en ese momento.

— ¿Me permite que le pregunte desde cuándo tiene esta cruz?

— Desde que nací — respondió la joven.

Sean Abock se quedó pensativo, no atreviéndose en esos momentos a formularle más preguntas.

La representación encantó a Lidia, y así lo iba comentando con Irving cuando vio con horror que James Vantor se acercaba a ellos. No quería volver a hablar con ese hombre, ya se lo había dicho la última que se vieron, y no lo haría. No sabía si Irving le conocía, pero por si acaso eran amigos, prefirió alejarse para no montar una escena.

— Discúlpame, Irving; debo ir un momento al tocador — se excusó con aceleración.

Sin darle tiempo a responder, se alejó a paso ligero. Después de lo que consideró un tiempo prudencial, decidió volver al hall, donde estaba esperándola Irving. Antes de llegar a él, una mano la tomó fuertemente del brazo y la detuvo bruscamente.

— ¿Acaso no quiere saludarme, señorita Villena? — preguntó James Vantor con una sonrisa irónica en sus labios.

Ella lo miró con desprecio y liberó su brazo de un tirón.

— No le conozco, señor.

Y antes de que él pudiera reaccionar, Lidia se alejó corriendo.

James Vantor hervía de furia. Cualquiera que le hubiera visto allí parado en el pasillo, con los puños apretados y los ojos de un verde tenebroso, hubiera pensado que se trataba del mismo demonio. Temblaba de ira. Nunca en su vida le habían ignorado y despreciado de esa manera. Hizo un enorme esfuerzo por calmarse y volver al hall con la mayor dignidad posible.

— James, ¿dónde te habías metido? Han estado todos nuestros amigos preguntando por ti, sobre todo ciertas jóvenes encantadoras, y tú no aparecías — le reprochó su madre.

— Me duele mucho la cabeza. Será mejor que me vaya a casa — gruñó él.

La dama lo miró atónita.

— Pero no puedes. Recuerda que ahora tenemos que asistir a la fiesta de los Mayer.

— Lo sé, madre. Si luego me encuentro mejor, iré — puntualizó con desgana.

Nancy Vantor no insistió, aunque su instinto de madre le decía que algo preocupaba a su hijo. Ultimamente le encontraba distraído, pero no se atrevía a preguntarle qué le ocurría. No se precipitaría.

Ella sabía que tarde o temprano, con paciencia, siempre averiguaba el motivo de su pesar. James era su único y adorado hijo. Tanto su marido como ella siempre habían estado pendientes de su educación, procurando que fuera la mejor. Habían tenido la suerte de que James les respondiera espléndidamente. Desde pequeño había sido un chico inteligente y estudioso. Su porvenir, teniendo en cuenta sus estudios y la herencia de su familia, estaba asegurado.

Ahora lo que más preocupaba a la señora Vantor era la elección de esposa. Era consciente de que su hijo estaba considerado como uno de los mejores partidos de Norteamérica, lo que convertía al muchacho en el objetivo prioritario de muchas cazafortunas.

Afortunadamente, James era muy listo y esquivaba bastante bien a las mujeres. Había salido con varias de una manera informal. Para alivio de la señora Vantor, su hijo todavía no se había enamorado de verdad, y ella tenía la esperanza de que cuando llegara ese momento, la elegida fuera una chica de su clase, de su grupo de amigos. Ella tenía sus predilectas, pero era lo suficientemente lista como para no decírselo a él. Muy sutilmente las invitaba a su casa o a su yate con otros grupos de amigos. Hasta el momento, su hijo no había quedado prendado

de ninguna. Esto no la desanimaba. Su tenacidad haría que tarde o temprano James se enamorara de alguna de ellas.

Era lo mejor para él y para todos. Estaba convencida de que James sólo sería feliz con una mujer de su misma clase, es decir, con una mujer de su educación, dinero y posición. Aspirar a menos sería una tontería y una irresponsabilidad por parte de él hacia su familia y sus amistades.

Lidia no contó a Irving nada de lo sucedido con James Vantor.

Consideraba ese asunto muy desagradable y deseaba olvidarlo.

También podría suceder que fueran amigos e Irving se sintiera ofendido si ella se atrevía a criticar a James. Prefirió no mencionar su nombre y disimular su estado de ánimo.

— Irving, ¿conoces mucho a Sean Abock?

— Sí; de toda la vida. ¿Por qué lo preguntas?

— Se ha interesado mucho por mi cruz. También es una coincidencia que su madre tenga una igual — contestó pensativa— . Él pronunció el nombre de Rose. ¿Hay alguien en su familia que se llame así?

— Su abuela se llama Rose y una tía que murió de cáncer también se llamaba así — le informó él— . Debe ser pura coincidencia, ¿no?

— Pues sí, porque, la verdad, es que yo no lo había visto en mi vida — contestó ella haciendo una mueca de despreocupación.

La familia Abock era una de las más ricas de Boston.

Propietarios de una cadena hotelera y de vastas propiedades, disfrutaban de un lugar privilegiado en la sociedad. Los hoteles los fundó el abuelo Asder, hijo de emigrantes irlandeses. Su familia tuvo que trabajar muy duro para salir adelante, y él se propuso desde pequeño ganar dinero y ascender en la escala social. A base de mucho trabajo fue consiguiendo poco a poco su objetivo, y a los 30 años ya era propietario de dos importantes hoteles. Tuvo la suerte de conocer y enamorarse de la bella hija de un prestigioso cirujano, la cual le aceptó sin titubear y lo introdujo en la alta sociedad de Boston. El matrimonio tuvo dos hijas. Una de ellas murió joven, de cáncer, lo que supuso un duro golpe para la familia. La otra hija, Jennifer Asder, se casó con Thomas Abock, un famoso jugador de baseball que, una vez que hubo abandonado el deporte, demostró ser un verdadero lince para los negocios. Ahora, él y sus dos hijos:

Sean y Brian, eran los que llevaban las empresas de la familia.

En la gran mansión de los Abock se oían siempre, a la hora de desayunar, las voces de todos los miembros de la familia. Ese era prácticamente el único momento del día en el que podían reunirse y comentar las incidencias del día anterior y los planes que pensaban realizar ese día. La abuela Rose siempre presidía la mesa. Mujer de gran belleza y personalidad, los había acostumbrado a que la tuvieran al tanto de los negocios. Su esposo así lo había hecho siempre. Él era el que llevaba todo, pero las decisiones siempre las tomaban entre los dos. Rose Asder sabía que su yerno era un hombre inteligente. También era muy ambicioso, al igual que sus hijos: verdaderos tiburones de las finanzas. Si bien ellos dirigían los negocios de la familia, Rose era la propietaria del cincuenta por ciento de todo lo que poseían, perteneciendo el otro cincuenta por ciento a su hija. Así lo habían dispuesto su marido y ella en el testamento y no pensaba ceder sus derechos hasta que se muriera.

— ¿Qué tal estuvo ayer el ballet, Sean?

— Supongo que bien. A mí me aburren un poco ese tipo de representaciones, ya lo sabéis, pero Jane se empeñó y no tuve más remedio que asistir — contestó con desgana.

— ¿Había muchos conocidos? — insistió su abuela, curiosa.

— Sí, muchos, y todos me preguntaron por ti. Irving Longley me dio muchos recuerdos para ti — añadió él— . Por cierto, iba acompañado de una chica guapísima que tenía en el cuello una cruz de oro y brillantes exactamente igual a la tuya, mamá — dijo mirando a su madre.

Su abuela dejó de comer y lo miró confundida.

— Tanto me llamó la atención — continuó Sean— que le pedí permiso para contemplarla más de cerca y me quedé perplejo cuando vi grabada una "R" en el reverso.

¡Qué coincidencia!

¿Verdad?

Rose Asder se atragantó y palideció instantáneamente. Intentó disimular, pero no fue capaz de pronunciar palabra. Su hija la miró preocupada y alargó la mano para coger la de su madre.

— ¿Te ocurre algo, mamá?

— ¿Conoces tú esa cruz, abuela? — preguntó Sean, suspicaz.

— No, pero...

— Mamá — exclamó de pronto su hija— , tú tenías otra cruz como la mía, ¿no? La que pertenecía a Rose Mary. ¿Donde está? ¿Es posible que la hayas perdido y que esa chica la haya encontrado?

— No — aclaró Sean— , esa joven me dijo que la tenía desde que nació.

Rose Asder, completamente conmocionada por lo que acababa de oír y con el corazón brincándole en el pecho y a punto de estallarle, dejó de escuchar los comentarios con los que su familia especulaba al respecto. Su mente voló muy atrás en el tiempo, abriéndole de nuevo una herida que ella creía tener ya cerrada. Ni oía ni veía a los que tenía delante. En su mente sólo aparecía en esos momentos la imagen de su querida hija muerta. A la pregunta reiterada de su hija de si se encontraba bien, solamente pudo responder con un "sí" muy débil.

Al observar que todos la miraban extrañados, logró recobrar la calma y poner sus pensamientos en orden.

— Será una coincidencia. Habrá miles de cruces como esa en Norteamérica — dijo con expresión grave, notando alarmada el temblor que se había apoderado de sus manos.

Todavía lívida por el impacto que acababa de recibir, se disculpó y se levantó para retirarse. Su hija, preocupada, salió tras ella y la acompañó.

Thomas Abock y sus hijos se miraron extrañados.

— No sé qué le pasará a vuestra abuela, pero estoy seguro de que guarda algún secreto con respecto a esa cruz.

— Eso me ha parecido a mí también — indicó Sean.

— ¿Pero qué relación tendrá ella con esa cruz? — preguntó Brian, extrañado.

— Conozco muy bien a vuestra abuela y sé que cuando no quiere contar algo no hay quien la convenza. Intuyo que ocurre algo que ella no quiere que nosotros sepamos. Creo que por el bien de todos debemos averiguar qué relación existe entre esa chica y su cruz, con vuestra abuela — exclamó Thomas Abock con decisión.

— Pero puede ser tan sólo que lo que ha contado Sean le haya recordado a tía Rose — sugirió Brian.

— Si hubiera sido sólo un recuerdo, se hubiera puesto triste, no lívida — concluyó su padre.

Lidia había examinado la cruz minuciosamente, sin descubrir nada que le diera algún indicio de a quién había pertenecido antes que a ella. Sean Abock había pronunciado el nombre de Rose al ver grabada la "R", pero ella no conocía a ninguna Rose. Lidia sabía desde los diez años que era hija adoptada. Cuando sus padres se lo dijeron sufrió un pequeño impacto. Pasada la sorpresa, todo siguió igual. Había sido tan feliz con su familia y los quería tanto, que enseguida olvidó esa circunstancia. Ella sólo tenía unos padres:

Clara y José Villena, y nunca se le había ocurrido buscar a sus padres naturales.

Su querida madre adoptiva le había contado todo lo que sabía respecto a ella. Casi recién nacida, una cubana, conocida de unos amigos de su padre, sabiendo que ellos no tenían hijos y que los deseaban con ansiedad, les trajo una niña. Aparentemente, no tenía nombre, tan sólo traía al cuello una cadena y una cruz, la cual siempre había permanecido con ella. Ellos le pusieron el nombre de Lidia, que era el nombre de su abuela paterna. A partir de ese momento Lidia fue su hija y nunca quisieron saber quienes eran sus padres naturales. Había tenido siempre una infancia feliz, rodeada de amor y de ternura. Tanto era así, que ella dudaba que hubiera sido tan dichosa con sus padres biológicos.

Ahora parecía que la cruz cobraba vida e intentaba transmitirle un mensaje. Lidia no quería pensar mucho en ello, pero no podía evitar que su mente volviera una y otra vez a Sean

Abock y a su gesto de sorpresa al contemplar la cruz. Su mente práctica le decía que olvidara el asunto; sin embargo, su vena de periodista la incitaba a iniciar una investigación.

El punto de partida parecía ser un nombre: "Rose". Sabía por Irving que en la familia Abock había una persona con ese nombre:

Rose Asder, abuela materna de Sean Abock. A ella acudiría para intentar averiguar algo.

## 6

Lidia y James Vantor volvieron a coincidir en la inauguración de una nueva galería de arte. En esta ocasión, Lidia no fue como invitada sino como periodista. El autor de la exposición con la que se inauguraba la galería era un joven pintor realista que venía pisando fuerte por su gran perfección pictórica y su originalidad en los temas elegidos para sus cuadros.

Lidia era una gran amante de la pintura, gustándole sobre todo el arte que ella podía entender a simple vista.

Contempló los cuadros con detenimiento para poder hacer su crónica con rigor. Le hizo una entrevista al joven pintor y la grabó en su magnetofón para poderla sacar en antena al día siguiente en su programa; también aprovechó para charlar con algunos personajes famosos de la sociedad de Boston.

James la observaba todo el tiempo, aunque el mal recuerdo de su último encuentro y su orgullo herido le hicieron recordar lo poco digna que era ella de sus atenciones. Para su tortura, la encontraba cada vez más guapa. De hecho no miraba a otra mujer estando ella en la misma habitación. Indignado consigo mismo por comportarse como un crío enamorado, no podía evitar mirarla y admirarla cada vez que se encontraba con ella. No pretendía nada serio con Lidia Villena. Sus mundos estaban a años luz uno del otro, pero no podía L soportar que ella le rechazara tan abiertamente, hasta el punto de negarle el saludo. Nunca le había ocurrido nada semejante con una mujer y, desde luego, no estaba dispuesto a permitir que la señorita Villena se saliera con la suya. Ella sólo contaba con su belleza; en cambio él, James Vantor III, tenía en Boston la influencia y el dinero suficientes como para conseguir todo lo que se propusiera.

Varias amigas se acercaron a él para saludarle e insinuársele.

Las conocía a todas y sabía que podía tenerlas cuando lo deseara.

No obstante, no quería comprometerse con ninguna porque no eran totalmente de su agrado. Cierto que eran atractivas y apasionadas; él podía jurarlo de algunas de ellas. Desgraciadamente, su corazón no palpitaba por ninguna. Como hombre, admiraba a las mujeres bellas, pero había decidido hacía mucho tiempo que sólo se casaría por amor. A pesar de haber cumplido ya veintiocho años, no tenía prisa.

Había muchas mujeres en el mundo pertenecientes a la misma sociedad que él, y estaba seguro de que, entre todas ellas, encontraría a la elegida de su corazón. Mientras llegaba ese momento se entretendría en aplastar el orgullo de la hermosa hispana.

Intentó acercarse a Lidia en varias ocasiones para observar su reacción. Tal como había previsto, Lidia le esquivó con astucia y se negó a saludarle. Al principio se lo tomó a broma, pero conforme fue pasando el tiempo y comprobó que no lograría hablar con ella ni una palabra a no ser que se pusiera en ridículo, su cólera y su resentimiento aumentaron.

No estaba acostumbrado a perder, tal como él se lo había advertido a Lidia en una ocasión, "y mucho menos ante una mujer inferior".

Lidia salió de la galería lo antes que pudo. Pensaba haber disfrutado mucho más con el trabajo ese día, pero el arrogante James Vantor se lo había impedido. Había faltado poco para que se encontraran frente a frente. Afortunadamente, había logrado eludirlo y salir de allí antes de tener que saludarle.

Se enfurecía cada vez que pensaba que ese hombre le coartaba la libertad. Desafortunadamente, no podía hacer nada por evitarlo.

Con negarle el saludo se daba por satisfecha. Con un poco de suerte James Vantor se cansaría de la hostilidad que ella le demostraba y la dejaría en paz.

Pero James Vantor no olvidó. Harto de los desdenes de la hispana y aprovechando que el amigo de su padre, el gobernador Daniel Anderson, iría a Boston en visita oficial, urdió un plan para que Lidia Villena cayera en sus brazos.

Se acercaba el verano, y Lidia esperaba con ansiedad las vacaciones para irse a Miami a pasar esos días con sus padres.

Quedaban ya pocos días de clases en la parroquia. Lidia consideraba que el balance del curso había sido muy bueno. Se sentía satisfecha de haber podido aportar algo a sus alumnas,

y todas las chicas y señoras que habían asistido a sus clases estaban encantadas de haber aprendido a coser y a dirigir con eficacia una casa. Con estas enseñanzas les sería más fácil encontrar un buen trabajo.

Un profundo desasosiego la envolvía cuando salió del despacho del señor Clark. Su primera reacción al oír el trabajo que se le encomendaba fue rebelarse y contestar un "no" rotundo, pero su sentido común le recordó de nuevo que no debía mezclar sus problemas personales con el trabajo. Había sido una ingenua al pensar que podría vencer a James Vantor. Había subestimado su poder y su férrea personalidad, y ahora se daba cuenta de que tendría que luchar sola contra él. No sabía de dónde sacaría las fuerzas y las armas para poder ganar esa batalla de voluntades, pero de lo que estaba muy segura era de que no se dejaría avasallar fácilmente. Nunca le había dado nadie motivo para sacar sus uñas y dientes, pero si James Vantor se empeñaba y la seguía provocando, conocería la parte más oscura de su personalidad.

Mary fue a su despacho para consolarla y animarla.

— He intentado sustituirte en este trabajo, Lidia; ha sido imposible. El señor Clark considera que tú eres la más idónea para esa entrevista.

— No tiene la culpa el señor Clark y tú lo sabes. "La autoridad superior" ordena que sea yo la que se meta en la boca del lobo — replicó con amarga ironía.

— Tampoco es para tanto, mujer. Piensa que muchos periodistas querrían acudir a esa cena de grandes magnates, con el gobernador Anderson como invitado especial. No sólo cenarás muy bien — continuó Mary intentando animar a Lidia— , sino que además tendrás la oportunidad de entrevistar al gobernador.

— Sí — reconoció Lidia— , sería una suerte si... la cena y la entrevista no fueran en casa de James Vantor — terminó con tono desolado— . Desde nuestra última discusión prometí no volver a hablarle y lo he cumplido hasta ahora. Con este nuevo golpe bajo, me veré obligada a decirle por lo menos "buenas noches".

— Anímate, querida. Tampoco cuesta tanto decir esas dos palabras — señaló su amiga con sonrisa burlona.

— Sé lo que ese hombre pretende. Quiere quebrar mi voluntad a toda costa, manejarme a su antojo, y... para mi propio perjuicio, ¡no estoy dispuesta a tolerarlo! — afirmó con ojos desafiantes.

— Sabes que te aprecio, Lidia, así que, por favor, piensa mucho las consecuencias antes de dar un paso en falso — le aconsejó su amiga, preocupada.

Lidia no contestó, tan sólo sonrió y salió del despacho, dejando a Mary con una expresión de incertidumbre en su rostro.

Cuando se bajó del taxi, Lidia observó admirada la bonita mansión de los Vantor. Grande y muy blanca, sobresalían las sólidas columnas del porche, al que se accedía a través de unas escaleras bordeadas por espléndidos macizos de flores.

Vestida con un bonito traje corto de encaje color salmón, de cuello alto, y con el pelo suelto y rizado, hizo su entrada en la enorme casa de los Vantor. El mayordomo, acostumbrado a la prudencia más exquisita, saludó a Lidia con cortesía, no permitiendo ni por un segundo que su rostro revelara su sorpresa ante tal belleza.

La acompañó al salón, donde se encontraban reunidos el gobernador Anderson y los anfitriones. El mayordomo anunció su nombre y todos volvieron la cabeza para mirar a la recién llegada.

James notó con perplejidad cómo su pulso se aceleraba con sólo oírla nombrar. Cuando su mirada intensa se posó sobre ella y la recorrió de arriba abajo, volvió a impresionarle el enorme atractivo de esa mujer. Ignoraba lo que le pasaba, pero sí sabía que nunca había sentido tanto nerviosismo ante la presencia de una mujer. Su sonrisa, al acercarse al grupo para saludarles, le dio esperanzas de que quizás Lidia hubiera cambiado respecto a él. Con el rostro radiante de alegría, James se acercó a ella, le besó la mano y la presentó a sus padres y al gobernador. Si bien Lidia se mostró encantadora con todos, como nunca lo había estado con James, a él no le dedicó ni una mirada, irritándolo sobremanera.

Nancy Vantor notó enseguida las reiteradas miradas cargadas de admiración que su hijo

le dedicaba a la periodista. James trataba de disimular la enorme fascinación que esa joven le producía, pero a su madre no la engañaba. Le conocía muy bien como para no darse cuenta de cuándo su hijo estaba interesado por una mujer. Aun reconociendo la belleza de la chica, no era la mujer apropiada para él. Decidió que tendría que vigilar más de cerca sus amistades femeninas. Hasta ese momento él no le había dado motivos de preocupación, pero el atractivo y personalidad de esa mujer eran peligrosas; tendría que tomar cartas en el asunto.

— Bien, señorita Villena, cuando quiera comenzamos la entrevista — sugirió el gobernador, jovial.

James los acompañó a la biblioteca, habitación silenciosa y acogedora, en la que no serían molestados.

A Lidia le gustó mucho. Toda la habitación estaba rodeada de estanterías repletas de libros. En medio había una inmensa chimenea de madera y delante de ella unos mullidos sofás verdes con una mesita y una lámpara a cada lado. Dos mesas de despacho, llenas de papeles y libros, indicaban que aquel era un lugar de trabajo.

James la invitó a sentarse , y él y el gobernador lo hicieron en el sofá de enfrente.

Lidia sacó el magnetofón y el cuestionario que llevaba preparado.

— Señor gobernador, si lo desea échele antes un vistazo a las preguntas — le invitó con una sonrisa cautivadora.

— No hace falta. Si su profesionalidad iguala su hermosura, puedo fiarme por completo de usted — contestó con galantería.

James permaneció en silencio, siendo incómodamente consciente de la admiración que Lidia provocaba en cualquier hombre.

Lidia sonrió de nuevo e inició la entrevista.

El cuestionario era de lo más sencillo en cuanto a la forma; Lidia quería que todos sus oyentes comprendieran perfectamente lo que ella le preguntaba al gobernador y lo que él respondía. El político fue también muy claro, contestando con sinceridad a las cuestiones que sobre economía, política nacional e internacional y problemas sociales, le hacía Lidia.

James Vantor no intervino en ningún momento. Su único objetivo fue observarla pensativo y serio.

Lidia hubiera preferido hacer la entrevista a solas; habría estado más tranquila y espontánea. Con James Vantor sentado enfrente de ella, observándola como un halcón, se encontraba nerviosa y bastante incómoda. Afortunadamente, se concentró mejor de lo que creía en el trabajo, y a mitad de la entrevista estaba mucho más relajada. El carácter desenfadado y simpático del gobernador la ayudó mucho. Se prestó amablemente a todas las preguntas, e incluso añadió algunas declaraciones que él consideró interesantes.

— Estás muy callado, James. ¿No tienes nada que objetar a mis respuestas? — le preguntó amigablemente.

— No; tampoco a las preguntas — puntualizó mirando a Lidia con sonrisa burlona.

Lidia pasó por alto sus palabras y se dedicó a guardar en su bolso el magnetofón y los papeles que había estado manejando.

— Le agradezco mucho que me haya concedido esta entrevista — dijo dirigiéndose al gobernador— . Ha sido usted muy amable.

— No me importa en absoluto ser entrevistado por una periodista tan guapa e inteligente como usted — respondió el político con caballerosidad.

— Muchas gracias, señor gobernador.

James abrió la puerta de la biblioteca para dejar paso a su invitado y a Lidia, y los tres se dirigieron hacia el salón, lugar donde estaban reunidos el resto de los invitados antes de pasar al comedor.

El gobernador, nada más entrar en la habitación, fue requerido por varios de los invitados, lo cual fue aprovechado por James para presentar a Lidia a otros grupos. Unos la saludaban con amabilidad y admiración por su simpatía y naturalidad; otros, en cambio, por el mero hecho de ser una periodista, la recibieron con cierto recelo.

Lidia no se inmutó. Sacando a relucir todo el encanto del que era capaz de manifestar, terminó por conquistar a los más suspicaces.

Lidia no quería ni pensarlo, pero tenía que reconocer que James se estaba comportando con ella con exquisita cortesía y gentileza, como si ambos fueran dos buenos amigos. Recelaba un poco de tanta amabilidad. Sin embargo, en justicia, debía decir en favor de James Vantor que, en esos momentos, ningún hombre hubiera podido ser más amable.

Lidia no conocía en profundidad al sexo masculino, ya que sus salidas con hombres habían sido muy esporádicas y su relación con ellos no había pasado de ser una mera amistad. Quizás por su inexperiencia la desconcertaba tanto James Vantor. Si bien en sus encuentros anteriores él se había comportado de una forma que Lidia consideraba abominable, en esos momentos sus modales, su educación y su deferencia hacia ella le hacían parecer el hombre más galante del mundo. Cualquier mujer hubiera estado encantada con sus atenciones, y Lidia, si no fuera por los prejuicios que la predisponían en contra de él, hubiera pensado lo mismo.

James se mantuvo a su lado casi todo el rato que estuvieron en el salón, y cuando entraron en el comedor Lidia se quedó de nuevo sorprendida por el lugar que ocupaba en la mesa. La tarjeta con su nombre estaba colocada a la derecha de James Vantor. Parecía como si el joven se hubiera propuesto no separarse de ella ni un instante y estuviera decidido a colmarla de atenciones. A pesar de esta impresión, ella no bajó la guardia. Desgraciadamente, se había hecho en su mente una idea demasiado clara de su personalidad como para dejarse engañar tan fácilmente. Correspondió con educación a sus atenciones. No solamente porque estuvieran rodeados de gente, sino porque, en justicia, él se lo merecía.

La señora Vantor, aunque mostrándose encantadora, como era habitual en ella cuando le convenía, no dejaba de mirar con desagrado la forma en que su hijo agasajaba a la periodista. Podía comprender que James se sintiera atraído por una mujer guapa; eso le ocurría a cualquier hombre, pero lo que la preocupaba era su forma de mirarla. Parecía como si solamente estuviera esa hispana en el comedor, como si para él no existieran los demás comensales.

Su actitud hacia ella parecía dar a entender a los otros que no se molestaran en poner sus ojos en esa mujer porque ella le pertenecía, y este comportamiento de su hijo hacia una mujer la asustaba.

Los pensamientos de Nancy Vantor fueron interrumpidos momentáneamente por el invitado que tenía a su izquierda. No obstante, con toda la astucia de que era capaz, procuraba estar atenta a las palabras de sus vecinos de mesa y a cada movimiento de la pareja formada por su hijo y la periodista. Para su sorpresa, y al contrario de lo que era normal en la actitud de cualquier mujer hacia su hijo, la joven hispana no se prodigaba en sonrisas hacia James.

Simplemente, atendía a las demandas del joven con fría cortesía, sin exteriorizar en ningún momento ni el más mínimo interés por él.

Este comportamiento de la joven aumentó la aprensión de la señora Vantor. Conocía a su hijo y sabía que no dejaría de aceptar el reto que suponía conquistar a una dama difícil, hostil a él. Jamás se había encontrado James Vantor con semejante desafío, y al igual que la mayoría de los hombres, no dejaría escapar su oportunidad de practicar uno de los deportes más excitantes para ellos: conseguir, a base de tenacidad y astucia, el amor de una mujer.

Lidia procuró hablar y "sonsacar" a cada uno de los invitados que estaban sentados cerca de ella. Todos eran personajes influyentes de Boston y de Nueva Inglaterra en general. Hombres de negocios que estaban al tanto de las últimas noticias sobre economía y política, muy conscientes de que sus imperios dependían de la inteligencia y de la capacidad de cada uno para adelantarse a su rival.

El gobernador habló con ellos cordialmente y con aparente sinceridad. Todos parecían conocerse bien, y a Lidia le dio la impresión de que el gobernador sabía que, por su propio bien, no podía mentir a esos hombres.

Intentó memorizar las respuestas que le daban a todo lo que les preguntaba. Lo más importante para Lidia era la entrevista con el gobernador, pero sabía que para un periodista era crucial mantener siempre los ojos bien abiertos y los oídos atentos. Se mostró encantadora con todo el mundo, y este talante provocó una favorecedora disposición por parte de los magnates hacia ella.

James, que conocía muy bien a todos esos hombres, estaba realmente perplejo ante la simpatía que mostraban hacia la hispana.

Al principio, pareció extrañado e incluso indignado de su talento para llevar a los hombres a su terreno. Conforme fue transcurriendo la noche se dio cuenta del juego que practicaba la hermosa periodista: desplegar todas sus artes de seducción para conquistar la confianza y el beneplácito de unos hombres de negocios que, en cualquier momento, podrían servirle de gran ayuda. Él sabía por experiencia que la hispana era todo un carácter, y sin embargo la veía ahora mostrando con gran talento todas sus excelencias femeninas para cautivar a esos personajes. ¿Era su conducta en esos momentos sincera o estudiada con el fin de conseguir el favor de los poderosos? James estaba desconcertado. La Lidia Villena que tenía a su lado no se correspondía con la que él había conocido anteriormente. No obstante, las dos le atraían demasiado, por lo que debía ser muy cauto para no caer en las redes de esa hermosa hechicera.

James Vantor gozaba de gran prestigio como abogado y como hombre de negocios. Era inteligente y seguro de sí mismo, muy capaz de conseguir lo que quería con una tenacidad y habilidad que sus amigos admiraban. Sus ideas y jerarquía de valores estaban grabadas a fuego en su mente, y estaba dispuesto, pasase lo que pasase, a seguirlas a rajatabla. Considerado un hombre responsable por sus amigos y conocidos, sabía que, según las enseñanzas recibidas y la deferencia que le debía a la sociedad a la que pertenecía, nunca podría casarse con una mujer inferior a él. Lo sabía y lo acataba con gusto. Estaba convencido de que tarde o temprano encontraría entre sus iguales una mujer de la que se enamoraría. Eso no impedía que, mientras llegara ese momento, él disfrutara de los favores de alguna que otra mujer que le atrajera, como era el caso de Lidia Villena. Reconocía que ella le oponía más resistencia de lo que él hubiera deseado, pero el premio recompensaba el esfuerzo. Hasta que conociera a la mujer que sería su esposa, la esquiva hispana sería la mejor compañera que un hombre pudiera desear.

Lidia quedó muy satisfecha de la reunión en casa de los Vantor. Había tenido que sonreír y contestar con educación a James Vantor, pero teniendo en cuenta todo lo que había conseguido a cambio: entrevista con el gobernador y declaraciones espontáneas de algunos de los hombres más influyentes del país, reconocía que su pequeño sacrificio había valido la pena.

Se despidió de todos con simpatía y agradeció a los señores Vantor, de manera cordial, su hospitalidad.

— ¿Sería usted tan amable de pedirme un taxi, por favor?

— le pidió al mayordomo.

— No hace falta — intervino James con rapidez— ; yo te acompañaré.

El mayordomo, al oír estas palabras, inclinó la cabeza y se retiró.

— No tiene por qué molestarse, señor Vantor; cogeré un taxi — insistió ella con firmeza.

— No es necesario; te acompañaré con sumo placer.

Con determinación la sujetó del brazo y salieron de la casa.

Fuera, en la misma puerta, estaba aparcado un magnífico y reluciente Mercedes deportivo. James la ayudó a introducirse en el coche y él se sentó al volante.

— Creía que los millonarios como usted nunca conducían sus coches — comentó Lidia con sarcasmo.

Él pasó el comentario por alto y contestó con seriedad.

— Me gusta conducir, pero a veces, por cuestiones de trabajo, se me hace imprescindible llevar a mi chófer.

Lidia no contestó. Dirigió sus ojos hacia la carretera y así permaneció hasta que la pregunta de James la sacó de su ensimismamiento.

— ¿Lo has pasado bien esta noche? — preguntó tuteándola.

— No le he dado permiso para que me tutée, pero usted insiste en tratarme como a una de sus amiguitas — le reprochó altiva.

A pesar de lo que le había molestado su brusquedad, intentó disimularlo.

— Perdona. ¿Me permites que te hable de "tú"? — preguntó con una sonrisa burlona en

sus labios.

— ¡No! — respondió ella con rotundidad— . No quiero que entre usted y yo haya ningún tipo de confianza.

Él detuvo el coche con genio y la miró furioso.

— ¿Por qué no?

— Lo sabe perfectamente, pero por si se le ha olvidado, se lo volveré a repetir — señaló con dureza— . Usted no me gusta, señor Vantor; ni usted, ni su mundo, ni su forma de vida. Me parece un hombre caprichoso, arrogante y superficial; interesado tan sólo en el dinero que le aportan sus negocios y en el poder y en la supremacía sobre los demás que ese dinero le da — le reprochó con acaloramiento— ; esa forma de ser no me va, por tanto le advierto que pierde su tiempo conmigo.

Al joven Vantor le latía el corazón con furia debido a la ira que le habían provocado los insultos de Lidia. No solamente por las palabras en sí, sino porque ella sentía realmente todo lo que decía.

Estaba ofendido, indignado y a punto de estallar. Aun así, se propuso no perder el control. Si quería manejarla y dominarla, debía conservar la serenidad y demostrarle que estaba equivocada.

— Hace unos momentos, en mi casa, nadie hubiera dicho que usted pensaba lo que piensa de mí y de mis amigos. Se mostraba tan encantadora... — observó con un deje de ironía.

— Tengo un trabajo que me da de comer a mí y a muchas familias, lo que significa que cuando lo estoy realizando debo olvidarme de mis sentimientos y hacerlo lo mejor posible. Eso no quiere decir que, fuera de él, no pueda decir lo que pienso y salir con las personas que quiero. Mi trabajo tiene unas horas, unos deberes y unos derechos. En cambio, mi tiempo libre es sólo mío — aclaró ella— , y lo utilizo según mis deseos.

James la miraba realmente asombrado de la firmeza de sus palabras. Él era un hombre de gran voluntad, pero intuía que la conquista de esa mujer iba a serle mucho más difícil de lo que había pensado en un principio. El carácter de esa hispana parecía indomable, aunque precisamente por eso se le hacía más atractiva la cacería.

— Ha sido usted muy franca, señorita Villena, y dado que conoce tan bien mi carácter, debo añadir, para su mayor conocimiento de mi persona, que soy un hombre muy tenaz y siempre llego hasta el final de cualquier asunto que me interese; jamás me doy por vencido — agregó con voz amenazadora.

— No sé lo que intenta decirme ni lo que pretende de mí, pero ya que hemos llegado a un punto en esta conversación en el que parece que nos estamos sincerando el uno con el otro, ¿le importa decirme qué desea de mí?

Aunque la pregunta tan directa le había cogido desprevenido, no estaba dispuesto a esconder lo que quería. James habló con sinceridad.

— Deseo que salga conmigo.

— ¿Por qué?

— Porque usted me gusta.

La joven frunció el ceño y lo miró con incredulidad.

— Físicamente, supongo, puesto que nunca me he mostrado con usted ni simpática ni atenta — afirmó sin rodeos.

— Después de esta noche conozco las dos manifestaciones de su personalidad y ambas me gustan, aparte de atraerme muchísimo su belleza — dijo él tranquilamente.

Lidia lo miró pensativa, sin acabar de comprender exactamente qué era lo que pretendía ese hombre.

— Bien, señor Vantor, debo agradecerle su sinceridad, aunque tengo que advertirle que pierde usted su tiempo. Ha afirmado que yo le gusto, pero usted no me gusta a mí, lo que nos lleva a la conclusión de que nuestra relación sería estúpida. Creo que lo mejor es — continuó ella— que nos despidamos ahora y nos olvidemos de esta tontería.

Mientras Lidia había estado hablando, casi no le había mirado.

Cuando lo hizo con más detenimiento, se asustó ante la mirada glacial que él le dedicó.

— Si creyera que usted hablaba en serio, no vacilaría en demostrarle ahora mismo que yo le atraigo más de lo que usted cree — respondió con arrogante seguridad— . Usted y yo nos atraemos — repitió obstinadamente— , aunque no quiera reconocerlo, y le aseguro que, a pesar de su terquedad, será cuestión de tiempo que formemos pareja — afirmó con un brillo desafiante en los ojos.

Lidia estaba asustada ante su actitud fría y calculadora. No conocía bien a ese hombre, pero su expresión y su tono la estaban advirtiendo claramente que con un hombre así no se podía jugar.

Había sido muy osada al hablarle como lo había hecho. A pesar de que no se arrepentía, a partir de ese momento debía ser más prudente y más lista para alejarle de ella.

— No deseo continuar con este asunto, señor Vantor. Los dos hemos dicho lo que teníamos que decir y parece que no estamos de acuerdo. Creo que seguir hablando sería perder el tiempo. Por favor, lléveme a casa — le rogó ella.

— Sí, es tarde y ambos estamos cansados — estuvo de acuerdo él— ; eso no quiere decir que dé por terminada nuestra conversación. La llamaré y hablaremos con más tranquilidad.

Cuando volvió a detener el coche delante del edificio de apartamentos donde vivía Lidia, insistió en un próximo encuentro.

— A pesar de nuestras desavenencias, le doy las gracias por haberme dado la oportunidad de entrevistar al gobernador Anderson. No obstante, insisto en que no deseo salir con usted.

— Al parecer no estamos de acuerdo. Buenas noches, Lidia.

## 7

Todos los esfuerzos de Lidia para olvidar las palabras de James Vantor fueron inútiles. Incluso dudaba a veces si él no tendría razón cuando afirmaba que ambos se atraían más de lo que ella quería reconocer.

Estaba segura de que era el tipo de hombre que a ella no le iba nada.

Por otro lado, admitía que, cada vez que lo veía, algo en su interior se despertaba. Su corazón no se quedaba indiferente cuando él le hablaba o la miraba con esos atractivos ojos verdes. Sus sentimientos eran contradictorios y la trastornaban. De lo único que estaba segura era de que James Vantor no le convenía en absoluto, por lo que decidió dejarlo fuera de su mente.

¡Como si eso fuera posible...! Ese mismo día por la tarde recibió un maravilloso ramo de flores con una tarjeta en la que el señor Vantor le expresaba claramente su intención.

"Quiero conocerte más, Lidia. Por favor, no me cierres tu puerta".

Lidia rasgó la tarjeta, sin embargo, al contemplar las flores tan bellas que ese hombre había elegido para ella, suspiró confundida.

Los días de la semana los tenía completamente ocupados.

Lidia había decidido que en el poco tiempo libre que le quedaba, se dedicaría a intentar averiguar algo sobre la posible relación que T pudiera existir entre su cruz y la familia Abock. Quizás todo fuera pura coincidencia, pero su instinto periodístico la instaba a indagar en este asunto que le concernía tan de cerca.

Sabía por Irving que Rose Asder vivía con su hija Jennifer, y hacia la casa de Thomas Abock encaminó un día sus pasos. Se preguntó si hubiera sido más correcto llamar primero por teléfono.

Ante el temor de una negativa, prefirió presentarse y cogerlos desprevenidos.

Una vez delante de la gran verja de la mansión, llamó al telefonillo y se identificó. Esperó durante unos segundos y la respuesta que recibió la desilusionó. Al parecer, la señora Asder no se encontraba en casa. Al intentar concertar una cita, la voz que le respondía le dijo que el delicado estado de salud de la señora hacía imposible su petición. Lidia insistió y prometió ser muy breve en su charla con la señora Asder. Su demanda fue de nuevo denegada.

Decepcionada, aunque no derrotada, se alejó del lugar con el firme propósito de averiguar por sí misma qué sucedía con Rose Asder.

Thomas Abock despidió a la empleada que había respondido a Lidia y miró a sus hijos con gesto preocupado.

— Ha llegado el momento que temíamos. Esto quiere decir que si la señorita Villena insiste en hablar con vuestra abuela, habrá que tomar medidas más serias. Cierto que nosotros hemos averiguado todo gracias a una amistad clave. Estoy por asegurar que esa joven, como buena periodista, no tardará en atar cabos y enterarse de lo que nosotros ya sabemos.

— Esa señorita no tiene medios para investigar nada de lo que tenga que ver con nuestra familia — afirmó Sean, confiado— . Si a nosotros nos ha costado bastante hacer ciertas pesquisas, supongo que a ella le resultará imposible.

— Nunca subestimes a una mujer y menos si es periodista — le aconsejó su padre con un cierto grado de preocupación en su voz— .

De momento es mejor que nos tranquilicemos y esperemos a saber cuál será su segundo paso. Debemos estar alerta y no permitir que esa mujer hable con vuestra abuela. Si logramos esto puede ser que ella se desmoralice y abandone este asunto.

— ¿No crees que sería buena idea hacerla vigilar? — preguntó Brian a su padre.

— Eso sería una torpeza. Si llegara a darse cuenta, nos estaríamos arriesgando a que su curiosidad e instinto profesional la llevaran a investigar en serio. Ahora se encuentra despistada y sólo está tanteando el terreno. De nosotros depende que se interese realmente por el caso o lo abandone — insistió el señor Abock— .

Daremos órdenes estrictas a todos los empleados de la casa para que no se le pasen mensajes a la abuela procedentes de la señorita Villena. De momento con esto será suficiente — concluyó Thomas Abock.

Durante la semana siguiente, Lidia volvió a llamar de nuevo a la residencia de los Abock

para intentar hablar con la señora Asder.

Sus llamadas fueron en vano; en ningún momento permitieron que hablara con Rose Asder. Pensó en Irving para que la ayudara.

Finalmente no lo hizo. Llegó a la conclusión de que no tenía ningún derecho a ponerle en un compromiso. Ese asunto le concernía solamente a ella y tendría que resolverlo sola.

Después de insistir por teléfono y presentarse en la residencia Abock un domingo sin conseguir que la recibieran, decidió pensar con tranquilidad y trazarse un plan. Siguiendo un poco las pautas que le había explicado un compañero que se dedicaba al periodismo de investigación, decidió, como primer paso, y teniendo en cuenta que la familia Abock era una de las más influyentes de Boston, empezar por la hemeroteca y consultar los ecos de sociedad del año en el que ella había nacido.

Comenzó por el uno de enero. Revisó hoja por hoja, leyendo cada palabra de la información social, pero no había ninguna alusión a la familia Asder. Continuó con los periódicos de los días siguientes y tampoco tuvo suerte. Cuando llegó la hora de irse, apuntó la fecha del último periódico que había visto y se propuso continuar con sus indagaciones en cuanto tuviera un momento libre.

James Vantor la llamó dos veces para intentar concertar una cita. En las dos ocasiones Lidia se negó a salir con él. Por nada del mundo cedería ante las presiones de ese hombre. Bastantes preocupaciones tenía ya como para añadir otra más. James Vantor III significaba problemas, y ella no quería entrar en ese juego.

El verano se echaba encima y todos en la emisora tenían que ir preparando poco a poco las emisiones estivales. En verano, las noticias se centraban sobre todo en las vacaciones de los políticos y la gente importante, ya que las instituciones y la política solían paralizarse en esas fechas. En cuanto llegaba julio y agosto, se procuraba emitir desde las ciudades costeras más famosas, sobre todo desde Newport, la ciudad de veraneo de la gente más influyente de toda la costa Este de los Estados Unidos. En ese bello lugar, los periodistas estaban constantemente trabajando debido a las diversas actividades que allí acontecían: desde regatas de renombre internacional hasta festivales de música o campeonatos de tenis, además de los numerosos bailes que se organizaban en los clubs sociales y en las grandes mansiones de los más ricos y poderosos del país.

Lidia no sabía todavía cuándo podría coger las vacaciones, pero estaba decidida a disfrutar de unos días de asueto antes de que terminara el verano. Sabía que el trabajo de la radio era constante y que era muy difícil que uno pudiera ser sustituido. Ya había hablado con Mary y parecían estar las dos de acuerdo en la forma de llevar el programa.

El sábado siguiente volvió a levantarse temprano y se encaminó de nuevo a la biblioteca. Cogió un montón de periódicos, los que ella supuso que podía revisar, y se puso manos a la obra. Sus ojos se movían nerviosos sobre las páginas, esperando encontrar algo que la animara a seguir sus investigaciones. Desanimada, poco a poco fue descubriendo que la familia Asder había sido siempre muy discreta y no aparecía en los periódicos. Sintiéndose agotada y con la vista cansada de tanto escudriñar cada línea, decidió dejar los periódicos del verano para la próxima semana.

Al salir, pensaba ir directamente a casa, pero se acordó del padre López y de la relación tan estrecha que siempre había mantenido con su padre. Se le ocurrió pensar que tal vez él se acordara de algún detalle relacionado con su nacimiento. Había hablado hacía unos días con sus padres y ellos le habían vuelto a contar todo lo que sabían respecto a sus orígenes.

Desgraciadamente, su versión seguía siendo la misma. Quizás el padre López se acordara de algún detalle que su padre le contara y que él, a su vez, había olvidado. Habló con él durante largo rato sin averiguar nada nuevo. Su explicación fue exactamente la misma que la que ella ya conocía.

— Siento mucho no haberte sido de gran utilidad, hija. Lo que te he contado es todo lo que recuerdo — se disculpo el sacerdote.

— Es una pena que mi padre perdiera el contacto con los amigos que hicieron posible mi adopción — se lamentó Lidia con desánimo.

— Yo también los conocía, pero hace muchos años que no he sabido nada de ellos. Por

unos compatriotas me informé de que se habían mudado al norte y...

— ¿Al norte? — preguntó Lidia nerviosa sin darse cuenta de que le había interrumpido— . ¿Por qué al norte?

A Lidia le brillaban los ojos de excitación.

— No lo sé exactamente. Según me dijo este amigo les habían ido mal los negocios y se cambiaron al norte porque allí tenían parientes.

— ¿Recuerda usted si su amigo le dijo a qué estado del norte se fueron a vivir? — preguntó con ansiedad.

— No me lo dijo. Quizás él tampoco lo sabía.

Al norte... — cavilaba Lidia más tarde en la tranquilidad de su habitación— . ¿Serían los familiares del norte los que les habrían facilitado la niña a los amigos de los Villena? Esto parecía otra coincidencia y como tal habría que tomarlo, por muchas conjeturas que hiciera.

Lidia siempre se había considerado una persona sensata y bastante lógica en sus deducciones; por eso no estaba dispuesta a sacar conclusiones antes de tener todas las pruebas en sus manos, si es que verdaderamente existían y ella las encontraba.

Habló con su padre de nuevo para pedirle el nombre de los amigos que les proporcionaron el bebé. Quería localizarlos en Massachusetts e intentar hablar con ellos. Su respuesta hizo que descartara esa idea de la cabeza.

— Hija, ya sabes que nos encantaría ayudarte, pero aunque te dijésemos el nombre de ese matrimonio, no adelantarías nada, ya que ellos consintieron en la adopción con la única condición de que nunca les preguntaríamos el nombre de la persona que les entregó la niña — le explicó su padre— . Nosotros estábamos tan contentos contigo que prometimos no indagar jamás acerca de tus padres verdaderos o la persona que se encargó de darte en adopción.

Nunca supimos quién era y no nos gustaría que ahora, nuestra querida hija, rompiera esa promesa — le informó el señor Villena con voz afligida.

— No te preocupes, papá. Te prometo que no averiguaré quiénes eran esas personas. Sólo investigaré algunos asuntos que me tienen intrigada. En cualquier caso evitaré que vosotros quedéis mal.

Tranquilizaos los dos y no olvidéis que os quiero mucho y que pase lo que pase vosotros seréis siempre mis verdaderos padres — les aseguró la joven con cariño.

Sus indagaciones las tuvo que interrumpir a causa del verano.

Su programa continuaría en julio y agosto, aunque en este último mes Lidia se iría unos días de vacaciones y sería sustituida por Mary.

Sin cambiar el diseño del programa, debido a los múltiples actos culturales, deportivos y sociales que se celebraban en esas fechas, tenía que asistir a muchos de ellos como periodista y comentarlos al día siguiente en la emisora. Esto significaba más trabajo de lo normal. A lidia no le importaba. Para ella era muy gratificante participar de alguna forma en parte de las numerosas actividades que se organizaban en la época estival.

En la parroquia también se dieron por concluidas las clases, y para celebrarlo organizaron entre todos una pequeña fiesta. Cada uno aportó lo que pudo y todos colaboraron en la colocación de adornos en el aula más grande, que era donde tendría lugar el festejo. Lidia, sus compañeras, y las alumnas hicieron bocadillos y cocinaron algunos platos. También asistirían los maridos, novios e hijos de las alumnas. Lidia estaba entusiasmada; no solamente por la alegría que le suponía ver a todos tan contentos, sino por lo gratificante que le resultaba haber colaborado un poco en la formación de esas personas tan buenas.

Cuando regresó a casa para cambiarse, antes de que se iniciara la fiesta, recibió de nuevo una llamada de James Vantor.

— No sé por qué se molesta en llamarme, señor Vantor. Sabe muy bien que no saldré con usted.

— ¿Ni siquiera me vas a dar la oportunidad de invitarte a cenar y mostrarte mi lado bueno? — le preguntó él con buen humor.

— ¡No!, no se la daré.

— Podíamos ir al teatro y luego a cenar. Te juro que no te decepcionaré. Por favor, acepta mi invitación — le rogó él.

Lidia no quería ser grosera, no estaba en su naturaleza, por eso se alegró de tener una excusa para esa noche.

— Lo siento, pero no puedo — contestó en un tono más conciliador.

Durante unos segundos hubo un silencio al otro lado de la línea telefónica.

— ¿Tiene otro compromiso?

— Sí, hemos organizado una fiesta en la parroquia para celebrar el fin de curso.

— ¿Y no podría dejar de asistir? — preguntó con la seguridad del que siempre consigue lo que quiere de las mujeres.

— ¡Por nada del mundo! — contestó la joven con firmeza— .

Ahora... si me perdona... he de darme prisa para no llegar tarde.

Buenas noches.

— Buenas noches — contestó él decepcionado.

La voz de James Vantor, mientras estuvo hablando con Lidia, se mantuvo en un tono muy suave. Todavía no se explicaba cómo podía controlarse tanto cuando hablaba con ella. Sus repetidas negativas le habían hecho gracia al principio, cuando todavía estaba convencido de que la rebelde hispana, tarde o temprano, caería en sus brazos. La desfachatez de esa noche al atreverse a cambiarle a él por un puñado de hispanos pobres, le había decidido a actuar por su cuenta. Lidia Villena parecía disfrutar humillándolo, pero nadie humillaba a James Vantor III. Esa mujer aprendería quién era él, y la primera lección se la enseñaría esa misma noche.

Al lado del padre López, Lidia miraba contenta, llevando el ritmo con las manos, a las parejas que bailaban los alegres ritmos de la música hispanoamericana y a los niños, que saltaban y reían alrededor de los mayores. Era una estampa preciosa observar a toda esa gente sencilla y bondadosa, vestida con sus bellos trajes multicolores, reír y disfrutar. ¡Cuánto se alegraba de haberlas ayudado en algo! Ellas, aun sin saberlo, le habían enseñado cosas mucho más importantes que la costura: solidaridad, bondad, generosidad, respeto... virtudes que no eran fáciles de encontrar en el mundo de hoy y que sólo muy pocas personas eran capaces de ofrecer de forma tan desprendida. El valor de estas mujeres, que habían tenido que abandonar su hogar en la más completa miseria para enfrentarse con las dificultades de la vida en un país extranjero, era digno de elogio y de admiración.

Lidia, llevada de la mano de algunas de sus alumnas, se unió al baile y danzó al ritmo de salsas y cumbias.

El padre López, que se había mantenido cerca de la puerta, vio entrar a un hombre joven, atractivo y bien vestido. Observó que se quedaba parado y miraba a la concurrencia. Se acercó a él para saludarle e invitarle a unirse a la fiesta.

— Soy el padre Pablo López — se presentó él mismo— ¿Puedo ayudarle en algo?

— Yo soy James Vantor y vengo a buscar a la señorita Lidia Villena — contestó secamente.

— ¿James Vantor?, ¡oh, encantado de conocerle! Permítame que le dé las gracias personalmente por su generosa aportación a nuestra parroquia — exclamó el sacerdote con sencillez.

— Más que a mí, debe darle las gracias a la señorita Villena; sólo por ella hice mi donativo.

El sacerdote sonrió.

— Lidia ya sabe lo agradecidos que le estamos todos nosotros por su desinteresada dedicación a nuestra humilde parroquia.

Tenerla como colaboradora ha sido una verdadera suerte — dijo con sonrisa bondadosa al tiempo que sus ojos se dirigían hacia el lugar donde se encontraba la joven.

Abstraída con el movido ritmo del baile, Lidia no había reparado en la presencia de James Vantor. El impacto que sufrió al verle parado delante de ella, observándola indolentemente, hizo que su corazón dejara de latir momentáneamente, para luego acelerarse desbocado impidiéndole hablar. James aprovechó su confusión para rodearla por la cintura y acercarla a él para bailar. Como una autómata y completamente turbada por la osadía de ese hombre y por la expectación que había provocado entre todos los asistentes a la fiesta, no fue capaz de rechazarle. Cuando sus nervios se tranquilizaron y su ánimo se recuperó, su primer

impulso fue dejarle allí plantado y salir corriendo. Eso era lo que él se merecía. Sin embargo... no era lo que merecía toda esa buena gente que había trabajado con tanta ilusión para organizar la fiesta. Si ella se enfadaba y le montaba allí mismo el número al orgulloso Vantor, toda la alegría e inocencia de la fiesta se vendrían abajo. Todos se entristecerían al verla a ella apesadumbrada, por lo que decidió disimular como si ese hombre fuera un amigo y comportarse con total normalidad.

La mujeres sonreían, en clara complicidad con la pareja, pensando equivocadamente que el apuesto joven debía estar enamorado de la señorita Villena y que por ese motivo había asistido también a la fiesta. Lidia intuía lo que estaban pensando todos, incluido el padre López, y eso la enfurecía todavía más.

— ¡Por qué se le ha ocurrido venir aquí? — le preguntó al oído mientras bailaban, con voz cargada de veneno— . ¡Cómo se atreve a inmiscuirse en mi vida?

— Quería conocer a mis rivales — contestó con sorna.

— ¿Rivales? ¿De qué habla? — inquirió Lidia con exasperación.

— Rechazaste mi invitación por asistir a esta fiesta, si es que se le puede llamar así — agregó en tono de desprecio— , así que decidí, nada más terminar de hablar contigo, venir y comprobar cómo eran las personas con las que preferías estar antes que conmigo.

Echó una ojeada a su alrededor con sonrisa burlona y continuó:

— Veo que tienes buen gusto y que tu ambición por superarte en la vida es encomiable.

El rostro de Lidia se encendió de ira al oír sus despectivas palabras. A los ojos de James, el gesto de enfadado aumentó todavía más su belleza.

— Te pones preciosa cuando te enfadas, por eso me gustaría que esta conversación la mantuviésemos en privado, sin ser el objeto de la curiosidad de esta gente — le susurró él, serio.

— Ellos son mis amigos. Si se encuentra usted incómodo, señor Vantor, por favor, no le dé apuro y váyase — le sugirió con ironía.

Pese a que, efectivamente, no estaba a gusto rodeado de todas esas personas desconocidas para él, bailando con Lidia se encontraba feliz. Había bailado con muchas mujeres en su vida, pero nunca había sentido lo que sentía en esos momentos. Si el ambiente fuera otro, no habría nada ni nadie que apartara a esa terca hispana de su lado.

Lidia se detuvo e intentó terminar con el baile. James se lo impidió sujetándola con fuerza a la vez que la miraba a los ojos en profundidad.

— Vente conmigo ahora mismo y olvídate de toda esta gente — le pidió con voz grave— . Tú eres una mujer bella e inteligente. Te mereces algo mejor que dedicarte a educar a los pobres. Yo puedo ofrecerte una vida llena de bienestar y de lujo, que es el marco que tú te mereces. Lidia, acepta mi proposición y conozcámonos mejor. Yo te colmaré con todo lo que desees, te presentaré a gente importante y te demostraré todo el anhelo y la pasión que siento por ti — declaró con vehemencia.

A Lidia le cogieron por sorpresa sus palabras, aunque tampoco le extrañaron demasiado. Tarde o temprano James Vantor se delataría y le pediría que fuera su querida. Un hombre como él tenía muy claro lo que quería en la vida: mantener su posición, dinero y prestigio. Había sido educado en esa línea y nunca renunciaría a ella.

Hasta ahora, James Vantor III había ido consiguiendo todo lo que se esperaba de él y así seguiría. Tarde o temprano conocería a la mujer que, por "status" social y dinero, le convendría para ser su esposa.

Cuando llegara ese momento podría decirse que había cumplido con las reglas del juego. Entretanto, nadie le impedía divertirse con las numerosas mujeres guapas que se le ofrecían sin remilgos.

Lidia sonrió con satisfacción antes de responder lo que sabía que sería como una bofetada para el orgullo del joven Vantor.

— Supongo que sus palabras hubieran colmado de alegría a muchas bellas damas a las que no les importaría venderse por dinero y joyas — dijo con lentitud premeditada para que él asimilara cada una de sus palabras— ; pero yo soy distinta, señor Vantor; yo no me vendo, y menos a un hombre que me produce desprecio.

James Vantor, sintiendo su dignidad herida, replicó con audacia, intentando controlar su ira.

— No cantes aún victoria, querida –la avisó él— . Eres una mujer orgullosa, Lidia, pero te advierto que yo también lo soy. Te he buscado muchas veces y tú no has querido atender a mis demandas. No volveré a insistir — aseveró con rotundidad— . Si recapacitas y decides cambiar de opinión respecto a lo que te he propuesto, tendrás que venir tú a mí y convencerme de que me deseas. Hace un momento no me hubiera importado que no estuvieras completamente enamorada de mí. Estaba dispuesto a enamorarte a base de cariño y atenciones. Ahora he cambiado de opinión — le comunicó con voz gélida— . El día que vengas a mí, seré muy exigente. No sólo querré tu cuerpo sino también tu alma; no te aceptaré con menos — terminó con una peligrosa calma.

Lidia levantó la barbilla con altivez y lo miró con insolencia.

— Le aconsejo que no espere, señor Vantor. ¡Jamás iré a usted!

— El tiempo lo dirá — contestó él con seguridad.

Sin pronunciar una palabra más se alejó de ella y se acercó al padre López antes de salir de la habitación.

Lidia vio que intercambiaban unas palabras y luego se despedían con un apretón de manos.

No hubiera sabido explicarlo, pero cuando la figura de James Vantor desapareció de su vista, sintió un gran vacío en su corazón; una enorme soledad la abrumó a pesar de estar rodeada de gente.

"¡Maldito yanqui!", pensó con rabia.

Agradeció las voces que la hablaban con cariño, invitándola a comer algo. En esos momentos necesitaba distracción, no darle vueltas a turbios pensamientos.

— No ha probado estos platos tan ricos, Lidia. Venga y denos su opinión — le pedía con dulzura una de sus alumnas.

— ¡Qué pena que se haya tenido que ir su amigo tan pronto! — comentó otra con bondad.

Lidia sonrió sin contestar. Aun no teniendo ganas de comer, intentó sobreponerse y olvidar el incidente anterior.

Una vez acabada la fiesta, todo quedó limpio y ordenado. Ya era tarde cuando Lidia apagó las luces del local y se despidió del padre López.

— Muchas gracias por esta maravillosa fiesta, Lidia. Sé que todos han colaborado, pero tú has sido la organizadora y, gracias a ti, nuestros amigos han podido disfrutar de unas horas maravillosas — le agradeció el sacerdote con afecto.

— Usted sabe que lo hago encantada. Yo también disfruto con la compañía de todos ustedes; es más, creo que la agradecida soy yo por tener la oportunidad de hacer algo por los demás — confesó con franqueza.

— Sí, siempre es una satisfacción ayudar a los que nos necesitan.

Desgraciadamente, eso no es posible sin dinero, y tú, hasta eso has conseguido para nosotros. Si no hubiera sido por tu optimismo y energía, ni el joven Vantor ni otros muchos hubieran colaborado con nosotros — siguió el padre López, agradecido.

— Cualquiera, con un poco de persuasión, hubiera hecho lo mismo que yo.

— Tal vez, pero James Vantor ha sido muy claro cuando ha dicho que es sólo por ti por lo que él colabora con la parroquia. Es un buen muchacho y te aprecia. Se ve que valora todo lo que haces por nosotros — añadió con benevolencia.

Lidia no siguió la conversación. Era mejor dejar al padre inocente y no explicarle que James Vantor no daba nada gratis.

Afortunadamente, todo había terminado entre ellos y ya no había nada por lo que preocuparse.

## 8

El verano empezó con bastante calor, lo que hizo que la gente se animara a desplazarse a las zonas costeras y a participar con afán en los torneos y fiestas que tenían lugar en las playas.

Esto influía enormemente en el trabajo de la emisora. Todos debían multiplicarse para no perderse ningún acontecimiento importante. El programa de Lidia seguía emitiéndose con normalidad, y los fines de semana se trasladaba a las playas de moda para estar presente en cualquier actividad que mereciera la pena.

La segunda semana de julio se dirigió a Newport, localidad donde iba a tener lugar una importante regata, el Campeonato de Vela de la Costa Este. Por la mañana se apostó en el lugar reservado a la prensa y se dispuso a escribir sobre todo lo que veía y oía. El día era magnífico para navegar: sol radiante y una suave brisa que hincharía en todo su esplendor las velas de los barcos. La gente se había ido reuniendo en el puerto deportivo para ver la salida de los veleros. Se notaba en el ambiente la expectación que despertaba este deporte en la zona.

Lidia miraba lo que pasaba a su alrededor y tomaba nota de cuanto acontecía. Distinguió entre la gente a algunos famosos y a E varios de los magnates que había conocido en Boston. Esto no le sorprendió; sabía que muchos de ellos tenían casa en Newport.

Entre los aplausos y los ánimos del público que se había reunido para verlos, comenzaron a llegar las tripulaciones de los barcos participantes. Cada una llevaba su propio uniforme para distinguirse de las otras. Todos pasaban sonrientes y esperanzados en conseguir un buen puesto en la regata en la que iban a tomar parte. Hablaban con humor entre ellos y correspondían con alegría a los saludos del público. Todo parecía muy espectacular y atrayente, lo que no era de extrañar teniendo en cuenta los magníficos veleros de dos palos que participaban.

Aunque se encontraba trabajando, Lidia estaba disfrutando enormemente del hermoso día y del entusiasmo de la gente.

Distraída, miró a los hombres que formaban las tripulaciones.

Sintiendo una especie de convulsión, sus ojos se detuvieron repentinamente en una figura que le era familiar. No tuvo que pensar dos veces quién era. Su porte al andar y su empaque arrogante eran inconfundibles. No había caído en ello, pero teniendo en cuenta el barco que tenía James Vantor, no era de extrañar que participara en ese importante acontecimiento deportivo.

Él la vio enseguida. No había estado seguro de que Lidia estuviera entre los periodistas, pero una ojeada la destacó enseguida entre todos los demás. Al pasar por la zona donde estaba la prensa, le dirigió una mirada penetrante y se levantó un poco la gorra a modo de saludo. Lidia le miró y no hizo ningún otro ademán.

La periodista pasó el día observando a lo lejos los bellos veleros y paseando por el puerto, enterándose por el entusiasmo del público y por los comentarios de los organizadores, quiénes iban ganando.

Cuando los barcos cruzaron la línea de llegada, después de una regata muy reñida, Lidia, a su pesar, vio con placer cómo el barco de James Vantor entraba en segundo lugar. Por muy poco no se habían alzado con la victoria. De todas formas, un segundo premio en una regata tan importante, era un gran trofeo.

A los tripulantes se les veía sudorosos y cansados, aunque también se reflejaba en sus rostros la satisfacción por haber participado en esa importante competición.

Los periodistas deportivos se acercaron enseguida a los veleros para recoger las primeras declaraciones de los vencedores.

Lidia prefirió esperar a la fiesta de entrega de premios que tendría lugar más tarde para hablar con ellos.

Tan pronto llegó a su hotel, se tumbó en la cama para descansar un poco antes de arreglarse para la fiesta. Le fastidiaba tener que encontrarse allí con James Vantor, pero el trabajo era lo primero y nada ni nadie impediría que ella lo realizara lo mejor posible.

La fiesta de la entrega de los premios de la regata era muy famosa. Allí se daba cita la

élite de Newport y de otras partes del país. Era de rigurosa gala, y después de la entrega de las copas, había cena y baile.

Lidia eligió para esa noche un traje de raso malva. Era ajustado de cintura para arriba hasta rodear el cuello, dejando los hombros al descubierto; la falda era de vuelo en muselina. En la parte derecha del vestido, a la altura del pecho, llevaba dos flores malvas de la misma tela. El pelo se lo recogió en un moño informal y como único adorno llevaba unos discretos pendientes de oro.

En el hall del hotel se reunió con algunos compañeros que también estaban invitados a la fiesta. Todos la admiraron y bromearon acerca de la posibilidad de poder bailar con ella.

— Chicos, no olvidéis que vamos a trabajar. Los sufridos periodistas como nosotros no tenemos tiempo para la diversión — respondió ella en tono jocoso.

A pesar de que había mucha gente en el salón del club deportivo, la parte central se había dejado libre para que pasaran los regatistas a recoger sus copas. Cuando el presidente del Club Náutico comenzó a nombrar a los ganadores, la gente prorrumpió en grandes aplausos. Los hombres hacían comentarios sobre los veleros y sus modernos aparejos, y las mujeres admiraban sin recato a los guapos campeones.

La tripulación del barco que entró en tercer lugar subió al estrado para recoger su premio. La copa le fue entregada al patrón de la nave así como un pequeño ramo de flores, y al resto de la tripulación se les entregó una medalla a cada uno y sendos ramos de flores.

Todos los presentes les ovacionaron con admiración, dedicándoles frases de reconocimiento.

A continuación desfiló la tripulación que había llegado en segundo lugar. James Vantor, como patrón del velero, iba el primero. Vestido con traje de etiqueta, como todos los demás, estaba muy guapo. Lidia odiaba reconocerlo, pero a ella le pareció el más guapo de todos. De hecho se oyeron varios suspiros entre las jóvenes cuando él pasó hacia el estrado.

Los regatistas que entraron en primer lugar repitieron la misma ceremonia, siendo vitoreados efusivamente por el público que abarrotaba el salón.

Después de recibir los premios y de saludar a todos los presentes, las tres tripulaciones agradecieron a la gente sus aplausos y respondieron con alegría a los abrazos de los amigos.

Era costumbre que cada uno de los hombres de los equipos entregara el ramo que recibía a su mujer, novia, madre o amiga. En los hombres casados, el acto en sí no despertaba curiosidad, ya que estaba claro que se lo entregarían a sus mujeres. La expectación se centraba en observar a qué mujeres de las allí presentes les entregaban los solteros sus ramos. Las elegidas, según la tradición, no se desprenderían del ramo en toda la noche y bailarían los dos primeros bailes con el hombre que las había elegido.

Las chicas solteras cuchicheaban entre risitas nerviosas, esperando ser cada una de ellas las depositarias de los ramos.

Los deportistas, en el centro del salón, miraban a su alrededor buscando a la mujer que eligirían para entregarle las flores.

James Vantor escudriñaba cada rincón de la enorme estancia para estar seguro de que no se le escapaba la presa que él quería.

Lidia observaba divertida todo el ceremonial de la entrega de premios. Ella era partidaria de que se conservaran las tradiciones, y tenía que reconocer que ésta tenía su gracia y su pequeña intriga. ¿A quiénes elegirían los atractivos deportistas para entregarles el bonito ramo de flores?

La idea le vino de pronto, y de hecho sería un buen tema para su programa. Se trataba de crear un grupo de investigación y relatar cada semana, con personas invitadas, tradiciones antiguas aún practicadas en Norteamérica.

Con la mente en otra parte, no se dio cuenta de que James Vantor la había localizado y la miraba fijamente. En el momento que él, con el ramo en la mano, se abrió paso entre la gente y se dirigía hacia ella, Lidia despertó como de un sueño y en décimas de segundos percibió lo que Vantor pretendía.

Sin pensarlo dos veces, se dio la vuelta con rapidez, aprovechando que los que estaban a su alrededor no la conocían y no podían saber que James se dirigía hacia ella. Tenía la

esperanza de poder escabullirse antes de que él llegara a su lado. Su intento resultó inútil, pues una voz potente la detuvo antes de que pudiera desaparecer.

— ¡Señorita Villena!, le ofrezco mi ramo con sumo placer. La esperaré después de la cena en la pista para que me haga el honor de bailar las dos primeras piezas conmigo.

Lidia no tuvo más remedio que darse la vuelta y forzar una sonrisa. Durante unos segundos se miraron desafiantes, al cabo de los cuales James siguió acercándose a ella hasta hacerle entrega del ramo.

Sintiéndose el objeto de las miradas de la gente, Lidia alargó la mano para recibir las flores.

— Muchas gracias; es..., es un honor para mí haber captado la atención de uno de los campeones de esta magnífica regata — dijo cortésmente.

La gente que estaba alrededor sonreía satisfecha, aprobando, al mirar a Lidia, el buen gusto del joven Vantor.

Él asintió con un movimiento de cabeza y se acercó a ella para darle un beso en la mejilla. Depués, dando media vuelta, se reunió con sus compañeros.

Todavía aturdida por la osadía de ese hombre, Lidia no sabía qué hacer. Estaba perpleja y dolida por la forma en que James Vantor la manejaba. Después de su última discusión, había estado segura de que había terminado toda conexión entre ellos. Ahora se daba cuenta de que las maquinaciones de ese hombre eran infinitas.

Un compañero se acercó a ella y la felicitó.

— No me extraña que James Vantor III se haya fijado en ti, Lidia. ¡Enhorabuena!, es uno de los mejores partidos de América.

— Déjate de guasa, Nick. Esto es una simple anécdota — le aclaró ella para que no sacara conclusiones erróneas— . ¡Anda! Vamos a cenar, a ver qué sitio le han destinado a la prensa — terminó con buen humor.

— Antes, quiero hacerles algunas preguntas a los campeones; ¿me acompañas? Ya sé que tú no tienes que publicar noticias deportivas, pero tal vez descubras en las respuestas algo interesante para tu programa — la animó él.

— James, ¿cómo la descubriste? — le preguntó David, otro de sus compañeros, con un deje de envidia en su tono— . Desde luego, tienes una vista de lince...

— No la ha descubierto esta noche — aclaró uno de sus amigos— , tuvo la suerte de conocerla hace bastante tiempo.

— ¡Vaya!, qué calladito te lo tenías, zorro... Pues te aconsejo que la guardes bien... Un tesoro así no se encuentra todos los días — añadió David con gesto burlón.

— No saquéis conclusiones precipitadas — les aconsejó James.

— ¿Insinúas que ella está libre? — preguntaron a coro, esperanzados.

— Tampoco he dicho eso — contestó él malhumorado.

Todos se echaron a reír, calculando maliciosamente lo que James tenía en mente.

— Si mis ojos no me fallan, ese bombón y un acompañante se dirigen hacia aquí — les informó David mirando a Lidia ensimismado.

— Querrán hacernos algunas preguntas sobre la regata. Ella es periodista y él quizás también — comentó James.

— ¿Periodista? Voy de sorpresa en sorpresa — exclamó David haciendo una graciosa mueca.

Lidia y Nick se identificaron como periodistas y se presentaron al grupo de regatistas.

Lidia observaba y escuchaba mientras su compañero hacía las preguntas. Hasta el momento, todas las entrevistas formuladas a los deportistas habían girado en torno al deporte de la vela, como era de esperar, y a su habilidad para conseguir manejar con maestría un barco. Para Lidia, personalmente, todo era interesante, pero ateniéndose estrictamente a su trabajo, a ella le interesaba más el lado humano de cualquier acontecimiento, por eso su pregunta iba dirigida sobre todo hacia ese campo.

— ¿Podrían decirme si supone mucho sacrificio entrenarse para una regata de este tipo?

James, que no había dejado de mirarla ni un momento, contestó a su pregunta.

— Para nosotros es un placer salir a navegar, no supone ningún sacrificio. Cuando

quiera, puede venir a nuestro barco y observar por usted misma lo que hacemos — la invitó guardando las formas mientras la miraba intensamente.

— Gracias — contestó Lidia sin ningún entusiasmo.

— Para tomar parte en una regata de la categoría de este Campeonato de la Costa Este — continuó ella— ¿hacen falta muchas horas de barco diarias?

— No, contestó David. Nosotros entrenamos los fines de semana solamente. Lo que sí es necesario es estar en forma para poder maniobrar con agilidad.

El compañero de Lidia intervino para hacerles una última pregunta.

— ¿Podrían decirme qué es lo que hacen en los entrenamientos?

— Nos cuidamos de que el aparejo esté siempre a punto, y practicamos, sobre todo, unas maniobras básicas: la rapidez en las ciabogas, los cambios de velas y el trimado de las mismas — contestó otro de los componentes del equipo.

Después de agradecerles su gentileza, ambos periodistas se alejaron, pero no sin antes recordarle James a Lidia su cita con él en el baile.

— Siempre cumplo mis compromisos, señor Vantor — fue la escueta respuesta de ella.

Los ojos de los jóvenes la siguieron mientras se alejaba.

— ¿Son imaginaciones mías o la chica no parece estar muy contenta contigo, James? — le preguntó David con tono burlón.

— No se te escapa una, David — replicó James con una sonrisa maligna en sus labios— . Sí, esa mujer es bastante indómita, nada fácil de conquistar, pero le guste o no esta noche bailará conmigo los dos primeros bailes.

— No te preocupes, hombre. A ti no se te resiste ninguna. Tarde o temprano ésta también caerá en tus redes — le animaron los amigos.

James rió con ellos, aunque sabía muy bien lo difícil que le iba a resultar conseguir a Lidia. La última vez que se vieron, dolido por la indiferencia que ella mostraba hacia él, le había dado un ultimátum. Lo había hecho en un momento de arrebato. Había pensado mucho en ello, llegando a la conclusión de que esa era la única manera de estar seguro de Lidia y de sus sentimientos. Habían pasado ya varios días y Lidia todavía no había dado el primer paso:

era muy testaruda. James estaba convencido de que la atracción que él sentía era mutua. Consideraba que sería cuestión de muy poco tiempo que esa rebelde hispana viniera a él con los brazos abiertos.

Durante la cena, Lidia se sentó con algunos compañeros.

Afortunadamente, desde donde ella estaba no veía a James Vantor.

A él, junto con el resto de los campeones, les habían reservado las mejores mesas. Los periodistas, por el contrario, ocupaban las últimas mesas del enorme salón. Lidia lo agradeció enormemente.

El menú estuvo delicioso: langosta, carne rellena y una serie de dulces exquisitos.

— La cena merece el trabajo de esta noche, ¿no crees, Lidia? — le preguntó un compañero con jovialidad.

— Por supuesto que sí; ha estado magnífica.

Estaban ya casi terminando el postre cuando Irving Longley, que la había visto de lejos, se acercó para saludarla.

— ¡Querida Lidia! ¡Cuánto tiempo sin verte! — exclamó dándole un beso.

— ¡Irving! ¡Qué sorpresa! — contestó la joven, realmente contenta de verle— . ¿Qué es de tu vida? Hace mucho que no te veo.

— El trabajo me deja muy poco tiempo libre. Alguna vez estuve a punto de llamarte para salir a cenar o al teatro. No me decidí; pensé que una chica tan guapa como tú estaría muy solicitada por jóvenes galanes enamorados — comentó mirándola con dulzura.

— Tú siempre tan amable, pero la verdad es que no salgo mucho. No tengo tiempo.

— ¿Qué tal están el padre López y todos tus amigos? — preguntó interesado.

— Todos están bien. Ahora, con las vacaciones, nos vemos menos, aunque el padre y yo siempre nos mantenemos en contacto.

— Bien, te dejo terminar la cena. ¿Te quedarás al baile?

— Sí, un rato.

— Sería sumamente feliz si me concedieras algún baile — dijo con timidez— . Te lo pido ahora porque si me descuido los jóvenes no te dejarán ni un momento libre.

— No exageres, Irving. Tan sólo tengo comprometidos los dos primeros — le aclaró ella— . Después, será un placer bailar contigo.

Irving levantó una ceja y la miró con curiosidad.

— ¿Los dos primeros bailes, dices? ¿Es que alguno de nuestros jóvenes campeones te ha entregado su ramo de flores? — preguntó expectante.

— Pues sí — contestó con desgana— . A James Vantor no se le ha ocurrido otra cosa mejor que elegirme a mí para tal ceremonia.

— ¡Vaya! Ese joven tiene buena vista. No solamente es brillante en los negocios y en el Derecho, sino que además tiene buen gusto — añadió mirando a Lidia con admiración.

Lidia se echó a reír.

— Tú siempre tan galante, Irving.

La cena terminó, y todos los invitados se dirigieron hacia el gran salón de nuevo.

El estrado en el que antes había estado situada la mesa alargada con todos los trofeos, se había preparado ahora para la orquesta. La mayor parte del salón se había dejado despejado para el baile; solamente se habían colocado alrededor mullidos sillones y sillas por si la gente quería descansar un rato entre baile y baile. Al fondo, se había preparado una barra para tener opción a tomar una copa sin dejar de participar en la fiesta.

Las jóvenes elegidas fueron solicitadas en el centro de la pista, donde ya las estaban esperando los caballeros. Lidia no sabía si seguir con la broma o huir de allí a toda velocidad. La penetrante mirada de James y un empujón de uno de sus compañeros, terminaron con todas sus dudas. Con pasos vacilantes se dirigió hacia el grupo de parejas y se acercó a James Vantor. Él la saludó con un movimiento de cabeza y alargó la mano. Lidia la cogió titubeante, muy consciente de la calidez que él le transmitía a través de sus dedos. Con suavidad la acercó más, y ambos comenzaron a bailar, cruzando miradas indescifrables que ni ellos mismos hubieran podido explicar.

Ninguno de los dos lo hubiera reconocido en esos momentos, pero ambos jóvenes se sentían muy a gusto el uno en brazos del otro.

Lidia estaba turbada y confusa. La cercanía de James la ponía nerviosa y hacía que sus defensas flaquearan. Nunca se había sentido así con un hombre. Esas nuevas sensaciones la asustaban, no queriendo ni siquiera considerarlas.

James Vantor, según decían todos, era uno de los mejores partidos de América, pero a ella no le interesaba ni le convenía. Era mucho más práctico dejarse de romanticismos y volver a la realidad.

— Todavía me estoy preguntando por qué me ha elegido a mí.

Hubiese usted quedado mejor ante sus conocidos escogiendo a una de sus amigas — comentó Lidia.

Él la miró con ojos llenos de admiración.

— He trabajado mucho esta mañana en la regata. Lo menos que me merezco ahora es estar y recrearme con la mujer que me gusta — explicó James sin rodeos— . Yo no finjo, Lidia, digo lo que pienso y no hago promesas que no puedo cumplir.

Lidia captó el mensaje de sus palabras, y en el fondo, agradeció su sinceridad.

— Ha sido usted muy claro y...

— No sigas llamándome de usted, Lidia, por favor. Ansío oírte pronunciar mi nombre — le suplicó él con voz apasionada.

Por el bien de ambos, Lidia decidió aprovechar su buena disposición.

— Sólo si me promete que ésta será la última vez que estemos juntos.

James se quedó atónito ante su petición; atónito y dolido por la indiferencia que ella mostraba.

— ¿De qué tienes miedo, Lidia? — preguntó en un murmullo.

— ¿Miedo? Yo no tengo miedo de nada — aseguró enojada.

— Tienes miedo de tus propios sentimientos y de que ellos te dominen. Intuyo — continuó él con vehemencia— , que la pasión que siento por ti es recíproca, pero tú no lo

quieres admitir. Pierdes el tiempo, Lidia, porque tarde o temprano tú y yo terminaremos juntos — aseveró una vez más con arrogante seguridad.

Los ojos de Lidia brillaron de ira.

— Usted no me conviene, señor Vantor, ni yo le convengo a usted. Es una tontería que perdamos el tiempo tonteando como dos adolescentes — respondió con frialdad.

Apretando los labios y con un fulgor de cólera en sus ojos, James la acercó más a sí.

— Yo no pensaba perder el tiempo, mi querida Lidia — le susurró sonriendo cínicamente.

— ¡Suélteme!

— ¡Pronuncia mi nombre! — rugió él.

— ¡No! — contestó ella empecinada.

— Muy bien, daremos entonces un espectáculo que divierta a todas estas señoras tan puritanas — respondió despreocupadamente con la firme intención de conseguir lo que quería.

James la abrazó con descaro y comenzó a depositar suaves besos en su rostro. Sus labios se acercaban peligrosamente a su cuello, cuando Lidia se temió lo peor y se decidió a hablar.

— Por favor, James...

Él aflojó su abrazo y Lidia respiró aliviada, notando los alocados latidos de su corazón.

— Así quiero que me llames siempre. No vuelvas a llevarme a estos extremos, por favor — le pidió él enlazando suavemente sus dedos con los de ella.

— ¿Puedo irme ahora? — preguntó Lidia levantando la barbilla.

James se quedó frío. Durante unos segundos le había dado la sensación de que Lidia Villena había sido suya. Ya no estaba tan seguro.

— En cuanto termine esta canción tu compromiso conmigo habrá terminado... por esta noche. Sé que tú y yo nos volveremos a encontrar, pero tal y como te dije hace unos días, serás tú la que tenga que venir a mí — le recordó con una sonrisa cruel y provocativa— . Esto ha sido tan sólo un pequeño paréntesis. Lo que yo deseo de ti está todavía por llegar.

Aprovechando los aplausos a la orquesta, se alejó de él y se unió al grupo de periodistas.

Pensativo y todavía alterado por la discusión que habían mantenido, James la siguió con la mirada. Se arrepentía de haber perdido el control. Esa mujer tan testaruda le sacaba de quicio. ¡Con todas la mujeres que había en esa ciudad dispuestas a ofrecérsele, tenía que haberse fijado precisamente en la más esquiva...!

Una voz dulce y melosa le sacó de su ensimismamiento.

— Un dólar por tus pensamientos — dijo una amiga acercándose a él.

— No valen tanto — contestó James todavía dolido por las agrias palabras de Lidia.

James se negó a bailar, aludiendo que tenía sed. No estaba de humor para coqueteos.

Aún sofocada por la lucha verbal que había mantenido con James Vantor, Lidia iba a retirarse cuando una voz amiga la llamó.

Se volvió y sonrió a Irving sin ganas.

— Siento que me hayas cogido casi en la puerta, Irving, pero no me encuentro muy bien y pensaba irme — dijo con expresión afligida.

Irving la miró preocupado.

— ¿Tiene tu repentino malestar algo que ver con James Vantor? — preguntó mientras la observaba atentamente— . No quiero inmiscuirme en tus asuntos, Lidia; simplemente quiero ofrecerte mi sincera amistad y mi ayuda para cuando la necesites.

Lidia lo miró con ternura y le agradeció su bondad.

— Eres todo un caballero, Irving, y no sabes cómo valoro tu ofrecimiento.

— No tienes que agradecerme nada. Sólo llámame cuando me necesites — se ofreció con sinceridad— . ¿Te encuentras ahora lo suficientemente repuesta como para poder bailar con un maduro cincuentón como yo? — preguntó sonriéndola con afecto.

— Será un placer.

En la pista de baile, ambos charlaban y reían. De pronto, el rostro de Lidia se ensombreció al ver bailando a su lado a James, que la miraba con descaro. A su mente volvió todo lo acontecido con él esa noche y se sintió perturbada de nuevo.

Cuando se alejaron un poco, Lidia se decidió a contestar a la primera pregunta de Irving.

— Antes me hiciste una pregunta y deseo contestarla, pero primero quiero que me digas si eres amigo de James Vantor — le preguntó con gesto grave.

— Conozco a su padre de toda la vida. Al hijo lo conozco muy poco. Sólo nos saludamos si coincidimos en algún acto social. Sé que es un buen abogado y también lleva con inteligencia los negocios de su padre — explicó él— . Personalmente no le he tratado.

Si me he atrevido a preguntarte es porque me ha parecido que discutíais mientras estabais bailando — le aclaró Irving.

— Pues has acertado. Efectivamente, estábamos discutiendo.

James Vantor — siguió ella— , es un hombre muy testarudo, y yo no estoy de acuerdo con su forma de comportarse conmigo.

Lidia le contó todo lo sucedido entre ella y James desde el día que se conocieron.

— Debo alabar el gusto de ese joven y supongo que emplea todos los recursos a su alcance para conseguirte. Desde luego no es la forma tradicional de conquistar a una dama, aunque se dice que en la guerra y en el amor todo está permitido...

— ¡Irving...! — le recriminó ella.

— Lo siento, Lidia, pero si yo fuera de la edad del joven Vantor, haría lo imposible por conquistar a una mujer como tú — aseguró sonriéndola— . Por eso, como hombre, comprendo al joven.

— Compruebo una vez más cómo los hombres siempre os defendéis unos a otros — dijo fingiendo sentirse enfadada— . Ante vosotros, una se siente indefensa.

Irving le dedicó una tierna sonrisa y la miró con afecto.

— Yo siempre te defenderé. Seré tu paladín, ¿qué te parece?

Lidia rió divertida. Irving, con su buen humor, siempre conseguía animarla.

— Eres imposible, Irving, pero también eres maravilloso.

Siempre terminas por hacerme reír — dijo dándole un beso en la mejilla.

Irving lo recibió encantado. En cambio Lidia, dándose cuenta de su osadía delante de toda aquella gente, se arrepintió de su espontaneidad. Miró asustada a su alrededor para comprobar si alguien había visto su reacción, y para su horror se encontró con dos ojos verdes dirigiéndole una mirada tan fría como el hielo.

James estaba pálido de furia. Había estado observando a la pareja formada por Lidia e Irving Longley sin poder controlar los celos que sentía cada vez que ella dedicaba su sonrisa radiante a un viejo en vez de a él. El beso que ella le había dado, había terminado con su paciencia. Su orgullo, herido y pisoteado por una mujer que no le merecía, reclamaba una firme decisión, y él la adoptó en esos momentos. Nunca más buscaría a Lidia Villena.

— Lo siento Irving, yo...

— Nunca un hombre maduro se sintió tan feliz de recibir un beso. Gracias, Lidia. Ese beso, espontáneo y cariñoso, lo recordaré como un bello sueño siempre — la tranquilizó mirándola con ternura.

— Espero no haber escandalizado a esta gente — comentó preocupada, recordando la amenaza de James.

— La gente que ves aquí no se escandaliza por tan poco — respondió sonriéndola.

Una vez en la habitación del hotel, despierta en la oscuridad, Lidia daba vueltas en su mente a todo lo acontecido durante el día.

Habían pasado muchas cosas en veinticuatro horas, y si bien su espíritu había estado sereno por la mañana, durante la noche su corazón no había dejado de sentirse alterado por uno u otro motivo.

Afortunadamente, ese extraño día ya había terminado. A la mañana siguiente volvería a Boston, y allí, con la rutina del trabajo, olvidaría lo sucedido con James Vantor.

## 9

Durante el mes de Agosto, Lidia siguió con su intensa actividad veraniega.

Aunque la mayor parte de los habitantes de Boston habían abandonado la ciudad para dirigirse al mar o a los lagos desperdigados por la región, ésta no se veía vacía. Multitud de turistas acudían a este bello lugar para conocer "in situ" parte de la historia de los Estados Unidos.

Debido precisamente a esta afluencia de gente, no dejaban de organizarse en verano conciertos, obras de teatro y representaciones de ópera. Lidia y sus compañeros acudían a todos estos actos culturales para comentarlos, al día siguiente, a través de la radio.

Llegado el día que empezaban sus vacaciones, Lidia se despidió de todos hasta el uno de septiembre.

Estaba eufórica de poder contar con quince días libres. Tenía muchos proyectos para el tiempo que iba a estar en Miami, siendo el principal de todos estar con sus padres el mayor tiempo posible.

El día antes de partir, Lidia fue a la parroquia para despedirse del padre López. Él ya había estado unos días en Miami y había visto a José Villena, su íntimo amigo desde la infancia.

D — Espero que descanses y que disfrutes con tus padres, querida niña. Has trabajado muy duro durante todo el año. Te vendrán muy bien estas vacaciones.

— Me encantará estar con mis padres y mis amigos, pero sobre todo, voy a descansar. Realmente, lo necesito — confesó Lidia.

Los días en la soleada ciudad de Miami fueron deliciosos.

Lidia volvió a disfrutar de su acogedora casa, de sus padres, y a reír con sus amigos. Recorrió de nuevo las calles, las tiendas y los parques, sin dejar ni un sólo día de ir a la playa. Le encantaba tumbarse al sol, bañarse en las transparentes aguas y pasear por la orilla sintiendo la suave brisa del mar en su rostro.

El uno de septiembre llegó más rápido de lo que ella hubiese querido. Con nostalgia se despidió de su familia y cogió de nuevo el avión para Boston.

La preparación de los programas para la nueva temporada le llevaba prácticamente todo el día. La línea del programa sería la misma, pero además tenía pensado introducir algunos espacios nuevos. Su equipo sería el mismo de la temporada anterior; estaba formado por buenos profesionales y se llevaban muy bien.

Durante ese curso también daría las clases en la parroquia. Ya había hablado con el padre López, y entre todos los colaboradores habían fijado los horarios.

Pasó un mes antes de que tuviera tiempo de reanudar su investigación sobre los Asder. Su último paso había sido en la biblioteca y allí fue donde decidió reanudar su trabajo.

Extendió ante ella los periódicos que pensaba revisar. La tarea se presentaba ardua, pero estaba dispuesta a hacer todo lo posible para conseguir información de esa familia. Leyó un periódico tras otro sin encontrar nada. Perdida toda esperanza, estaba a punto de dar por terminada su investigación ese día cuando sus ojos repararon en una noticia de nivel internacional.

Se había inaugurado en París un importante hotel, y en la fiesta de inauguración aparecía el matrimonio Asder. En la fotografía se veía a los Asder y a los dueños del hotel. A pie de foto el periodista informaba que el magnate americano y su mujer estaban de viaje por Europa con una de sus hijas.

Lidia, excitada ante el pequeño descubrimiento que acababa de hacer, siguió leyendo periódicos con la esperanza de encontrar más información que la ayudara a sacar alguna conclusión lógica. ¡Era su día de suerte! Con fecha del veintiocho de octubre y con motivo del Gran Baile anual a beneficio de la Cruz Roja que se celebraba en Boston, aparecían el señor y la señora Abock bailando. En una nota al margen se explicaba que la madre de la señora Abock, señora Rose Asder, presidenta del comité organizador del baile, ese año no había podido asistir a la gala por encontrarse de viaje por Europa con su marido y su hija pequeña. No se explicaba en la nota el motivo de dicho viaje al extranjero. Lidia sonrió complacida; por lo menos ya tenía un punto de partida. ¿Fueron a Europa en viaje de placer o su estancia allí

tuvo otra finalidad?

Durante esa semana, Irving Longley la llamó para pedirle que le acompañara, precisamente, al Gran Baile de la Cruz Roja. Lidia aceptó encantada; no solamente porque quería asistir al baile benéfico más famoso de Boston, sino porque tenía la esperanza de poder hablar allí con Rose Asder.

— La única pega, Irving, es que mi donativo, comparado con los de la mayoría de los asistentes, parecerá ridículo — se lamentó Lidia.

— Los donativos son anónimos, querida; bastante colaboras pagando la entrada. Todos sabemos que, debido a su carácter benéfico, su precio es muy alto — la tranquilizó él.

— ¡Qué guapo estás, Irving!, el traje de etiqueta te sienta de maravilla — exclamó Lidia cuando él fue a recogerla el día del baile.

Irving la miró complacido mientras la ayudaba a introducirse en el coche.

— Tus palabras son un verdadero regalo para mis oídos. Un solterón mayorcito como yo, no suele escuchar piropos de bellas damas — comentó sonriéndole.

— No me lo creo. Seguro que un hombre tan interesante como tú tiene muchas admiradoras, ¿a que sí? — le instó ella.

— No tantas, no tantas; las buenas siempre están cogidas — se quejó él.

Lidia rió con ganas y se cogió de su brazo para entrar en el gran hall del hotel donde se celebraba todos los años el baile.

Ambos formaban una pareja singular. De momento, todavía estaban a salvo de rumores. Se les veía juntos muy de tarde en tarde y todos sabían que el millonario Irving Longley era un solitario. Así y todo les extrañaba la camaradería cordial que mostraban los dos. A Irving se le veía encantado con la bella periodista. Era atento y galante con ella, pero el trato era más bien el de un tío hacia su sobrina. Era natural, teniendo en cuenta la diferencia de edad, aunque en algunos casos, eso no había sido ningún impedimento para que las parejas llegaran a enamorarse.

Lidia estaba espléndida, y muchos ojos la observaban admirados.

— Eres la mujer más bella del baile, querida Lidia — dijo Irving con orgullo.

— No lo creo, pero si así fuera es gracias a ti.

— No estoy de acuerdo. Ese vestido, sin una figura como la tuya, no luciría nada — afirmó él.

Lidia recordó el momento en el que había recibido el regalo de Irving. Cuando abrió la puerta y un chico le entregó la caja, pensó que eran flores. Al abrirla y desplegar ante ella el traje de noche más bonito que había visto en su vida, no podía creerlo. Todavía no sabía cómo Irving había adivinado su talla, pero el vestido le quedaba perfecto. Era largo, de muselina amarilla, drapeado en el cuerpo y recogido en un tirante en el hombro, sobre el cual llevaba un gran broche dorado en forma de estrella. Para completar el atuendo se había recogido el pelo en un moño y se había puesto unos pendientes largos.

— Nunca compré con tanto gusto un regalo — añadió él mirándola con aprecio— . No sólo te mereces ese y muchos regalos más por tu belleza, sino también por tu bondad y sinceridad. Estoy muy orgulloso de que me consideres un amigo — confesó él.

— Irving, me emocionan tus palabras. Eres un hombre maravilloso y yo te tengo en gran estima — declaró Lidia.

Saludaron a mucha gente, sobre todo a amigos de Irving.

Charlaron de muchas cosas y Lidia simpatizó con muchos de ellos.

En la barra, situada en el lado opuesto de la entrada, James Vantor charlaba con unos amigos cuando vio entrar a Lidia y a Irving. Su rostro, sereno unos minutos antes, se tornó sombrío y ausente. No esperaba encontrarse allí con Lidia, y menos acompañada de Irving Longley, el hombre al que ella besó con tanta ternura y que le había provocado tantos celos la última vez que habían estado juntos. Estaba guapísima y muy seductora. Cualquier hombre se hubiera vuelto loco por ella, y él más que ninguno.

Después de tres meses sin verla, creía que ya estaba empezando a curarse de esa mujer. Bien sabía Dios que no la había olvidado ni un instante, aunque controlando a duras penas sus impulsos había conseguido dominarse y mantenerse alejado de ella.

Había supuesto un gran esfuerzo no acosarla y convencerla de que saliera con él.

Ahora, Lidia le cogía desprevenido y hacía que todo lo que él había conseguido con un férreo autodominio se desvaneciera con sólo verla.

— ¿Conoces a la acompañante de Longley, querido? — le preguntó una amiga cogiéndose de su brazo mientras dirigía sus ojos en la misma dirección que él— . ¿O es la primera vez que la ves y estás impresionado? — inquirió en tono jocoso— . ¡Ay...! — continuó— , los hombres sois todos iguales; os ponéis tontos cuando veis una cara nueva y bonita.

— Apenas la conozco — contestó él distraído.

— Es guapa, sí, y debe ser rica o... en fin...

— ¿Qué quieres decir? — preguntó James interesándose en esos momentos por lo que ella estaba diciendo.

— Bueno, lo digo por el traje que lleva. Es un modelo de Christian Dior. Lo vi en los últimos desfiles en París.

— ¿Estás segura?

— Completamente; un modelo así no se olvida tan fácilmente.

James sintió una enorme desazón interior, notando con un doloroso zarandeo cómo el demonio de los celos y la desconfianza anidaba en su mente de nuevo.

A pesar de todo se mantuvo impasible y no hizo intención de acercarse a Lidia. Su esfuerzo parecía inútil. La hispana no se apartaba de su mente y raras veces la perdía de vista.

Irving y Lidia estaban disfrutando mucho de la noche.

Cenaron al lado de unas parejas muy agradables, amigos de Irving, y Lidia tuvo ocasión de conocer a mucha gente gracias a él.

Durante el baile, el maestro de ceremonias llamó la atención de los asistentes a la fiesta para que colaboraran en la danza llamada "cambio de pareja". Su finalidad era permitir que las parejas tuvieran oportunidad de bailar con otras personas. Cada vez que el maestro de ceremonias decía "cambio de pareja", había que bailar con el hombre o la mujer que uno tuviera más cerca.

Irving y Lidia iniciaron la danza divertidos, disfrutando del baile y sonriendo y charlando con las parejas que les iban tocando.

Lidia reía con deleite las ocurrencias y piropos de los varones que bailaban con ella, observando con buen humor sus gestos de admiración.

En uno de los cambios su semblante perdió toda la alegría al contemplar el rostro ceñudo que la miraba con expresión gélida.

En algunos momentos de la fiesta, Lidia había visto de una forma fugaz a James Vantor. Siempre la estaba observando atentamente. Ella miraba hacia otro lado con el firme propósito de olvidarse de que él estaba allí. No lo había conseguido por completo. La personalidad de ese hombre era demasiado atrayente como para que se le olvidase así como así. Le quedaba la esperanza de que nadie notara su turbación interior.

— Es un vestido muy caro para un sueldo, ¿no, querida? — le espetó James con crueldad sin poder reprimir el anhelo que sentía por saber todo lo que ella hacía— . Claro que... tener amigos con...

dinero siempre ayuda, ¿no crees?

Lidia se quedó lívida por la grosería. ¡Cómo se atrevía a insinuar que Irving y ella...! Al parecer, James Vantor vivía en un mundo tan hipócrita y corrompido que no concebía una sana amistad entre un hombre y una mujer.

Su primera intención fue abofetearlo; era lo que se merecía.

Para no darle la satisfacción de pensar que la había hecho daño, le siguió el juego con la misma frialdad que él había manifestado.

— Si te soy sincera, James, no tengo ni idea de lo que puede haber costado — contestó mirándolo seductoramente, como nunca lo había hecho antes— . Ha sido un regalo.

Su respuesta lo dejó perplejo. Había esperado un insulto y posteriormente un desaire, no la actitud dócil que ella había mostrado.

Él, sin embargo, continuó con el mismo tono agrio.

— ¿Quién te lo ha regalado y por qué?

Lidia suspiró con impaciencia.

— Haces muchas preguntas, James. No sabía que fueras tan curioso — siguió ella con inocente coqueteo.

— Normalmente, no soy curioso, pero me gustaría que contestaras a la pregunta que te he hecho — insistió con notable enojo.

— Hoy estoy de buen humor, así que te responderé — contestó dedicándole una sonrisa que lo hizo temblar— . El traje me lo ha regalado Irving.

El joven Vantor le dedicó una mirada siniestra.

— Veo que le llamas por su nombre de pila, cosa que a mí me costó mucho trabajo conseguir — le reprochó él— . Debes tener mucha confianza con él, ¿no? — preguntó con sarcasmo.

— Confío en él por completo. Es un hombre adorable y yo le quiero mucho.

James parecía inconmovible. Nadie hubiera dicho que todos los músculos de su cuerpo estaban tan tensos que apenas podía moverse con naturalidad.

— ¿Por qué vas con un hombre tan mayor en vez de conmigo?

¿Qué te da él que no pueda darte yo? — preguntó con voz áspera.

— Irving es un hombre maduro, es cierto, pero es muy atractivo y muy interesante. Me encuentro a gusto a su lado — aseguró con sinceridad.

— ¿Y en mí no ves ninguna cualidad que te atraiga? — aventuró él esperanzado.

— Sí, pero... — contestó a medias, continuando con el juego.

— ¿Pero qué? — preguntó expectante.

— Reconoce que has sido muy arrogante conmigo, James — dijo mostrando un falso enojo, como si le estuviera recriminando de forma afectuosa.

Cegado por la pasión que sentía por ella, James no adivinó su juego y creyó que ya la tenía de su parte.

— Siento haberte ofendido. Te pido perdón humildemente — y acercándola más a él, le susurró— : olvidemos el pasado, Lidia — continuó con un rayo de esperanza en sus ojos— y empecemos de nuevo. Me gustas mucho, me atraes, me vuelves loco. Por favor, salgamos y conozcámonos mejor. Dime que sí, cariño, dime que sí, por favor — insistió con tono desesperado.

— No puede ser, James, nos separan demasiadas cosas. Nuestra relación estaría abocada al fracaso.

Él movió la cabeza, negándose a aceptar lo que ella decía.

— No importa el desastroso principio que tuviéramos.

Empezaremos de nuevo — le rogó con ojos tan suplicantes que durante unos momentos llegaron a conmoverla— . Yo... intentaré mejorar para ti, Lidia, si es eso lo que quieres. Podemos ser felices...

— No, James, es mejor no empezar. Nuestra relación sólo nos traería sinsabores. Somos demasiado distintos.

James empezó a notar que no controlaba la situación, que lo que él más deseaba se le iba de las manos. No estaba acostumbrado a perder.

— ¡No acepto una respuesta así!

— Pues lo siento, pero es la única que puedo darte — contestó Lidia más afligida de lo que él pudiera pensar.

A través del micrófono se oyeron las palabras "cambio de pareja". Lidia hizo ademán de separarse, pero James la sujetó con firmeza.

— No, Lidia, estoy harto de jugar al ratón y al gato. Sé que existe algo entre nosotros y tendrás que admitirlo. Encuéntrate conmigo en el jardín a las doce — le ordenó con apremio, rechazando de plano cualquier otra negativa.

El problema que representaba para ella James Vantor se agrandaba cada día. Ya era hora de que se diera cuenta de que ella no sería nunca un juguete temporal para él. Esa misma noche haría que lo comprendiera de una vez por todas.

La joven periodista dio enseguida con la persona que estaba buscando: una amiga de

James, elegantemente vestida, con gesto altivo y orgulloso, que le miraba continuamente con arrobamiento.

Lidia dudaba de que su conducta fuera moralmente correcta.

En esos momentos no le importaba. Por nada del mundo renunciaría a darle una lección a James Vantor III. Después de ese escarmiento, se le quitarían las ganas de volver a molestarla.

— Perdona, no me acuerdo de cómo te llamas — dijo Lidia dirigiéndose a la rubia que dedicaba miradas tiernas a James.

La joven miró a Lidia por encima del hombro, extrañada, preguntándose cómo esa desconocida, que por supuesto no pertenecía a su grupo, osaba dirigirse a ella tan descaradamente.

— Lorna Robinson — contestó con sequedad.

— ¡Oh, sí!, Lorna. Te traigo un mensaje de James Vantor.

— ¿De James Vantor? ¿Estás segura?

— Sí; he estado bailando con él y me ha pedido que te diga que quiere verte a las doce en el jardín.

Los ojos de Lorna brillaron con excitación.

— ¿Te ha dicho para qué quiere verme?

— No exactamente. Sólo me dijo que tenía que hablar contigo.

Ahora tenía que reunirse con unos socios.

Antes de que la joven hiciera más preguntas, Lidia se despidió con precipitación y buscó a Irving. Esa clase de mujer era la que le iba a James y a la que todos considerarían como esposa idónea para él.

Con las prisas no tuvo tiempo de buscar a Rose Asder, ni siquiera pudo indagar si se encontraba en la fiesta.

En el coche, Lidia sonreía complacida.

— Pareces contenta. ¿Te has divertido? — preguntó Irving, jovial.

— Mucho. Ha sido una fiesta magnífica.

— Sí, son todas iguales — contestó él con desgana— ; sólo por el hecho de ser una fiesta benéfica y acompañarme tú me ha merecido la pena.

A Lidia se le nublaron un poco los ojos. Irving tenía un gran concepto de ella. ¿Qué pensaría si conociera la jugarreta que le había jugado a James?

Él se merecía eso y más, pero... Lidia no era así; nunca había hecho nada con mala intención ni había ofendido a nadie a propósito; ¿por qué había planeado entonces engañar a James con tanta frialdad?

"¡Maldito James Vantor! ¿Por qué provocas que lo más mezquino de las personas salga a la luz?" — pensó abatida.

No había jugado limpio y su conciencia no dejaba de proclamárselo. Buscó mil excusas, pero no hallaba ninguna justificación que mitigara su sensación de culpabilidad. La solución más honesta que se le ocurría era arrepentirse y pedir perdón a James al día siguiente. Lo que no sabía era si él admitiría sus disculpas o por el contrario se tomaría su revancha.

Cansada de dar vueltas por el pequeño salón, decidió tomar un baño para relajarse.

Sabía que con el maremágnum que tenía en la cabeza le sería muy difícil conciliar el sueño. Solamente durmiendo lograría que se desvanecieran los pensamientos que la perturbaban.

Creía estar soñando cuando oyó, como en la lejanía, unos golpes en la puerta. Sobresaltada al ver que persistían, se levantó, cogió la bata y se acercó a la puerta, asustada.

— ¿Quién es? — pregunto con cierto temor.

— !James Vantor! ¡Abre la puerta inmediatamente! –chilló él sin ninguna moderación.

Los ojos se le dilataron con incredulidad, sintiendo cómo el miedo la paralizaba.

— ¡Vete, James! Es muy tarde. Mañana hablaremos — logró balbucear.

— ¡Hablaremos ahora! O abres la puerta en cinco segundos o la tiro abajo — la amenazó él— . Uno, dos, tres, cuatro...

Lidia abrió sin más demora. Sabía que en el estado en el que se encontraba James, no vacilaría en cumplir su amenaza.

James entró como una tromba y cerró de un portazo la puerta tras él. Llevaba todavía el traje de etiqueta, lo que quería decir que había venido directo desde el baile.

Sintiéndose casi desnuda ante él, Lidia se ciñó más la bata a su cuerpo y retrocedió asustada al contemplar sus ojos encendidos de ira.

— ¿Por qué lo has hecho? — preguntó mientras avanzaba hacia ella, eliminando todos los obstáculos que interceptaban su camino.

— ¿El qué?

— ¡Sabes perfectamente qué, maldita sea! — estalló él.

— Creo que tu comportamiento hacia mí lo merecía — contestó recobrando la compostura y enfrentándose a él abiertamente— . Me has insultado deliberadamente insinuando que existe algo turbio entre Irving y yo. También quería terminar de una vez por todas con esto.

— ¿Decir la verdad es acaso un insulto? ¿Es que no es cierto que tú no puedes permitirte el lujo de comprarte esa clase de vestidos?

— ¡No te importa lo que yo gane o lo que me pueda comprar con mi dinero! — le espetó con genio.

— Pero sí me importa que un hombre te compre cosas lujosas.

Sólo yo debo hacerlo — contestó con arrogante seguridad.

— ¡Tú? — preguntó atónita— . Tú no eres nadie para mí, no significas nada y maldigo el momento en que te conocí — gritó sofocada.

Sus palabras fueron como una punzada en el corazón, pero no permitiría que ella detectara su dolor.

Esbozando una sonrisa cruel y provocativa, siguió avanzando hacia ella.

Desconcertada ante la expresión de su rostro, Lidia empezó a sentir cómo el coraje la abandonaba. Con dificultad dominó el miedo, dispuesta a no dar señales de debilidad ante él.

James conocía su rostro muy bien y sabía que en él se reflejaban siempre con nitidez todas las emociones que ella sentía.

Enseguida captó su temor.

— ¿Qué te ocurre, Lidia? ¿Acaso tienes miedo de mí? — preguntó con descaro.

Lidia se volvió a envalentonar ante su jactancia.

— No te temo; lo único que quiero es que te vayas de mi casa ahora mismo — contestó con audacia.

— Siempre tan osada... Pero debiste pensar antes en las consecuencias de tu acción. ¿Creíste acaso que podrías engañarme sin pagarlo? Eres muy inocente si has pensado, siquiera por un momento, que yo consentiría que jugaras conmigo — la amenazó en tono despectivo.

La pared a su espalda la hizo detenerse, ventaja que James no desaprovechó. Adelantándose a sus pensamientos, él actuó con rapidez y la acorraló entre sus brazos.

Sintiéndose inmóvil, con las manos de James a cada uno de los lados de su cabeza, y su cara muy cerca de la suya, se encontraba completamente a su merced.

Él la miraba con gesto implacable, contemplando detenidamente cada una de sus facciones. Estaba preciosa con la cara lavada. Era una verdadera tentación.

Lidia respiró en profundidad y le miró con expresión interrogante. Lo que vio la asustó. Pensaba encontrarse con unos fríos ojos verdes observándola con odio. En su lugar, topó con dos esmeraldas que refulgían con el fuego de la pasión. No sabía qué pensar ni qué decir, pero algo en su interior la advertía de que James no estaba de broma.

— ¿Qué piensas hacer? — preguntó con voz trémula.

— Quiero comprobar algo de lo que estoy casi convencido — contestó con un tono de cinismo en su voz.

— ¿Y se puede saber qué es? — inquirió tratando de mostrar una entereza que no sentía.

James se acercó más a ella, hasta rozar el rostro de Lidia con sus labios.

— Que tú sientes la misma pasión por mí que yo por ti.

En esos momentos, Lidia supo exactamente lo que James pretendía. Sin pensarlo dos veces, y haciendo un brusco movimiento, intentó apartarlo de ella. No tuvo suerte. James había interpretado acertadamente sus pensamientos y le había cogido prevenido.

Sabiendo que su lucha sería inútil, intentó dialogar con él.

— ¡No permitiré que me violes!

— ¿Violarte? ¡Vamos, Lidia! ¿Por quién me tomas? Yo nunca he violado ni violaré a nadie — afirmó muy serio— . La mujer que venga a mi cama lo hará por su propia voluntad.

— Bien — continuó ella intentando calmarse— , suponiendo que hables con sinceridad, debes reconocer que yo no estoy ahora mismo entre tus brazos por propia voluntad.

Él esbozó una sonrisa diabólica.

— No, pero lo estarás — aseveró con una seguridad que la exasperó.

Sin darle opción a protestar, se acercó más a ella e intentó besarla. Lidia volvió la cabeza bruscamente y apoyó las dos manos sobre su pecho para apartarle. No consiguió mucho. James le cogió las dos muñecas con fuerza y se las puso al costado, haciendo que los dos cuerpos se juntaran todavía más. En esa posición, Lidia no tenía escapatoria, por lo que no pudo evitar su beso salvaje.

Lidia gemía, protestando, moviéndose y luchando para liberarse. Todo su esfuerzo parecía ser inútil ante la fuerza superior de James. Parecía increíble, pero ese arrogante yanqui había logrado dominarla con suma facilidad.

Sin ninguna esperanza de salir victoriosa de esa batalla, Lidia comenzó a debilitarse. James lo notó enseguida, aunque no bajó la guardia; tan sólo dulcificó su actitud hacia ella. Sus besos, bruscos en un principio, se volvieron tiernos y amorosos, acompañados de palabras dulces y cariñosas que empezaban a quebrar el ánimo hostil de Lidia. Esto volvía la situación mucho más peligrosa para ella, ya que no sólo tenía que luchar contra él, sino contra su propio cuerpo, que le obedecía a él y no a su voluntad.

Se sentía aturdida, transportada a un mundo nuevo en el que se encontraba muy a gusto. La calidez y suavidad con la que James la besaba y la acariciaba habían despertado en ella unas sensaciones que nunca había sentido antes. Sin tener una noción clara de lo que estaba sucediendo, Lidia se sintió elevada por los brazos de James y depositada suavemente en su cama.

Una gran ola de calor se expandió por todo su cuerpo haciendo que, involuntariamente, se pusiera en movimiento y correspondiera con pasión a cada avance de James. Nada de lo que les rodeaba o lo sucedido anteriormente entre ellos tenía importancia comparado con ese estallido de amor y entrega que estaban viviendo.

James jamás había sentido tanta plenitud como en su unión con Lidia. Su felicidad era total y la pasión, dulce y convulsiva a la vez, que sentía por ella, era nueva para él. Había esperado ese momento con ansiedad, pero nunca hubiera imaginado que Lidia se le entregara con el mismo ardor y esplendidez que él mismo. Esa mujer era como un diamante en bruto, y era suya, sólo suya porque él era el primero y el único hombre al que ella se había entregado.

Lidia no podía pensar con claridad; es más, no se reconocía.

Siempre se había considerado muy segura de sí misma y de lo que quería. Ahora, su conducta con James Vantor le demostraba que era más vulnerable de lo que nunca hubiera imaginado. Jamás le había apetecido encontrarse de forma íntima con un hombre. Ninguno de los que había conocido hasta entonces le había tentado hasta ese extremo. En cambio con James, desde el primer momento que le conoció, había sido completamente distinto. No hubiera sabido explicar por qué, pero James Vantor la atraía, le deseaba, le... quería.

¡Eso era!. Lidia no lo había reconocido porque nunca había estado enamorada. Ahora acababa de darse cuenta de que lo que sentía por James era amor. Amor con mayúsculas. De no ser así, no se sentiría en esos momentos tan feliz de haber compartido momentos tan sublimes como los que ellos dos acababan de vivir. Quizás James también la quisiera...

Había leído y oído mucho sobre el amor. Ahora comprendía que para entender esa emoción en toda su plenitud había que sentirla. Sonrió de puro placer al saber que ya conocía lo que era el amor. Ahora que había descubierto ese sentimiento tan excelso y divino, dio gracias a Dios por haberle dado la oportunidad de sentirlo, y compadeció a las personas que no habían gozado de ese privilegio.

Al verla sonreír, James la miró complacido, haciendo que se desvaneciera un poco la preocupación que había sentido por ella.

— ¿Estás bien, Lidia?

Ella le dedicó una tierna mirada, haciendo que su corazón se inflamara de alegría.

— No sabía que fueras virgen, y... bueno..., aun arriesgándome a que me taches de machista, me ha hecho muy feliz. Te pido perdón si te he hecho daño — dijo afligido— , pero... te deseo tanto... — susurró besándola suavemente y apretándole la mano que no le había soltado en ningún momento.

La sonrisa de Lidia desapareció y sus ojos se nublaron con una nube de aflicción.

"Deseo...", esa era la única palabra que le dictaba su corazón.

James era de los hombres que, ni siquiera por quedar bien, confesaría lo que no sentía.

Lidia se llevó una gran desilusión. Cuando se recuperó del golpe, comprendió que toda la culpa era de ella por hacerse ilusiones. James le había confesado su atracción por ella, su obsesión por tenerla, pero nunca se le había declarado con las palabras que utilizan los enamorados para expresar un amor profundo y verdadero. Todo lo que ella hubiera especulado al respecto había sido pura fantasía de enamorada.

— No me has hecho daño, James. Al contrario, has sido muy gentil y me has guiado con paciencia y delicadeza hasta hacerme vivir unos momentos maravillosos — admitió casi en un murmullo.

— No sabes cómo me alegra oírte decir eso — contestó él satisfecho— . Ahora ya nos conocemos y estamos seguros de nuestra mutua atracción — continuó él— . Es hora de que hagamos planes, querida.

Lidia lo miró sorprendida.

— ¿Planes? ¿A qué te refieres?

— Quiero verte, tenerte en los momentos que yo tenga libre.

Deseo estar seguro de que me estarás esperando y que me dedicarás ratos mágicos como el que acabamos de vivir juntos. Podremos realizar — continuó él ilusionado— lo que he deseado desde que te conozco: alquilar un piso, el que tú te mereces, en la mejor zona de Boston y vivir los dos la maravilla del amor.

Lidia le miraba con rostro inexpresivo, hasta que logró reaccionar y hablar.

— Tú ya tienes un piso, aparte de la mansión de tus padres.

— Sí, pero lo que yo sugiero es distinto. Deseo un nido de amor para ti y para mí, donde nadie nos pueda interrumpir y donde podamos disfrutar exclusivamente el uno del otro — dijo acercándose más a ella, sin dejar de mirarla con arrobamiento— . Por supuesto correré con todos los gastos y te ofreceré todo lo que una mujer puede desear. En cuanto tenga un rato libre iré a ti entusiasmado, y los fines de semana te recogeré y nos iremos de viaje adonde tú quieras — sugirió con los ojos brillantes por la emoción.

Lidia formó con rapidez en su mente la imagen que él acababa de dibujar. Ella sería la amante sumisa, rodeada de lujo y siempre bien dispuesta para su protector. Él iría a verla cada vez que le apeteciera, y cuando no fuera así, se refugiaría en su casa tranquilamente sin sentirse obligado a dar explicaciones. Pasado un tiempo, y una vez cansado de la amante, la expulsaría del piso con fría cortesía y le entregaría un cheque para callarle la boca.

"¡Realmente conmovedor!" — pensó Lidia con tristeza.

— ¿Qué opinas de mi sugerencia, Lidia? No me has contestado.

La joven no quería enfrentarse de nuevo a él. Después de los momentos que habían vivido, no deseaba iniciar una pelea. En el fondo, James no tenía la culpa de pensar así. Se había criado en un ambiente tan frívolo y materialista, donde comprar todo con dinero, incluso a las personas, era cosa tan normal, que no se le pasaba por la imaginación que la estuviera ofendiendo.

No estaba muy segura de cómo habían llegado al momento en el que se encontraban ni de si se podía considerar a alguno de ellos culpable de algo, pero de lo que no se arrepentía era de haber sentido la ternura y la pasión del amor, de haber vivido, gracias a James Vantor, la belleza espiritual y carnal del sentimiento más sublime.

Ningún otro hombre la habría hecho tan feliz, de eso estaba segura, porque ella sólo le quería a él.

A pesar de sus sentimientos hacia James, sabía que la vida que él le proponía destruiría

por completo el hermoso recuerdo que tenía de su breve relación amorosa. Lidia estaba decidida a no permitir que eso ocurriera. Su entrega había sido sincera e intensa. Sabía que no volvería a suceder, puesto que James y ella llevaban caminos muy diferentes.

— Debo asimilar primero todo lo que ha ocurrido. Por favor ten paciencia e intenta comprenderme — le rogó ella.

— Perdóname, cariño; a veces soy demasiado impulsivo.

¿Prefieres que lo hablemos mañana?

— Sí, por favor — contestó Lidia mirando hacia otro lado para que él no descubriera en sus ojos su pesar.

— Bien, ahora te dejaré descansar — comentó depositándole un dulce beso en los labios— . Mañana te llamaré.

Lidia notó un gran vacío en su corazón al oír la puerta cerrarse.

Esa puerta simbolizaba el muro que separaba su inocencia perdida y su breve felicidad, del amor imposible que acababa de desaparecer de su vida.

## 10

Lidia no le contó a nadie lo que había sucedido entre James y ella. Él llamó al día siguiente y varios días más, pero Lidia, con gran capacidad de persuasión, logró eludirlo.

Una tarde, al salir de la emisora, James la estaba esperando con gesto adusto.

— ¿Qué sucede, Lidia? ¿Por qué me esquivas? — preguntó directamente.

— Bueno... — dijo vacilante— , he estado unos días confusa por lo qué pasó el sábado. Tenía que meditar en soledad, James, y para eso he necesitado tiempo.

Él la cogió del brazo con suavidad.

— Ven, vayamos a cenar a un sitio tranquilo y allí charlaremos.

Ambos se dirigieron en el coche de James a las afueras de la ciudad, a un pequeño restaurante muy acogedor.

Después de pedir la cena, James le cogió la mano y la miró a los ojos con dulzura.

— Te he echado de menos, Lidia. Pensé que, después de la noche tan maravillosa que pasamos juntos, no volveríamos a estar separados tantos días. Tengo que reconocer que se me han hecho L muy largos. Espero que ahora compenses mis malos ratos sin ti — susurró tiernamente dirigiéndole una mirada insinuante.

Lidia estaba apesadumbrada. Intentaba disimularlo, pero no podía evitar que la melancolía se reflejara en sus ojos.

— He pensado mucho en lo que me sugeriste, James — dijo pausadamente— , y he decidido que, por el bien de los dos, no puedo acceder a lo que me pediste — zanjó sin rodeos.

James palideció y se apoyó en el respaldo de la silla, inexpresivo.

— ¿Por qué no puedes aceptar mi proposición? — preguntó con impaciencia.

Lidia estaba azorada, nerviosa, sabiendo muy bien lo que su respuesta significaría para James.

— Porque yo no tengo madera de amante.

El joven se quedó estupefacto. Se puso tenso de inmediato y la miró exasperado.

— ¿Por qué denigras nuestra situación a una simple relación de amantes?

— No tan simple, James. A lo largo de la Historia han existido importantes parejas de amantes cuyas relaciones duraban años e incluso toda una vida — le explicó ella.

— ¡No me importan otras parejas! — gruñó él— ; sólo me interesas tú y tus decisiones. Yo no te consideraría mi amante, sino mi novia, mi pareja. Estoy convencido de que seríamos muy felices.

— Sí... momentáneamente. Lo siento, pero yo no asumo riesgos de esa clase por unos días de placer — aclaró muy seria.

James la miró desconcertado.

— No te comprendo, Lidia. Si no fuera porque he conocido tu ardor y tu ternura, pensaría que estaba hablando con un témpano de hielo — contestó compungido.

— Me considero una mujer normal, con mis sueños e ilusiones, pero con la cabeza sobre los hombros. Sé lo que me pides y entiendo que des ese paso. Cualquier mujer, o por lo menos muchas de ellas, se sentirían orgullosas de ser solicitadas por ti. Yo, por el contrario, — repitió mirándole fijamente— , no estoy en disposición de aceptar tu proposición. No deseo llevar la vida que tú me propones — afirmó con claridad.

Dolido por su rechazo, James esbozó una cínica sonrisa.

— ¿Prefieres vivir modestamente, rodeada siempre de pobres?

¿Es esa tu meta en la vida? ¿O es que el viejo Longley te ayuda en tu humilde economía?

Lidia se enderezó en su silla y le miró echando fuego por los ojos.

— Eres un grosero y tienes la mente más retorcida que he conocido. No daría ni un paso contigo y menos compartiría la misma casa.

Sin previo aviso, cogió el bolso y se levantó bruscamente.

James dejó el dinero aceleradamente encima de la mesa y la cogió en la puerta.

— ¡Suéltame! ¡No quiero volver a verte! — le gritó.

Sin soltarle el brazo, el joven Vantor replicó con ira:

— ¡Has venido conmigo y conmigo te irás!

Sin darle opción a rebelarse, la arrastró hasta el coche y la ayudó a sentarse.

Ninguno de los dos habló durante el trayecto. Lidia mantenía la vista al frente, concentrada en su rencor contra ese odioso arrogante, y James conducía abstraído, todavía incrédulo por la reacción de esa orgullosa hispana.

Nunca en su vida se había sentido tan perturbado. Había salido con varias mujeres, sin embargo, ésta era la primera vez que le pedía a una que fuera su pareja, que compartieran una casa y vivieran intensamente la pasión que los consumía.

Incomprensiblemente, esa testaruda hispana lo había rechazado, cuando lo que él esperaba era que ella diera saltos de alegría ante tal proposición. ¿Quién se había creído que era?

Su orgullo herido rechazaba cualquier intento de comprensión hacia lo que ella pensaba. No le perdonaría esa humillación mientras Lidia no se disculpase y accediera a sus deseos.

Lidia hervía de rabia. Desde un principio supo cómo era James Vantor y no se había equivocado. Lo ocurrido entre ellos había traído como consecuencia el convencimiento erróneo de James de considerarla ya como una propiedad suya. Ella no había buscado ese momento ni lo había alentado. Simplemente ocurrió, ayudándola a conocerse un poco más a sí misma. No se arrepentía de haber estado con James, al contrario, con él había sentido la emoción más intensa y sublime que jamás había experimentado antes, pero no pensaba volver a repetirlo; no merecía la pena entregarse a una persona con la que luego no se podía compartir nada más.

Para Lidia, el acto del amor era el colofón de una serie de sentimientos compartidos: amor, entrega, respeto y lealtad. Mientras que ella no vivenciara estos nobles y elevados sentimientos con un hombre, no se entregaría totalmente a nadie.

James detuvo el coche ante el edificio de apartamentos donde vivía Lidia y se volvió hacia ella con gesto grave.

— Ahora estamos nerviosos y no es el mejor momento para dialogar. Te daré un día para que pienses en lo que te he propuesto.

Te llamaré mañana por la noche — señaló con voz tranquila.

— No te molestes en llamar. Te he respondido antes claramente y no cambiaré de opinión — replicó con firmeza.

— Esperaré tu llamada, entonces — insistió con altivez.

Lidia no le contestó, sabiendo muy bien que ahí terminaba toda relación entre ellos.

Los días pasaban y Lidia no recobraba el ánimo por completo.

No hubiera sabido explicar por qué se sentía así, pero tenía la sensación de que las circunstancias, o quizá ella misma, habían impedido que viviera la dulzura y profundidad del amor verdadero.

Lo había conocido fugazmente, aunque con el hombre equivocado.

Si James Vantor, en vez de ser quien era, hubiera sido un muchacho corriente, amigo o compañero suyo, haría mucho tiempo que serían novios e incluso quizás estuvieran preparando la boda.

¡Qué distinto hubiera sido todo!

Por suerte o por desgracia, las cosas no solían suceder como uno siempre había soñado. La vida era inestable e imprevisible y así había que aceptarla.

Las clases en la parroquia la alegraban mucho. Durante las horas que pasaba con sus alumnas y colaboradoras se sentía revivir y volvía a contactar con la realidad. Los problemas de esa gente hacían que sus preocupaciones parecieran insignificantes, y sin embargo era envidiable la valentía con la que se enfrentaban a ellos.

Lidia no había olvidado a los Asder, de hecho siguió insistiendo con sus llamadas y sus inesperadas visitas a su residencia.

En una ocasión consiguió hablar con uno de los nietos. Le explicó que intentaba hacer una serie de programas sobre las familias más antiguas de Boston. Su idea era entrevistar a los mayores de dichas familias para que recordaran y hablaran del Boston de su época. El nieto puso la delicada salud de su abuela como excusa para negarse. Lidia no le creyó, pues sabía por Irving que Rose era una mujer que gozaba de buena salud y era muy activa.

En otra ocasión en la que se propuso esperarla en la puerta de su casa, tuvo la mala suerte de que no saliera sola con el chófer, sino acompañada de uno de sus nietos. Cuando Lidia, al abrirse la gran verja, hizo intención de acercarse al coche, el chófer, sin duda siguiendo órdenes, no hizo caso de sus llamadas y salió aceleradamente de la mansión.

Desafortunadamente para los Abock, estos desaires la enfurecían tanto que, en vez de desanimarla, la estimulaban para seguir adelante con su investigación. Lidia no quería cavilar a lo tonto, pero las continuas negativas de los Abock a que ella viera a la señora Asder la llevaban a pensar que se encontraba en el buen camino.

En la biblioteca terminó de revisar el año de su nacimiento y el siguiente, sin ningún éxito: no consiguió localizar ninguna otra noticia relacionada con los Asder. Se encontraba en un callejón sin salida, hasta que se le ocurrió pensar en la posibilidad de que su cruz hubiera sido hecha por algún joyero de Boston. Era una posibilidad entre mil, pero si, efectivamente, el autor de ese bello colgante era de Boston y aún vivía, podría ayudar a arrojar algo de luz sobre ese misterio.

Aunque los días de labor disponía de poco tiempo, su empecinamiento en encontrar una conexión entre la cruz que ella llevaba y la de los Asder la llevó a emplear el tiempo del que disponía para comer en visitar cada día una joyería. Teniendo en cuenta el valor que tenía la cruz, se inclinó a pensar que lo más acertado sería empezar a preguntar en las mejores joyerías de Boston.

Los primeros días no tuvo suerte; los joyeros visitados no conocían la cruz y no sabían quién la habría hecho. Con paciencia y tenacidad siguió buscando, pero ninguno de los joyeros más prestigiosos de la ciudad pudieron ayudarla.

Decidió confeccionarse otra lista; esta vez con el nombre y la dirección de joyerías más modestas. En las tres primeras en las que entró, la respuesta fue la misma que en las anteriores. Su entusiasmo decayó, sintiéndose también desanimada y cansada. Si bien estuvo a punto de abandonar la investigación, decidió realizar un último esfuerzo hasta agotar la lista.

El sábado por la mañana, cansada de recorrer las calles, encontró un modesto establecimiento, con un pequeño escaparate en el que figuraban muy pocas joyas pero muy bonitas. El rótulo de la puerta decía: "Samuel Hank, Joyero— Artesano".

Lidia entró sin muchas esperanzas de averiguar lo que quería.

En el interior todo aparecía tan sobrio como se esperaba, aunque el local era un poco más amplio por dentro de lo que parecía por fuera. El mostrador estaba frente a la puerta y detrás de él, sentado en una pequeña mesa, se encontraba un señor mayor trabajando con el buril en una joya. Enseguida dejó lo que estaba haciendo a un lado y se levantó para atender a la clienta.

— Perdone que le moleste — se disculpó Lidia— , pero quisiera hacerle una pregunta.

El anciano la miró con curiosidad.

— Usted dirá, señorita.

— ¿Recuerda usted haber hecho esta cruz? — le preguntó Lidia quitándosela del cuello y mostrándosela El joyero la cogió entre sus expertos dedos, la miró con detenimiento, se puso a continuación la lupa de relojero en el ojo y la volvió a observar minuciosamente.

Después de un rato en el que ninguno de los dos habló, el anciano posó la cruz suavemente sobre el mostrador y miró a Lidia con curiosidad.

— ¿Es suya esta cruz?

— Sí, la tengo desde que nací. ¿La conoce? — volvió a preguntar, nerviosa.

— Sí, señorita — contestó mostrando una ancha sonrisa— , la recuerdo perfectamente porque hice dos iguales. La única diferencia entre ellas era la inicial de la parte de atrás. En ésta hay una "R" y en la otra había una... perdone — se disculpó— , pero tengo tantos años que se me va la memoria.

— ¿Puede ser la "J" la letra que usted grabó en la otra cruz? — preguntó con ansiedad.

— La "J", sí, ahora lo recuerdo. Las hice para las dos hijas de los Asder — añadió él.

Lidia tembló al confirmar, por la declaración del anciano, su relación con la familia Asder.

— ¿Está usted seguro de que ésta es una de las cruces que hizo?

— Completamente. Yo siempre pongo mi firma en todos mis trabajos — le indicó él.

Al ver la duda reflejada en el rostro de Lidia, continuó:

— Sí, siempre la pongo, aunque a simple vista no se ve. En las cruces la grabé en la parte de atrás. Si usted se pone la lupa, podrá verlo con facilidad.

Lidia así lo hizo y comprobó con toda nitidez una minúscula marca un poco más abajo de la letra.

— Además, recuerdo — siguió contándole el joyero— que, después de haberlas terminado, las tuve guardadas casi un año, porque los Asder estaban de viaje por Europa. Un día vino a recogerlas una señora hispana que debía ser empleada de la familia y me pagó con un cheque. Es todo lo que puedo informarle sobre esta cruz, señorita.

Lidia ya no dudaba. Después de la explicación del joyero estuvo segura de que ella descendía de esa familia. No sabía todavía quién había sido su madre, pero tarde o temprano lo averiguaría.

— ¿Podría decirme el año en el que las hizo y la fecha exacta de cuando vinieron a recogerlas?

— Ahora mismo no podría decírselo; tendría que mirar en los archivos a ver si todavía conservo esos datos. Si puede usted volver dentro de unos días, le daré la respuesta — respondió el anciano amablemente.

Lidia le agradeció enormemente su ayuda y salió muy satisfecha del establecimiento.

Ahora sí que no descansaría hasta hablar con Rose Asder.

Lidia no quería descubrir ese secreto a nadie, pero sí deseaba con todo su corazón que Rose Asder le diera una explicación. No iba a exigirle nada, sólo sentía curiosidad acerca de los motivos que habían tenido los Asder para entregarla a otras personas.

Ahora que sabía de qué familia procedía, comprendió la actitud de los nietos de Rose Asder. Seguramente, ellos también habrían averiguado lo mismo que ella e incluso más y, teniendo en cuenta la fortuna de la familia, no querían repartirla con nadie más.

Se consideraban los únicos nietos y herederos, y no estaban dispuestos a permitir que una extraña viniera reclamando lo que siempre les había pertenecido solamente a ellos.

Lidia se sentía extraña sabiendo que tenía dos familias en el mundo: una biológica y otra adoptiva. Esta última era su familia verdadera, pero se sentía satisfecha de haber encontrado sus raíces.

Si Rose Asder consentía en hablar con ella y contarle todo, se lo agradecería. Si, por el contrario, decidía dejar el pasado donde estaba, lo comprendería.

A finales de noviembre, Lidia notó alarmada que la regla se le estaba retrasando demasiado. Dejó pasar unos días más antes de decidirse a hacer algo. Transcurrido ese tiempo, tampoco sucedió lo que esperaba. Impaciente por cerciorarse de lo que estaba casi segura, fue a una farmacia y se hizo la prueba del embarazo. No se sorprendió cuando el test dio positivo. A pesar de que James y ella habían estado juntos sólo una noche, según acababa de comprobar, había sido suficiente para quedarse embarazada.

Su aturdimiento durante unos días fue tan evidente que Mary le preguntó varias veces si se encontraba bien. Lidia no quería mentirle, pero tampoco se encontraba con ánimo para hablar de lo que le sucedía. El día que tenía que ir a la parroquia para las clases, se presentó allí mucho más temprano para hablar con el padre López.

— Dices que quieres hablar conmigo de algo importante.

¿Prefieres hacerlo en confesión? — preguntó el sacerdote con gesto preocupado.

— No, padre; quiero hablar con usted como amigo.

— Bien, habla con confianza.

Lidia suspiró en profundidad, lamentando tener que preocupar al sacerdote.

— Padre... estoy embarazada — confesó vacilante.

La perplejidad del clérigo fue manifiesta. Lidia pasó por alto su gesto preocupado y continuó hablando.

— Como católica me avergüenzo de tener un hijo fuera del matrimonio, pero como persona y como mujer estoy contenta de que este ser haya sido concebido en un momento de amor — confesó con un matiz alegre en su tono de voz— . Sé que usted lo comprendería

mejor si yo tuviera novio, pero no es así. El hijo que empieza a formarse dentro de mí es el fruto de una noche de amor.

He de decir en mi defensa — siguió explicando Lidia— , que yo no lo busqué e incluso me negué en un principio. Fue sólo movida por el amor que siento por James Vantor, por lo que me entregué a él — concluyó con sinceridad.

— ¡James Vantor? Creí que no te caía bien — preguntó él desconcertado.

— Y es cierto. Fue esa noche cuando me di cuenta de que, aun siendo el hombre que menos me conviene del mundo y cuyas ideas son completamente opuestas a las mías, me había enamorado de él.

El sacerdote la miraba compungido.

— Siento darle este disgusto, pero usted es la persona en la que más confío.

— Y has hecho bien en contármelo — la tranquilizó él— . ¿Sabe el joven Vantor todo esto?

— ¡No, ni pienso decírselo! — contestó con decisión.

— ¡Que no piensas contarle lo de su hijo? — preguntó alarmado— .

Pero si tú le quieres y él te quiere, lo natural es que os caséis y criéis juntos a este niño.

— Yo le quiero, padre, pero él sólo me desea. Son sentimientos completamente diferentes. Es muy triste decirlo, pero es así — agregó afligida.

El sacerdote suspiró apenado. Era necesario que esa joven entrara en razón.

— Querida Lidia, yo te considero una mujer inteligente y sensata. Piensa que por muy opuestos que seáis James Vantor y tú, él es el padre de tu hijo y tiene derecho a saberlo.

Lidia negó con la cabeza.

— Yo no le concedo ese derecho — contestó con terquedad— . Su unión conmigo fue para él sólo una aventura más. A partir de ese momento prácticamente no nos hemos vuelto a ver, de modo que, lo que me pase a mí no tiene nada que ver con él.

El padre López movió la cabeza con gesto grave.

— Insisto, hija, en que él debe saberlo — le aconsejó con dulzura.

— Lo siento, padre, pero no estoy de acuerdo. Si se lo dijera — prosiguió ella— , podría reaccionar de dos formas: o no le daba importancia al asunto y se olvidaba de mí y del niño, o por el contrario, podría empeñarse en quitármelo. Debido a su dinero y a su influencia, no me cabe duda de que lograría arrebatarme a mi hijo con bastante facilidad, de modo que comprenderá que no puedo arriesgarme.

La inquietud se reflejaba en el rostro del sacerdote.

— Me preocupa tu actitud, hija. En una ciudad como Boston, teniendo él tanto poder como dices que tiene, se enterará tarde o temprano, y entonces quizás no te perdone — le advirtió el padre López suavemente, tratando de convencerla.

— No se enterará, se lo aseguro — reiteró con obstinación.

— No quiero insistir más, Lidia, pero debes reflexionar más despacio sobre todo esto y seguir el camino correcto, que será el que te dicte tu conciencia. Ponte en las manos de Dios y Él te ayudará.

Yo también rezaré por ti — concluyó afligido.

— Muchas gracias, padre, y piense que todo lo que hago es por el bien de mi hijo — le tranquilizó ella.

— Eso espero, hija. Que Dios te bendiga.

## 11

El programa de radio iba muy bien de audiencia. Lidia transmitía naturalidad y entusiasmo, lo cual contagiaba a todo el equipo e incluso a los invitados. Nunca parecía estar cansada. Antes de cada entrevista o tertulia se preparaba muy bien los temas que se iban a tratar más tarde.

También procuraba estar informada de todo lo que sucedía en el país, destacando y comentando las noticias más sobresalientes.

Su director estaba muy contento con ella; eso no evitaba que a veces tuvieran criterios opuestos sobre las novedades que se podían introducir en el programa. A pesar de estas pequeñas discusiones ambos se respetaban y se habían llegado a tomar un cierto afecto.

Lidia sabía lo que le debía al señor Clark, y por ese motivo trataba de disgustarle lo menos posible. No le había hablado ni a él ni anadie, excepto al padre López, acerca de su estado. Quería ser cautelosa para no levantar sospechas. Por nada del mundo quería que James Vantor se enterara.

Cuando su embarazo la obligara a marcharse, debía dejar el programa cubierto. Había pensado en Mary para sustituirla, y esa misma tarde le sugirió al señor Clark la idea de introducir a su amiga poco a poco en el programa. A él no le pareció mal; consideraba a E Mary una buena periodista, capaz de llevar cualquier tipo de trabajo en la emisora.

— Lo dejo a tu elección, Lidia. El programa es tuyo y has demostrado saber muy bien cómo mejorarlo.

Mary saltó de alegría cuando Lidia se lo dijo.

— ¡Es maravilloso, Lidia!, ¡muchas gracias!; prometo no defraudarte.

— Sabes que hace tiempo que venía dándole vueltas a esto.

Ahora debo hacerlo sin demora e incluso, pasados unos meses, tendrás que encargarte tú sola del programa.

A Mary se le dilataron los ojos por la sorpresa.

— Lo hiciste muy bien — prosiguió Lidia— cuando me sustituiste en vacaciones. Aunque mi próxima ausencia durará más que unas vacaciones, confío tanto en ti que estoy segura de que los oyentes van a estar encantados contigo.

— Muchas gracias, pero ¿quieres dejarte de misterios y contarme lo que ocurre? — preguntó Mary con curiosidad.

— Antes de hablar quiero que me prometas que no le comentarás a nadie lo que voy a decirte — le pidió muy seria.

— Jamás comento nada de lo que me cuenta una amiga en confidencia. Soy de fiar, Lidia — la tranquilizó ella.

Lidia le habló de su situación actual y de sus proyectos futuros.

No quiso extenderse mucho para no preocuparla más de lo necesario, pero tuvo que aclararle algunas cuestiones que Mary no comprendía.

— Desde mi punto de vista, considero que esto ha sido un accidente, ¿no, Lidia? — preguntó esperando una afirmación por respuesta.

— Digamos que ha sido algo inesperado — contestó Lidia con prudencia.

— ¿Entonces por qué no abortas?

Lidia palideció de horror.

— Sólo de oír esa palabra, me pongo enferma. Yo defiendo la vida y procuro ayudar a los necesitados; sería incapaz de matar a mi propio hijo.

— Sabes que eso está a la orden del día. Date cuenta de que sólo eliminas unas células, — le aclaró Mary— , y tú te ves libre del problema en un momento.

Lidia negó con la cabeza.

— Esas células que tú dices tienen vida desde el mismo momento de la concepción. De célula pasa a embrión y termina siendo un niño; para mí es lo mismo. La vida que ya bulle dentro de mí es la vida de mi hijo, y yo, en vez de destruirla, lo que quiero es que nazca y que viva ayudado por mí — explicó Lidia con vehemencia— . Quiero a mi hijo, Mary, y a pesar de los inconvenientes materiales que ha supuesto para mí su aparición, lo deseo y lo espero con gran ilusión.

— No te comprendo, Lidia, de verdad. No puedo creer que tires todo por la borda a causa de un embarazo inesperado y no deseado — dijo su amiga, enfadada por su testarudez— . ¿Y se puede saber qué piensas hacer?

— No quiero que James Vantor se entere de la existencia de este niño. Cuando llegue el momento, desapareceré.

Mary levantó las manos expresando impotencia.

— No pareces de este mundo, Lidia. Así y todo quiero que cuentes con mi apoyo y mi ayuda para todo lo que necesites — le ofreció Mary con sinceridad.

— Gracias, Mary; lo tendré en cuenta — contestó sonriéndole con afecto.

Los días pasaban y Lidia seguía haciendo su vida normal.

Alguna que otra vez coincidió con James Vantor en algún acto social, pero ninguno de los dos hizo ademán de acercarse o de hablarse. Lidia le huía y James estaba tan dolido por su rechazo, que no pensaba volver a ser él el que diera el primer paso.

Tenaz en sus decisiones, Lidia siguió insistiendo con los Asder.

Un día en el que se dirigía a su casa desde la emisora, vio salir de un restaurante a Rose Asder acompañada de su hija y su yerno.

Con precipitación, cruzó la calle para llegar hasta ellos antes de que se introdujeran en el coche. La llamó a lo lejos: "¡Señora Asder!" y ella miró hacia atrás, al igual que su hija y su marido. Rose Asder quiso detenerse, pero Thomas Abock, al reconocer a Lidia, no se lo permitió. Apresuradamente, la ayudó a meterse en el coche y ordenó al chófer salir de allí a toda velocidad.

— ¿Se puede saber qué ocurre, Thomas? ¿Quién era esa chica? — preguntó extrañada la señora Asder.

— Nadie, una periodista muy pesada a la caza de cotilleos.

— ¿Cotilleos? — preguntó su mujer.

— Sí; hace crónicas sociales y quiere enterarse de la vida y milagros de todo el mundo. Lo mejor con esta gente es evitarlos — aseveró él dando por zanjado el tema.

Parada en la acera, Lidia vio alejarse a la limusina. Quizás esa había sido su única oportunidad de conocer a Rose Asder y la había perdido. Si no hubiera gritado, los habría cogido por sorpresa... No, era evidente que los Abock estaban alerta y no bajaban la guardia. Le estaba resultando mucho más difícil poder contactar con esa familia de lo que ella había pensado en un principio, Después de ese incidente, los Abock se alarmaron.

— Ha llegado el momento de darle un escarmiento a esa hispana — dijo Thomas Abock con voz dura.

Tal como esperaban, Lidia volvió a llamar, y Sean, con cautivadora simpatía, le concedió una entrevista en su casa.

A Lidia le extrañó este cambio tan súbito de actitud, pero como no estaba dispuesta a perder esa oportunidad, a la hora fijada estaba en la puerta de la mansión de los Abock.

La casa, como muchas en la zona de Nueva Inglaterra, era blanca y de grandes dimensiones. Se accedía a ella a través de un alto porche sujeto por cuatro columnas. Lidia contempló con ojos admirativos la belleza del edificio y el encanto del cuidado jardín, completamente extasiada ante tanta magnificencia.

Le abrió la puerta un mayordomo, y después de presentarse, la acompañó hasta la amplia biblioteca, donde ya la estaba esperando Sean Abock.

— Buenos días, señorita Villena — la saludó mientras se acercaba a ella y le ofrecía la mano— , espero que nos perdone por nuestra tardanza en recibirla. Desafortunadamente, el trabajo no nos deja mucho tiempo libre — se disculpó con cinismo.

Lidia correspondió a su saludo y se sentó donde él le indicaba.

— Bien, señorita Villena, pregunte lo que quiera; contestaré a sus preguntas lo mejor que pueda.

Lidia no comprendía de qué estaba hablando.

— Perdone, señor Abock, pero yo a quien quiero entrevistar es a su abuela. Ella es la que puede contarme historias y anécdotas del Boston de su época de juventud. Esa es la idea del programa — le explicó ella— : entrevistar a los mayores de antiguas familias de Boston.

— ¡Oh!, lo siento, pero mi abuela, debido a su precaria salud, no está en condiciones de conceder entrevistas. Creímos que alguno de nosotros podríamos ayudarla. Veo que nos hemos equivocado — se disculpó pretendiendo mostrarse sincero.

Iba a continuar cuando el mayordomo llamó a la puerta para avisarle que tenía una llamada.

— Perdone, señorita, vuelvo enseguida.

Lidia estaba decepcionada y no sabía qué pensar. Se había hecho demasiadas ilusiones con esa entrevista y ahora le decían que era imposible. ¿A qué estarían jugando?

Había visto en la calle a Rose Asder y no parecía enferma en absoluto. Le había parecido una mujer que, a pesar de sus años, se conservaba muy atractiva y elegante, andando y charlando como cualquier persona normal. No entendía qué clase de enfermedad podría tener. Aparentemente, su aspecto era de lo más saludable.

Después de veinte minutos, Sean Abock volvió al despacho.

Lidia pensó que debía haber sido una llamada muy importante para tardar tanto, y también muy confidencial para no haberla contestado desde el teléfono que tenía encima del escritorio.

— Señor Abock; he estado pensando que si yo prometiera hacerle una breve entrevista, quizás su abuela pudiera concederme unos minutos — sugirió esperanzada.

— Lo siento, pero es imposible. Ahora, si me disculpa — dijo sin darle opción a replicar— , debo dar por finalizada nuestra charla. Me reclaman de la oficina y debo volver.

Sean Abock se adelantó y abrió la puerta de la biblioteca para que Lidia pasara. Desde allí, el mayordomo la acompañó hasta la puerta.

Lidia abandonó la casa con la sensación de que algo extraño había ocurrido. No podía explicar qué es lo que tramaban los Abock. Su instinto le decía que esa cita tan súbita y tan breve debía tener un sentido, aunque ella no lo adivinara en esos momentos.

Irritada con los Abock por haberla hecho perder el tiempo, se alejó de allí sintiendo que había fracasado en este trabajo tan importante para ella.

A los dos días de haber estado en casa de los Abock, Lidia recibió una notificación del juzgado por la que se la citaba para que compareciera por una denuncia sobre un presunto robo de documentos y fotografías de la casa de Thomas Abock. Se le pedía que se presentara en el juzgado al día siguiente, acompañada de un abogado.

Lidia no podía creer lo que estaba leyendo. ¡Acusada de robo!

Debía ser una equivocación; no podía ser acusada injustamente.

Con la angustia reflejada en su rostro, se dirigió a la parroquia para contárselo al padre López y recibir de él algún consejo.

Tras mostrarle el papel que había recibido del juzgado y contarle lo que había sucedido en casa de los Abock, el sacerdote se mostró muy preocupado.

— Bien, Lidia, pensemos con calma e intentemos solucionar el problema. Lo primero que te sugieren del juzgado — prosiguió él— es que te busques un abogado.

— Esa es la vía normal que sigue todo el mundo en estos casos, pero yo soy inocente y no lo necesito — afirmó con ingenuidad— . Iré mañana al juzgado y lo explicaré todo. No pueden acusarme si no tienen pruebas contra mí.

— No creo que lo que sugieres sea lo más sensato. Tú sabes muy bien que en este país no se va a ningún sitio sin un abogado y menos cuando hay una acusación por medio. Creo — continuó él— que no te escucharán si no vas acompañada de uno.

— Yo no tengo nada que ocultar — afirmó con obstinación— . No sé nada de esos documentos y el único abogado que me puedo buscar es uno de oficio. Mi economía no me permite acudir a uno privado.

— Siento mucho no tener ningún amigo abogado — se lamentó el sacerdote, pero... ¡Longley! — exclamó con un grito— . El señor Irving Longley puede ayudarnos, Lidia, llámalo inmediatamente — la apremió con urgencia.

Lidia le obedeció y le llamó. Para desilusión de ambos, el señor Longley no había regresado aún de su viaje por Europa.

Esto la desanimó aun más de lo que estaba. Derrumbada, se sentó en una silla,

sintiéndose destrozada por la acusación tan injusta de la que había sido objeto.

Había intuido que los Abock habían averiguado la verdad sobre ella, pero nunca hubiera sospechado que la quisieran quitar de en medio de esa forma.

— Lidia — dijo el sacerdote, interrumpiendo sus pensamientos— , no son momentos de lamentaciones; hemos de actuar con rapidez si no queremos que se cometa una injusticia contigo. Llama ahora mismo a James Vantor para que te defienda. Es un buen abogado, uno de los mejores, y sé positivamente que te defenderá — dijo él acuciante.

— ¡No!, a cualquiera menos a él — exclamó Lidia con terquedad.

— Pero no conoces a nadie y tú sabes muy bien lo que cuesta un abogado — intentó explicarle el sacerdote— . Los Abock llevarán el mejor, y tú, si quieres salir impune, debes llevar uno igual o mejor que ellos.

— Estoy segura de que la justicia me dará la razón — insistió ella— .

Yo no sé nada de esos documentos. Se lo explicaré todo al juez y él tiene que creerme.

— Nada es tan sencillo, Lidia. Por favor, hazme caso y llama al señor Vantor.

Al ver que ella seguía mirándole con actitud obstinada, continuó suplicándole.

— Por favor, Lidia, si no lo quieres hacer por ti misma, hazlo por tus padres y por mí, por favor...

Lidia le miró desconsolada. Su orgullo le impedía llamar a James, pero por sus padres, por evitarles el disgusto, y por el padre López, no le quedaba más remedio que tragarse su orgullo y pedirle que la defendiera. No tenía otra salida; el padre López tenía razón.

James Vantor era su única esperanza.

Para satisfacción del sacerdote, Lidia se levantó y cogió el teléfono; marcó el número de James, pero el mayordomo le dijo que no estaba en casa.

No pudo evitar sentir alivio al no tener que hablar con él; el padre López, en cambio, sintió una gran desilusión.

— No se preocupe, padre. Mañana a primera hora iré a ver al señor Vantor — le aseguró ella para tranquilizarle— . En cuanto pueda, le llamaré también a usted y le informaré de todo.

El sacerdote recobró un poco el ánimo, aunque le resultó muy difícil disimular su gesto preocupado.

Lidia se sentía deprimida e indefensa. Antes de acostarse, tomó un baño de agua caliente para tranquilizar los nervios y poder dormir mejor. Aun sabiendo que pasaría una noche agitada, tenía la esperanza de poder conciliar el sueño unas horas con el fin de encontrarse lo más serena posible al día siguiente.

No sabía exactamente qué había ocurrido. Por esa vez, los Abock habían sido más inteligentes que ella. Habían planeado todo con mucha astucia, y ella, movida por su gran interés en localizar a Rose Asder, no había pensado en la maldad a la que era capaz de llegar el ser humano sólo por dinero. Los Abock sabían lo que querían y lo que no querían, eso era obvio teniendo en cuenta su acusación. Lidia tampoco era débil de carácter. Ella no le deseaba mal a nadie, pero no toleraría que la atemorizaran personas tan ruines como esas. Decidida a enfrentarse a ellos y a humillarles por sus propias mentiras, salió esa mañana de casa con espíritu belicoso. No era agradable encontrarse en la situación en la que ella se hallaba, y menos aún tener que acudir al arrogante Vantor para que la ayudara. Tenía que hacerlo si no quería ser vencida por esa gente. Creían, al igual que todos los de su clase, que podían pisotear a los demás y quedar impunes de su afrenta. No sería así con ella.

Lidia tenía fe en la Justicia y estaba convencida de que las leyes se aplicaban igualmente para todos. Los Abock habían mentido y tendrían que pagar por su fechoría.

Se acababa de abrir el edificio de oficinas de los Vantor cuando llegó Lidia.

Se identificó ante el guardia de seguridad y subió directamente a la oficina de James. La secretaria ya estaba trabajando. Reconoció a Lidia enseguida y la hizo pasar a una bonita sala de espera.

En cuanto se quedó sola, sus pensamientos volvieron al motivo de su enorme preocupación, y de allí volaron a James Vantor. ¡Quién lo iba a decir! Ella, Lidia Villena, la hispana orgullosa que había mantenido a James Vantor a raya, se veía ahora en la necesidad de acudir a él. Ironías del destino con las que había que contar en la vida...

Lidia reconocía que, merecido o no, nunca se había mostrado amable con James. Él había demostrado su enfado por esta actitud y le había dado un ultimátum la última vez que se vieron, lo que significaba que no pensaba buscarla nunca más. Lidia tampoco le había llamado. Intuía que, aunque estuviera enamorada de él, su relación con ese hombre jamás cumpliría las expectativas que ella tenía acerca de una relación de pareja. Quizás ella fuera más idealista o más conservadora, pero si algún día llegaba a contraer matrimonio, sería con la idea de que lo estaba haciendo para toda la vida. Tanto en el noviazgo como en el matrimonio, Lidia entregaría su corazón, su respeto y su lealtad para siempre.

James no profundizaría hasta ese extremo en cualquier relación que iniciara. Para él todo era superficial y fugaz. No creía en el amor verdadero y responsable. James no se tomaba en serio los asuntos del corazón; era mucho más cerebral en estas cuestiones. Si le gustaba una mujer, ¿por qué no convivir con ella durante un tiempo hasta que uno de los dos se cansara? Él se guiaba por los instintos, sin comprometerse en ningún momento. Esto había dado lugar, aunque él no lo supiera todavía, a un vacío interior que había hecho que arraigaran en él la indiferencia y el escepticismo hacia la auténtica relación amorosa.

Pese a estos dolorosos pensamientos, Lidia sabía con certeza que James la ayudaría si ella se lo pedía. No sabía explicar por qué estaba tan segura de que él la apoyaría si lo necesitaba, a no ser... que él también sintiera algo por ella... ¡Era absurdo pensar eso! Lidia lo desechó instantáneamente.

James notó un vuelco en el corazón al informarle su secretaria que la señorita Villena le esperaba para hablar con él. Hacía poco más de un mes que la había visto por última vez. Se le había hecho eterno, temiendo, con tristeza y desesperación, que Lidia no acudiera a él nunca. Muchas veces había estado a punto de llamarla o de ir a buscarla. Sólo acudiendo a su férrea voluntad había logrado controlar su deseo por ella.

Lidia estaba por fin allí. Había venido a él, y ahora todo cambiaría.

Ordenó a su secretaria que la hiciera pasar a su despacho.

Mientras la esperaba, sintió una extraña alegría interior que sólo afloraba cuando se trataba de ella. Su semblante, en cambio, no manifestaba lo que su corazón celebraba. Lidia había tardado mucho en acudir a él, y eso no se lo perdonaría fácilmente.

La joven hispana entró con paso digno. Lo miró durante unos segundos y percibió enseguida que James estaba todavía disgustado con ella. Mal comienzo para todo lo que tenía que pedirle.

Desechando malos augurios y enderezando la espalda, se dirigió a él con serenidad.

— Buenos días, James; perdona que te moleste tan temprano, pero necesito tu ayuda profesional — le explicó sin rodeos.

Para James sus palabras fueron como un cruel latigazo. Toda la ternura que había sentido hacia ella momentos antes, se convirtió rápidamente en rencor.

— ¿Has venido sólo para eso? — preguntó en tono seco.

A Lidia se le cayó el alma a los pies. Había sido una tonta al pensar que él había olvidado y que la recibiría como un amigo.

Ahora se daba cuenta de que los hombres como James no olvidaban.

A pesar de que no contaba con ninguna excusa que la favoreciera y sabiendo que no tenía otra alternativa que convencerle para que la ayudara, decidió ser paciente y tratar de que James se pusiera de su parte.

— Sí, pero...

— Teniendo en cuenta — la interrumpió él— el interés que has demostrado por mí desde que nos conocemos — dijo con sarcasmo— , ¿por qué has acudido a mí?

— Porque eres un buen abogado, y eso es exactamente lo que yo necesito — contestó un poco titubeante.

— Hay muchos abogados en Boston; ¿por qué yo? — insistió él.

— ¡Qué importa eso! — estalló Lidia, empezando a perder el control debido a la frialdad que mostraban sus ojos— . Necesito un abogado y he acudido a ti; eso debería ser suficiente.

— No lo es. Te conozco y sé que, de haberlo podido evitar, no habrías venido aquí. ¿Por qué lo hiciste? — preguntó mostrando un alarmante aplomo.

Lidia se dio cuenta, por su terca actitud, que no conseguiría nada de él si no iba con la verdad por delante.

— No tengo dinero para pagar a un abogado, así que decidí acudir al único que conozco, que eres tú, con la esperanza de que me permitas pagarte poco a poco — confesó ella.

James permaneció unos segundos en silencio, como si analizara minuciosamente cada una de sus palabras.

— También hay abogados de oficio; podías haber acudido a uno de ellos — siguió él con obstinación.

— El padre López... ¡Esto es absurdo, James!, por favor, deja de interrogarme.

Pero él no atendió a su petición. Estaba decidido a averiguar la verdad sobre los motivos que Lidia había tenido para acudir a él.

— Lo hago por el padre López. Sus ruegos me conmovieron y le prometí venir a verte — declaró con franqueza.

— ¿Y tú? ¿Qué es lo que pensabas hacer?

Lidia suspiró con impotencia — Mi intención era solicitar los servicios de un abogado de oficio — contestó mirándole con ojos desafiantes.

Los ojos de James relampaguearon con ira. O sea, que ni siquiera necesitándolo hubiese acudido a él. Eso era más de lo que podía soportar. El orgullo herido hubiese movido a cualquier hombre a rechazar la petición de Lidia y olvidarse de esa mujer desagradecida para siempre, sin embargo, James no fue capaz de negarle su ayuda sabiendo que lo necesitaba. Además — pensó egoístamente tras unos minutos de turbulenta reflexión— la tendría en sus manos durante un tiempo, lo que le daría cierta ventaja sobre ella. La situación que Lidia, al entrar en su despacho, acababa de suscitar, sería muy propicia para él.

El silencio de James y su mirada escrutadora estaban sacando de quicio a Lidia, sobre todo cuando vio cómo una sonrisa cínica se dibujaba sin disimulo en sus labios.

— Cuéntame por qué necesitas un abogado — preguntó de pronto.

Los ojos de Lidia chispearon alegres. Su intuición no la había engañado. James la ayudaría.

— He sido acusada injustamente por la familia Abock de robar de su casa unos documentos y unas fotos — le explicó sin rodeos.

James se enderezó en su sillón, se apoyó en la mesa y la miró sorprendido.

— ¿La familia Abock? ¿Qué tienes tú que ver con ellos? — preguntó desconcertado.

Lidia le contó su interés por entrevistar a Rose Asder y su asedio a la familia para conseguir una cita.

— Por fin aceptaron recibirme en su casa. Yo iba con la idea de hablar con la señora Asder, pero no me lo permitieron; tan sólo charlé un momento con Sean Abock.

Lidia le explicó exactamente lo que hizo ella y lo que hizo el joven Abock.

— Me parece absurdo todo esto — comentó James con suspicacia— . ¿Estás segura de que me has contado todo?

Ella se atuvo a lo que había sucedido en casa de los Abock. No le explicó los motivos que, según sospechaba, ellos habían tenido para poner esa denuncia. De momento no quería hablar con nadie sobre lo que sabía de su nacimiento. Lidia creía estar en lo cierto, pero la única prueba que tenía era la cruz, y esta prueba era muy dudosa. Otra razón para no hablar de sus sospechas era la misma Rose Asder. Pese a que Lidia no la conocía ni sabía cómo era, sentía respeto por ella y no quería hacerle daño. No podía permitir que su curiosidad diera lugar a un escándalo que podía fácilmente acabar con la fama y el buen nombre de los Asder.

— Sí, eso fue lo que pasó.

— No entiendo qué motivos pueden tener los Abock para culparte del robo, a no ser que hayan perdido esos documentos y crean que tú, teniendo en cuenta el interés que tenías por la familia y al ser quizá la última persona, ajena a ellos, que estuvo en la biblioteca, te los llevaste — sugirió como una posibilidad.

— No lo sé, James. Te ruego que me defiendas en este caso — le pidió con ojos suplicantes.

Él la miró pensativo, como si estuviera reflexionando sobre lo que tenía que contestar.

Estaba decidido a defenderla, pero quería que ella se diera cuenta de que, debido a sus rechazos, tenía derecho a dudar.

— Después de tus continuos desdenes, ¿cómo crees que debería actuar?

— preguntó mirándola en profundidad.

— Tú consideras desdeñoso mi comportamiento hacia ti. Yo, sin embargo, creo que, en su momento, era lo que se merecía tu arrogancia — comentó sin ningún ánimo de reprocharle nada— . Quizás lo mejor es olvidar el pasado y tratarnos como amigos.

Él hizo un movimiento negativo con la cabeza.

— Yo no me comprometo a eso contigo, Lidia. Jamás podría tratarte como a una simple amiga; para mí significas mucho más que eso — aseveró con franqueza.

Lidia no quería continuar por ese camino; era demasiado peligroso.

— Dame una respuesta concreta, James. Antes de que te decidas debo recordarte que no podré pagarte al contado; sólo puedo hacerlo poco a poco — confesó atropelladamente.

James se sintió herido por su indiferencia.

— Piensas en todo, Lidia — aseveró con frialdad— . No creo que éste sea el momento más oportuno para hablar de dinero... sobre todo si nos queda tan poco tiempo para llegar al juzgado.

Lidia sonrió agradecida, admirándole en silencio por no sentir rencor hacia ella, y aceptando con gusto la mano que él le alargó para ayudarla a levantarse.

## 12

El chófer los llevó con rapidez por las calles de Boston.

James aprovechó este tiempo para hacerle preguntas a Lidia. Ella contestó con sinceridad aunque, al igual que en su despacho, no le habló acerca de lo que había descubierto sobre su nacimiento.

James la creyó por completo. Ellos dos nunca se habían llevado muy bien, pero conocía la honestidad y la integridad de Lidia. Esa acusación era absurda y averiguaría los motivos que habían llevado a los Abock a poner esa denuncia.

Una vez en el juzgado, se encontraron con el abogado de los Abock, que no pudo disimular su sorpresa cuando vio que James Vantor era el defensor de la hispana. Ambos se conocían desde hacía mucho tiempo, y los dos eran considerados como abogados de prestigio.

— Pero... ¿tú eres el abogado de la... quiero decir, de la señorita Villena?

— Sí, yo la defenderé en este enredo absurdo que han armado tus clientes. No sé qué se traen entre manos, pero todo esto me parece una estupidez — aseveró James con vehemencia, de compañero a compañero.

E El otro abogado no salía de su asombro. El caso parecía muy fácil, siempre que no tuviera como oponente a James Vantor. Era considerado un peso pesado dentro de la abogacía, al que todos admiraban y respetaban y, desde luego, como se lo propusiera, podía hacerles mucho daño.

James se lo presentó a Lidia y los tres hablaron en privado antes de hacerlo con el juez.

Lidia volvió a contar todo lo que había sucedido y ambos abogados, expertos en su oficio, la creyeron. El defensor de los Abock no lo reconoció, naturalmente, pero su instinto profesional le decía que esa mujer no mentía y que sus clientes escondían algo.

A los Abock no les gustó nada que el prestigioso James Vantor fuera el abogado de la hispana.

— Eso cambia las cosas, Sean — le advirtió el letrado— . James es un magnífico abogado y bastante duro.

— Pero tú también lo eres, ¿no? — preguntó el joven con altivez.

— Estoy a su altura, pero te aseguro que, sin pruebas, me será mucho más difícil ganar el caso teniendo en el estrado a un rival como Vantor.

Sean se levantó con furia y se sirvió una copa.

— Entonces tendremos que hacer aparecer pruebas que la inculpen — sugirió con torpeza.

— ¡No! — gritó su padre al ver la perplejidad que reflejaba el rostro del abogado— . Hay que hacer las cosas bien — dijo con fingida suavidad y dirigiéndole a su hijo una mirada de recriminación— . Los documentos han desaparecido. Al parecer, esa chica se considera inocente y no hay pruebas contra ella. Lo único que haremos será entregarle un buen cheque a cambio de su promesa de que abandonará la ciudad. Esa hispana es una periodista demasiado curiosa para que la tengamos siempre revoloteando alrededor.

— ¿Estás seguro, Thomas? — preguntó el abogado, inocente de todo.

— Sí, la coincidencia de la desaparición de los documentos con la visita de la señorita Villena, y dado su interés por conseguir información sobre nuestra familia, nos llevó a pensar que había sido ella la que se los había llevado — explicó Thomas Abock— . Quizás nos hayamos precipitado, así que retiraremos la denuncia a cambio de su salida de Boston — les comunicó sin lugar a réplica.

El abogado estaba perplejo por el cambio que Thomas Abock le había dado al caso. A pesar de sus dudas, no se atrevió a discutir su decisión. Estaba desorientado por todo lo que había pasado.

Intuía que el padre y los hijos tramaban algo, pero no sería él quien se pusiera a investigar. Hacía mucho tiempo que eran buenos clientes suyos y no estaba dispuesto a perderlos por saciar su curiosidad.

Al día siguiente llamó a James Vantor y le comunicó la oferta de sus clientes.

James puso el grito en el cielo nada más oír la propuesta. No solamente porque sabía a ciencia cierta que en ese caso había algo raro que se le trataba de ocultar, sino también porque

no permitiría que Lidia se fuera de Boston.

Desde que Lidia fue denunciada, James y ella se veían todos los días para hablar del caso. Unos días quedaban para comer y otros para cenar. Lidia acudía a esas citas con más ilusión de lo que hubiera sido prudente, y para su desasosiego, empezaba a acostumbrarse a la compañía y gentileza de James. Los dos se comportaban como una pareja de amigos, pero a veces, alguna mirada, un susurro o una caricia por parte de él, delataban los sentimientos de ambos. Aunque Lidia le quería, eso ya lo sabía desde hacía tiempo, aún no podía precisar los sentimientos de él. Intuía que James sentía algo por ella; sus gestos, su mirada, su dedicación y atención, eran síntomas claros de que ella no le era indiferente, pero... ¿era amor? No lo podía saber si él no se lo decía y James sólo había hablado de deseo y atracción.

Lidia reconocía que esos días estaban siendo maravillosos. Las circunstancias de la vida habían decidido que tuviera la oportunidad de conocer cómo era realmente James Vantor, y tenía que reconocer que le encantaba. Despojado de su coraza de arrogancia y orgullo, a los ojos de Lidia se mostraba como un hombre agradable, cortés e incluso enamorado de ella. Visto desde fuera parecía el novio más atento que mujer alguna pudiera encontrar. De todas formas, ella no quería hacerse ilusiones. Lidia disfrutaba de cada instante que pasaba a su lado, pero en ningún momento le dio pie para que él se atreviera a profundizar en su relación. James prefería esperar un poco más antes de intentar un nuevo acercamiento en serio.

El gesto grave de James inquietó a Lidia.

— ¿Qué ocurre? Pareces malhumorado — le preguntó nada más verle.

James la ayudó a sentarse antes de contestar.

— Desde el principio sospeché que los Abock ocultaban algo.

Esta mañana me lo han confirmado con toda claridad.

Lidia lo miró extrañada.

— Me ha llamado a primera hora el abogado de los Abock y sin muchas explicaciones me ha dicho que sus clientes retirarán la denuncia si tú te comprometes a irte de Boston. Eso sí — prosiguió con mofa— , previa entrega de un suculento cheque. ¡Qué desfachatez! — exclamó con ira— . ¡Con quién creen que están tratando...?

Lidia mostró sorpresa, sin embargo comprendió en esos momentos cuál era el juego de los Abock. Todo el montaje de la cita en su casa y la acusación del robo de documentos había tenido como único fin echarla de Boston para que no hablara.

Era un plan muy bien estructurado y... bien pensado... quizás a ella le viniera bien. Era la coartada perfecta para alejarse de James y tener a su hijo en paz.

— Por supuesto — continuó James— , le he anticipado que tú no aceptarías ese trato y que iríamos hasta el fondo de esta cuestión — señaló con firmeza.

Lidia se movió incómoda en la silla y le dirigió una mirada vacilante.

— No sé, James... — disimuló ella— ; estoy muy alterada con todo esto y quizás me venga bien alejarme de aquí por un tiempo — comentó como en un susurro.

James la miró decepcionado.

— No puedo creer que estés hablando en serio.

— No he decidido todavía nada. No aceptaré el cheque, por supuesto, pero me consolará y me tranquilizará mucho verme rodeada de mi familia.

James suavizó su gesto.

— Lidia, comprendo que te sientas nerviosa y que desees a veces tirar la toalla y refugiarte en los brazos de los tuyos — la consoló él— , pero ese no es el mejor método para solucionar los problemas.

Hay que luchar y seguir adelante — la animó cogiéndole la mano.

Lidia notó su calidez y se sintió segura con su protección.

— No puedes irte ahora, Lidia, y además... yo no deseo que te alejes de mí — agregó mirándola con ternura.

Lidia vibró con sus palabras, notando cómo todo su ser se despertaba radiante ante su intensa mirada.

— Gracias, James; yo también estoy a gusto a tu lado, pero deseo olvidar este desafortunado asunto. Creo que la mejor forma de conseguirlo es abandonar Boston por un

tiempo.

— ¡No, Lidia, no lo permitiré! — exclamó furioso— . Yo soy tu abogado porque tú me lo pediste, y debes dejarte aconsejar por mí.

Hemos de continuar con el caso y llegar hasta el fondo...

Lidia no quería enfadarlo más ni levantar ningún tipo de sospechas que le movieran a indagar por su cuenta.

Mirándole con ternura y sin separar su mano de la de él, habló quedamente.

— No sigas, James. Sé lo que te debo y valoro mucho tu ayuda, pero, por favor, respeta mis sentimientos. Pese a que no es mi deseo continuar con esto, alabo tu profesionalidad al querer solucionar este caso — intentó hacerle comprender con ojos de súplica— . Quiero olvidarme de este asunto, y para ello lo mejor es hablar con los Abock.

— ¡No te irás, Lidia! — exclamó con miedo— ; prométeme que no te irás — le pidió apretándole la mano y mirándola con expresión angustiada.

— James, por favor, no me hagas prometer nada ahora. Estoy nerviosa y desconcertada. Lo único que deseo es acostarme con la tranquilidad de que esta pesadilla ya ha terminado.

— Bien, bien; si, efectivamente, lo que quieres es ir a ver a tus padres, puedes hacerlo y volver al cabo de unos días, pero de ninguna manera debes acceder al chantaje de los Abock — insistió él.

— Yo no quiero pensar que sea un chantaje. Simplemente, todo ha sido una equivocación. Ellos lo han reconocido y desean dar por terminado el caso de la forma más fácil: pagando y deshaciéndose de la víctima — explicó con realismo.

— Si ves tan claro lo que sucede, ¿por qué claudicas? — preguntó exasperado.

— Ya te lo he dicho, James, porque deseo terminar con este penoso asunto. Por favor, consígueme una cita con los Abock y hablemos como personas civilizadas.

James suspiró, sintiéndose derrotado.

— No entiendo tu actitud, Lidia. De todos modos, haré lo que me pides. Espero que algún día no te arrepientas de esto.

Todos se reunieron en el despacho de James. Los Abock prometieron retirar la denuncia, pero no consiguieron que Lidia abandonara Boston. James se opuso tajantemente.

De momento debía seguir allí hasta encontrar un lugar seguro para esconderse durante su embarazo. Miami era un sitio demasiado evidente; ese sería el primer lugar donde James la buscaría en el caso de que quisiera hacerlo.

Lidia no se iría de la ciudad, pero sí prometió a los Abock no volver a molestarlos.

James no estuvo de acuerdo con lo que se quedó en la reunión.

Como profesional sospechaba de los Abock y de los motivos que habían tenido para montar todo ese circo. No obstante, respetó el deseo de Lidia y procuró intervenir lo menos posible. Ella parecía contenta, y eso era lo más importante para él. A partir de ahora su relación cambiaría y aprovecharían todo el tiempo que habían perdido.

— No pongas esa cara de circunstancias, James. Todo ha terminado ya y yo estoy satisfecha; por favor, alégrate tú también — le pidió cuando se quedaron solos. Lidia le acarició el rostro tiernamente y le dio un beso— . Has sido muy comprensivo, James.

Gracias.

La ternura de Lidia lo desequilibraba por completo, lo incapacitaba para pensar coherentemente. Cuando ella le sonreía y desplegaba toda su dulzura con él, un incontrolable impulso de abrazarla y besarla lo dominaba. En esos momentos sólo ella existía para él, como si fuera el aire que respiraba o el agua que le refrescaba. Lidia era su vida y sólo con ella quería estar.

— Tu felicidad es la mía, Lidia — dijo abrazándola con ternura— , y cualquier cosa que te haga dichosa me llena a mi también de alegría.

Permanecieron durante un rato abrazados, disfrutando de la calidez del otro y del violento latido de ambos corazones. Era un momento mágico, pleno. Lidia era suya, ambos se pertenecían, y James deseó que esos instantes jamás pasaran.

Esa noche fue Lidia la que pagó en el restaurante.

— Digamos que es la mejor forma que tengo de darte las gracias por haberte tomado

tanto interés por mi problema — dijo dedicándole una bella sonrisa.

James la miró fijamente y levantó una ceja para mostrar su duda.

— ¿La mejor forma...?

— ¡James...! — le recriminó ella sin poder evitar una sonrisa de complicidad.

— Desde que estuvimos... juntos en tu casa no hemos tenido ocasión de hablar reposadamente.

Era mejor olvidar su última cita tras el encuentro en su casa, había sido demasiado desafortunada.

— Fui muy feliz, Lidia, como no lo había sido nunca, pero...

debo pedirte perdón por mi brusco comportamiento — dijo azorado— .

Había soñado muchas veces con tenerte, y te aseguro que nunca hubiera podido pensar que mi cortejo inicial pudiera ser tan poco...

caballeroso. Estoy arrepentido, mi conducta no tiene justificación...

Lidia lo miró conmovida y le cogió la mano.

— Tu ira se basaba en muy buenas razones, James. Si bien es cierto que cuando planeé engañarte con la falsa cita en el jardín, yo también estaba muy enfadada, me porté muy mal. Me arrepentí enseguida, de hecho pensaba disculparme al día siguiente — confesó sosteniendo su tierna mirada— . Aun así, y a pesar de ese desastroso inicio, nunca me he arrepentido de haber hecho el amor contigo.

Fuiste un maestro paciente y cariñoso, y... bueno, creo que esa noche fue la más intensa y hermosa de mi vida.

Los ojos de James brillaban emocionados. Era un milagro que Lidia lo hubiera perdonado y más todavía que, al igual que le ocurría a él, considerara ese encuentro como el más maravilloso de su vida.

— Todas serán así, amor. Tú y yo...

— James, por el momento...

James enseguida se dio cuenta de que se había vuelto a precipitar. Lidia se le había entregado en un momento de pasión, de arrebato amoroso. Él la había seducido, sacando de ella toda la ternura y pasión que guardaba en su interior, pero ahora era distinto.

Si quería que esa relación prosperase tenía que ir despacio, dando cuidadosos pasos que los llevaran a los dos a la cima de la felicidad.

— Te entiendo, Lidia, no te preocupes. No quiero imponerme a ti ni obligarte a nada que no desees. Nos trataremos y nos conoceremos más, hasta que los dos nos sintamos preparados para vivir juntos.

Lidia agradeció su consideración. Teniendo en cuenta a lo que él estaba acostumbrado, debía significar un gran sacrificio renunciar a lo que más deseaba. Durante unos momentos de debilidad, Lidia estuvo a punto de confiarse a él por completo. Finalmente no lo hizo, no se atrevió a dar tan precipitadamente un paso que lo mismo podía elevarla a los cielos que conducirla a la más desastrosa ruina.

Prefirió darle más tiempo a James y a su amistad.

Durante las dos semanas siguientes continuaron viéndose con frecuencia. Lidia quería distanciar las salidas, pero no sabía cómo decírselo sin ofenderle. Ella se encontraba feliz con James; disfrutaba de cada instante a su lado y vivía con intensidad cada hora del día. Siempre se había considerado una persona con suerte.

Su vida había sido feliz al lado de unos padres que la adoraban y de unos amigos que siempre le habían entregado todo su cariño y su lealtad. Ahora se daba cuenta de que nada de lo vivido anteriormente se podía comparar con la profundidad de sus sentimientos hacia James. Era una pena que ella, que era una mujer dulce y apasionada, tuviera que guardarse sus emociones sin poder transmitírselas a la persona que amaba. Tenía que ser así; por mucho que quisiera a James. Nunca sería feliz con él si ese amor no era igualmente correspondido. Muchos días se levantaba con la firme resolución de cortar definitivamente con James, pero sus sentimientos la tenían atrapada. Lo que su razón lógica decidía por la noche, su corazón lo desbarataba por la mañana. Lidia se sentía completamente confundida. Por una parte, cada día le resultaba más difícil prescindir de él y de su cariño, y por otra era consciente de que seguir

con James era como encaminarse despacio hacia un precipicio. Debía adoptar una resolución lo antes posible; de no ser así, tarde o temprano pagaría las consecuencias.

## 13

Hacía días que James le daba vueltas a una idea que podía ser muy gratificante para el rumbo que estaba tomando la relación entre Lidia y él. Se había abstenido de comentárselo a ella por miedo a un rechazo o, lo que era peor, a una respuesta afirmativa tan sólo por agradecimiento. Deseaba hacer un viaje con Lidia. En principio había pensado en unas vacaciones idílicas en las Bahamas, lugar paradisíaco donde sus padres tenían una casa. Allí hubieran estado solos y juntos todo el día; hubieran disfrutado de la playa, del sol y de los bellos y románticos paseos al atardecer. Todo el tiempo lo habrían dedicado el uno al otro, charlando y dándose a ellos mismos la oportunidad de conocerse mejor. Lo maduró durante un tiempo, y su intenso deseo de disfrutar durante esos días de la continua compañía de Lidia, a punto estuvo de llevarle a dar un paso en falso.

Ahora se daba cuenta, después de haber intimado un poco más con ella los días que duró el proceso con los Abock, de que Lidia no hubiera accedido a viajar con él a una isla, donde desde el paisaje, hasta el sosiego que se respiraba por doquier e incluso el ritmo y la vitalidad de sus gentes, inducían a cualquier pareja a liberarse y a entregarse a su mutuo amor y pasión.

H Había desechado la idea de las Bahamas, pero quizás un viaje a Europa, ya fuera París, Londres o Viena la atrajera mucho más.

Lidia era una mujer culta, eso no lo había dudado en ningún momento, por lo que un viaje a la vieja Europa debía ser una de sus más anheladas aspiraciones.

James no podía manifestar con claridad lo que sentía por Lidia. Sus sentimientos eran muy difíciles de describir. De lo que sí estaba seguro era de su gran anhelo por verla, estar con ella y tocarla. Pensaba en ella a todas horas y su espíritu, más bien escéptico e indiferente antes de conocerla, se había vuelto alegre e ilusionado, manifestándose este nuevo talante en todos sus gestos y acciones. Desde que estaban reconciliados, se sentía más jovial y vital, aunque aún se negaba a creer que lo que sentía por esa mujer fuera amor. No quería pensarlo y menos aceptarlo. No podía ser.

James Vantor III no podía estar enamorado de una mujer corriente, de clase media y además hispana. Él quería a Lidia de otra forma.

Reconocía que esa hispana se le había metido en la sangre y sería muy difícil que la olvidara alguna vez, pero podía tenerla sin llegar a ningún tipo de compromiso formal. No podía traicionar a su familia, a su gente y arriesgar su posición en la sociedad casándose con una mujer que no encajaba en su mundo.

James frunció el ceño después de hablar con Lidia. Una vez más ella le había llamado para cancelar su cita. No quería creerlo, pero algo le decía que ella estaba empezando de nuevo a querer distanciarse de él. Ahora, más que nunca, debía convencerla u obligarla como fuera a emprender con él el tan soñado viaje.

— Lldia, cariño — empezó diciendo un día mientras paseaban— , debo hacer un viaje de negocios a París, una ciudad preciosa que todo el mundo debería conocer, y... — siguió un poco dubitativo— me haría mucha ilusión que me acompañaras — terminó con los ojos brillantes de excitación y expectativa.

La joven se quedó muda de asombro.

— ¿París? — consiguió decir cuando pudo reaccionar— ; me encantaría, James, pero no puedo ir; ahora mismo tenemos mucho trabajo — se excusó ella.

— Seguro que en el trabajo te pueden sustituir. Ya lo han hecho otras veces. Por favor, dime que sí — le rogó— . París es una ciudad maravillosa, la ciudad ideal para los enamorados — comentó con una sonrisa insinuante— . Serán unos días inolvidables para los dos; por favor, acepta.

Lidia se estremeció. La idea le entusiasmaba. También reconocía que aventurarse a viajar a una ciudad tan romántica con James era como meterse en la boca del lobo. Hasta ahora todo había salido bien, pero no quería tentar más a la suerte; por otro lado..., ¡cómo iba a negarse después del gran favor que él le había hecho!

Se encontraba en un dilema. Le debía mucho a James, y de momento, eso era lo único que él le había pedido. No podía negarse y ambos lo sabían.

— No puedo contestarte ahora, James. Debo hablar primero con el señor Clark.

— Lo comprendo. Por favor, procura arreglarlo cuanto antes — sugirió con ojos ardientes.

Aunque sus nietos habían querido ocultarle todo lo ocurrido con Lidia, Rose Asder sospechaba que algo estaba sucediendo. No era normal que el abogado de la familia les hiciera tantas visitas seguidas.

— Parece que hay mucha actividad en la casa últimamente — comentó un día su doncella.

— ¿Por qué lo dices? — preguntó la señora Asder con cautela.

— No lo sé exactamente, señora, pero, aparte de los policías...

— ¿Cómo dices? ¿Es que acaso ha estado algún policía aquí?

— preguntó extrañada.

— Sí, señora, varias veces.

Rose Asder se quedó pensativa y dedujo que si su yerno y sus nietos no le habían comentado nada era porque no querían que ella se enterara de lo que pasaba. No le quedaba más remedio; tendría que pasar a la acción por su cuenta.

Sean y Brian eran sus únicos nietos y ella los quería, pero hubiera preferido que no fueran tan ambiciosos como su padre. Si bien no podía quejarse de la forma en que llevaban los negocios, si no fuera porque ella los obligaba a tenerla al tanto de todo, sin duda harían muchas cosas a sus espaldas... o lo contrario de lo que ella deseaba.

Al día siguiente pidió el coche a primera hora y se dirigió al despacho de su abogado.

Para él fue una sorpresa encontrarla allí tan temprano, y su expresión seria le hizo deducir que venía por alguna cuestión muy importante.

— Espero no entretenerte mucho tiempo; tan sólo quiero saber qué se traen mi yerno y mis nietos entre manos — preguntó directamente.

— No sé a qué se refiere, señora Asder — susurró el abogado para ganar tiempo.

— Me refiero a tus idas y venidas a mi casa y a la presencia de la Policía — dijo sin rodeos.

El abogado intentó zafarse de las preguntas no dando importancia a lo que había ocurrido. Ante la decidida expresión de la dama y su insistencia en saberlo todo, no le quedó más remedio que hablarle de lo que había pasado con la hispana.

Aunque no conocía a la chica, Rose no había olvidado lo que le contó su nieto acerca de esa cruz. Había pensado día y noche en ello, temiendo y a la vez deseando que todo se aclarara. Ahora, después de haber oído el relato del abogado, se daba cuenta de que su yerno debía haber averiguado algo sobre esa chica cuando tenía tanto interés en deshacerse de ella.

Solamente su difunto marido y su hija Jennifer habían estado al tanto del embarazo de su hija Rose Mary. De ello hacía ya muchos años, pero ni siquiera el tiempo había impedido que el triste recuerdo de la muerte de su hija pesara como una losa sobre su corazón. Sólo ella era la culpable y a ella le correspondía hacer justicia. Antes debía cerciorarse, estar completamente segura de lo que todo su ser proclamaba.

Lidia se quedó muda de asombro cuando la persona que estaba al otro lado del teléfono se identificó como Rose Asder. No estaba muy segura de poder hablar coherentemente. Sólo la confianza y la tranquilidad que le transmitió la señora la ayudaron a contestar con serenidad.

Intercambiaron pocas frases por el teléfono, aunque sí las suficientes como para quedar a comer al día siguiente en el restaurante de un hotel.

Lidia durmió mal esa noche, pensando en el momento en el que conocería a su abuela. Nunca lo había considerado; sin embargo, ahora que tenía la oportunidad de verla por primera vez, se sentía nerviosa y vulnerable ante los nuevos acontecimientos que estaban sucediendo en su vida. Sus pensamientos pasaron de Rose Asder a James, su primera fuente de preocupación. Aún no había accedido a su petición de acompañarle a París. Aunque se habían visto en tres ocasiones desde entonces, Lidia sabía que era cuestión de tiempo que ella aceptara su invitación. Pensando con sensatez, sabía que no debía ir. Sin embargo, fiel a sus principios, no pagaría la generosidad de James con un desaire.

Lidia entró en el hotel y se dirigió directamente al restaurante.

Preguntó a un camarero si había llegado la señora Asder y él le pidió que le acompañara. Había bastante gente comiendo, sobre todo señoras muy elegantemente vestidas. Lidia solamente la había visto en fotografías de hacía mucho tiempo y en la calle durante unos segundos, pero enseguida la reconoció. Su bello rostro, a pesar de la edad, era inolvidable. Su pelo, rubio y muy bien peinado, no se parecía al de ella, que era castaño. Tampoco eran iguales el color de los ojos. Rose Asder los tenía de un cálido tono azul, mientras que ella los tenía castaños claros, "del color de la miel", según decía James.

Cuando Lidia llegó a la mesa, Rose Asder le alargó la mano con simpatía y la invitó a sentarse. Todavía no se explicaba cómo había sido capaz de pronunciar una palabra. Su emoción al ver a esa bella mujer, exactamente igual a su querida hija, la había conmocionado por completo. Si en algún momento dudó de la veracidad acerca de la identidad de esa chica, ahora estaba completamente segura de que era su nieta.

— Es usted muy guapa, señorita Villena, y además alabo su buen gusto — expresó con sinceridad mientras contemplaba con ojos admirativos el sencillo, pero elegante atuendo de Lidia. Le había sorprendido el bonito estilo de la joven.

Lidia le agradeció el cumplido con una sonrisa.

— Estará preguntándose por qué la he citado hoy aquí; pues bien, querida, lo he hecho para disculparme por la equivocación que cometió mi nieto con usted. No la he llamado hasta ahora porque no sabía nada de este desafortunado asunto — explicó Rose Asder con franqueza— . Me avergüenzo de lo que ha pasado y espero que usted pueda perdonarnos.

Todo en ella la conmovía, pensó Lidia: su tono de voz, sus palabras, su tierna mirada...

— Los perdoné hace tiempo, señora Asder. Todos cometemos errores y sus nietos han sabido rectificar a tiempo — dijo intentando tranquilizarla, convencida, por otro lado, de cuál había sido la intención de los Abock.

Rose sonrió agradecida y miró ensimismada la cruz que Lidia lucía como único adorno. Ella sabía por qué la miraba tanto; sin duda la había reconocido. Lidia se mantuvo en silencio. Antes de salir de casa se había propuesto ser prudente y no ser ella la que diera el primer paso.

— Esa cruz es muy bonita... ¿me permite? — preguntó Rose un tanto dubitativa mientras alargaba la mano para tocarla.

Lidia se acercó un poco más para que la señora Asder pudiera verla mejor.

Los dedos de la dama temblaron al tocarla después de tantos años, y sin poderlo evitar, sus ojos se humedecieron. Lidia lo notó y la miró con compasión, sintiendo una gran simpatía por esa mujer.

— A mí también me gusta mucho, tanto que la llevo desde que nací.

Rose necesitó unos segundos para recuperarse de la emoción que la embargaba. Lidia la observaba con benevolencia, comprendiendo la conmoción que acababa de sufrir esa pobre mujer al verla y al reconocer la cruz. Ella no sabía qué motivos habría tenido esa familia para haberla abandonado, pero acababa de ver en los ojos de Rose Asder el reflejo de todo el sufrimiento acumulado durante esos años. Todo el mundo tenía motivos para proceder de una determinada forma en un momento concreto, y ella o quien fuera de la familia, debió tener una razón muy poderosa para entregar a una niña en adopción.

Lidia estaba ya más que convencida de su conexión biológica con la familia Asder. De todas formas, no le correspondía a ella aclarar las cosas; si esa familia quería volver a aceptarla, tendrían que ser ellos los que se lo pidieran; de ninguna manera se impondría a unas personas que no la quisieran.

Rose estaba perpleja del sentimiento de afectividad e incluso de cariño hacia esa chica que había aflorado en ella nada más verla.

Sólo pensar que era la hija de su querida y añorada Rose Mary era suficiente para quererla, aunque no la hubiera tratado antes. De todas formas, Rose siempre había sido una mujer práctica y sensata, por lo que no quiso precipitarse llevada por el sentimentalismo.

Acababa de hacer un trascendental descubrimiento en su vida, tan importante para ella que no estaba dispuesta a dar ningún paso en falso. Tenía que reflexionar y descubrir la mejor forma para todos de volver a integrar a su nieta en la familia. Era consciente de las habladurías que esta decisión llevaría consigo, empezando por su propia familia, pero estaba

dispuesta a todo con tal de recuperar a su nieta y reconciliarse consigo misma y con su hija muerta.

Ambas mujeres charlaron de diversos temas, entre ellos del programa que Lidia tenía pensado hacer en la radio. En un principio, esa idea había tenido como única finalidad introducirse en casa de los Abock y charlar con Rose Asder. Ahora que su abuela le preguntaba por ese proyecto, Lidia no tuvo más remedio que seguir adelante.

Después de una hora de amena conversación, la joven se despidió de la señora Asder sintiéndose un tanto desconcertada ante su actitud gentil, pero indiferente hacia ella. Durante unos momentos había pensado que Rose la había reconocido e incluso la aceptaba. Ahora veía que se había equivocado. Su congoja al ver la cruz había estado motivada solamente por los recuerdos que le traía ese colgante. Su difunta hija debió haberlo usado antes de morir y no se sabe por qué vericuetos había llegado a la familia biológica de Lidia. Había asociado las palabras del joyero y la actitud de los Abock con la idea de que ella descendía de esa familia. Al parecer, se había equivocado. Rose Asder había sido muy amable, pero en ningún momento había dado ningún indicio de tener ninguna clase de parentesco con ella. A partir de ese día se propuso controlar su imaginación y proceder con más lógica. Era absurdo continuar alimentando una fantasía estúpida.

## 14

Lidia no podía creer que se encontrara en un avión Concorde, en compañía de James, rumbo a París.

Todos sus intentos de desanimarle a base de excusas habían sido inútiles. James no había cedido en su empeño. Muy paciente al principio, pero ligeramente enfadado a medida que pasaban los días y Lidia no le daba una respuesta, la decidieron a ceder y a pagar la deuda que tenía con él. Lo que sí consiguió fue convencerle para retrasar el viaje hasta finales de diciembre, pues había prometido a sus padres hacerles una visita en Navidad.

Al contrario de lo que ella pensaba, el señor Clark no había puesto ninguna objeción a su ausencia y Mary estaba encantada de sustituirla; más que por ella misma, lo hacía con la esperanza de que James y Lidia solucionaran sus diferencias.

— ¡Cómo me alegra que al fin hayáis hecho las paces! — comentó Mary con sinceridad.

— Sí, ahora somos amigos — le explicó Lidia— . Nuestra relación no pasará de ese grado de amistad.

— Entonces, ¿sigue ignorando tu estado?

L — Sí. No lo sabe ni lo sabrá. Esto que estamos viviendo ahora es como un espejismo en el desierto, nada más — aseveró con una aparente frialdad que alarmó a Mary.

— No sé, chica; quizás si le contaras la verdad las cosas podrían arreglarse entre vosotros. Desde luego es una cuestión muy delicada y muy íntima, Lidia; tú sabrás lo que haces — dijo apenada.

— Quiero a mi hijo, y ahora es lo que más me importa. No puedo arriesgarme a que James Vantor me lo quite — terminó con firmeza.

El padre López, que había estado en contacto con Lidia durante todo el proceso con los Abock, se quedó preocupado cuando ella le habló de su viaje a París.

— Espero que vuestra relación prospere y llegue a buen fin, Lidia. Sabes que sólo deseo lo mejor para ti — le recordó con afecto— .

Cuídate, niña, y que Dios te bendiga.

Lidia agradeció la calidez de la mano de James. No hacía mucho que se conocían, pero él parecía comprenderla muy bien.

Desde el mismo momento en que había accedido a viajar con él, James la había estado animando y alentando a continuar su relación.

Sabía que eran felices cuando estaban juntos y se olvidaban de las barreras sociales que los separaban. James no había creído hasta entonces en el amor. Nunca había comprendido que una persona se dedicara exclusivamente a otra y que además fuera feliz tan sólo con ella. Ahora empezaba a sentir que lo que siempre había dudado, comenzaba a sucederle a él. Sólo era feliz con Lidia. Deseaba verla a cada instante, y siempre que estaban juntos pasaba el tiempo a gran velocidad. Este sentimiento le tenía completamente confundido y asombrado.

— Duérmete si quieres, cariño — sugirió él con solicitud— ; tan sólo tienes que pulsar este botón y el asiento se echará hacia atrás.

— Ahora no tengo sueño. Estoy tan emocionada de poder viajar en este magnífico avión con dirección a París, que creo que dormiré lo menos posible para intentar ver y disfrutar al máximo de cada minuto de este maravilloso viaje — dijo mirándole con los ojos brillantes de excitación— . Muchas gracias por todo, James — continuó— .

Pase lo que pase quiero que sepas que siempre te estaré agradecida por la ayuda que me has brindado cuando yo más lo necesitaba.

James sintió cómo una ola de calor le recorría todo el cuerpo cuando ella se le acercó y depositó un beso fugaz en sus labios; al mismo tiempo un tenebroso escalofrío lo hizo estremecerse al captar un tono sombrío en sus palabras.

— ¿A qué te refieres con "pase lo que pase"? — preguntó preocupado.

Lidia sonrió con calidez.

— ¡Oh! A nada en concreto. Son cosas mías que ni yo misma sé por qué las digo — se excusó.

— No quiero que hagas premoniciones negativas sobre nosotros, Lidia. Estamos muy felices juntos y así debemos continuar — aseveró mostrando un ligero enfado.

— Por supuesto que sí — admitió Lidia con voz persuasiva— . Son los nervios los que me hacen decir tonterías; perdóname.

James se acercó a ella y habló con voz queda.

— Está usted perdonada, señorita Villena, pero como penitencia, debe darme un beso ahora mismo — le ordenó mirándola con ojos maliciosos.

Lidia accedió con gusto y ambos se fundieron en un largo e intenso beso. Al separarse, los dos temblaban, sin que ninguno de ellos se atreviera a analizar lo que realmente habían sentido.

James quería darle más tiempo; tenía miedo de que ella retrocediera de nuevo. Por su parte, Lidia, completamente conmocionada por el beso, no quería que él sacara conclusiones erróneas de su actitud. Se había propuesto ser tan sólo amiga de James y así sería. Lidia sabía que no se podía permitir el lujo de dar un paso en falso, teniendo en cuenta las circunstancias en las que se encontraba. Cuánto más intimara con él, más difícil le sería alejarse cuando llegara el momento. La única solución era comportarse como una simple amiga y no dar pie en ningún momento a que él se hiciera falsas ilusiones.

Mientras cruzaban las calles de París camino del hotel, Lidia miraba con avidez a la gente, intentado contemplar también cada uno de los bellos edificios que se acumulaban unos detrás de otros.

Todo le parecía fantástico, brillándole los ojos de excitación cada vez que se mostraban ante su vista los monumentos que contribuían a que la ciudad de París fuera considerada la más bella del mundo.

— ¡Qué maravilla, James; esto es grandioso! — exclamó sin dejar de mirar por la ventanilla del coche ni un momento.

Él sonreía rebosante de dicha al verla tan entusiasmada.

— Esto es sólo una visión fugaz de las maravillas que guarda esta ciudad — comentó divertido— . Recorreremos sus monumentos y todo lo que quieras: estoy a tu disposición, cariño — afirmó apretándole la mano con afecto y besándosela a continuación.

— Será un viaje inolvidable — dijo mostrando una expresión en sus ojos que James calificó más bien de indescifrable.

Lidia sintió alivio cuando al llegar al hotel, uno de los más lujosos de la ciudad, según le pareció a ella, el recepcionista, después de recibir a James con toda clase de deferencias, le entregó dos llaves. Desde que él le había pedido que le acompañara en ese viaje, Lidia se había preguntado muchas veces qué era lo que James pretendía de ella con esa invitación. Todavía no lo sabía, pero por lo menos él había tenido la delicadeza de no forzarla a compartir con él una situación que ella no debía ni podía compartir.

Las dos suites estaban una al lado de la otra. Lidia, una chica normal, criada en el seno de una familia de clase media en la que jamás se habían conocido esos lujos, contuvo la respiración al contemplar la habitación que se le había asignado.

— ¡James, qué preciosidad! Te agradezco que hayas querido lo mejor para mí, pero de verdad que no hacía falta. Yo me conformo con poco, pues no estoy acostumbrada a estos lujos — admitió con humildad.

— Tendrás que acostumbrarte, amor. Siempre que estés conmigo, disfrutarás de todo lo mejor — afirmó él con rotundidad.

Lidia admiró detenidamente todo lo que la rodeaba una vez que se quedó sola. No tenía tiempo para pensar. James llamaría a su puerta en menos de una hora. Pensativa, su honestidad se rebeló contra la actitud de consentimiento que mostraba con todo lo que James le ofrecía y le insinuaba. Lo más justo, teniendo en cuenta la bandera de la honradez que Lidia siempre defendía, era haberle hablado con sinceridad, haberle dicho claramente, aunque con tristeza, que este viaje no podía significar para ellos nada más que unas simples vacaciones entre amigos, y que una vez de vuelta en casa, no volverían a tener ningún tipo de relación. No había tenido valor para dar ese paso, sobre todo por dos importantes razones.

Primero porque, teniendo en cuenta la ayuda que la había prestado, no se merecía una respuesta tan dura y, segundo, porque había tenido miedo de que ante sus constantes negativas, James hubiera sospechado algo y hubiera descubierto su embarazo. Lidia había

accedido a darle gusto porque se sentía fuertemente atada a él por un lazo de agradecimiento. Esta excusa no la eximía de la inefable verdad que no podía ocultarse a sí misma: ya fuera en París o en cualquier otro sitio. Ella siempre se encontraba feliz al lado de James. Con ningún hombre había sentido ni sentiría la alegría interior que la dominaba cada vez que estaban juntos. Le amaba y su corazón se encargaba de recordárselo constantemente.

El programa en París se presentaba de lo más apretado. Su estancia allí sería de una semana. Lidia quería verlo todo, disfrutar y vivir la ciudad catalogada como la más bonita del mundo.

La primera visita obligada de cualquier turista es la torre Eiffel, y allí empezaron Lidia y James su recorrido. Subieron en el ascensor hasta el último piso y desde allí contemplaron la bella panorámica de París.

James había estado en la capital francesa muchas veces. Desde niño había viajado a Europa con sus padres y había recorrido en cantidad de ocasiones sus viejas calles y monumentos. Ahora estaba de nuevo en París, y lo más atrayente para él en esos momentos era contemplar las distintas expresiones de sorpresa, admiración y ensimismamiento que reflejaban los bellos ojos de Lidia. Al día siguiente, dedicaron la mañana a visitar el Museo del Louvre, donde contemplaron algunas salas de pinturas, otras de muestras arqueológicas egipcias y, finalmente, la Venus de Milo, estatua que Lidia tenía un gran afán por conocer.

— Todo el museo es una verdadera joya. Ni en una semana ni en un mes tendríamos tiempo de visitarlo entero. He disfrutado mucho con lo que he visto; es un lujo estar en París y... todo gracias a ti, James — dijo mirándole con candor.

James le pasó el brazo por los hombros y la acercó un poco más a él, depositándole a continuación un beso en la sien.

— No tienes que agradecerme nada, Lidia. Si te pedí que vinieras fue porque me apetecía enormemente que me acompañaras en este viaje. Nunca lo he pasado tan bien como lo estoy pasando ahora contigo — confesó mirándola sugestivamente— , así que si alguien tiene que dar las gracias, soy yo.

Habían visitado los monumentos más importantes de París y se habían hecho cantidad de fotos. Todos los rincones le parecían preciosos a Lidia, dignos de plasmarlos en fotografía.

Desgraciadamente, los días en la capital francesa tocaban a su fin. El tiempo había pasado con rapidez para los dos jóvenes, y según opinaba Lidia, todavía les quedaba mucho por ver. La mañana del penúltimo día, James tenía una reunión de negocios y no pudo acompañar a Lidia en su recorrido turístico. El chófer la acompañó continuamente y le enseñó los principales barrios y arterias de la ciudad. Lidia no quería comer sola. Decidió invitar al chófer para seguir hablando de París y que él le contara anécdotas que no se encontraban en las guías turísticas. En un principio, el francés no quería aceptar; le parecía inconcebible que esa bella dama le invitara.

Con naturalidad, Lidia lo convenció. La velada resultó muy agradable; ella le hacía preguntas sobre la ciudad y él contestaba dándole todo clase de detalles acerca de los barrios, lugares típicos y forma de vida de la gente.

— Es usted una mujer muy agradable, señorita Villena, en nada parecida a las encopetadas damas con las que suelo trabajar — comentó el chófer con franqueza.

— Será que yo no soy una gran dama sino una chica vulgar y corriente — contestó ella con llaneza.

— Al contrario, yo creo que es usted una gran señora.

Lidia sonrió agradecida, despidiéndose de él amigablemente.

De vuelta en el hotel, aprovechó que James aún no había llegado para darse una ducha y arreglarse para la cena. Las noches anteriores lo habían pasado muy bien cenando en típicos restaurantes franceses, sobre todo en la zona bohemia de Montmartre. Durante las cenas en la intimidad habían charlado más que nunca de ellos mismos: infancia, amigos, estudios... Habían sido unas veladas maravillosas y sin duda, inolvidables.

James llamó a la puerta de la suite de Lidia, pero no obtuvo respuesta. Sabía que estaba dentro porque se lo había dicho el chófer. Decidió esperar en su habitación y llamar más tarde.

Lidia se disponía a vestirse, cuando sonó el teléfono.

— ¡Hola, James! ¿Qué tal te ha ido la mañana?

— Bien, pero me ha surgido un compromiso para esta noche que no he podido eludir — comentó contrariado— . Lamentablemente, no podremos estar solos, como en las noches anteriores; tenemos que asistir a la fiesta que han organizado unos amigos.

Desilusionada por el cambio de planes, Lidia intentó ser complaciente.

— Como quieras...

— Pasaré a recogerte dentro de media hora ¿Te viene bien?

— Sí, estaré preparada.

Lidia se dirigió deprisa al armario y cogió el traje de muselina amarillo, el único vestido largo de fiesta que había metido en su equipaje. Aparentemente, todavía le quedaba impecable, aunque notó, nada más ponérselo que, debido al embarazo, la tela se le ajustaba más al cuerpo y hacía resaltar espectacularmente sus curvas.

James llamó a su puerta a la hora convenida. Lidia le recibió con una radiante sonrisa.

— Pasa; cojo el bolso y nos vamos enseguida — dijo sin reparar en su expresión de desaprobación.

James había estado toda la mañana trabajando con su colaboradores y socios. Había echado de menos a Lidia mucho más de lo que él nunca hubiera esperado. Había pensado en un plan perfecto para la noche y uno de sus amigos franceses se lo había estropeado, y ahora, para colmo, encontraba a Lidia vestida con un traje que le había regalado otro hombre. Su malhumor, que había ido en aumento por momentos, estaba a punto de llegar a su punto culminante.

Al salir de la habitación, Lidia encontró a James sentado, mirándola con una expresión de disgusto.

— ¿No tenías otro vestido para ponerte? — preguntó con voz helada.

Lidia comprendió inmediatamente lo que estaba pasando por su mente.

— ¿No te gusta éste? — preguntó con la única intención de hacerle hablar. Era mejor aclarar las cosas cuanto antes.

— Reconozco que te sienta muy bien. Lo que me disgusta es verte con ropa regalada por otro hombre.

Lidia suspiró con paciencia.

— Es absurdo que tengas esos prejuicios, James. Sabes perfectamente que Irving Longley es solamente un amigo. Me lo regaló para asistir al baile de la Cruz Roja y su intención fue completamente inocente. Simplemente, quiso que no me viera en el dilema de no poder asistir por falta de vestido, teniendo en cuenta el poco tiempo con el que me avisó — le explicó pacientemente con voz reconciliadora.

James se levantó y se dirigió hacia la ventana, apartó las cortinas y contempló la calle con indiferencia. No quería pelear con Lidia, pero le resultaba muy difícil controlar los celos que había sentido al reconocer el vestido. Le dolía recordar lo cariñosa que ella se había mostrado en todo momento con Longley y lo esquiva que seguía siendo con él. Sabía que entre Longley y ella no había nada serio, de hecho estaba seguro de que no se habían vuelto a ver. Aun así, le costaba olvidar ciertas escenas en las que hubiera deseado ser él el protagonista.

— ¿James? — susurró Lidia con la esperanza de que se hubiera calmado.

Él se dirigió hacia ella con ojos amorosos y la abrazó con ternura. Lidia correspondió a su abrazo y ambos se dijeron, sin necesidad de palabras, lo que sentían el uno por el otro.

El castillo en el que se celebraría la fiesta se encontraba a las afueras de París.

— ¿Pero es un castillo de verdad? — preguntó Lidia, fascinada.

— Pues claro; es un castillo de la época medieval. Tiene casi ochocientos años — explicó James— . Su propietario, un banquero jubilado, amigo de mi padre, se dedica ahora enteramente a la finca.

Tras recorrer una estrecha carretera que atravesaba un bosque, el castillo apareció ante sus ojos, orgulloso y eterno. El coche atravesó el viejo puente sobre el foso y los introdujo en el patio de armas, completamente iluminado con lámparas en forma de antorchas.

James saludó a los anfitriones y les presentó a Lidia. El señor Joinville se mostró muy

cordial y galante con la joven americana, realmente admirado de su belleza.

Lidia nunca había tenido ocasión de asistir a una fiesta de la alta sociedad internacional y no estaba acostumbrada a las frivolidades y coqueteos de la gente que se movía en ese ambiente.

Aceptando su ignorancia acerca de tales sutilezas, no tuvo más remedio que mostrarse tal como era. Su éxito fue fulminante, no sólo por su atractivo, sino también por su simpatía y sencillez.

James sonreía satisfecho al contemplarla charlando con sus amigos como si los conociera de toda la vida. También fruncía el ceño cada vez que algún admirador se mostraba demasiado efusivo.

Lidia no hablaba un francés perfecto, pero se defendía muy bien en ese idioma.

— Me admira que además de bella, sepa usted hablar tan bien en nuestro idioma — le dijo el señor Muset, el típico galán siempre atento con las damas.

— No lo hablo muy bien, señor Muset, pero puedo entenderme, que es lo que me interesa — respondió la joven sonriendo.

La cena resultó muy agradable. Los platos que se sirvieron, dentro de la más típica cocina francesa, estaban exquisitos, y la compañía que le tocó al lado, el señor Muset, un hombre muy atractivo de unos cuarenta años, y el señor Saint Pierre, un señor mayor que le explicó detalladamente la historia del castillo, la tuvieron muy entretenida durante toda la velada.

Estaban a punto de irse cuando el señor Muset le habló quedamente al oído.

— Si le interesa, yo puedo enseñarle lugares maravillosos de París que sólo un parisino de nacimiento conoce.

Lidia rió divertida.

— Me encantaría, pero tendrá que ser en otra ocasión. Muchas gracias.

El francés simuló sentirse abatido.

— ¡Mala suerte!, aunque no pierdo la esperanza — dijo con una sonrisa pícara.

Lidia le extendió la mano para despedirse y le mostró su sonrisa más encantadora.

De vuelta al hotel, James y Lidia, cogidos de la mano, hablaron divertidos sobre la fiesta que acababan de dejar.

— Has sido la admiración de todos — dijo James con orgullo— , aunque no me gustaron mucho las atenciones que te dedicaba ese francés...; a punto estuve de ponerlo en su sitio — señaló enfadado.

— Los franceses tienen fama de ser muy galantes y corteses, así que no me extrañó nada la actitud del señor Muset — aclaró ella— . De todas formas debo decir en su defensa que en todo momento se mostró como un auténtico caballero.

— Sí, por ahí se empieza... — puntualizó con ironía, mirándola de reojo para observar su reacción.

Lidia se acercó más a él, y continuando con la broma, le preguntó al oído:

¿Celoso, señor Vantor? — Él giró la cabeza, taladrándola con el fuego que despedía su mirada — De todo hombre que te mira y de cada uno de tus pensamientos que no está dedicado a mí — admitió con franqueza.

Asombrada por su respuesta, Lidia le miró fijamente a los ojos.

— ¿No esperabas una respuesta así?

— Pues la verdad es que no.

— Lo que he dicho es lo que siento. Te quiero para mí sólo y no soporto verte con otro hombre — confesó apretándole la mano— .

Nunca había aflorado en mí este espíritu de posesión que tú me inspiras. Te confieso que también me ha cogido por sorpresa, pero no puedo evitarlo.

Lidia no contestó. No estaba muy segura de lo que James había querido decir, pero para ella estaba claro que su deseo y su afán de posesión nada tenían que ver con el amor. Él era muy explícito cuando hablaba, y Lidia en el fondo lo agradecía. Se sentía desilusionada de que James no la amara, aunque reconocía que sería mucho más doloroso que él tratara de engañarla con palabras falsas.

Mostrándose sincero, como hasta ahora lo había sido, Lidia sabía a lo que atenerse sin

hacerse falsas ilusiones. Era mucho mejor enfrentarse con la realidad y dejarse de tonterías infantiles.

Durante el resto del trayecto, ambos se mantuvieron silenciosos, dedicado cada uno a sus propios pensamientos.

— Lidia — dijo James mientras se encontraban en la puerta de su habitación— ¿Podría pasar y tomar una copa? — preguntó mirándola con fijeza.

A pesar de que había esperado esa pregunta desde el primer día, en esos momentos la desconcertó.

— No puedo negarte una copa, James. Después de lo gentil que has sido conmigo, es lo menos que puedo ofrecerte.

Los ojos de James brillaron con deleite ante la buena disponibilidad de Lidia. Todavía no podía cantar victoria. Si bien se mostraba cariñosa y simpática, en ningún momento le había insinuado que hubiera cambiado de opinión respecto a la petición que él le había formulado hacía unos meses.

Sintiéndose tensa y nerviosa, Lidia dejó el bolso encima de una mesa y se acercó al mueble— bar. Debido a la cantidad de gente que le saludaba en la fiesta, James había tenido muy pocas ocasiones esa noche para poder contemplarla detenidamente. Ahora que estaban solos, se sentó cómodamente en un sofá y observó con avidez cada uno de sus movimientos. Estaba guapísima, notando con extrañeza que, a pesar de llevar el traje amarillo que él tanto odiaba, la envolvía una especie de aureola de energía y plenitud que la hacía parecer más hermosa y radiante. Siempre la había deseado, desde el mismo instante de conocerla. Ahora era cada vez más imperiosa su necesidad de ella: de verla, de estar continuamente a su lado, de tocarla... Mientras durara ese arrebato, debía convencerla para que se dedicara a él única y exclusivamente.

Lidia se acercó a James esbozando una dulce sonrisa y le entregó la copa que le había preparado.

— Gracias, mi dulce Lidia — dijo dedicándole una mirada insinuante.

Ella se sentó a su lado en el sofá, pasando por alto la sugerente expresión de sus ojos. Comenzó a hablar aceleradamente sobre París y la fiesta a la que acababan de asistir. Estaba muy a gusto con James, pero no quería que la pusiera otra vez a prueba. Teniendo en cuenta sus sentimientos hacia él, era más que seguro que James volvería a salir victorioso de la batalla.

James la miraba mostrando una sonrisa complaciente en sus labios. De pronto, con movimientos decididos, dejó su copa en una mesa y la abrazó con ternura. Lidia se mostró sorprendida, siendo sus palabras rápidamente silenciadas por los labios audaces y posesivos de James. Lidia había temido y deseado ese momento.

Ahora que se encontraba entre sus brazos, se olvidó de todo lo que había pasado anteriormente entre ellos, desechando pensamientos perturbadores y concentrándose únicamente en su amor por él.

Lidia correspondía con ardor a sus besos y a sus caricias, haciendo que él se enardeciera cada vez más y se volviera más exigente a cada segundo que pasaba. Se encontraba feliz entre sus brazos, deseando que ese momento no se terminara nunca. Sin embargo, en el instante en el que James la depositó sobre la cama y empezó a desabrocharle el vestido, Lidia volvió a la realidad de su situación. Su embarazo, sus curvas más pronunciadas y el pecho más abultado podrían alertar a James y hacerle llegar a una conclusión certera. "¡No!" pensó, tenían que detenerse inmediatamente si no quería que todo su plan se viniera abajo. Este pensamiento y el hecho de hacer el amor con el hombre que era el padre de su hijo sin que él lo supiera, la hicieron ponerse rígida y apartarse de él. Era absurdo tener escrúpulos a esas alturas, pero le parecía inmoral hacer el amor con el hombre que amaba y engañarle al mismo tiempo.

— ¿Qué sucede, Lidia? ¿Por qué te apartas de mí? — preguntó James con desesperada frustración.

— Lo siento, pero no puedo seguir. Esto es una locura que no nos llevará a ninguna parte — contestó con el rostro angustiado.

Furioso por este nuevo rechazo, James se enfrentó a ella mirándola con ojos fríos como el

hielo.

— ¿Qué es exactamente lo que tratas de decirme?

— Lo nuestro no tiene solución, James, y todo intento por tu parte de reanudar unas relaciones que no tienen ningún futuro, es perder el tiempo — dijo con una nota de melancolía en su voz.

Su afirmación se le clavó en lo más hondo.

— Eres muy fría para el amor, ¿no? — inquirió él con tono acusador— , ¿o es que hasta haciendo el amor calculas lo que te puede aportar esa relación?

En otras circunstancias, Lidia hubiera encajado muy mal esta acusación, pero ni siquiera en esos momentos de enfrentamiento entre los dos pudo olvidar lo que le debía.

— James, por favor, no me interpretes mal. No calculo nada cuando estoy contigo. Lo que trato de impedir es que los dos suframos inútilmente — explicó paciente.

— No sé por qué tienes que hacer un drama de algo tan natural y sencillo como es el deseo entre un hombre y una mujer — replicó furioso.

— Es cierto que es muy natural, pero para mí no es tan sencillo.

— ¿Puedo saber por qué?

Sus ojos suplicantes no lo conmovieron en esa ocasión.

— Ya hemos hablado de esto otras veces y siempre hemos terminado mal. Por favor, James, déjalo así. Me dolería enormemente estropear este maravilloso viaje que tú me has dado la oportunidad de disfrutar.

James dio un resoplido y se dirigió hacia la puerta. Antes de salir la miró disgustado.

— Debo haberme portado muy mal contigo para ser objeto de tantos rechazos por tu parte.

Sus palabras tocaron la fibra más sensible de Lidia.

— Al contrario, James; has sido muy generoso y gentil, y yo te estoy muy agradecida, de verdad, pero...

— Pero te fastidia compartir mi cama — terminó él furioso.

— Ahora no puedo, James. Por favor, no me lo pidas — le rogó con la angustia reflejada en su rostro.

Él no contestó; simplemente la miró con gesto desolado y dejó la habitación bruscamente.

Lidia esperó expectante el día siguiente. Conocía a James y sabía que estaba al límite de su paciencia, por esa razón su reacción después de lo que había pasado entre ellos podía ser imprevisible.

Sintiendo cierto temor de lo que pudiera suceder ese día, Lidia se vistió y se dispuso a esperarle para desayunar juntos, como hacían todos los días, en la intimidad de su habitación. Él se presentó a la hora de costumbre y la saludó con un cortés "buenos días" y un beso en la mejilla. El gesto de su rostro era indescifrable, lo que hizo que Lidia sintiera una cierta aprensión. Creía conocerle un poco, por ese motivo le extrañaba que, después de lo sucedido la noche anterior, James no hubiera iniciado una pelea verbal nada más entrar en la habitación. Por el contrario, habló solamente de los planes que tenía previstos para el día y nada más desayunar partieron para Versalles.

Lidia conocía por fotografías el palacio. Contemplarlo al natural le quitó el aliento. James observaba ensimismado sus gestos, sonriendo complacido ante la admiración que ella demostraba con todo lo que veía.

— ¡James, es maravilloso! — exclamó extasiada.

— Debo confesar que juego con ventaja. Sabía de antemano que todo lo que te he enseñado te encantaría.

— Me has traído y eso es lo que importa. Anda, dejémonos de charla y dediquemos nuestro tiempo a visitar esta maravilla — le apremió impaciente.

El guía les explicó todo con claridad, sintiéndose cada vez más fascinada con cada nueva estancia que visitaban.

— Viendo todo este lujo y pensando en la enorme miseria que había en esa época, no me extraña que se iniciara la Revolución Francesa — le comentó a James mientras salían del palacio y se adentraban en los magníficos jardines.

— Sí, todo en esta vida tiene su lógica — puntualizó él— , pero esas revoluciones no siempre terminan siendo justas. En la Revolución Francesa, como en muchas otras, murió mucha gente inocente.

También es cierto que se fijaron unas directrices que cambiaron la estructura de Europa.

— Cierto, y de esos cambios conseguidos entonces con mucho sufrimiento, nos hemos beneficiado todos los pueblos.

Cogidos de la mano pasearon por los bellos jardines, evocando tiempos pasados y disfrutando de su mutua compañía.

Por la noche, James reservó una mesa en una de las más famosas salas de fiesta de París.

En esa ocasión, Lidia había descartado ponerse el traje amarillo, aunque para su gusto, era el vestido de noche más bonito que tenía. Había pasado un día maravilloso con James y no quería estropearlo por algo tan banal como un vestido. Finalmente, eligió un conjunto que le hicieron entre su abuela y su madre hacía dos años para el día de su cumpleaños. La falda era de seda en color oro y la blusa de muselina en color marrón tabaco, cruzada en el pecho y con mangas largas. No tuvo tiempo para hacerse moño, por lo que decidió rizarse un poco el pelo y dejarlo suelto. Se disponía a coger el abrigo negro que tenía reservado para cuando salía por la noche, cuando alguien llamó a su puerta. Abrió pensando que sería James.

Efectivamente era él, y en esta ocasión acompañado de un botones del hotel con una gran caja en sus brazos, adornada con un enorme lazo.

Lidia sonrió pero no supo qué decir.

— Esto es para ti, amor — dijo James cogiendo el paquete y entregándoselo.

Ella titubeó antes de decidirse a tomar lo que él le ofrecía.

— Muchas gracias.

James la ayudó con la caja y ambos entraron en la habitación.

La dejaron sobre la mesa, y antes de abrirla, Lidia se dio la vuelta y se acercó a James con ojos enamorados. Él tembló y la cogió en sus brazos con delicadeza.

— Gracias, James, pero con las flores hubiera sido suficiente — le susurró al oído mientras ambos se abrazaban.

Él se puso tenso inmediatamente. En esos momentos reparó en los tres enormes ramos de flores que adornaban la habitación, además del centro que él le había enviado el día anterior.

Lidia notó su rigidez y se separó extrañada.

— ¿Qué te sucede?

— Yo no te he enviado esas flores — contestó con voz seca— .

¿Quién ha sido?

Ella lo miró confundida.

— No lo sé, creía que habías sido tú, como tantas otras veces.

James se movió furioso y comenzó a buscar una tarjeta que identificara al admirador de Lidia. La encontró entre las flores de uno de los jarrones y la abrió sin reparar, debido a los celos que lo cegaban, que estaba cometiendo una falta de educación al leer una nota que no iba dirigida a él.

"No pierdo la esperanza de enseñarle el auténtico París".

"Con toda mi admiración”

— ¿Quién es Alain Muset? — preguntó con brusquedad.

— No lo sé... ¿Muset has dicho? — preguntó Lidia tratando de recordar— . ¡Ya sé quién es! — exclamó acordándose del galante francés— . Fue uno de los caballeros que cenó a mi lado en la fiesta del castillo. Era un hombre agradable y muy divertido.

— ¿Y sólo porque estuvisteis cenando uno al lado del otro te ha enviado tres inmensos ramos de flores con una nota muy significativa? — preguntó suspicaz, alargándole la tarjeta.

— No sé exactamente cuales han sido sus motivos, pero lo que sí recuerdo es que intentó ligar conmigo y yo me negué... James, por Dios, no seas niño — le riñó divertida acercándose a él— . Esto no tiene ninguna importancia. Yo no me acuerdo ya ni de su cara, y él, estoy segura, lo único que ha pretendido es mostrarse amable con una extranjera, nada más.

El ceño fruncido de James demostraba claramente su irritación.

— No me agrada que otro hombre intente conquistarte a mis espaldas.

Sin ninguna gana de continuar esa absurda conversación, Lidia se acercó a la enorme caja que todavía permanecía sin abrir encima de una mesa y se dispuso a deshacer el lazo.

Se imaginaba que sería un vestido, pero sus ojos se dilataron con sorpresa al contemplar el abrigo de visón más maravilloso que había visto en su vida. Con manos temblorosas lo sacó de la caja y lo tocó admirada sin saber qué pensar. Era un regalo magnífico, un regalo que hubiera vuelto loca a cualquier mujer. En cambio Lidia, en la situación en la que se encontraba con James, hubiera preferido algo más modesto, pero entregado con verdadero amor.

— Muchas gracias, James; es precioso.

— No quiero que pases frío, amor — dijo acercándose a ella y besándola con intensidad— . Anda, póntelo a ver qué tal te queda.

Lidia se miró en el espejo y contempló una imagen suya que no le era familiar y que no la convencía. Disimulando lo que sentía, se esforzó en sonreír y agradecer de nuevo el magnífico regalo.

— Te sienta a la perfección; parece que conozco muy bien tus medidas... — comentó con picardía.

— Es un abrigo precioso. Quizá excesivo para mi filosofía de la vida — respondió Lidia con sinceridad.

— Por favor, cariño, no seas tan modesta. Eres más guapa y más elegante que cualquiera de las mujeres que conozco, así que no te infravalores.

— No lo hago, James. Simplemente, creo que hay muchos tipos de personas, y desde luego, yo no estoy entre las que adoran el lujo.

— Me encanta cómo eres, mi hermosa hispana, pero tendrás que ir acostumbrándote a ciertos lujos que estoy dispuesto a proporcionarte.

Decidida a disfrutar en paz de su último día en París, Lidia lo miró con benevolencia y se dirigió hacia la puerta.

La lujosa sala de fiestas estaba espléndida, adornada con multitud de flores y acogedoras mesitas rodeando un amplio escenario. Había mucha gente ya sentada y, según acababan de anunciar, en breves momentos comenzarían las actuaciones de la noche.

— Es un sitio precioso, James; jamás había conocido un lugar así.

— Sí, es bonito y además las actuaciones suelen ser buenas. Por regla general son bastante entretenidas.

Después de consultar la carta con detenimiento, ambos pidieron la cena y lo pasaron muy bien disfrutando de los números del espectáculo.

En cuanto la orquesta empezó a interpretar agradables melodías, la pista se llenó de parejas.

— Señorita Villena, ¿me hace el honor de concederme este baile?

— preguntó mirándola con arrobamiento mientras le besaba la mano.

— Será un placer, señor Vantor.

La dicha del amor los rodeaba y los unía. James, feliz de tener a Lidia entre sus brazos, se preguntaba si no se estaría enamorando como un colegial. No podía ser posible que él, con toda su sensatez y fría lógica, cometiera una tontería semejante. Eso era para inocentes e inexpertos..., no para personas inteligentes y seguras como él. Sin embargo, una fuerte desazón lo desconcertaba. Nunca se había sentido así con una mujer. Hasta ahora, en ningún momento de su vida había querido plantearse el matrimonio, y menos con Lidia. Por otra parte, estaba empezando a descubrir con inquietud que no podría soportar que ella le fallara. Había intentado prescindir de esa mujer varias veces y siempre le había resultado imposible.

— James, lo que me estás ofreciendo estos días es algo tan fantástico que no puedo expresarlo con palabras. Todo esto es como un sueño, un sueño maravillosos que no olvidaré jamás.

Él la miró extasiado y le acarició la cara delicadamente.

— Mi dulce Lidia, no hubiera podido encontrar una compañera mejor que tú para hacer un viaje tan hermoso. He estado muchas veces en París, pero te aseguro que nunca lo había disfrutado tanto — le susurró acercándola más a él y dándole un beso en la frente— .

Sabes lo especial que eres para mí y lo que supone para mí tenerte cerca.

Lidia temblaba de emoción. Todas las fibras de su ser clamaban por él y la empujaban a olvidar su orgullo y su dignidad, tentándola a aceptar su proposición. Si ella hubiera sido una mujer más débil, habría sucumbido sin vacilar a las redes del amor que la envolvían y la ataban a ese hombre. Por suerte o por desgracia, su sensatez, excepto en una decisiva ocasión que ella nunca olvidaría, siempre superaba a sus deseos.

— Yo también estoy muy feliz contigo. Has sido el mejor compañero de viaje que jamás podré tener — afirmó con total sinceridad.

— Entonces... Alarguemos esta dicha. No tiene por qué terminar aquí...

— James, disfrutemos de este momento y no pensemos en nada más, por favor — le suplicó no dejándole terminar las palabras que ella adivinó él iba a decir.

El joven Vantor, adoptando una paciencia que normalmente no tenía, asintió cortésmente y la abrazó con fuerza, como si un instinto desconocido le impulsara a encerrarla entre sus brazos para que ella no se alejara nunca de su lado.

En la puerta de la suite de Lidia, James le dio las buenas noches besándola con pasión.

— Que descanses, amor.

Lidia sintió una vez más la intensidad de su amor por él, pero haciendo caso a su razonamiento lógico, abrió la puerta y entró en la habitación.

James se quedó mirando la puerta cerrada durante unos segundos, no comprendiendo que él, James Vantor III, heredero de una de las más grandes fortunas de América y que podía conseguir todo lo que quisiera, no fuera capaz, con toda su riqueza y su poder, de lograr que la única mujer que le interesaba en el mundo se le entregara libremente. Furioso consigo mismo por sentirse incapaz de conquistarla por completo, entró en su habitación con brusquedad y se sirvió una copa. Indolentemente, se sentó en el mullido sillón, y con desinterés y apatía, contempló la lujosa habitación. Era una suite preciosa, desde luego, pero ¿qué significaba todo ese lujo para él si no lo podía disfrutar con la persona que más le importaba en el mundo?, ¿para qué quería todo lo que tenía si Lidia Villena, la mujer que deseaba, no aceptaba compartir su vida con él?

Después de dar vueltas durante un rato al mismo tema, se levantó del sillón con decisión y mostrando una expresión cínica en su rostro, entró aceleradamente en el dormitorio y cerró la puerta de un portazo.

Lidia se sentía perturbada. Las dulces palabras de James y sus reiteradas miradas llenas de ardor habían trastornado sus sentidos, hasta el punto de hacerla casi perder la cabeza. Con otro hombre no hubiera dudado de su capacidad de control, pero con James era muy difícil. Le quería y si hubiera estado segura de ser correspondida, nadie la hubiera separado de él.

Estaba ya en camisón y se disponía a recoger el libro que se había dejado en el salón, cuando notó que la puerta que comunicaba con la habitación de James y que no había sido abierta durante el tiempo que ella llevaba allí, se abría. James entró despacio, y muy lentamente, sin dejar de mirarla con un brillo de determinación en sus ojos, se acercó a Lidia y la abrazó.

— Lidia, te necesito — le susurró al oído mientras la apretaba con fuerza— , te necesito desesperadamente.

Todavía sorprendida por su inesperada aparición, Lidia no hizo ningún movimiento. Sus palabras resonaban una y otra vez en su mente: "te necesito" y le recordó la vez que ella le necesitó a él y la ayudó sin vacilar.

James la besaba con ternura y la acariciaba con mucha delicadeza, intentando que la mujer que daba vida a su corazón, libremente, se le entregara. Lidia se encontraba exultante en sus brazos y decidió que no debía ni quería rechazarlo de nuevo.

Deseaba entregarse a él y lo haría encantada. Con toda seguridad, esa sería la última vez que estuviera con James, ya que sus planes no coincidían con los de él. Sin duda sería un maravilloso recuerdo para toda la vida.

James notó con alegría cómo Lidia se relajaba contra él y respondía a sus besos, poniendo la misma pasión que él en cada paso que daban juntos. Él la guiaba con palabras cariñosas y ella obedecía con gusto, sintiéndose viva y completamente fascinada en sus brazos.

Conscientes únicamente el uno del otro y olvidados por completo del mundo que los rodeaba, ambos se amaron con naturalidad y pasión.

— Lidia, mi amor, me has hecho muy feliz. Siento haber sido tan impetuoso anoche, pero no podía estar sin ti — dijo mirándola con arrobamiento.

— No tienes por qué justificarte, James. Ha sido una nocha maravillosa — contestó Lidia dedicándole una deslumbrante sonrisa.

— Cariño, quédate a mi lado — le pidió muy serio.

Lidia no quería entrar en ese tema de conversación, por lo que decidió tomarse sus palabras a broma.

— No pretenderás que nos quedemos aquí todo el día...; si mal no recuerdo debemos coger hoy un avión — expresó con ojos maliciosos.

— Sabes muy bien a qué me refiero.

— Sí — contestó ella con gesto grave— , sé lo que quieres decir, pero en estos momentos estoy demasiado alterada como para hacer promesas. Yo... bueno... quiero decir que estoy muy a gusto a tu lado, James y nunca olvidaré este viaje contigo, pero debemos volver a casa, donde vivimos nuestra realidad cotidiana, antes de prometer cosas de las que quizá luego nos arrepintamos.

— No sé por qué dramatizas tanto las cosas — exclamó impaciente— . De todas formas, respetaré tu deseo y esperaré hasta que estemos en Boston — terminó condescendiente. Allí solucionarían de una vez por todas su situación. Él ya no aguantaba más sin tener a Lidia.

Lidia le respondió con una cautivadora sonrisa, lo que provocó que su deseo por ella se avivara de nuevo. Con delicadeza y lentitud la acercó más a él y con ojos encendidos, comenzó a besarla con frenesí, como si quisiera fundirla con él para que nunca le dejara...

Con el semblante entristecido, ambos dijeron adiós a París.

Cogidos de la mano y lamentando que el tiempo hubiera pasado tan deprisa, subieron al avión que los llevaría hasta Boston, donde iniciarían una nueva etapa en sus vidas.

## 15

Ha sido maravilloso, James. Muchas gracias por todo — repitió Lidia en la puerta de su casa momentos después de haber llegado del aeropuerto.

— ¿Lo dices en serio? ¿De verdad que has sido feliz conmigo en París?

A pesar de que James estaba siendo peligrosamente directo, Lidia no podía mentir a esa pregunta. Pasara lo que pasara, siempre guardaría en su memoria los días pasados con él como un tesoro imposible de sustituir. Las circunstancias de cada uno los separaban, pero ella jamás le olvidaría. Sería muy difícil que volviera a amar otra vez con tanta intensidad como amaba a James Vantor.

— Mucho, James. Gracias a ti he disfrutado cada día, cada hora y cada minuto de mi estancia en París. Lo he pasado muy bien y tú has sido el mejor acompañante que jamás hubiera podido tener — reconoció con franqueza, lamentando dolorosamente que la relación con ese hombre no pudiera prosperar.

— Bien — contestó él mostrando una sonrisa de satisfacción— ; es obvio que tú y yo estamos muy a gusto juntos; eso quiere decir que...

— James... no nos precipitemos. Llevo varios días fuera de casa y debo poner en orden muchas cosas. Creo que sería aconsejable tomarnos un poco de tiempo para reflexionar.

H James frunció el ceño y emitió un gruñido.

— No entiendo cómo puedes ser tan exageradamente cauta en todo lo que haces; ¿es que para ti no existe la espontaneidad..., el arrebato..., el momento...? — preguntó irritado.

— Sí, pero hay ciertas cuestiones en las que procuro por todos los medios no dar un paso en falso — aseveró con gravedad.

— La vida es riesgo, Lidia, y si uno no se lanza nunca consigue nada. Por favor, no seas tan sumamente precavida — continuó con impaciencia— y procura comprender que no es bueno ponerle cortapisas a la vida. Tú y yo nos hemos conocido y nos queremos, ¿por qué no compartir nuestra vida? No pienses en el futuro ni en lo venidero porque eso no existe. Vive el presente y disfruta de lo que la vida te ofrece.

"Quererse". Era la primera vez que James pronunciaba esa palabra referida a ellos dos. No con el significado de amarse para siempre sino con el único sentido de colmar la pasión que los consumía a los dos. James la quería a su manera, de una forma pasajera. Lidia estaba cada vez más segura de que nunca podrían tener un futuro juntos. Esa posibilidad no entraba en los planes de James.

— Está bien, te prometo pensar en el presente, pero primero déjame organizarme, por favor — le rogó ella.

— De acuerdo — accedió él con un brillo de esperanza en su mirada.

Lidia tuvo que relatarle a Mary todo el viaje.

— ¡Qué encantador, Lidia! Cualquier mujer hubiera dado lo que fuera por ser invitada por el señor Vantor, y tú, sin embargo, pareces no darle importancia.

— Estás equivocada. He sido muy feliz en París con James y no sabes lo que me cuesta seguir mi vida sin él. A pesar del dolor que supone para mí esta decisión, prefiero alejarme ahora sin reproches, antes que tener que hacerlo dentro de unos meses herida y humillada.

— Lo comprendo, Lidia; ya sabes que sólo quiero lo mejor para ti.

Lidia miró a su amiga con afecto, valorando su interés.

Desgraciadamente, las circunstancias de James y de ella eran inamovibles y nadie podía ayudarlos.

— ¿Qué tal te ha ido con el programa? — preguntó cambiando de tema— , ¿algún problema?

— Ninguno; tan sólo algún que otro cambio de última hora, como siempre.

Lidia volvió a la dirección del programa, acompañada ahora por Mary. Quería que la gente se acostumbrara a ella y comprendiera que a partir de ese momento cualquiera de las dos podría dirigirlo.

El tiempo pasaba inexorablemente y su embarazo era cada día más difícil de disimular. Ya no podía retrasar más su partida.

Decidió irse, como primera etapa de su "exilio", a casa de sus padres hasta decidir dónde

instalarse durante sus meses de embarazo.

Lidia habló con el señor Clark y le convenció de que lo mejor para el programa era que lo llevara Mary durante su ausencia.

— Pero ¿cuánto tiempo vas a estar fuera? — preguntó sin comprender muy bien las razones que ella le había explicado para ausentarse.

— No lo sé exactamente, señor Clark. Durante unos meses no podrá contar conmigo. Como ya le he dicho, es un asunto personal del que prefiero no hablar. Le estoy muy agradecida por todas sus bondades y su paciencia conmigo. Cuando vuelva a Boston, me pondré en contacto con usted.

El señor Clark, un tanto perplejo por la decisión de Lidia, no quiso presionarla más para que le contara el porqué de su súbita partida. Solamente le deseó lo mejor y la animó a que volviera a la emisora lo antes posible.

Todavía le quedaban unos asuntos por resolver en Boston antes de partir. Uno que le importaba mucho y que había ido dejando por falta de tiempo era visitar de nuevo al joyero que había hecho las cruces. Lidia sabía que la cruz que ella tenía y otra idéntica las había encargado la familia Asder. Ahora le faltaba por saber la fecha del encargo y de la entrega de dichas cruces. También tenía que escribir una carta a James para despedirse. Esto sería lo más difícil y doloroso. Finalmente, llamaría a Irving por teléfono y visitaría al padre López.

Lidia salió completamente pálida de la pequeña joyería. El anciano joyero no la había reconocido en un principio, pero en cuanto se identificó por medio de la cruz, con toda la rapidez que le daban sus cansadas piernas, entró en la trastienda y le leyó la ficha que tenía guardada desde hacía tantos años. Lidia había esperado oír las palabras que el anciano estaba pronunciando. Confirmarlas con tanta seguridad la desconcertó por completo.

¡Era la fecha de su nacimiento! Las cruces habían sido encargadas un año antes. Sin embargo, habían sido recogidas el mismo año que ella nació.

Después de mantener la entrevista con la señora Asder, se había convencido de que toda esta coincidencia de las cruces era pura invención de su fantástica imaginación. Ahora volvía a dudar.

Eran tantas las preguntas sin respuestas que se agolpaban en su mente, que no se atrevía a emitir un juicio certero sobre su situación en este asunto. Había investigado todo lo que había podido; ya no tenía más medios para continuar sus pesquisas.

Esa misma semana llamó también a Irving.

— Me alegra oír tu voz, Lidia, ¿qué tal estás?

— Muy bien, ¿y tú?

— Muy bien, aunque los achaques me juegan a veces malas pasadas.

— Vamos, Irving; estás como un roble. Yo no podría hacer el ejercicio que haces tú, ni tampoco podría trabajar tantas horas.

— No creas; cada vez hago menos deporte. Ya sabes cómo son los médicos: todo te lo prohíben. ¡Ay...! — se quejó— , los años no pasan en balde, querida.

— ¡Qué años? Pero si eres aún joven...

— ¡Me halaga oír tus alabanzas, Lidia! ¡Ya quisiera yo tener unos años menos...! Bueno, hablemos de ti, que es más interesante.

¿Qué tal el trabajo?

— Muy bien. Ahora me va a sustituir una compañera unos meses, pero...

— ¿Unos meses? — preguntó Irving, alarmado— . ¿Te sucede algo?

— No, no, estoy bien, pero debo ausentarme un tiempo de Boston.

— ¿Por asuntos profesionales?

— Pues... no exactamente, más bien por motivos personales. El objeto de mi llamada es precisamente despedirme de ti y darte también las gracias por el cheque que le has enviado al padre López.

Eres muy generoso, Irving, y todos te lo agradecemos mucho.

— No tiene importancia, Lidia. Y... volviendo al tema de tu próxima partida de Boston... no es que yo me quiera meter en tu vida, pero considero que somos amigos, y de los amigos siempre espero confianza — dijo abandonando por unos segundos su tono jocoso— . Si

necesitas mi ayuda, por favor pídemela.

— Lo haré, te lo prometo.

Irving se quedó pensativo tras colgar el teléfono. Conocía a esa chiquilla desde hacía año y medio, y aunque no era mucho tiempo, había llegado a tomarle un tierno afecto. Lidia Villena era una persona maravillosa, digna del mejor hombre. Era precisamente por ser toda una mujer, auténtica e integra, por lo que no resultaba una conquista fácil. Eso lo sabía muy bien el joven Vantor. Irving la quería como a una hija. Ambos mantenían una amistad basada en el cariño y en la confianza; deseaba lo mejor para ella. Ahora sabía que a Lidia le sucedía algo, algo importante que la obligaba a ausentarse de Boston con rapidez. Le gustaría poder ayudarla, pero ella debía tener motivos muy importantes para no contárselo. Aún así, Irving se quedó preocupado y decidió actuar al día siguiente.

Había sido un día agotador. Lidia no sólo había tenido que preparar el programa, sino que para facilitarle las cosas a Mary, había dejado casi ultimados los programas de varios días.

Toda la semana había estado muy ocupada y James lo había llevado muy mal. Prácticamente no se habían visto, y el malhumor de él se agravó cuando a mitad de semana tuvo que ausentarse de Boston por motivos de trabajo. A Lidia le hubiera gustado verle el día antes de su partida, a pesar de no ser lo más aconsejable, pero el destino decidió por ellos y los separó antes de tiempo.

Irving salió del coche nda más verla aparecer y la llamó.

— ¡Irving! — exclamó Lidia sorprendida— , ¿qué haces aquí tan tarde?

— Quería hablar contigo.

— ¿Hablar conmigo...? — preguntó extrañada— . Bien, subamos a casa y tomemos algo.

Los dos entraron en el pequeño apartamento. Lidia le ofreció asiento y le sirvió una copa.

— Ya sabes, Lidia, que no soy hombre de andarme con rodeos, así que voy a ir directo al grano. No he venido aquí para hablar de los temas que siempre solemos hablar, sino para preguntarte qué es lo que te pasa. Me estoy arriesgando a que me llames entrometido, pero no me importa; estoy preocupado por ti y quiero ayudarte si eso es posible — afirmó con franqueza.

Lidia se emocionó por el simple hecho de tener amigos tan maravillosos. Se acercó a Irving y le besó en la mejilla.

— Realmente, Irving, eres un verdadero amigo.

Lidia se sirvió un refresco y se sentó a su lado. Estaba nerviosa. Sentía desilusionar a Irving y temía su reacción.

— No me sucede nada malo; simplemente... bueno, tú conocías un poco mi relación con James Vantor, si es que se le puede llamar así, pues...

— Lidia, cálmate y piensa que sea lo que sea lo que te sucede, yo te ayudaré en todo lo que pueda — la tranquilizó él— . Sé que el joven Vantor te ha acosado desde el primer momento, y sé también que habéis salido de vez en cuando y que habéis tenido vuestras diferencias. ¿Tiene eso algo que ver con lo que te ocurre?

Lidia bebió del vaso y luego contempló el líquido con mirada ausente.

— Tiene mucho que ver. James Vantor es el padre del hijo que estoy esperando — expuso sin rodeos.

Irving se quedó mudo de asombro. Ninguna noticia le hubiera resultado tan inesperada como esa.

— No sabía que vuestra relación fuera tan estrecha — reconoció con sinceridad.

— No lo es — le aclaró Lidia— . Lo que ocurrió fue totalmente fortuito, repentino e... inevitable, quizás. Ninguno de los dos lo planeamos y yo tengo una gran parte de la culpa de que eso ocurriera.

Irving la miró con una cierta incredulidad.

— No puedo creerte culpable de nada, querida, aunque no hay más que verte para comprender al joven Vantor. Te quiero como a una hija y siempre te defendería. He de añadir, además, que también he sido joven y sé lo que se siente cuando uno se enamora perdidamente de una mujer.

— Yo no culpo a James, pero tengo que alejarme de él — aseveró con gravedad.

— ¿Alejarte? ¿Es que acaso él no reconoce al niño?

— No sabe que estoy esperando un hijo — le explicó ella.

Irving la miró sorprendido y completamente desconcertado.

— ¡Que no sabe que va a ser padre?

— No, Irving, y tengo mis razones para actuar así — intentó justificarse Lidia.

— Pero si él no conoce tu estado, eso quiere decir que no sabes cómo reaccionaría. ¿Te has preguntado si él desea ese hijo tanto como tú? No me gusta mucho dar consejos, Lidia, pero creo que, en principio, James Vantor tiene derecho a saber que tú vas a tener un hijo suyo — le indicó él.

Sus palabras le recordaron a las del padre López.

Desgraciadamente, Lidia tenía demasiado miedo a perder a su hijo como para reconocer su error.

— Yo no tengo ningún futuro con James y no puedo arriesgarme a que me quite al niño — contestó tajante — . Tiene toda la vida por delante y podrá tener muchos más con una mujer que le convenga más que yo.

— Pero ¿por qué habría de quitártelo? — preguntó él inocentemente— . Si te quiere, lo que deseará será casarse contigo y criar juntos a ese niño.

Lidia hizo un gesto negativo con la cabeza.

— El matrimonio no entra en sus planes de momento y yo no pienso arriesgar a mi hijo. Sé que tú me aconsejas lo que consideras que es mejor para mí, Irving, pero estoy decidida a criar a mi hijo sola, sin que James se entere.

— ¿Y si él llegara a saberlo? ¿Tienes alguna idea de cómo reaccionaría?

— No quiero pensar en ello. Si me voy ahora a un lugar donde no pueda localizarme estoy segura de que en muy poco tiempo se habrá olvidado de mí.

Irving se levantó turbado y comenzó a pasear por la habitación.

— No sé, Lidia; tengo miedo de no saber aconsejarte de la forma más adecuada. Por otra parte, no quiero seguir presionándote — se lamentó él.

— Agradezco tus palabras, Irving, pero estoy decidida a emprender una nueva vida lejos de aquí. De momento iré unos días a casa de mis padres para explicarles todo. Luego buscaré algún sitio donde trabajar y vivir con mi hijo — terminó con firmeza.

Irving se encogió de hombros, sintiéndose derrotado. Tras unos minutos de reflexión, durante los cuales ninguno de los dos habló, Irving se decidió a ayudarla con todas las consecuencias.

— Bien, no he podido convencerte de lo que yo creía que era lo mejor para ti, pero te suplico que aceptes mi ayuda — dijo sentándose de nuevo a su lado.

— Gracias, pero no es necesario — contestó mirándole emocionada. Ese hombre era muy bueno, el mejor amigo que tenía— .

Afortunadamente, tengo algunos ahorros y podré arreglarme hasta encontrar un nuevo trabajo.

— No lo permitiré, Lidia. Dios sabe que no tengo nada contra el joven Vantor, pero quiero que sepas que siempre estaré de tu lado — declaró él— . Te considero una verdadera amiga y sé que en circunstancias parecidas tú me habrías ayudado a mí, igual que ayudas a tanta gente. Por favor, escúchame — le suplicó él.

— No quiero que te veas obligado a mentir por mí, Irving, no quiero — respondió Lidia con obstinación.

— No habrá necesidad de ello. Confía en mí.

A partir de ese momento, Lidia no tuvo que volver a preocuparse de encontrar un lugar para ocultarse de James. Irving puso a su disposición la finca que tenía a sesenta kilómetros de Boston.

— Muy poca gente sabe que la tengo. El fin que perseguí al comprar esa casa fue precisamente aislarme de todo el mundo. Es muy antigua, aunque no muy grande. La he preparado a mi total comodidad y sin grandes lujos — le explicó él— . Un solitario como yo no necesita mucho para vivir — había añadido sonriendo.

Lidia viajó a Miami, siendo calurosamente recibida por sus padres. Sentía tener que

disgustarles dándoles la noticia de su embarazo, pero confiaba plenamente en ellos y sabía que sólo recibiría comprensión y cariño por su parte.

Después de cenar y cuando se sentaron tranquilamente en el salón para degustar una aromática taza de café, Lidia les habló de su situación.

Ambos dejaron de reír instantáneamente y la miraron consternados. Lidia trató de explicarse lo mejor que pudo, intentando quitarle la mayor importancia posible al estado en el que se encontraba.

— Tener un hijo nunca debería ser un disgusto, pero yo...

francamente, Lidia, hubiera preferido que tu embarazo hubiera surgido dentro del ámbito del matrimonio — le confesó su madre, apenada.

Lidia la miró compungida, odiando haberlos desilusionado.

— Yo también, mamá, te lo aseguro, pero el destino..., o mi irresponsabilidad, o las circunstancias, no sé, me empujaron a cometer un error absurdo.

— Pero el padre del niño — intervino su padre— tendrá algo que decir, supongo — añadió enfadado.

Lidia temió que el disgusto fuera mayor cuando les contara toda la verdad.

— Él no sabe nada, papá — antes de que protestaran ante esa sosprendente información, Lidia continuó— . Nuestra relación apenas ha existido, y James Vantor, el padre de mi hijo, a pesar de que no se casaría conmigo, tiene recursos suficientes para quitarme a mi hijo si quisiera. Por nada del mundo voy a permitirlo.

Su padre la miró aturdido, no acabando de comprender la postura de Lidia.

— Si no sabe que estás embarazada de él, ¿cómo puedes estar tan segura de que no desea casarse contigo? Quizás te quiera más de lo que crees y se alegre al saber que va a ser padre. Creo que cómo mínimo deberías hablar con él.

Lidia se levantó bruscamente del sofá y miró a su padre con irritación.

— ¡No, papá! Yo soy la única que sabe lo que ha ocurrido y te aseguro que sé muy bien lo que hago. Por favor, dejadme solucionar esto a mi manera — terminó sin poder reprimir las lágrimas. Sin decir más salió del salón y se encerró en su habitación.

Sus padres se miraron apenados. Nunca la habían visto tan fuera de sí. La señora Villena se levantó y salió tras ella.

— Lidia, cariño, tienes que calmarte. Los disgustos no le vienen bien al niño — le susurró cuando ella le permitió la entrada en la habitación.

Abrazada a su madre, Lidia sollozó, desahogando la congoja que la había estado oprimiendo durante esos últimos meses. Su madre le habló con suavidad y tacto, intentando en todo momento animarla. Poco a poco, conforme Lidia se fuera calmando, les contaría toda la verdad. Hasta que llegara ese momento la rodearían de cariño y comprensión.

Aunque la decisión de aislarse en la finca de Irving tampoco les pareció muy comprensible, se mostraron cautos a la hora de opinar. Lidia era una persona adulta e inteligente y, sin duda, tendría sus motivos para comportarse de esa manera.

Antes de partir les prometió tenerlos al tanto de todo y llamar a su madre tan pronto llegara el momento de dar a luz. Mostrándose dulce y cariñosa logró hacerles olvidar la parte más penosa de su situación y los motivó para que se ilusionaran con su primer nieto.

## 16

James saludó a su madre brevemente y se dirigió directamente al teléfono. Llamó a la emisora primero, pero Lidia no estaba allí. Marcó el número de su casa y tampoco obtuvo respuesta. No le extrañó. Seguramente estaría en la parroquia impartiendo sus clases; la llamaría más tarde.

Subió a su habitación, se desvistió con rapidez y se metió en la ducha, ignorando para más tarde el correo que el mayordomo había depositado sobre una mesa.

Salió del cuarto de baño silbando, feliz de encontrarse de nuevo en casa y cerca de Lidia. Los negocios le habían demorado varios días fuera de Boston, lo que le fastidiaba bastante últimamente. Nunca le había importado salir de viaje; sin embargo, ahora que conocía a Lidia y que se encontraba tan feliz a su lado, le desagradaba tener que alejarse de ella. Aunque habían hablado por teléfono casi todos los días, le había molestado bastante no haber podido conectar con ella la noche anterior.

Todavía con el albornoz puesto, se tumbó en la cama y comenzó a leer la correspondencia. La primera carta era una invitación, al menos eso parecía por el tamaño del sobre. Se disponía a leerla cuando sus ojos repararon en la letra del segundo sobre del montón. Era una letra bonita, cuidada... ¡Era la letra de J Lidia! Mostrando en su rostro un gesto interrogante, abrió la carta con precipitación.

"Querido James:

Debo ausentarme de Boston por un tiempo, pero no quiero hacerlo sin antes despedirme de ti y darte las gracias por todas tus atenciones. Aunque tú y yo no tuvimos un buen comienzo, el tiempo y tu ayuda desinteresada me han demostrado que eres mucho mejor de lo que yo pensé en un principio. Eres una persona con grandes virtudes, aunque te sea muy difícil exteriorizarlas en el ambiente en el que te desenvuelves. Yo te comprendo, James, pero no comparto tus ideas, que son tan sólo el resultado de la educación que has recibido. Pese a que no me atrevo a juzgar tu vida ni lo que haces, sé positivamente que nunca podría ser feliz aceptando lo que tú me has propuesto varias veces. Te lo agradezco de todas formas porque sé que crees plenamente en ello. No obstante, yo debo seguir mi camino lejos de ti".

"Te deseo una vida feliz".

“Nunca te olvidaré”.

Lidia Villena.

James hizo una mueca, no creyendo lo que sus ojos acababan de leer. No podía ser verdad que Lidia le hubiera abandonado, que hubiera huido tan cobardemente. Releyó la carta con detenimiento, esperando, vanamente, haberse confundido en su interpretación. A medida que sus ojos pasaban con inquietud de un renglón a otro, comprendió con amargura que ella había tomado la decisión que más le dolía.

— ¡Maldita cobarde! — exclamó con ira al tiempo que arrugaba la hoja de papel y la arrojaba lejos de sí.

Fuera de control, comenzó a pasearse por la amplia habitación intentando pensar con serenidad. Según la carta, Lidia se iba de Boston. ¿Adónde podría ir...? ¡A casa de sus padres! Ese sería el primer lugar al que ella acudiría.

Marcó con nerviosismo, a la vez que esperanzado, el número de Miami. Su decepción fue manifiesta cuando la madre de Lidia no supo darle noticias concretas de su hija. Lidia estaba de viaje, pero no sabía dónde. La desilusión no tardó mucho tiempo en convertirse en ira y despecho. Su ego, orgulloso y prepotente, no podía comprender que la única mujer que le había interesado nunca le abandonara, y menos lo comprendía su herido corazón. No entendía la actitud de esa terca hispana. Hirviendo de furia, se juró que averiguaría dónde se escondía y le daría una lección que jamás olvidaría.

Con rapidez se vistió de nuevo y salió de la casa con precipitación. El chófer, al verle dirigirse hacia el coche, se puso a su servicio. James le despidió con pocas palabras y se metió en uno de los coches más pequeños.

No necesitó esperar mucho tiempo antes de que el señor Clark le recibiera con amabilidad.

— ¿Dónde está Lidia? — preguntó el joven Vantor con ansiedad antes de que el director

pudiera saludarlo con formalidad.

— ¿Lidia? — repitió el señor Clark, sorprendido de su pregunta— .

Pues... no lo sé. Ella se despidió hace unos días por motivos personales y no me dijo adónde iba.

James bufó fuera de sí.

— ¿Me está diciendo que se despidió así por las buenas y ni siquiera le explicó el motivo? No es posible...

— Pues así ha sido. Lidia me dijo que debía abandonar Boston por un tiempo y no me explicó el porqué de esa decisión.

— ¿Y su programa? ¿También lo ha abandonado de pronto? — preguntó con incredulidad.

— No; lo ha dejado en manos de una periodista tan competente como ella. Hasta ahora no hemos tenido ningún problema, gracias a la habilidad de Lidia para salir del programa casi sin notarse.

James se puso de pie con furia, no pudiendo comprender el aplomo que mostraba ese hombre.

— ¡Pero una trabajadora tan importante como ella no se despide así como así! — exclamó con desesperación— . Tiene que haber una explicación. No es posible que usted no indagara, que no averiguara sus motivos para irse de aquí — estalló, echándole en cara su pasividad.

El señor Clark se sintió molesto por sus palabras.

— Señor Vantor, yo cuido a mis trabajadores e intento por todos los medios que cumplan en su trabajo lo mejor posible. Lo que no hago ni nunca haré es meterme en sus asuntos. La vida privada de cada uno es sagrada y yo la respeto mucho.

Estas palabras, dichas en un tono que raramente empleaba el señor Clark, sorprendieron a James y lo obligaron a disculparse.

— Siento mucho haberme alterado. Espero que me disculpe y que, por favor, me avise si tiene noticias de Lidia — pidió con un poco más de humildad.

— No será necesario, señor Vantor. Estoy seguro de que si ella lo desea, será la primera en notificarle su paradero — aseguró sin ninguna malicia pero con toda la intención de bajarle los humos a ese joven.

James aceptó su derrota ante ese singular personaje, aunque no salió de su despacho hasta que el director le dio el nombre de la sustituta de Lidia en el programa.

Mary se hallaba preparando la entrevista que tenía que salir en antena en poco tiempo cuando fue interrumpida por uno de los hombres más atractivos que había visto en su vida. Conocía a James Vantor III por fotografías; al natural era todavía más guapo. Su cuerpo atlético de anchos hombros, su rostro agradable, sus ojos verdes tan atrayentes y el pelo moreno cortado con elegancia y naturalidad, hacían de él un hombre difícil de olvidar. Nada más verle, Mary pensó en lo tonta que había sido Lidia al dejarse ir un ejemplar semejante. Quería mucho a su amiga, pero no comprendía que le hubiera dado la espalda a James Vantor y a la vida que él le ofrecía.

— ¿Señorita Mary Miller?

— Sí, soy yo.

— ¿Podría dedicarme unos minutos, por favor?

Ambos entraron en el pequeño despacho que antes había sido de Lidia.

— Me llamo...

— Ya sé quien es usted — le interrumpió ella— . Su nombre es James Vantor.

— Así es, y me imagino que supondrá por qué estoy aquí ¿no?

— Sí; viene a preguntar por Lidia — afirmó sin rodeos.

— Exactamente. Vengo a que usted me diga dónde está.

— ¿Y por qué supone que yo lo sé?

— Porque usted es su amiga y debe tener alguna idea de adónde ha ido.

— Se equivoca, señor Vantor. Lidia solamente me informó de su partida. En ningún momento me habló del lugar al que pensaba dirigirse. Lo siento.

Por más que el joven Vantor insistió, no consiguió más información de Mary. Aunque la periodista no sabía dónde estaba Lidia tenía un secreto que guardar y que jamás rebelaría.

James salió desolado de la emisora. Sólo le quedaba un sitio donde informarse: la parroquia.

El padre López había temido ese encuentro y finalmente había llegado.

— No lo sé, hijo. Lidia sintió la necesidad de alejarse de aquí, de pasar una temporada en otro lugar — le explicó con voz pausada con el ánimo de tranquilizarlo— . Las personas somos seres complejos, señor Vantor, y a veces adoptamos posturas que los demás no comprenden. Le pido que respete su decisión y no la juzgue mal.

Los ojos de James relampaguearon con ira.

— ¿Que no la juzgue mal? No sé qué concepto tiene usted del bien y del mal, pero lo que ha hecho Lidia, abandonarme sin decirme nada, preparándolo todo a mi espalda, sólo tiene un nombre: traición — contestó acalorado— , y la traición se paga — sentenció con rencor.

— No sea usted tan duro, joven. Hable con ella antes de condenarla. Estoy seguro de que con un poco de paciencia por su parte y comprensión por parte de ella, llegarán a comprenderse mejor — afirmó el sacerdote con la esperanza de que todo saliera bien entre esa pareja de enamorados.

— ¡Paciencia? Creo que ya he tenido bastante paciencia — exclamó James con una calma peligrosa— , mucha paciencia, hasta el punto de que ya se me ha agotado.

El padre López se quedó muy preocupado cuando James Vantor salió de la sacristía. Era un joven apuesto e inteligente, pero su orgullo y arrogancia habían espantado a Lidia. Pese a que los dos formaban una pareja típica de enamorados, su concepto de la vida y de las personas era tan opuesto que, a menos que se esforzaran mucho por comprenderse y amarse a pesar de sus diferencias, sería muy difícil que llegaran a encontrar un horizonte común.

El dolor y la frustración se reflejaban en el rostro de James cuando entró lánguidamente en su despacho. No podía creer que toda la ilusión que había albergado por ver a Lidia en su viaje de vuelta a Boston se hubiera tornado en una hiriente decepción. Su rostro apesadumbrado y su mirada distraída eran un indicio claro de su estado de ánimo. Sentado en el sillón con desgana, contempló pensativo el paisaje urbano que se podía admirar a través de los enormes ventanales. Hubiera preferido olvidar todo lo que le estaba ocurriendo; sin embargo, la imagen de Lidia volvía una y otra vez a su mente, impidiéndole pensar con coherencia. Si en el momento de conocerla hubiera pensado que esa mujer le iba a causar tanta desazón a su espíritu, habría huido de ella como de la peste. No lo había hecho, y ese había sido su error. Como un tonto quinceañero la había buscado y perseguido por todas partes. Si hubiera empleado ese tiempo con una mujer que le mereciera, es decir, con una mujer de su clase, que le comprendiera y le complaciera, no se encontraría en esos momentos en el estado en el que se hallaba.

De una forma automática, como si su corazón no obedeciera a su voluntad, abrió uno de los cajones de su mesa y sacó el sobre con las fotos que se habían hecho en París. Con nostalgia y tristeza recordó los comentarios de Lidia, su risa cada vez que él anotaba algo divertido del viaje y la expresión maravillada de su rostro al volver a ver los bonitos lugares en los que habían estado. Habían salido preciosas, con Lidia adornando cada uno de los rincones que la cámara había fijado... Repentinamente, su añoranza se disipó, ocupando su lugar una furia maligna y enloquecedora. Con un brusco movimiento, arrojó las fotos al otro lado de la habitación, desperdigándolas en desorden por la mullida alfombra.

"No te perdono, Lidia, y pagarás por lo que me has hecho", pensó lleno de resentimiento.

Unos golpes en la puerta le sacaron de su ensimismamiento. Su padre entró en la habitación y le miró extrañado, reparando también en las fotos diseminadas por la habitación. Prudentemente, no hizo ningún comentario. Ya saldría ese tema en su momento.

— ¡Qué raro encontrarte aquí tan temprano, James! ¿No tenéis ningún caso pendiente en el bufete de tu tío? — preguntó de broma.

— Afortunadamente hay mucho trabajo, pero hoy no me encontraba bien y he venido tan sólo a recoger unos papeles antes de irme a casa.

— ¿Te sucede algo?

— Nada importante; un simple dolor de cabeza.

— Eso es el cansancio del viaje. Por cierto, ¿qué tal ha ido todo en la reunión con nuestros consejeros?

— Muy bien. Revisé detenidamente los informes que cada uno de ellos presentó en la reunión y parece estar todo en orden.

Teniendo en cuenta el momento de crisis que atraviesa el mundo, no podemos quejarnos.

— Tienes razón; siempre hay que estar alerta. Las cosas no están fáciles para nadie y menos para los que no invirtieron a tiempo y no hicieron la reconversión adecuada en sus empresas. Nosotros, es decir, sobre todo tú, con tu enorme visión de futuro, supimos ver claramente que sin tecnología punta no podríamos progresar. Creo que podemos estar orgullosos de nuestras sólidas empresas — afirmó con satisfacción.

Mirando en la lejanía, sin ver nada de lo que se le mostraba a través del ventanal, James apenas escuchaba a su padre. El señor Vantor continuaba hablando orgulloso de sus logros, provocando en su hijo un irónico desdén.

— Sí, nos ha costado mucho dinero y trabajo actualizarlas, y día a día vemos los frutos de nuestra inteligente decisión — señaló con un ligero tono sarcástico— . Somos millonarios, ¿o debo decir multimillonarios? Sí, la familia Vantor es una de las más ricas y más poderosas de América. Poseemos todo lo que una persona puede desear, pero... ¿nos aporta eso la felicidad que buscamos? — preguntó con la voz quebrada por la emoción.

Su padre lo miró alarmado. En esos momentos, al contemplar el brillo en los ojos de su hijo se dio cuenta de que algo muy importante le estaba ocurriendo.

— ¿A qué te refieres, James? ¿Acaso no estás satisfecho con lo que tienes? ¿No te sientes feliz siendo uno de los jóvenes más admirados de América? Sabes muy bien que puedes tener todo lo que quieras...

— ¡No! — gritó destrozado, sin poder controlar el desencanto que se había apoderado de su corazón— . Te equivocas, papá, no puedo tener todo lo que quiero — añadió bajando la voz y dándole la espalda a su padre— ; ni siquiera puedo conseguir lo único que quiero.

El señor Vantor le miró suspicaz. Por primera vez veía a su hijo inseguro, triste, desilusionado de la vida y de lo que ésta le ofrecía.

— ¿Estás así por una mujer? ¿Por ese motivo también están esas fotografías en el suelo? — le preguntó muy serio.

James se sentó en el sillón pesadamente, sin ganas de continuar con esa conversación.

— No quiero hablar de eso.

— Cómprala — le sugirió su padre con determinación.

— ¿Cómo dices? — preguntó James creyendo haber entendido mal.

— Sabes perfectamente que todas las personas tienen un precio, que tarde o temprano el dinero lo compra todo. Utilízalo para tu placer y evítate pesares — le aconsejó con firmeza.

Una agria sonrisa se dibujó en los labios del joven Vantor.

— Las cosas no son tan fáciles como tú piensas. Aunque no lo creas, todavía hay personas que no están en venta — le aseguró pensativo— , pero... a mí no me interesan — se mintió a sí mismo, intentando recuperar la fortaleza que había perdido desde la desaparición de Lidia.

— Eso me gusta, hijo, que seas inteligente. Mujeres te sobran; de hecho te acosan continuamente. No te será difícil elegir una para esposa — sugirió el señor Vantor sonriente.

James no contestó, pero lo menos que le apetecía en esos momentos era pensar en la posibilidad del matrimonio. Si llegaba a decidirse algún día a dar ese paso, antes ajustaría cuentas con cierta orgullosa mujer que no escaparía a su ira tan fácilmente.

## 17

Lidia estaba encantada en el nuevo hogar que Irving, muy generosamente, le había proporcionado. La finca, tal y como él le había explicado, no era muy extensa, aunque sí lo suficientemente amplia como para dar agradables paseos en solitario. La casa le encantaba. Al lado de las grandes mansiones que había por allí, se podría decir que era pequeña, pero tan acogedora que Lidia se encontraba cómoda en cualquiera de sus habitaciones. Decorada de forma rústica, según el estilo de los primeros colonos americanos, prácticamente toda la casa estaba revestida de madera, proporcionándole calidez en los fríos días de invierno.

Desde que decidió aceptar la invitación de Irving, él había estado pendiente de ella en todo momento. Cuando regresó de Miami, Irving la estaba esperando en el aeropuerto de Nueva York.

Desde allí emprendieron viaje hacia Rockport, ciudad cercana a su propiedad.

Los primeros días se había sentido extraña y un poco nostálgica de su vida anterior. No se encontraba sola porque en la misma casa vivía un matrimonio de mediana edad que trabajaba para Irving desde hacía algunos años. Tanto Jane como Walter eran muy cariñosos con ella, y en todo momento estaban pendientes de sus L más mínimos deseos. Como empleados de Irving no tenían mucho trabajo, ya que él pasaba sólo los fines de semana en su propiedad.

Ahora estaban encantados de contar con la tarea extra de cuidar a Lidia, sobre todo Jane, que se sentía con la obligación de alimentarla muy bien y de aconsejarla para que "el niño naciera fuerte y sano", según le recordaba con frecuencia.

Lidia tenía poco que hacer. Comparada con su actividad en Boston, ahora llevaba una vida muy tranquila. Esta inactividad procuraba compensarla dando grandes paseos cuando no nevaba demasiado. Por las tardes, confortablemente sentada ante la acogedora chimenea, hacía jerseys de punto para su hijo y leía.

Jane y Walter tenían su propio apartamento en la casa. Cuando Jane terminaba sus tareas, procuraba sentarse con Lidia y charlar hasta la hora de retirarse.

Los sábados, Irving venía a pasar el fin de semana. Su llegada era motivo de alegría para todos. No solamente porque le apreciaban y le recibían con cariño, sino porque su presencia daba un dinamismo a la casa que no tenía durante el resto de la semana.

— ¿Qué tal está mi familia? — preguntó sonriente al entrar en el salón.

Lidia apreció toda la ternura de su comentario y de nuevo se volvió a preguntar cómo un hombre tan encantador no tenía una familia propia.

— Mucho mejor cuando tú llegas, Irving. ¿Qué tal por Boston?, ¿todo bien?

— Mucho trabajo. Aquí se está mejor — afirmó guiñándole un ojo.

— De eso no me cabe duda.

— Esta casa, solitaria y silenciosa siempre, se ha llenado de luz y alegría desde que estás tú.

A Lidia le emocionaron sus palabras. Irving las decía de corazón y ella no sabía si alguna vez podía devolverle tanta generosidad.

Después de dar un corto paseo por los alrededores, comieron temprano para poder hacer una excursión a un lago que había cerca de allí.

— ¿Les preparo algo de comer, señor Longley?

— No, gracias, Jane; con un poco de fruta tendremos bastante.

Antes de cenar estaremos aquí.

Lidia disfrutó mucho del hermoso paisaje y se admiró del enorme lago que apareció de pronto ante sus ojos.

— ¡Es divino, Irving! ¡Qué vista tan bonita! ¡Si casi llegan los árboles a la orilla! — exclamó fascinada.

— Esta región está llena de lagos. Cada uno tiene un atractivo diferente y éste es de los más bonitos — le explicó él— . Aprovecharé los fines de semana para enseñarte todo lo que pueda de mi tierra — se ofreció con orgullo.

— ¡Qué ilusión!

— Mañana iremos a esquiar — ante la mirada interrogativa de Lidia, continuó— : ya... ya sé que tú no puedes, pero me acompañarás para que puedas contemplar la panorámica tan

espectacular que se divisa desde arriba.

— Tú solo vas más libre. Si tienes que estar pendiente de mí no podrás esquiar todo lo que quieras — protestó ella.

— Ya no soy tan joven como para aguantar horas y horas subido a unos esquís. Prefiero hacer una o dos bajadas y tomarme un café contigo.

— Eres muy prudente, Irving, y eso está bien. Por mí no hay inconveniente; ya sabes que contigo me encuentro muy a gusto.

Después de cenar, Lidia cogió su labor mientras reía divertida las ocurrencias de Irving.

El domingo amaneció soleado y frío, aunque no había nevado tanto como otros días.

— Abrígate bien, Lidia. Arriba la temperatura suele ser muy baja — le advirtió él.

El frío era intenso en la montaña. Eso no había impedido que mucha gente acudiera a esquiar. Irving le enseñó la estación y le indicó una cafetería en la que se podría encontrar muy a gusto.

— Primero voy a dar un paseo por aquí — dijo Lidia— . Intentaré subir esa pequeña loma para hacer un poco de ejercicio. Después te esperaré tomando un café.

Irving cogió la telesilla que le llevaría a las pistas más altas.

Siempre había sido un buen deportista, y a pesar de tener lo que él consideraba una edad madura, se encontraba en plena forma. Nunca abusaba de su capacidad, aunque era muy constante con el deporte que el médico le permitía practicar.

Lidia consiguió subir la loma de los principiantes. Esto la ayudó a entrar en calor y a fortalecer sus piernas. Le gustaba la animación que había en las pistas. Observaba divertida cómo tanto los niños como los mayores luchaban con gran esfuerzo por mantenerse de pie sobre los esquís y cómo los expertos se deslizaban a toda velocidad por las pistas. Lidia no sabía esquiar; nunca había tenido la oportunidad de aprender. Ahora que veía a la gente divertirse tanto, decidió que le gustaría practicar ese deporte.

Esperó a Irving en la cafetería degustando un humeante café.

Él entró quitándose los guantes y enseguida la divisó.

— ¿Qué tal lo has pasado?

— Muy bien. La nieve está estupenda para esquiar y arriba no hay tanta gente, por lo que se puede aprovechar muy bien el tiempo.

¿Y tú?, ¿te has aburrido?

— En absoluto. Me lo he pasado muy bien observando los enormes esfuerzos que hacen los principiantes para mantenerse en pie. Me parece un deporte muy bonito. — Lidia miró a su alrededor, observando a las familias comiendo los bocadillos para reponer fuerzas— . A los críos les encanta.

— Deberías aprender. Es un deporte muy autónomo en el que no dependes de ningún equipo sino tan sólo de tus propias fuerzas.

Es también muy sano, como habrás podido comprobar al respirar este aire tan puro, y además lo puedes practicar solo o acompañado.

Creo que pocos deportes tienen tantas ventajas — concluyó entusiasmado.

— Me has convencido, Irving — contestó Lidia con buen humor— .

Prepárate porque en cuanto dé a luz te reclamaré como profesor.

— Encantado, señorita Villena. Será un verdadero placer.

Después de comer y cuando ya se disponían a marcharse, Irving fue saludado cordialmente por un amigo. Una vez que Irving los hubo presentado, Lidia prefirió mantenerse al margen, no queriendo intervenir en la conversación. No sabía quién era ese hombre, por lo que prefirió pasar desapercibida.

Irving se dio cuenta enseguida del retraimiento de Lidia y del motivo que la empujaba a actuar así.

— No te preocupes, Lidia — la tranquilizó cuando se despidió de su amigo— ; Jack no vive en Boston; es un vecino de Rockport y no tiene nada que ver con la gente que tú y yo conocemos.

— Me tranquilizas, Irving. Pensándolo detenidamente me parece absurda mi actitud; sin embargo, al analizar mis motivos, veo cada día con más claridad que debo impedir por todos

los medios a mi alcance que James me descubra — aseguró con obstinación.

— Yo te ayudaré en todo lo que pueda, pero...

— Ya sé lo que vas a decir, que no estás de acuerdo con mi postura — le cortó ligeramente enfadada— . Le defiendes porque eres hombre y entre vosotros os entendéis mejor. No estoy dispuesta a ceder, Irving. Conozco a James Vantor y sé hasta dónde es capaz de llegar para conseguir lo que quiere; no pienso arriesgarme.

Irving notó enseguida su cambio de humor y le tomó la mano para tranquilizarla.

— Lidia, querida, sabes que esté yo de acuerdo o no con lo que haces, eres mi amiga y te defenderé a capa y espada si es necesario.

Sólo quiero lo mejor para el niño y para ti — dijo él pausadamente.

Lidia sintió haber malinterpretado el sentido de sus palabras.

— Perdóname, Irving. Me he enfadado sin razón, cuando lo único que te debo es agradecimiento por todo lo que has hecho por mí — aseveró compungida.

— Quiero que seas libre de decir lo que piensas y de enfadarte conmigo si lo crees necesario. Debes tener también en cuenta que yo, al considerarme amigo tuyo, deseo tener la misma libertad para comunicarte lo que siento — le indicó con delicadeza.

Lidia bajó los ojos avergonzada.

— Soy una imbécil; me he portado como una niña.

— Nada de eso — la consoló él— . Simplemente estás nerviosa y desconcertada por la situación que te ha tocado vivir. Otra mujer en tu lugar no hubiera sido tan valiente; sin embargo, tú has sabido tomar medidas drásticas por lo que consideras lo mejor para tu hijo.

Tu actitud es digna de admiración, Lidia — la animó— y espero que todo resulte como deseas.

Después del susto que se llevó en la montaña al encontrarse con el vecino de Irving, Lidia decidió no arriesgarse más. Salía mucho de la casa para dar paseos por el campo, pero jamás traspasaba los confines de la finca. Le había costado demasiado renunciar a su agradable vida en Boston como para frustrar su plan por un error. Alguna que otra vez había estado a punto de volver a su vida anterior, ignorando a James Vantor, pero sólo pensar en la posibilidad de que a él se le ocurriera reclamar a su hijo, le entraban escalofríos y se alegraba de haberse alejado de él. James era un hombre agradable, generoso y tierno cuando quería. También podía ser implacable cuando se le llevaba la contraria. Lidia conocía muy bien estos dos aspectos de su carácter. Junto a él, había sido inmensamente feliz, como nunca lo sería con otro hombre, pero temía su lado arrogante e inflexible.

Nadie más que ella sabía lo que penaba su corazón por él.

Muchas noches, después de contemplar con el corazón destrozado las fotos del viaje a París, lloraba desconsoladamente por la situación a la que le había conducido el destino y por el triste futuro, sin amor, que se le avecinaba. Su único consuelo era su hijo, al que se dedicaría en cuerpo y alma. Le resultaba muy triste pensar que no conocería un verdadero hogar con un padre, una madre y hermanos, que no se criaría dentro del acogedor entorno de una familia. Su vida no parecía ir por los derroteros que ella siempre había soñado. Así y todo, y pese a las desalentadoras circunstancias que la rodeaban, Lidia estaba decidida a suplir esa anomalía ofreciéndole un hogar rodeado de todo su cariño y el de sus abuelos maternos. Su proyecto más inmediato, una vez que diera a luz, era establecerse en Miami y vivir con sus padres. Los dos eran muy cariñosos y bondadosos; estaba segura de que con ellos a su hijo no le faltaría nunca un hogar lleno de amor.

Irving volvía todos los fines de semana a Rockport, pero ya no sugería ningún plan que supusiera salir de la finca. Lidia sabía muy bien que él no estaba de acuerdo con su decisión. No obstante, respetaba sus opiniones y la ayudaba en todo lo que podía. Al contrario de lo que pensaba Lidia, su reserva ante lo que ella había decidido no se debía al hecho de que James Vantor y él pertenecieran al género masculino, sino porque él también había sido joven y se había enamorado locamente de la mujer que más tarde sería su esposa. Si en aquellos años se hubiera visto obligado a renunciar a ella, no lo habría permitido por nada del mundo; hubiera luchado con todos los medios a su alcance para retenerla a su lado.

Aun teniendo en cuenta que el caso de James Vantor y Lidia era diferente al suyo, el

amor era el mismo en todas las parejas y en todas partes. Irving sabía que Lidia estaba enamorada del joven Vantor, y su instinto le decía que él sentía el mismo amor profundo por ella. Vantor todavía no se había dado cuenta y lo confundía con una simple pasión. Era cuestión de poco tiempo que James llegara a la conclusión de que quería a esa mujer y de que no estaba dispuesto a renunciar a ella. En cuanto lo averiguara, no habría lugar donde Lidia pudiera esconderse, pues el amor lo impulsaría a remover cielo y tierra para encontrarla.

Irving nunca se había metido en la vida de los demás y no iba a empezar ahora. Basaba sus esperanzas en que ambos jóvenes reconocieran su amor y pensaran en un futuro juntos.

Los días que estaba en Boston, Irving siempre comía fuera de casa. El trabajo le retenía en la oficina hasta muy tarde, pero así y todo siempre buscaba un hueco para comer en un buen restaurante.

Aún no se atrevía a comentarle a Lidia que algunas veces coincidía con James en alguno de los sitios donde solía reunirse la élite de Boston. Las primeras veces que se habían encontrado, el joven Vantor no le había quitado la vista de encima, como si sospechara que él sabía el paradero de Lidia. Ultimamente ya no le observaba con tanta constancia. Al verle siempre solo, James había deducido que Lidia tampoco le había hablado a Longley de su paradero, dejando de mostrarse receloso con respecto a él.

Lidia se había acostumbrado a la vida sencilla y apacible del campo. En un principio pensó que le iba a costar más olvidar su antigua actividad en la ciudad. Aparte del doloroso recuerdo de James y de sus clases en la parroquia, de momento estaba encantada con su nueva vida. El futuro se le presentaba un poco sombrío. De todas formas, y para no atraer malos augurios, desechaba esos pensamientos recordando lo buenos y comprensivos que habían sido con ella todas las personas que la querían de verdad. Tenía mucha suerte al contar con ellos y nunca podría olvidar lo que Irving estaba haciendo por ella. Desinteresadamente, le había ofrecido su casa, toda su ayuda y su amistad. Siempre se mostraba atento y cariñoso, dispuesto a concederle el más mínimo deseo, a la vez que la aconsejaba lo mejor que sabía.

Irving llamó a Lidia el jueves para decirle que ese fin de semana, debido a un compromiso, no llegaría al campo hasta el domingo. Por regla general no le hacía gracia que le estropearan los fines de semana con invitaciones, pero esta vez no había podido negarse. Un buen amigo suyo le había invitado a celebrar los cien años de su empresa. En uno de los mejores hoteles de Boston se celebraría una conferencia por parte del director de la empresa, seguida de una cena y un gran baile. Al recibir la invitación, Irving había pensado ir solo, con la única idea de escabullirse nada más cenar y así poder llegar a Rockport el mismo sábado. Un encuentro casual con una antigua amiga le obligó a cambiar los planes y a ofrecerse como acompañante. Le gustaba acompañar a Jessica, mujer agradable y educada y a la que conocía desde hacía muchos años. Al igual que él, Jessica era viuda. Su marido, muerto hacía cinco años, había sido uno de los mejores amigos de Irving. No se veían mucho, pero de vez en cuando quedaban para recordar viejos tiempos.

El enorme salón estaba repleto de gente, casi todos ellos amigos y conocidos tanto de Jessica como de él. Saludaron a muchos, y aprovechando uno de los momentos en los que Jessica había entablado una animada conversación con unas amigas, Irving se dirigió hacia un grupo de hombres que bromeaban y reían a carcajadas.

Felicitó con afecto a todos los jefes y ejecutivos de las empresas Whitcost.

— John — dijo dirigiéndose al director— , te deseo, por lo menos, otros cien años de prosperidad, aunque me hagas la competencia, ¡maldito seas! — exclamó Irving fingiendo sentirse enfadado.

Su amigo estalló en carcajadas.

— Es cierto que los negocios son los negocios, pero eso es aparte de nuestra amistad. Ya sabes que estoy muy orgulloso de tenerte como amigo — confesó con franqueza el empresario.

— Yo también, viejo bribón — terminó Irving dándole un abrazo.

Continuaban bromeando, cuando Howard James Vantor y su hijo James se acercaron para felicitar a John Whitcost.

— Enhorabuena por tantos éxitos a lo largo de estos años, John — dijo Howard Vantor

estrechándole la mano.

— Lo mismo digo, John. Felicidades por estos cien primeros años — le saludó James.

— Gracias, muchacho. Yo te deseo también a ti mucho éxito.

Por lo que he oído, ya manejas con inteligencia los negocios de tu padre. No es fácil llevar tantas empresas, pero ahí está el reto ¿no?

— Estoy de acuerdo — contestó el joven, circunspecto.

Irving seguía al lado de Whitcost. Disimuladamente, observaba con atención a James. No había duda de que era un hombre que no pasaba desapercibido; sin embargo, algo en su expresión, un tanto cínica, indicaba que no estaba completamente a gusto con lo que le rodeaba, como si considerara a todas esas personas ajenas a él.

Irving estimó que era una tontería pensar eso, puesto que todos ellos pertenecían a su círculo de amistades y formaban parte del mundo en el que se había criado. Irving también reparó con tristeza en los ojos del joven. Estaban vacíos, faltos de vida; no había ninguna calidez en ellos. Sonreía sólo cuando tenía que hacerlo. La frialdad de su mirada indicaba la gran indiferencia con la que observaba al mundo. Irving sintió una punzada de culpa al ver su expresión sombría, pensando que una sola palabra suya podría cambiar el semblante de ese joven. Lamentablemente, no podía ayudarlo; estuviera él de acuerdo o no, debía toda su lealtad a Lidia.

Irving no estaba equivocado con respecto a James Vantor.

Desde el abandono de Lidia, no era el mismo. No lo hubiera reconocido ante nadie, pero desde que recibió esa fatídica carta, su alma estaba desolada. Trabajaba muchísimo para olvidarse de ella y de su traición. Sus empleados en la empresa y sus compañeros en el bufete estaban extrañados de su actitud. James siempre había sido un gran trabajador, pero ahora no hacía otra cosa hasta las tantas de la noche. Incluso los fines de semana solía acercarse a la oficina o se llevaba trabajo a casa. Los domingos, después de una semana de intenso trabajo, hacía deporte hasta caer rendido o se acercaba a Newport y navegaba durante todo el día.

— James, ¿no crees que trabajas demasiado? — le preguntó un día su padre, preocupado, mientras desayunaban— . Sabes que siempre me ha parecido muy saludable el trabajo, pero sólo hasta cierto punto. Hay más cosas además de la empresa y el bufete. Tú eres un hombre joven; estás en la edad de salir y divertirte, de conocer chicas e incluso de buscar una esposa que te merezca y a la que quieras como compañera para toda la vida.

Estas últimas palabras conmocionaron a James. Antes de decidirse a escoger a una mujer para que fuera su esposa, tenía un asunto pendiente que se había propuesto solucionar aunque le llevara la vida entera. ¡Esa maldita hispana no se saldría con la suya!

Pagaría por los momentos de tristeza y pesar que le estaba haciendo pasar. No sabía cuándo la encontraría, pero estaba seguro de que tarde o temprano Lidia cometería algún error y él estaría allí para vengarse. "No escaparás a tu perfidia, Lidia Villena, no escaparás".

— Me gusta el trabajo, papá, y quiero que os quede muy claro a mamá y a ti que, por el momento, no tengo ninguna intención de casarme — respondió con voz áspera.

— Nosotros no queremos forzarte, hijo; simplemente deseamos que lleves una vida normal, como la de cualquier joven de tu edad — respondió su padre con cuidado, teniendo en cuenta el mal humor que tenía James últimamente.

— Yo sé muy bien lo que hago. Por favor, no os preocupéis por mí — concluyó, silenciando cualquier respuesta que su padre hubiera querido darle.

El detective entró con gesto sombrío en el despacho de James.

El bufete de abogados tenía sus propios detectives, pero para esa ocasión James había contratado al que se consideraba el mejor detective privado de Boston.

— ¿Ha averiguado algo? — preguntó esperanzado.

El detective se sentó en el sillón que James le ofrecía e hizo un movimiento de cabeza.

— Lo siento, señor Vantor, pero toda huella de la señorita Lidia Villena se pierde en el aeropuerto de Nueva York. Pasó unos días en Miami con sus padres, para, a continuación, coger un avión con dirección Nueva York. Allí se pierde su pista. Hasta el día de hoy, ella no ha cogido ningún otro avión.

— ¿Y qué me quiere decir con eso, que no hay posibilidad de encontrarla? — exclamó

James fuera de sí— . ¡Creía que los detectives lo averiguaban todo!

El investigador lo miró paciente. Estaba acostumbrado a esas reacciones, eran normales en la naturaleza humana.

— Y solemos hacerlo cuando la persona a la que investigamos nos deja alguna pista. A la señorita Villena no le ha importado que se la siguiera hasta Nueva York, pero ha tenido mucho cuidado en no dejar huellas a partir de ahí. Respecto al teléfono de sus padres, reciben las llamadas normales de amigos de Miami y de otras partes del país, pero en ningún momento ha habido ninguna llamada de la señorita Villena. Se puede deducir de esto que ella u otra persona se comunica con sus padres a través de otro teléfono.

— Entonces ¿a qué conclusiones ha llegado? — volvió a preguntar James, perdiendo cada vez más la paciencia.

— He investigado en las empresas de alquiler de coches y no alquiló ninguno a su nombre. También les mostré la foto que usted me dio y nadie la recordaba, lo que quiere decir que, teniendo en cuenta que por su enorme atractivo la señorita Villena es difícil de olvidar, ella personalmente no alquiló nada. Después de mi investigación se llega a dos conclusiones: o la señorita Villena ha salido de Nueva York en coche particular o seguirá estando allí en casa de algún conocido.

— Puede también haber salido en autobús, ¿no?, o en tren — preguntó James intentando llegar a alguna conclusión convincente.

— Puede ser, pero ya pregunté en todas las compañías de autobuses y en las estaciones de trenes, incluidos revisores y chóferes y nadie la recuerda. Le aseguro que si yo fuera revisor, recordaría durante mucho tiempo la cara de esa mujer.

James estaba de acuerdo en ese punto con el detective. Era muy difícil olvidar a una mujer como Lidia Villena, y eso él lo sabía muy bien.

Lidia reía escuchando todos los cotilleos de la fiesta que le estaba contando Irving. Suponía que los Vantor habrían estado entre los invitados, pero no quiso preguntar por James. A pesar del gran vacío que notaba en su corazón, sabía que lo más aconsejable era olvidarse de él cuanto antes.

— ¡Cuánto me alegro de que lo pasaras bien, Irving! Siempre he pensado que un hombre tan encantador como tú no merece estar solo... A no ser que lo hayas decidido así voluntariamente.

A Irving se le nublaron los ojos ante este comentario.

— No estoy solo por propia voluntad, Lidia — le aclaró él— . En una época estuve casado con la mujer más maravillosa que jamás haya podido existir. Desgraciadamente, murió de una enfermedad cuando más felices éramos — murmuró con voz apagada.

— ¡Oh! Perdona, Irving, no he querido ser indiscreta ni traerte a la memoria dolorosos recuerdos — se disculpó Lidia, compungida.

— No te preocupes, esos recuerdos no los evoca nadie, sino que están grabados en mi mente de tal manera que jamás podrán ser borrados — le aseguró con mirada apagada— . Susan y yo nos conocimos cuando yo todavía era un hombre sin dinero que luchaba denonadadamente por ganarse la vida con dignidad. Nuestro primer encuentro fue de una forma casual. Yo vendía una serie de productos por las casas, así como lo oyes — añadió al ver la expresión de sorpresa que asomó al rostro de Lidia— , y ella, muy amablemente, consintió en escuchar todo mi rollo y comprarme uno de los artículos que yo llevaba. Sin darnos cuenta, entablamos una agradable conversación hasta que tuve que irme para continuar mi trabajo. A los dos días, volví a visitarla, esa vez sólo para verla e intentar sacarle una cita. Al principio ella se sorprendió y no sabía qué hacer. Yo la convencí y así empezamos a salir asiduamente.

Lidia escuchaba atentamente, mirando a Irving con cariño y lamentando en lo más profundo la pérdida de su mujer.

— Después busqué otros trabajos — continuó relatando él— , siempre con la esperanza de ganar más dinero y así poder, por fin, ofrecerle matrimonio a mi amada Susan. La oportunidad llegó cuando el dueño de la ferretería donde yo trabajaba de dependiente se jubiló y me vendió la tienda a buen precio. A partir de ahí las cosas empezaron a mejorar y pudimos

casarnos. Fuimos muy felices y, afortunadamente, ella llegó a disfrutar, aunque por poco tiempo, de los años de fortuna que siguieron a continuación.

Lidia se acercó más a él y le tomó la mano con ternura.

— Lo siento mucho, Irving. Tú, un hombre tan bueno y generoso, te mereces ser feliz. Estoy segura de que, aunque nadie te podrá devolver a Susan, encontrarás a una buena mujer, digna de ti — intentó consolarlo Lidia.

— Sé que hay muchas mujeres maravillosas que harían lo imposible por hacerme feliz, pero yo no estoy tan seguro de poder devolverles lo que ellas se merecen. El recuerdo de Susan está todavía muy vivo en mi memoria. Fuimos muy felices y nos amábamos con locura. Sinceramente, no creo que pueda volver a sentir lo mismo nunca más.

Lidia se acostó esa noche apesadumbrada por Irving. Su espíritu lloraba por él y también por ella misma. A pesar de ser dos personas de distinta formación, edad y ambiente, en esos momentos los dos se encontraban en la misma triste situación. Irving no podía olvidar su amor perdido y ella sufría la ausencia de James. A pesar de todas sus desavenencias y disputas, Lidia le amaba. Él le había demostrado muchas veces que, cuando quería, podía ser un hombre agradable y bueno. La prueba estaba en cómo la había ayudado a pesar de haber recibido sólo rechazos por su parte. Ella no tuvo más que pedirle un favor para que James se precipitara a concederle toda su ayuda. El hecho de que no fuera rencoroso agradaba a Lidia. Eso no quería decir que estuviera de acuerdo con su arrogancia y carácter dominante.

El tiempo pasaba con rapidez y Lidia cada día disfrutaba más de sus paseos en solitario acompañada tan solo del hijo que se hacía sentir cada vez con más fuerza. Soñaba con el momento en que lo tuviera en sus brazos y pudiera acariciarlo y abrazarlo. Tanto era su anhelo por él, que nada ni nadie la separarían jamás de su lado.

## 18

El frío invierno dio paso a una radiante primavera. A todo el mundo le gustaba esta estación, y a Lidia siempre le había parecido muy bonita y romántica.

Nunca había tenido la oportunidad de contemplar el deshielo y la aparición de los capullos en flor. Ahora que lo podía observar día a día en plena naturaleza, se decía a sí misma que no había nada que se le pudiera comparar; si acaso, el nacimiento de un niño.

Todavía había que abrigarse para salir fuera de la casa. Lidia solía ponerse el abrigo de visón que le había regalado James, no solamente porque era la prenda que más le abrigaba, sino también porque le recordaba su galantería y generosidad durante los días que estuvieron en París. Cuando le escribió la carta, estuvo a punto de enviársela junto con el visón, pero le pareció demasiado cruel; conociéndole, James hubiera interpretado ese gesto como un golpe bajo, y tampoco estaba en su ánimo hacerle daño. Se había alejado de él por el bien de los dos, ya que su relación no tenía futuro, pero sobre todo, a causa de su hijo.

Sus paseos diarios se habían convertido no solamente en una clase de gimnasia, sino también en una clase de Ciencias Naturales.

Observaba con fascinación cada nueva planta que iba saliendo, cada E flor y cada minúsculo animalillo que acertaba a vislumbrar, contándole a continuación a Irving, con risa juvenil, los nuevos descubrimientos que hacía cada día.

— No hay nada mejor que vivir en el campo, querida Lidia, y tú lo estás descubriendo ahora.

— Es verdad; nunca hubiera imaginado que todo este prodigio que ofrece la naturaleza iba a dar tanta paz a mi espíritu. Después de estos meses aquí, no sé si me voy a acostumbrar de nuevo a vivir en la ciudad — comentó pensativa, calibrando también los problemas que le traería abandonar su seguro refugio.

— No tienes por qué hacerlo. Ya sabes que puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras — le ofreció Irving con sinceridad.

Lidia lo miró con cariño, conmovida por la generosidad de ese hombre.

Después del informe del detective, James había decidido "archivar el caso", como se acostumbraba a decir en términos policiales. Sabía que tarde o temprano Lidia daría un paso en falso y él la cogería. Hasta que llegara ese momento continuaría con el ritmo de vida que la efímera y extraña relación con Lidia había interrumpido. Una vida normal, como si nunca la hubiera conocido.

Esto era más fácil de decir que de hacer, pero recurriendo a su gran fuerza de voluntad, se propuso continuar con la actividad social a la que estaba acostumbrado y a viajar con la misma frecuencia de antes.

— Me alegro que aceptes la invitación de los Mayer, hijo. Sabes que somos amigos de siempre y que te aprecian mucho — le dijo un día su madre, muy contenta de que James hubiese vuelto al redil.

— No es de extrañar, teniendo dos hijas casaderas como tienen — contestó con cinismo.

— No seas grosero, James. Lisa y July son dos chicas encantadoras. Cualquier madre estaría contentísima de tenerlas como nueras.

— Puede ser, pero yo no quiero a ninguna de ellas como esposa — le espetó tajante.

— ¿Pero qué te pasa, James? Nunca te habías comportado así — comentó su madre, extrañada— . Estoy de acuerdo en que eres tú el que tiene que elegir, pero, por favor, intenta conocer más en profundidad a todas las chicas que te convienen — exclamó exasperada.

James esbozó una sonrisa desdeñosa.

— Yo soy el único que sabe lo que me conviene, mamá, así que, por favor, déjame a mí vivir mi vida — concluyó con genio. Segundos después se arrepintió de su arrebato, al contemplar la cara de aflicción que reflejaba el rostro de su madre.

— Perdona, mamá, no era mi intención hablarte en ese tono.

Y sin decir nada más, subió a su dormitorio con el fin de vestirse para la fiesta.

Nancy Vantor estaba perpleja por el cambio de humor que había sufrido su hijo últimamente. Se le veía ceñudo y malhumorado, apenas estaba en casa y todos sus amigos se quejaban de los desplantes que James les hacía no asistiendo a ninguna de sus reuniones.

Nancy era una mujer astuta, cuyo máximo objetivo en la vida era ver a su hijo bien casado, es decir, unido a una mujer de la alta sociedad, bella y rica. Había muchas con esas características entre sus amistades. Por ese motivo se desesperaba cuando veía que su hijo no se fijaba en serio en ninguna. Era amable con todas, y con algunas de ellas había tenido aventuras. Desafortunadamente, esas esporádicas relaciones habían terminado enseguida sin que le dejaran la más mínima huella. Ahora estaba desconcertada. No sabía el motivo, pero intuía que a su hijo le estaba ocurriendo algo serio, algo relacionado con una mujer. Ignoraba quién sería ella. De lo único que estaba segura era de que no pertenecía a su círculo de amistades. De haber sido así, los rumores de su relación hubieran llegado a sus oídos rápidamente.

¡París!, exclamó tras reflexionar un rato. Ahora recordaba que James, poco antes e inmediatamente después de su viaje a Francia, había estado exultante. Se le veía alegre y dicharachero a todas horas, sonreía continuamente y a todos les hacía bromas. En cambio... después de su último viaje de negocios, no parecía el mismo; se había vuelto taciturno y esquivo, y muy raramente sonreía.

Tenía que averiguar lo que pasaba, y para ello no le quedaba más remedio que empezar a hacer preguntas.

El chófer acudió enseguida a la llamada de la señora.

— Oliver, siéntese y contésteme a algunas preguntas, por favor.

El hombre la miró dubitativo, vacilando durante unos segundos antes de tomar asiento en la silla que la señora Vantor le señalaba.

— Usted dirá, señora.

— Cuando viajó mi hijo a París hace unos meses, fue usted el que lo llevó al aeropuerto ¿verdad?

— Sí señora — contestó el chófer escuetamente para no pecar de indiscreto.

— Ya sé que es usted muy prudente, Oliver, pero le aseguro que lo que hablemos ahora mismo sólo quedará entre usted y yo, ¿comprendido?

— Sí, señora.

— Dígame entonces quién acompañó a mi hijo en ese viaje a París.

El chófer dudó durante unos segundos, pero al no habérsele advertido que debía guardar silencio, decidió contar la verdad.

— Le acompañaba la señorita Villena.

— ¿Villena? No conozco a ninguna... ¡Villena! claro, Lidia Villena, la periodista, ¿no? — preguntó mostrando una forzada sonrisa. La furia comenzaba a dominarla.

— Sí, creo que es periodista.

— En el último viaje de negocios que hizo mi hijo hace unos meses ¿también le acompañó dicha señorita?

— No señora, en esa ocasión, el señor Vantor emprendió el viaje solo.

Una expresión cavilosa se reflejó en el rostro de la señora Vantor.

— Bien, Oliver, muchísimas gracias por su ayuda — dijo desplegando una agradable sonrisa para congraciarse con él.

Debería haberlo imaginado, teniendo en cuenta las miradas ardientes que le dirigió su hijo a la periodista la noche que esa joven estuvo cenando en su casa. Después de esa velada, Nancy receló durante un tiempo de la actitud de su hijo. Nunca le había visto reaccionar así ante una mujer. Se despreocupó al no tener ningún motivo de alarma. James había sido tan discreto y su relación con Lidia había sido tan breve, a pesar de conocerse desde hacía tiempo, que prácticamente nadie supo nunca que, alguna que otra vez, había salido con ella.

James entró en la mansión y fue cordialmente saludado por los Mayer y sus hijos.

— ¡Qué alegría tenerte aquí, James! — exclamó la señora Mayer con aspaviento— . Me han dicho que has estado muy ocupado últimamente. Espero que a partir de ahora no vuelvas a abandonarnos.

James le dedicó una sonrisa cautivadora pero no contestó, tan solo la saludó cortésmente. Tenía que reconocer que todos estaban siendo muy amables con él, e incluso algunas de las allí presente ya se le habían insinuado con seductora sutilidad.

— Después de la fiesta, querido James, si quieres, podemos ir a mi casa a tomar una copa.

— Cuando salga de aquí, supongo que ya llevaré bastantes copas encima. Gracias de todas formas — le había cortado él sin miramientos.

Otro grupo al que se acercó estaban hablando de los problemas de la inmigración.

— ¡Qué horror!, se nos está llenando el país de negros y de hispanos. No entiendo cómo las autoridades no son más duros con ellos — exclamó una de las invitadas, a la que James calificó inmediatamente de histérica.

Involuntariamente y sin saber los motivos reales que le impulsaron a ello, James se enfureció con este comentario y contestó de forma sarcástica.

— ¿Sería mejor entonces que los mataran a todos o los arrojaran al mar?

— Yo no he dicho eso — contestó la señora, ofendida.

— Entonces debe preferir que los metan en campos de concentración, ¿no?

Mostrando una sonrisa burlona en sus labios, se alejó de allí, sintiendo asco por ciertas personas que, desgraciadamente, pertenecían a su círculo de amistades. ¿Era nueva su aversión por la superficialidad y la falta de comprensión?, ¿o siempre había estado latente en su corazón sin salir a la superficie hasta que conoció a Lidia? No entendía esos nuevos sentimientos, lo abrumaban y lo desconcertaban. Al parecer la bruja hispana había influido sobre él mucho más de lo que pensaba.

David, uno de sus compañeros de tripulación, se acercó a él y le contó los últimos chistes sobre los políticos. James rió de buena gana y consiguió alegrase un poco, aunque ni eso ni la amena charla que sostuvieron sobre deportes, consiguió borrar la amargura que le embargaba.

A la semana siguiente y en relación con un caso que él tenía que resolver, le presentaron a una bella mujer. Quedó con ella varios días para ultimar los preparativos del juicio, y James tuvo que reconocer que era bastante agradable. Siempre que conocía a alguna mujer que en principio le parecía interesante, no podía evitar compararlas con Lidia. En esa ocasión se propuso no hacerlo.

— Parece que todo va bien, ¿no James? — le preguntó ella un día, mostrando una seductora sonrisa.

— Sí, el caso está claro. No hay ninguna duda de que ganaremos.

— Eres un genio, querido. No sé si otro abogado se hubiera desenvuelto con tanta eficacia — le aduló ella.

— Cualquier abogado mínimamente bueno hubiera ganado este caso. Estaba muy claro que la razón la teníais vosotros — contestó serio.

— Muy bien; mañana conoceremos los resultados. Para celebrar nuestro éxito voy a organizar una pequeña fiesta en mi casa de campo, sólo para los íntimos. Tú serás el invitado de honor, por supuesto, así que no te puedes negar — le suplicó ella con voz melosa.

— Asistiré con mucho gusto — contestó él con una formalidad que a la joven le pareció demasiado seca.

El sábado amaneció espléndido. James no madrugó, pero llegó con tiempo para dar un paseo a caballo en la finca de los Shaborn.

Sandra le esperaba impaciente y le recibió con una radiante sonrisa.

— Te has retrasado, pero todavía tenemos tiempo de alcanzar a los demás.

James escogió uno de los caballos y lo montó con agilidad. Era un gran jinete. Había montado a caballo desde pequeño y siempre había tenido una gran afición a la hípica. Su porte, elegante y viril, se veía magnífico sobre el animal. Sandra lo miraba admirada, envidiando a la mujer que conquistara a ese hombre. Ella se había propuesto hacer todo lo posible por conseguirlo, pero todavía no había oído de él ni una palabra que la indujera a pensar que estaba interesado por ella. Según le habían comentado, no salía con cualquiera ni le gustaban los líos de faldas. Ella tenía mucho que ofrecer y, desde luego, por un hombre como él, estaba dispuesta a jugar todas sus bazas.

Por la tarde jugaron al tenis y merendaron todos juntos en el jardín. Por la noche, en el salón bellamente adornado de flores, fue servida una espléndida cena por uno de los mejores restaurantes de la ciudad. Todos charlaban de asuntos que a James le habían parecido siempre

normales. Después de conocer a Lidia y de ver a través de ella otros aspectos de la vida en los que él nunca había reparado, estas charlas le parecían bastante banales en general.

Afortunadamente, no todos eran iguales. En todas las reuniones, había gente interesante a la que merecía la pena escuchar.

Empezaba a atosigarle que Sandra no se separara de él en ningún momento. No sólo se mantenía constantemente a su lado, como si fueran íntimos, sino que además aprovechaba cualquier oportunidad para darle la mano o tomarle del brazo.

Después de una espléndida cena y varias copas, James se retiró a su habitación, arrastrando el desencanto que se había apoderado de él desde hacía unos meses. No llevaba allí ni un cuarto de hora, cuando le sorprendieron unos suaves golpecitos en la puerta. No estaba muy seguro con lo que se iba a encontrar, pero no le extrañó descubrir en el umbral a Sandra Shaborn vestida únicamente con un camisón y una bata transparentes. Tenía que reconocer que era una mujer muy atractiva, una tentación para cualquier hombre.

— ¿No vas a invitarme a pasar? — le preguntó mientras le extendía lánguidamente la mano.

— Por supuesto que sí — contestó James tomándosela.

Sandra entró con pasos majestuosos y se sentó con ademán preparado en un sillón, preocupándose sobre todo en que su camisón se abriera seductoramente por un lado, dejando una de sus bonitas piernas al descubierto.

James comprendió perfectamente la maniobra y le siguió el juego, proponiéndose no desaprovechar esa oportunidad.

Sonriendo de una forma más bien diabólica, James se acercó a ella con la copa que Sandra le había pedido y se sentó a su lado. Se sentía frío al lado de esa mujer, pero tenía la esperanza de poder disfrutar de esa relación que tan fácilmente le había surgido y olvidar, ¡de una vez por todas!, a la maldita bruja hispana.

Con manos expertas, Sandra comenzó el juego de seducción.

Era una mujer cálida y cariñosa, un regalo precioso. James intentó colaborar e incluso se autoconvenció de que era una mujer muy deseable la que tenía entre sus brazos, correspondiendo a sus besos y a sus caricias. Ella se le ofrecía sin condiciones, abrazándolo con una pasión que comenzaba a desbordarla.

A pesar de su buen propósito, su intento fue inútil. En ningún momento consiguió que su corazón palpitara o que la sangre le hirviera en las venas, como le sucedía cada vez que se acercaba a cierta...

— ¡Maldición! — gritó asustando a Sandra y poniéndose en pie de un salto. "¿Es que ni en sus momentos más íntimos le iba a dejar en paz esa traidora?"

— ¿Qué te sucede, James? — preguntó Sandra, alarmada.

James se llevó la mano a la frente, aturdido y exasperado.

— Nada, no es culpa tuya, Sandra; quiero que sepas que te considero una mujer muy guapa...

Ella levantó una ceja, ofendida.

— Pero no me deseas ¿no es cierto? — terminó, mirándole con rencor.

James guardó silencio, observándola con ojos apesadumbrados.

— ¿Quién es ella, James? Lo menos que merezco, después de haberme puesto en ridículo, es conocer el nombre de mi rival.

James se volvió malhumorado. Él no había buscado esa situación, pero había creído que podría controlarla. No había sido así y todo por culpa de Lidia, de esa mujer falsa y... ¡la estrangularía en ese mismo momento si pudiera!

Un poco más tranquilo se aproximó a Sandra y habló quedamente.

— Sería muy largo de contar, y ahora no estoy de humor para relatos; lo siento — concluyó con determinación, sin ningún ánimo de prolongar ese desafortunado encuentro.

Sandra levantó la barbilla con indignación, y echando mano de la poca dignidad que le quedaba en esos momentos, salió de la habitación sin decir nada más.

A la mañana siguiente, James entró en el comedor con el único propósito de tomar un café y regresar a Boston lo antes posible. Su intención era despedirse antes de Sandra, aunque

no le hubiera sorprendido que ella no quisiera verle.

Estaba a punto de preguntarle al mayordomo por ella, cuando hizo su aparición en el comedor y le saludó cordialmente. No hablaron nada delante de los demás, pero cuando terminaron, Sandra invitó a James a dar un paseo por los jardines.

— Me vuelvo ahora a la ciudad, Sandra. No quería hacerlo sin antes despedirme de ti — dijo sintiéndose un poco cortado.

— No tienes por qué irte, James. Tú no tienes culpa de nada y yo sé muy bien cuándo he perdido — le animó ella— . Estas cosas sientan mal, no lo voy a negar. Por otro lado, también se aprende con los desengaños.

James se sentía avergonzado.

— Es cierto, pero tú no te merecías mi comportamiento de anoche. Te pido disculpas humildemente.

— Y yo las acepto, James. ¿Amigos? — le preguntó alargándole la mano.

— Por supuesto, Sandra — contestó él apretándosela con afecto.

Sandra permaneció pensativa mientras el coche de James se perdía en la lejanía, preguntándose quién sería la afortunada que había conquistado el corazón de ese hombre. Fuera quien fuera, lo tenía muy agarrado, aunque ahora no estuvieran en buena armonía, según había deducido ella por la actitud de James.

Hombres... — pensó encogiéndose de hombros— , ¿quién los comprendía? Siempre queriendo parecer duros. En cambio cuando se enamoraban, sucumbían sin remedio, no permitiendo que ningún extraño a su amor se introdujera en su comprometido corazón.

## 19

Clara Villena fue recibida por Irving en el aeropuerto de Boston.

— Encantada de conocerle, señor Longley, y muchísimas gracias de nuevo por cuidar de mi hija — le agradeció la señora Villena dándole la mano con simpatía.

— Ha sido un placer. Para un hombre solitario como yo, la presencia de Lidia en mi casa sólo es motivo de alegría — respondió Irving con sinceridad.

— ¿Qué tal se encuentra Lidia?

— Muy bien, deseando tener ya a su hijo en sus brazos, según repite con frecuencia.

Más tarde Lidia abrazó a su madre, emocionada.

— ¡Qué ilusión tenerte aquí, mamá! Me hubiera encantado que viniera también papá, ¿qué tal está?.

— Deseando verte, hija, y vendrá con gran ilusión el día que tú des a luz.

Faltaban pocos días para el parto, por ese motivo Lidia se había decidido a llamar a su madre.

— ¡Cuánto tiempo ha pasado, mamá! — exclamó Lidia, conmovida— , pero no me ha quedado más remedio que proceder como lo he hecho. Sé que a papá y a ti os hubiese encantado C hacerme una visita. No podía ser — reconoció emocionada— . Teníais que manteneros al margen. Quería que cuando tuvieseis que decir que no conocíais mi paradero, fuerais convincentes; además, no quería que mintieseis por mí.

Clara Villena curvó los labios en una dulce sonrisa al tiempo que acariciaba tiernamente a su hija.

— No te preocupes, hija, el padre López nos ha mantenido al tanto de todo; lo importante es que tú estés tranquila y feliz de recibir a tu hijo.

— Estoy encantada de ser madre — confesó con entusiasmo— . Sé que mi situación no es la más convencional, por lo menos no es la que papá y tú hubieseis esperado de mí — comentó apesadumbrada— , pero te puedo asegurar, mamá, que esto no ha sido buscado ni he querido haceros daño. Lo que me ha ocurrido... digamos que ha sido... inevitable — concluyó titubeante.

— No tienes que darme explicaciones, hija. Yo te quiero tal como eres, y tú eres maravillosa para nosotros. No hay nada de lo que avergonzarse — la tranquilizó su madre— . Dios nos ayudará para que todo se solucione de la mejor forma posible para ti y tu hijo.

Todos esperamos a este niño con ilusión y alegría, y nunca le faltará el amor de los suyos.

Lidia no pudo reprimir el llanto al ver tanta bondad en los ojos de su madre.

— Perdona, mamá, pero estoy un poco llorona últimamente.

El día tan esperado llegó y Lidia fue conducida entre nervios, mimos y caricias, a un hospital de Boston. El parto fue corto, y para gran felicidad de Lidia, en menos de tres horas pudo disfrutar del enorme placer de tener a su hijo entre sus brazos.

— Jamás había sentido mayor felicidad, mamá — comentó Lidia mirando a su hijo con ternura— . No sé cómo me irá en la vida a partir de ahora, pero de lo que sí estoy segura es de que el tener a mi hijo a mi lado me compensará de todas las dificultades con las que habré de encontrarme.

— Un hijo siempre compensa. Es una constante fuente de alegría que nos estimula continuamente a seguir adelante. Por los hijos sacrifica uno todo, querida Lidia. El cariño, la inocencia y la ternura que recibimos a cambio, hace que merezca la pena toda nuestra dedicación — le explicó su madre conmovida al mirar a la frágil criatura que su hija acunaba entre sus brazos.

Irving revoloteaba continuamente alrededor de Lidia y el niño.

Nunca se había visto en un trance semejante, habiéndole resultado uno de los momentos más emocionantes de su vida llevar a Lidia al hospital y esperar con nerviosismo, como si de un hijo suyo se tratara, el nacimiento de la criatura. Todo había pasado ya, y ahora miraba con admiración al pequeño y con alivio a Lidia.

He pensado, Irving que, si a ti no te importa, me gustaría ponerle al niño tu segundo nombre — le dijo mirándole agradecida— . Michael es un nombre muy bonito y yo deseo que él siempre me recuerde lo bueno que has sido en todo momento conmigo.

Irving le cogió la mano y se la besó con afecto.

— Para mí será un orgullo que tu hijo lleve mi nombre. Y si en verdad quieres recordarme siempre — añadió con un brillo pícaro en sus ojos— , quedaros a vivir conmigo — se atrevió a sugerir.

Lidia le apretó la mano con calidez.

— De momento lo haré encantada. También sabes que mi intención es encontrar trabajo en Miami y vivir con mis padres.

Siempre estaremos en contacto; tú podrás visitarnos cada vez que quieras, y el niño y yo pasaremos algunas vacaciones contigo — le prometió Lidia— . No tienes por qué preocuparte, Irving. Al igual que yo he encontrado en ti todo el cariño y el apoyo de un verdadero amigo, tú has encontrado en nosotros una familia, y una familia siempre permanece unida — le recordó ella.

Aunque no era exactamente lo que él deseaba, Irving reconocía la sensatez de sus palabras. Acercándose a Lidia le depositó un suave beso en la frente.

— Sabes que eres como una hija para mí, y Michael como un nieto, por eso sé positivamente que me costará mucho separarme de vosotros — le aseguró él con nostalgia.

— No nos separaremos, Irving. Viva yo donde viva y haga lo que haga, tú siempre serás mi más querido amigo. Mi casa siempre estará abierta para ti.

El bautizo se celebró tres días después en la capilla del hospital. Ofició la ceremonia el padre López, siendo el padrino, Irving, y la madrina, Mary, la cual tuvo que inventarse una excusa razonable para poder dejar la emisora sin dar muchas explicaciones.

Los señores de Villena miraban extasiados a su nieto. Si bien estaban felices por el nacimiento del niño, también sentían una cierta incertidumbre por el porvenir de su hija. Sabían que, profesionalmente, Lidia no tendría ningún problema. Lo que les preocupaba era su vida emotiva. Les entristecía que Lidia careciera del amor, de la ternura y de la compañía de un marido. Pese a que entre todos criarían al niño con cariño y dedicación, Clara Villena no dejaba de sentir una cierta desazón al pensar que su nieto nunca conocería a su padre.

El reducido grupo dejó el hospital y se encaminó hacia la finca de Irving, donde tendría lugar una comida íntima.

Aun encontrándose bastante bien, Lidia no rechazó el ofrecimiento de tumbarse un ratito en la cama antes de comer.

Durmió poco, pasándose el resto del tiempo contemplando a su hijo y pensando en James. Todavía no sabía a quién se parecía el niño. Prefería que fuera a ella para que Michael no le recordara tanto a su padre.

— ¿Qué tal se encuentra la mamá? — dijo una voz desde la puerta.

— Entra, Mary, y mira lo guapo que está Michael durmiendo — dijo Lidia con orgullo.

— Es un niño precioso, Lidia, ¿y tú qué tal te encuentras?

— Muy bien. Antes estaba un poco fatigada, pero ya he descansado y ahora estoy lista para bajar. Por cierto, Mary — continuó tras una breve pausa— , casi no he tenido tiempo de darte las gracias por haberte tomado la molestia de venir al bautizo de mi hijo. Sé lo que supone tener que pedir permiso en la emisora.

— Ha sido un placer y un orgullo que me hayas elegido como madrina de tu hijo — contestó con afecto— . Hubiese comprendido que no me avisaras, pero cuando lo hiciste, sentí una gran alegría.

Espero que ahora que estamos unidas por medio de Michael, no perdamos jamás el contacto — sugirió con sinceridad.

— No pensaba perderlo y ahora menos; jamás me distancio de mis amigos — aseveró categórica.

Ambas amigas bajaron al comedor transportando el moisés de Michael. A pesar de que el crío dormía plácidamente, Lidia no quería separarse de él ni un momento.

— Querida, ¿estás bien? — le preguntó su madre con cariño mientras la ayudaba a sentarse.

— Estando rodeada de todos mis seres queridos, no puedo sentirme mejor — contestó complacida.

La comida resultó muy entrañable. Irving se había esmerado mucho para que todos estuvieran a gusto y Lidia disfrutara de un día tan especial como era el bautizo de un hijo. Sólo él, con su enorme bondad, podía hacer las cosas con tanta entrega.

A Lidia le agradó mucho que Mary e Irving congeniaran. Ella quería mucho a los dos. No solamente por todo lo que la habían ayudado siempre, sino también por su bondad y sinceridad. Mary era una persona generosa y cordial. Debido a sus malas experiencias se había replegado en sí misma pasando del resto del mundo. Irving tampoco había sido muy feliz en los últimos años, aislándose lo más posible de los demás y dedicándose tan sólo a su trabajo y a su triste soledad. Lidia había sido para él como un rayo de sol en la más completa oscuridad. Ella le había dado compañía, amistad y afecto, por eso ahora se resistía a separarse de ella. Irving creía estar acostumbrado a la soledad, pero después de conocer a Lidia y de disfrutar de toda la vitalidad que ella le transmitía, se había dado cuenta de que no valía la pena pasar por la vida en solitario. Hubiera dado cualquier cosa por retenerla con él, aunque era consciente de la imposibilidad de su deseo.

Después de una larga sobremesa, Mary se despidió de Lidia y de sus padres, no sin antes prometer que volvería pronto a verla.

— Ya sé dónde estás, Lidia, así que no te librarás fácilmente de mí — comentó de buen humor.

— Hasta pronto, Mary — respondió Lidia diciéndole adiós con la mano.

Los señores de Villena se fueron dos días después. A Lidia le hubiese encantado que se quedaran más tiempo, pero ambos debían volver al trabajo.

— Vete tranquila, mamá. Como tú misma has comprobado, tanto Michael como yo estamos perfectamente; por favor, no te preocupes.

— Sé que quedas en buenas manos, hija, pero ya estoy deseando que volváis a casa.

— Irving está haciendo todo lo posible por encontrarme un empleo en Miami. Ya sabes que los buenos trabajos no salen de un día para otro — le explicó Lidia delicadamente.

— Ya lo sé, pero es que estoy impaciente por teneros a ti y a mi nieto en casa — se excusó su madre— . Cuidaros mucho, hija. Hasta pronto.

Su padre también la abrazó con cariño y le expresó su deseo de verla pronto en Miami.

Los días que siguieron a la partida de sus padres, Lidia los echó mucho de menos, sobre todo a su madre. Ahora, durante la semana, estaba sola de nuevo, aunque mucho más activa que antes.

Debido a la dependencia del niño de ella y a su inexperiencia, las horas pasaban enseguida. Jane la ayudaba mucho y estaba todo el día pendiente del niño. Lidia lo cuidaba con esmero y lo sacaba a pasear con mucha frecuencia. Los fines de semana, Irving volvía a casa y disfrutaba enormemente con Lidia y con Michael.

Un sábado, para alegría de Lidia, Irving se presentó con Mary.

— Y además de traerte a tu amiga, te traigo buenas noticias – la informó con jovialidad— . Por fin he conectado con Simon Parnell, el amigo mío que es dueño de varias emisoras.

— ¡Qué maravilla, Irving! ¿Y tiene algo para mí en Miami? — preguntó esperanzada.

— Tal como me habían comentado, piensa abrir una emisora de radio en Miami y necesitará gente. Le he hablado de ti y se ha interesado por tu trabajo aquí en Boston. Quiere entrevistarte, naturalmente.

— Cuando él me diga — contestó entusiasmada.

Volverá a Boston a finales de agosto. Ha quedado en llamarme.

— ¡Qué alegría, Lidia! — exclamó Mary— . Seguro que en cuanto se entere del éxito que tenías con tu programa, te contrata rápido.

— Ahora es tu programa, Mary, y tú tienes tanto éxito o más que yo.

— Más que tú, no, pero la verdad es que no me puedo quejar — reconoció con humildad.

Después de cenar, Lidia se despidió pronto para atender a su hijo. Irving le sugirió que bajara después de que Michael se durmiera, pero ella prefirió quedarse en su habitación y dejar que Irving y Mary se conocieran más. Nunca había tenido oportunidad de hacer el papel de celestina. Ahora que podía colaborar para que dos seres solitarios se juntaran y procuraran

ser felices, haría todo lo posible para ayudarles a darse cuenta de que quizás se necesitaban el uno al otro.

Rose Asder no solamente no había olvidado a Lidia Villena, sino que estaba obsesionada por encontrarla. La perdió una vez y no quería que eso volviera a suceder.

A los pocos días de haber quedado con ella en el hotel, esperó con su chófer en la puerta de la emisora y la vio salir. La siguieron y se enteró de donde vivía. Quería saberlo todo de ella, por eso no dudaba en seguirla de vez en cuando y conocer a las personas con las que se relacionaba y el tipo de vida que hacía. Según pudo comprobar, su instinto no la había engañado: Lidia era una mujer muy completa. No solamente se dedicaba a su trabajo con gran eficacia, sino que también ayudaba a los necesitados enseñándoles, por medio de clases prácticas y útiles, la forma de ganarse la vida.

Rose estaba muy orgullosa de su nieta y consideraba que era digna hija de su madre. El error de su vida fue entregarla en adopción.

Ahora daba gracias a Dios todos los días por haberla encontrado de nuevo. Desde que la conoció, quiso reparar el daño que había hecho, aunque en ese primer momento no se atrevió a revelarle toda la verdad. Durante un tiempo había estado reflexionando detenidamente y había decidido hablar con ella y convencerla de que volviera a su verdadera familia, o por lo menos, que supiera que formaba parte de la familia Asder, con todos los privilegios que ello suponía.

Se llevó una gran decepción cuando, después de intentar verla varias veces, no consiguió encontrarla. Llamó a su casa muchas veces, pero nunca contestaba nadie. También llamó a la emisora y a la parroquia sin identificarse y las respuestas no fueron nada concretas. Lidia Villena estaba de viaje y nadie sabía dónde. ¡Era un castigo!; la desaparición de su nieta ahora que ella la quería tener a su lado era un castigo por todo el mal que le había hecho hacía muchos años. No le reprochaba nada a nadie y menos a Dios, pero... ella, Rose Asder, se había arrepentido de aquel error y había sufrido y llorado amargamente por aquella mala acción. No podía creer que Él le escatimara el perdón, que le hubiera puesto a su nieta de nuevo en su camino y se la hubiera arrebatado cuando más la necesitaba.

Sus cavilaciones no llegaban a ningún punto concreto, al contrario, lo único que hacían era desasosegarla y desesperarla. Su hija Jennifer lo notó y se preocupó por ella, pero Rose no quería contar nada a nadie hasta no hablar con Lidia. Siempre había sido una mujer decidida, y ahora, después de pasar por momentos de desánimo que iba superando con valor, nada ni nadie impedirían que encontrara a su nieta.

Al igual que todos los años, James estaba pasando el verano en Newport. Iba y venía a Boston continuamente a causa del trabajo, pero los fines de semana los dedicaba siempre a navegar. El enorme yate que utilizaban los Vantor para grandes recorridos siempre se encontraba lleno de amigos, por ese motivo, James, cada vez que quería navegar en solitario, cogía su pequeño crucero y se dedicaba a disfrutar de la vela, con la única compañía del mar, el viento y el sol.

Desde que estaba en Newport, se había propuesto hacer la misma vida que todos los veranos anteriores, es decir, reunirse en la playa con los amigos, navegar, asistir a fiestas, o practicar otros deportes en los selectos clubs a los que pertenecían. No se perdía nada, intentando distraerse lo más posible y procurando, con férrea voluntad, que su mente rechazara la imagen de Lidia cada vez que ésta se presentaba. No obstante, su espíritu, con frecuencia melancólico, a veces le exigía soledad, y era entonces cuando recurría a su pequeño barco y se aislaba de todos.

Lidia pasó todo el verano en la finca de Irving, esperando con expectación que Simon Parnell la llamara. Se sentía muy a gusto en casa de Irving, pero también tenía ganas de estabilizar su situación, de encontrar un trabajo en Miami e instalarse definitivamente con sus padres. Su hijo estaba muy bien, rodeado del amor de su madre y del cariño de Irving y del matrimonio que trabajaba para él. Michael era la alegría de todos y había infundido nueva vida a la vieja edificación. Ya no había tanta tranquilidad como antes, pero eran precisamente su llanto y sus balbuceos los que hacían que la casa pareciera un verdadero hogar.

Irving llegó el viernes con una expresión contradictoria en su rostro.

Después de saludarle, Lidia lo miró con preocupación.

— ¿Te sucede algo, Irving? Te veo cansado.

— Estoy bien, de verdad, y, al contrario de lo que refleja mi rostro, estoy muy contento por ti. También... triste por mí — añadió afligido.

Lidia lo miró extrañada, sin comprender a qué se refería. Tras unos momentos de reflexión supo de qué se trataba.

— Ha llamado Simon Parnell, ¿verdad?

— Sí y quiere verte en su yate el día tres de septiembre.

— ¿En su yate? Qué lugar más raro para una entrevista, ¿no?

— Bueno, tendrías que conocer a Simon para comprenderlo. Es un gran magnate de los medios de comunicación, es decir, un hombre muy ocupado. Es de los que desayuna en una parte del país, come en otra y cena en Europa — le explicó él— . Jamás pierde el tiempo y siempre aprovecha cualquier momento para hacer varias cosas a la vez. El día tres de septiembre celebra en su yate la fiesta que organiza todos los años para celebrar el inicio del otoño, época de su cumpleaños y a la que considera la más bonita de Nueva Inglaterra.

— Bien, acudiré donde él me diga, pero... no sé... hablar de cuestiones de trabajo en una fiesta... la verdad, me resulta chocante.

— No cuando se trata de Simon. Su inteligencia y su capacidad de concentración son tan extraordinarias que puede atenderte perfectamente en una fiesta, en la oficina o en un avión.

Lidia se encogió de hombros y juntó las manos con regocijo.

— Pues decidido, entonces; nos arreglaremos e iremos a esa fiesta — afirmó ilusionada— . Espero caerle bien al señor Parnell — añadió con un gesto de duda en su rostro.

— Por supuesto que le caerás bien, querida. Quedará tan encantado que te contratará enseguida... y eso es lo que más temo — dijo apesadumbrado.

— Irving, por favor, no te pongas triste ni adelantemos acontecimientos — le animó con afecto— . Todavía estamos todos juntos, ¿no?, y siempre lo estaremos.

James y David quedaron bastante igualados en el partido de tenis que acababan de disputar.

— Estoy un poco flojo últimamente, pero te aseguro, James, que la próxima vez te daré la gran paliza — bromeó David.

— Pues si estando flojo no he conseguido ganarte, qué será cuando estés en forma...

— Ya te he avisado, muchacho.

James se echó a reír.

— Anda, déjate de fanfarronear y duchémonos deprisa, que estoy muerto de hambre.

Al entrar en el comedor del club, James divisó en una mesa a su padre, acompañado de un amigo.

— ¡Vaya, James!, no sabía que estuvieras aquí — exclamó Howard Vantor sonriente— . ¿Te acuerdas de Simon Parnell?

— Por supuesto que me acuerdo. ¿Qué tal, señor Parnell? — le saludó alargándole la mano.

— Por favor, llámame Simon — le rogó.

— ¿Comes con nosotros? — le preguntó su padre.

— Pues sí. Estaba con un amigo, pero ha tenido que volver a la ciudad.

Mientras degustaban la deliciosa comida del club, los tres charlaron animadamente de negocios y de política, sobre todo.

— ¿Hasta cuándo estás aquí, Simon?

— Ya sabes que no paro mucho en el mismo sitio. En esta ocasión me quedaré unos días más, hasta después de la fiesta que organizo todos los años en mi yate.

— ¡Ah, sí!, recibí tu invitación. Muchas gracias.

— Ya sabéis que no podéis faltar, y tú tampoco, joven; te aseguro que asistirán bellas damiselas — le informó con picardía.

— Si puedo, iré con gusto — contestó James sin comprometerse.

— ¡Qué bien te organizas, Simon! En los pocos días que vas a estar aquí sabes sacar

tiempo para los negocios y el placer — comentó admirado el señor Vantor— . No todo el mundo tiene esa capacidad para disponer tantas cosas en tan poco tiempo.

— El tiempo es oro, ya lo sabes, y aunque organice la fiesta, no puedo permitirme el lujo de estar tantas horas inactivo. De hecho, allí mismo le haré una entrevista a una periodista que me ha recomendado Irving Longley para la emisora que abriremos pronto en Miami.

James se atragantó ruidosamente, sintiendo también cómo una serie de convulsiones comenzaban a sofocarlo. Había estado comiendo y escuchando indolentemente, no experimentando gran interés por la fiesta a la que se acababa de referir Simon Parnell.

Repentinamente, dejando el tenedor en el plato y sintiendo cómo todos sus sentidos se ponían alertas, le escuchó con avidez. Parnell hizo el comentario como de pasada, pero James no estaba dispuesto a perder la única oportunidad que había tenido en varios meses de conseguir alguna información sobre Lidia, si es que ese hombre se refería a ella y no era una mala jugada de su mente atormentada.

Intentó disimular el nerviosismo que se había apoderado de él. Con una aparente calma que no sentía, logró hacerle unas preguntas.

— No sabía que fueras a inaugurar una nueva emisora en Miami.

— Sí, no es bueno quedarse parado, muchacho.

— Miami es una buena ciudad, con muchas emisoras; tendrás que seleccionar muy bien a los periodistas ¿no? — preguntó para sonsacarle.

— Desde luego. De entrada entrevistaré a la chica esta que me recomienda Longley. Por lo visto hizo muy buen trabajo en un programa de una emisora de aquí. Entró con buen pie y se defendió de maravilla. De hecho, al año de estar ella, la audiencia subió como la espuma. Naturalmente, no sólo me he informado por Longley, sino por gente muy allegada a esa emisora — le aclaró él.

El corazón le latía violentamente. James estaba ahora seguro de que Parnell se refería a Lidia. Aun así, quería que él le diera más información.

— Sé a quién te refieres y, efectivamente, es una buena periodista — comentó James como de pasada— . Estuvo trabajando para Terence Clark. De pronto, dejó la emisora y se fue de Boston.

— No sé nada de la vida de esta señorita — puntualizó Parnell— .

Longley es el que me llamó para hablarme de ella y rogarme que le hiciera una entrevista. Su historial académico y profesional es bueno; ese sí lo tengo porque me lo envió Longley, pero para mí es muy importante la entrevista personal. Tengo el tiempo contado aquí en Boston, así que hablaré con ella en mi yate el día de la fiesta.

— ¿De qué periodista se trata, James? — preguntó su padre un poco perdido.

— Creo que Simon se refiere a la señorita Lidia Villena — contestó mirando a Parnell con ansiedad.

— Así es. Me llamó la atención su apellido y Longley me explicó que sus padres eran cubanos.

— ¿Villena? — preguntó su padre— , me suena ese nombre.

— Esta señorita estuvo en nuestra casa entrevistando al gobernador Anderson ¿te acuerdas? — preguntó fingiendo indiferencia.

— ¡Ah, sí!, por supuesto. Una belleza así no se olvida fácilmente — añadió Howard Vantor.

Ambos amigos siguieron hablando de otros asuntos, pero James ya no los escuchaba. Su mente enseguida se puso a trabajar, pensando en la forma de abordar a Lidia y acorralarla para que no volviera a escapar. Su venganza estaba servida y ni Longley ni nadie impedirían que él ajustara cuentas con esa orgullosa mujer.

## 20

Faltaba sólo un día para la fiesta de Parnell, pero James consideraba que era suficiente para preparar su estrategia. Desde que había hablado con él el día anterior, no pensaba sino en la forma de sorprender a Lidia y enfrentarse con ella. Aunque habían pasado varios meses desde que ella desapareciera, James no había podido mitigar su furia y su despecho por su abandono. Ahora había llegado el momento que tanto había esperado. Lidia Villena, lo quisiera o no, tendría que darle una explicación convincente. Había reflexionado mucho sobre el motivo que habría tenido para alejarse de él, llegando a la conclusión de que Lidia había huido cobardemente para no tener que ceder a sus demandas. Lidia tenía miedo de sí misma, de su debilidad ante él y sabía, igual que él, que tarde o temprano, si seguían viéndose, ella sería suya. A pesar de que continuaba loco por ella, James también era consciente de que no tenía ningún derecho legal sobre Lidia, lo que significaba que su acoso tenía un límite. Le había dado muchas vueltas a este tema, intentando encontrar la mejor forma de dominarla, de tenerla en su poder para que ella se diera cuenta, de una vez por todas, que no se podía jugar con James Vantor III. Desafortunadamente, no encontraba nada que pudiera obligar a Lidia Villena a acceder a sus deseos. Era una mujer libre, F con fuerte personalidad y carácter, y aunque le enfurecía la forma de comportarse con él, precisamente la mezcla de seguridad y ternura, de furia y pasión, de bondad y orgullo era lo que lo atraía de ella.

No sabía cómo reaccionaría al verle ni si tendría la oportunidad de presionarla lo suficiente como para que ella quisiera contestar a sus preguntas, pero de lo que sí estaba seguro era de que, antes de que terminara esa noche, él averiguaría dónde se escondía.

Teniendo esa información era más fácil urdir un plan para ganar la guerra que Lidia, al engañarlo tan cruelmente, había declarado entre los dos.

Después de dejar al niño dormido, Lidia se reunió con Irving para cenar.

— Eres una buena madre, Lidia. Michael tiene mucha suerte — comentó sonriendo.

— Para mí es un placer atenderle — contestó con satisfacción— .

Ahora me necesita casi todas las horas del día y yo, con sumo gusto, paso ese tiempo con él.

— Mañana, después de la fiesta, si estás cansada, podemos pasar la noche en mi casa de Boston.

— Yo prefiero no dejar a Michael. No quiero aguarte la fiesta, Irving, pero no me gustaría volver muy tarde — sugirió un poco molesta consigo misma por imponerle sus deseos— . Quizás sea mejor que yo me venga con el chófer y tú te quedes hasta la hora que quieras.

— De ninguna manera — protestó él— . Teniendo en cuenta lo poco partidario que soy de fiestas, seguro que me canso antes que tú.

Lidia no quería llamar la atención, por lo que decidió ponerse un atuendo sencillo: una falda negra de raso que ya se había puesto otras veces y una blusa de cuello cisne, estampada en distintos tonos de azulón.

Su entrevista con Parnell era importante, por eso accedía a esa salida nocturna, pero no se dejaría ver más de lo necesario. Después de hablar con el magnate, sólo pensaba estar en el yate el tiempo mínimo que imponía la cortesía; una vez transcurrido ese tiempo, correría de nuevo a su refugio hasta que llegara la hora de trasladarse a Miami.

Irving la esperaba en el hall cuando ella bajó. Antes de salir se sintió obligada a darle una explicación. Él no había comentado nada acerca de su atuendo, pero Lidia estaba segura de que se estaría preguntando por qué no se había puesto el bonito vestido que él le había regalado hacía unos meses.

— Hubiese preferido llevar el maravilloso vestido amarillo que tú me regalaste, pero no quiero llamar la atención, Irving, por eso he preferido vestir de forma más sencilla — le explicó ella.

— Lo comprendo perfectamente. No te preocupes — la tranquilizó él.

El suntuoso yate estaba bellamente iluminado, oyéndose desde lejos los acordes de la música y el murmullo de las voces de los invitados. Cuando ellos llegaron, varias parejas, lujosamente vestidas, subían por la rampa hacia el barco. Los hombres iban de etiqueta y las

damas vestían trajes confeccionados por famosos modistos y las adornaban magníficas joyas, lo que indicaba que esa noche, en el yate de Simon Parnell, se habían dado cita la flor y nata de Boston. Lidia se sobrecogió ante la idea de que alguien la reconociera y lo comentara. De todas formas, no expresó sus temores. Se limitó a subir del brazo de Irving, aparentando sentirse tranquila y segura, y a sonreír a las personas que él le presentaba.

Simon Parnell se acercó a ellos en cuanto pudo dejar al grupo con el que estaba hablando.

— Bienvenido a mi barco, Irving — dijo extendiendo la mano con jovialidad.

— Gracias, Simon — contestó él estrechándosela— . Permíteme presentarte a la señorita Lidia Villena.

Lidia sonrió y le extendió la mano a Parnell. El magnate la observó con admiración.

— Es un placer conocerla, señorita Villena.

— Encantada de conocerle, señor Parnell. Muchas gracias por haberme recibido, y le felicito sinceramente por su magnífico barco — añadió Lidia con simpatía.

— Irving me habló muy bien de usted y ahora empiezo a comprender sus alabanzas — dijo sonriendo significativamente.

Mientras charlaban, dos hombres y una mujer se unieron al grupo, interrumpiendo momentáneamente su conversación. Todos hablaban de situaciones y amigos comunes. Dichos relatos y sus personajes eran ajenos a Lidia, pero lo estaba pasando bien riéndose de las bromas que se hacían Simon e Irving y de las anécdotas que ambos recordaban. Aceptó sonriente la copa de champán que un camarero le ofreció, sin embargo, antes de que lo pudiera saborear, su mano empezó a temblar al vislumbrar a lo lejos la alta figura que la miraba fijamente con ojos tan fríos como el hielo.

James había llegado al yate temprano, con la única intención de buscar un buen lugar desde el que observar a los invitados que iban entrando. Estaba nervioso, inquieto y bastante irritado.

Escudriñando a las parejas y a cada uno de los rostros que llegaban, su mal humor había empeorado aún más en cuanto vio entrar a Lidia, sonriente, del brazo de Longley. Nada más verla su pulso se aceleró y su corazón empezó a latir violentamente. El estado de excitación en el que se encontraba se había mezclado peligrosamente con los celos que sintió al ver a Lidia con otro hombre, haciendo que su expresión se tornara demoníaca. Si no hubiera sido por la aparición de Simon, se habría abalanzado sin miramientos sobre Longley, arrancando a Lidia de su lado. Con gran voluntad consiguió dominarse y esperar hasta que llegara el momento propicio para acercarse a ella.

Todos volvieron su mirada hacia Lidia cuando su copa cayó estrepitosamente al suelo. Su sobresalto al ver a James había sido tan impactante que se olvidó de todo lo que la rodeaba, haciendo que su cuerpo flaqueara y casi se desmayara. Al oír el estruendo, Lidia volvió a la realidad y se dio cuenta de lo que suponía que James la sorprendiera. Tranquilizando a todos y en especial a Irving, se disculpó y se alejó de allí a toda velocidad, con la única esperanza de esquivar a James.

La cubierta estaba llena de gente. Esto dificultó hasta la exasperación el camino de James hacia Lidia. Vio desde lejos su expresión de asombro al reconocerlo y disfrutó cruelmente del desconcierto y el temor que se reflejaban en sus ojos. Su victoria no duró mucho tiempo. Con incredulidad observó, sin que él pudiera hacer nada por evitarlo, cómo Lidia se alejaba del grupo y desaparecía de su vista.

Lidia no sabía qué hacer ni hacia dónde correr. Se detuvo durante unos segundos al amparo de una sombra y se obligó a pensar. No conocía el barco, y James seguro que sí. Eso le daba ventaja sobre ella, así que decidió salir de él. Una vez fuera, llamaría a Irving y le explicaría lo que había ocurrido.

Con paso decidido, aunque observando con suspicacia a cada persona con la que se cruzaba, se dirigió hacia la salida. No había dado ni tres pasos cuando vio a James a lo lejos, en la otra parte de la cubierta, mirando hacia todos lados, buscándola. Lidia intentó esconderse con rapidez, pero no pudo impedir que James la viera.

No podía quedarse donde estaba; allí había poca gente y él la acorralaría sin dificultad. Pensando con rapidez, entró en el interior del yate por la primera puerta que vio. Ésta daba a

un salón, en el que había también gente sentada, charlando. Dominando su excitación, consiguió atravesarlo despacio y salió por otra puerta que daba a unas escaleras. Las bajó y sin saber adónde iba, se encontró en un ancho pasillo, iluminado con vistosas lámparas y con camarotes a cada uno de los lados. No tenía tiempo para pensar ni podía retroceder. Lo mejor, de momento, era esconderse en uno de los camarotes y esperar a que pasara alguien que pudiera avisar a Irving.

La habitación era muy elegante. Las paredes estaban pintadas en tono verde seco y tanto la tela de la colcha de la enorme cama, como la tapicería del pequeño sofá que había debajo del ojo de buey, hacían juego con ese color. Le parecía un atrevimiento haberse introducido en lo que parecía ser el camarote principal, pero no había tenido otra alternativa. Si alguien la sorprendía allí, daría la socorrida explicación de que se encontraba mal.

Pasaron unos minutos de zozobra antes de que la puerta se abriera de par en par y apareciera James Vantor con el rostro desencajado y los ojos relampagueantes de ira. Lidia se levantó de un salto del sillón donde se hallaba sentada y retrocedió asustada.

James cerró la puerta con brusquedad y se acercó a ella con paso seguro. Deteniéndose a tan sólo unos centímetros de Lidia, habló con calma tras observarla durante unos segundos con expresión dolorida.

— Tengo muchas preguntas que hacerte y te juro que no saldrás de aquí hasta que me respondas con la verdad — aseveró con el rostro impasible.

Lidia reconoció el control que James estaba ejerciendo sobre sí mismo y admiró su autodominio.

— No tengo por qué contestar a nada de lo que tú me preguntes — respondió altanera, temblando también como una flor bajo la embestida del viento.

— Pero lo harás, Lidia, y te advierto que yo nunca amenazo en vano.

— No sé qué pretendes, James. Tu actitud no tiene sentido.

Hace muchos meses que no nos vemos y yo creía que, después de mi carta, había quedado zanjado el tema de nuestra breve y extraña relación — dijo con calma.

— Nadie termina nada a mis espaldas y menos tú — contestó, sintiendo todavía la punzada de dolor que experimentó al convencerse de su abandono— . Fuiste una cobarde, eso es obvio, pero debiste tener una buena razón para huir de mí y eso es precisamente lo que quiero averiguar: ¿por qué abandonaste Boston y todo lo que te rodeaba?, ¿por qué dejaste tu trabajo y terminaste con nuestra relación tan repentinamente? — inquirió con voz áspera, mostrando una expresión dura e impaciente.

Lidia empezaba a sentirse acorralada. James se estaba mostrando tan directo que le sería muy difícil contestar con vaguedades. Le conocía muy bien y sabía que cuando estaba decidido a conseguir algo, no había nada que le detuviera. Lidia había creído, inocentemente, que James, después de tantos meses, se habría olvidado de ella, sin tener en cuenta que el orgullo herido de un hombre, sobre todo de un hombre como James Vantor, sólo se curaba con la venganza.

— Sabes muy bien que no tienes ningún derecho a exigirme nada. Nuestra relación apenas existió. No tenemos por qué darnos explicaciones — contestó con frialdad— . Que yo decidiera dejar mi trabajo, es cosa mía, y si te envié esa carta fue por... agradecimiento — señaló un poco titubeante, sin añadir que despedirse de él había sido lo más dolorosa para ella— . Tú te habías portado muy bien conmigo cuando te necesité y antes de irme consideré que lo menos que podía hacer era decírtelo, aunque fuera por carta.

James estaba anonadado por sus palabras. Al principio la había creído fría, pero después de conocerla íntimamente se había dado cuenta de que Lidia era mucho más cálida y apasionada de lo que él había pensado. Ahora, sus palabras, dichas de una forma tan impasible, le destrozaron el corazón. Fue precisamente ese dolor lo que le movió a zarandearla con fuerza.

— ¡Agradecimiento?, ¡fue también el agradecimiento hacia mí lo que te obligó a acompañarme a París? — preguntó con furia mientras seguía agarrándola con fuerza— , ¡fue por agradecimiento por lo que consentiste en acostarte conmigo?, ¡contesta, maldita sea!, ¡contesta!

— gritó perdiendo el control.

— ¡No! — respondió Lidia con sinceridad— . Cuando me lo pediste, me sentí obligada, pero esa sensación duró sólo un instante.

La verdad es que deseaba acompañarte y... disfruté mucho de los días que pasé contigo en París. Fui... muy feliz.

Lidia decía la verdad, pero James no la creyó. La herida de su abandono estaba todavía demasiado abierta y su ánimo demasiado escéptico como para creer en esos momentos en sus palabras.

— Reconozco que la forma que tienes de agradecer las cosas me agrada — comentó con mordacidad, decidiendo que su venganza sería cruel— , y supongo que el hecho de que yo te salvara de la cárcel merece un agradecimiento eterno, ¿no crees? — expuso quedamente mientras la acercaba poco a poco a él.

— Te creo capaz de cualquier cosa, James, pero te aseguro que nunca me obligarás a hacer lo que no deseo — le advirtió Lidia mirándole con ojos helados.

— Esto se ha convertido en una guerra, Lidia, y yo también te aseguro que seré el vencedor — afirmó con audacia— . Hace ocho meses tuviste suerte porque me cogiste desprevenido. A partir de ahora estaré en guardia y te juro — le aseguró mostrando una cínica sonrisa en sus atractivos labios— que no pasará mucho tiempo antes de que te tenga en mi poder. No pararé hasta encontrar un motivo que te obligue a venir a mí con más humildad.

Sin que Lidia pudiera evitarlo, James la aferró con fuerza por la cintura con el brazo izquierdo y con la mano derecha atrajo su cabeza hacia él y la besó con furia salvaje y anhelo descontrolado.

Lidia luchó con desesperación, sintiendo horror y vergüenza por lo que estaba pasando entre ellos. No quería sucumbir. Sus besos eran embriagadores y ella, lo deseara o no, le quería como nunca había querido a nadie. Era muy consciente de que si ahora se dejaba vencer, nunca podría separarse de él.

James no la dejaba apartarse. Hacía mucho tiempo que deseaba tenerla y la tendría en esos momentos. Lidia se resistía llevada por la furia que sentía, pero él sabía que en unos segundos ella se le entregaría con la misma pasión que él. De nuevo le demostraría que él dominaba la situación y que estaban hechos el uno para el otro. De repente, Lidia dejó de moverse y James la oyó sollozar. Esta maniobra lo desarmó y lo movió a mirarla con preocupación.

— El truco de las lágrimas es muy viejo, Lidia, pero veo que aún sigue siendo efectivo — dijo con cinismo.

Lidia lo miró con ira.

— Eres un bruto, James, y te aseguro que cada día estoy más contenta de haberme alejado de ti — le espetó con despecho.

— Que intentes alejarte de mí no quiere decir que lo consigas.

Tienes una voluntad de hierro, de eso doy fe, sobre todo para dominar tu mente, pero sabes perfectamente que conmigo no dominas tu cuerpo — afirmó con toda la seguridad que le daban sus experiencias anteriores con ella.

Lidia temblaba de rabia, más contra sí misma que contra él.

Sabía que James decía la verdad. Ese hombre la atraía aun en contra de su voluntad, y cada día se convencía más de que el amor era una fuerza mucho mayor de lo que ella nunca hubiera pensado. De no haber tenido a Michael, quizás James y ella en esos momentos fueran amantes. Si no se hubiera alejado de Boston, le habría resultado muy difícil resistirse a él. Pero eso era "agua pasada", se dijo volviendo a la realidad. Ahora tenía un hijo al que cuidar y proteger, y de ninguna manera consentiría que James se enterara.

— Soy dueña de mí misma y así voy a seguir. Estás dolido por mi rechazo y porque abandoné Boston sin tu permiso. Si eres sincero contigo mismo — siguió con calma— , reconocerás que yo no tenía por qué darte explicaciones. Tú y yo nunca hemos tenido una relación seria. Nuestra amistad, por llamarla de alguna forma, tuvo muchos altibajos, y es cierto que nuestro viaje a París fue maravilloso — añadió rememorando bellos recuerdos— . A pesar de lo que disfruté, en ningún momento consideré que ese viaje nos atara a ninguno de

los dos.

James detestó la fría formalidad de su razonamiento.

Efectivamente, entre ellos dos no había ni podía haber un compromiso formal, pero después del viaje a París él estuvo seguro de que a partir de ese momento Lidia accedería a compartir un piso con él. Para su sorpresa, no sólo no había hecho ningún avance con ella sino que además le había abandonado. Su ego como hombre se vio seriamente dañado, por lo que se juró a sí mismo que la encontraría y la haría pagar su desplante.

— Y no nos ataba. Después de esos días que pasamos en París creí que habíamos llegado a un entendimiento y que podríamos ser felices juntos — señaló con un tono de reproche.

— Yo fui muy feliz en París, James, y creo que te lo dije varias veces — reconoció Lidia— , pero...

— Pero así y todo te fuiste — le interrumpió él— . ¿Por qué, Lidia?

Por favor, explícamelo todo — le suplicó acercándose a ella y cogiéndole la mano con suavidad— . Dime con sinceridad por qué huiste de mí y dónde has estado. Necesito saberlo, por favor... — le rogó con humildad.

Lidia tembló cuando James se acercó y le acarició la mano con tanta ternura. Si hubiera estado segura de él, le habría contado todo con gusto. Desgraciadamente, y a pesar de estar enamorada, no confiaba completamente en él ni le gustaban sus métodos para conseguir lo que quería. Reponiéndose de su momentánea debilidad, se apartó de James y se dirigió lentamente hacia la puerta.

Antes de abrir, se volvió y lo miró con tristeza.

— Lo siento, James. Lo mejor para los dos es que no recordemos el pasado. Tú y yo llevamos caminos opuestos y es difícil que volvamos a encontrarnos — terminó con abatimiento— .

Adiós.

El semblante de James había pasado de la dulzura a la cólera en cuestión de segundos.

— ¡Realmente conmovedoras tus palabras! — exclamó con malicia— . Desgraciadamente, no contestan a mis preguntas.

En dos zancadas se interpuso entre la puerta y ella.

— No tengo nada más que decir. Por favor, deja que me vaya.

— No te irás hasta...

Unos golpes en la puerta interrumpieron lo que iba a decir.

— ¡Lidia!, ¿estás ahí? — preguntó Irving con voz imperiosa.

Lidia miró a James como queriendo adivinar sus pensamientos, pero él no movió ni un músculo. Permaneció donde estaba y fue ella la que lo rodeó para alcanzar la puerta y abrirla.

Irving vio a James, que seguía de espaldas a la puerta, y se imaginó todo lo que había sucedido.

— Simon nos espera en su despacho — le anunció como disculpándose por haberlos interrumpido.

Lidia asintió y salió de la habitación sin volverse a mirar a James.

No sabía cómo había podido aguantarse. Fue sólo al pensar en su siguiente paso, cuando James notó cómo su tensión disminuía y su ánimo recuperaba nuevos bríos. Con pasos firmes, abandonó el yate y se dirigió hacia el coche, donde le estaba esperando su chófer.

Con prisa, se introdujo en la parte de atrás, y como si siguiera un plan escrupulosamente estudiado, se cambió la chaqueta del traje por una cazadora negra.

— Esta noche no volveré a necesitarte. Puedes irte a dormir.

— Buenas noches, señor.

— Buenas noches, Oliver.

Antes de salir del coche, cogió el casco y se dirigió hacia su potente Harley Davidson. Con destreza la puso en marcha para comprobar el arranque y se ubicó en una zona poco iluminada del muelle, desde la que podía divisar, con total precisión, el yate de Parnell y las personas que estaban en él.

Lidia reía satisfecha después de su entrevista con Parnell. El diálogo entre los dos había sido breve, pero sus preguntas habían sido tan directas y tan concretas que se dio cuenta

enseguida de la seguridad que tenía ese hombre en lo que quería. Parnell había quedado muy satisfecho con la periodista hispana. No solamente su belleza atraía, sino que sus modales y toda su personalidad eran encantadores. Su intuición raramente le fallaba y con la señorita Villena estaba seguro de hacer un buen fichaje.

— Le has cautivado — dijo Irving satisfecho.

— Gracias a ti. Si él no hubiera estado predispuesto a contratarme debido a la amistad que os une, dudo que el señor Parnell hubiese sido tan rápido en decidirse.

— Te valoras en muy poco, querida Lidia. Con tu "curriculum", tu aspecto y tu simpatía, cualquier director de cualquier medio se precipitaría a hacerte firmar un contrato — afirmó con admiración.

— Eres un buen hombre, Irving; siempre ves lo mejor de mí — respondió mientras se cogía de su brazo.

Decidida a irse cuanto antes para no tropezar de nuevo con James, Lidia le sugirió a Irving marcharse.

Se despidieron de los amigos que se encontraban mientras salían, y se dirigieron hacia el coche.

James los divisó enseguida. Mientras ellos bajaban la escalerilla del yate se puso los guantes y el casco. Unos segundo después de que el coche de Longley abandonara el muelle, James arrancó la moto. Los siguió a una distancia prudencial para no levantar sospechas. En la ciudad le fue fácil camuflarse entre los coches, pero cuando salieron a la carretera, tuvo que aumentar la distancia para que el chófer no se fijara en él. Se dirigían hacia el Norte y James se preguntaba cuál sería su punto de destino.

En el coche, Lidia iba muy contenta de haber esquivado a James. Era un hombre muy testarudo. Después de la discusión de esa noche, Lidia tenía la esperanza de que James se hubiera convencido de que toda relación entre ellos había terminado. Se sentía abatida por ello, igual o peor que los meses anteriores, pero a la vez estaba aliviada al haber comprobado que James no sospechaba nada. No le hacía feliz el hecho de que su hijo se criara sin su padre. Aun siendo triste esta circunstancia, sería mucho peor que los Vantor apartaran a su hijo de ella. Prefería que el abuelo materno supliera la figura del padre antes que prescindir de Michael o verlo sólo en vacaciones.

— Siento que te encontraras con Vantor en esa fiesta — se atrevió a decir Irving.

— No ha sido culpa de nadie. Tarde o temprano tenía que ocurrir. Quizás haya sido mejor encararme con él de una vez por todas — aseguró confiada— . James se enfadó mucho, como era de esperar, pero finalmente creo que logré convencerlo de que nosotros dos no tenemos ningún futuro juntos.

Irving la miró con aprensión. No había tratado mucho a James Vantor, pero después de ser testigo de su actitud hacia Lidia, había comprobado que era todo un hombre: inteligente, decidido y con una gran seguridad en lo que quería. A un hombre así no se le manejaba fácilmente, y menos aún se dejaría engañar con palabras zalameras.

No quiso asustarla con sus pensamientos, sin embargo algo le decía que entre el arrogante Vantor y la bella y orgullosa hispana, acababa de dar comienzo una nueva batalla.

James paró la moto detrás de la verja que se acababa de cerrar.

Aunque la noche estaba muy oscura, la casa iluminada se distinguía con nitidez. No era muy grande, imitando a las típicas casas coloniales norteamericanas. Estaba rodeada de un parque con árboles y flores. La valla parecía rodear un gran terreno, aunque con la oscuridad de la noche envolviéndolo todo no pudo deducir su tamaño. No tuvo dudas de que pertenecería a Longley.

Así que ese era el sitio donde Lidia había estado escondida todo ese tiempo. Nunca lo hubiera averiguado, puesto que no conocía a Longley lo suficiente como para tener conocimiento de sus propiedades. Al principio había sospechado de él; más tarde, al verle tantas veces en Boston sin Lidia se convenció de que Longley no tenía nada que ver con su desaparición. Había sido un ingenuo.

Él, abogado de prestigio y acostumbrado a tratar con todo tipo de gente y a sospechar de la mayoría, había sido engañado por una simple hispana. Era como para echarse a reír si él

hubiera estado de humor para bromas.

Permaneció observando durante un rato. Luego cogió el móvil y llamó a uno de los detectives que colaboraban en el bufete. Sin darle muchas explicaciones, le pidió que se reuniera con él en Rockport.

El soñoliento detective llegó al cabo de una horas, desconcertado por la llamada de Vantor a esas horas.

— ¿Se puede saber qué pasa, James?, me tienes intrigado.

— Es un asunto personal, por tanto te ruego discreción — contestó más bien seco.

— Por supuesto.

James le explicó lo que quería de él y le dio una foto de Lidia.

— Deseo que la vigiles continuamente — le volvió a repetir— .

Quiero saber todo lo que hace: si sale y con quién, a dónde va, qué hace durante el día o si viaja a alguna parte. Espero un informe completo.

— ¿Para cuándo lo quieres?

— Deseo saber todos los detalles cuanto antes. Tú eres muy buen profesional. En cuanto consideres que has descubierto algo importante, infórmame inmediatamente.

— ¿Vive la señorita Villena sola aquí?

— Creo que no. Averígualo también.

— ¿Debo vigilar también a los que viven con ella?

— Sólo me interesa Lidia — le aclaró escueto.

## 21

Tras consultarlo con Irving, Lidia decidió ir a ver al señor Clark, su antiguo jefe en la emisora de Boston.

— Le debo una explicación y no la demoraré más.

Después de haber pasado el mal trago de encontrarme con James, creo que mi vida puede volver a la normalidad. Mi hijo no será visto, por supuesto, pero yo debo hacer algunas visitas que tengo pendientes.

— Mi chófer o yo te llevaremos adonde tú quieras — se ofreció Irving con amabilidad.

Mary y todos sus compañeros recibieron con alegría su visita.

— Ya era hora de que salieras de tu escondite — exclamó Mary con su franqueza habitual— . ¿Qué tal está Michael?

— Muy bien. Es muy tranquilo y yo estoy encantada con él.

— Te veo contenta, Lidia, y eso ya sabes que siempre me alegra.

— Me siento tranquila, más bien. Mi situación no es como para saltar de alegría, pero al menos mi espíritu está sereno — declaró con un cierto tono de congoja en su voz— . Con eso y con ver a mi hijo sano, me conformo.

El señor Clark la saludó con afecto.

T — Me preguntaba qué había sido de ti, Lidia. Ahora que vuelvo a verte tan guapa como siempre comprendo que me he preocupado en vano.

— Muchas gracias. Es usted muy amable.

— ¿Vienes para quedarte o sólo de visita? — preguntó un poco intrigado por su repentina aparición.

— He venido a disculparme por la forma tan precipitada en la que me marché. Todavía no puedo darle la explicación que usted se merece, pero quiero que sepa que las razones que tuve para abandonar el trabajo que tanto me gustaba fueron muy poderosas.

Por esos mismos motivos no puedo volver. Como no soy rica, debo buscarme un medio de vida — siguió explicándole ella— , y he decidido regresar a Miami con mis padres y trabajar allí.

El señor Clark se quedó pensativo, acordándose de la visita de James Vantor y preguntándose si él tendría algo que ver con la decisión de Lidia.

— A pesar de que me gustaría que volvieras con nosotros, respeto tu decisión y te deseo todo lo mejor — afirmó el director mirándola con expresión sincera.

El padre López se mostró muy contento de volver a verla.

— Tu visita aquí indica que todo se va solucionando como tú deseabas, ¿no, hija?

— Eso creo, padre. Todavía no vengo a despedirme, pero espero hacerlo en pocos días.

— Entonces, ¿has encontrado trabajo en Miami? — preguntó el sacerdote con ansiedad.

— Gracias al señor Longley. Un magnate de las comunicaciones, amigo suyo, me va a contratar para una emisora que va a inaugurar en Miami.

— ¡Cuánto me alegro! Sabes que me entristece que nos dejes, pero cada uno de nosotros debemos elegir nuestro camino y yo deseo de corazón que tú aciertes con el tuyo.

— Es usted muy comprensivo, padre. Esta parroquia puede estar orgullosa de tener a un sacerdote como usted — exclamó emocionada— . Espero que siempre estemos en contacto y que siga adelante con su magnífica labor.

Irving se había encariñado demasiado con Lidia y el niño.

Todo había pasado tan rápido y su felicidad había sido tan completa con ellos que no se resistía a volver a quedarse solo. Durante muchos meses había tenido la esperanza de que Lidia y James Vantor se reconciliaran. Esa era la única oportunidad para que Lidia se quedara a vivir en Boston. Después de su último desafortunado encuentro se había convencido de que esos dos enamorados testarudos, difícilmente llegarían a conseguir un futuro en común. Le apenaba que ambos jóvenes no vivieran juntos la maravilla del amor ni que disfrutaran unidos de la ternura y el cariño de su hijo. Irving quería a Lidia como a una hija, pero no era su padre. No se creía con derecho a aconsejarla si ella no se lo pedía.

— Creo, Irving — dijo un día Lidia, vacilante— , que ya es hora de que vaya preparando mi viaje a Miami. Estoy muy feliz aquí y tú eres la persona más maravillosa que he conocido,

pero debo volver con mis padres. Como sabes, me llaman mucho y están ya deseando tenernos con ellos. Quiero que lo comprendas — añadió con rapidez— y que no te quedes apesadumbrado. Hemos sido muy felices todos juntos, pero hay veces que la vida nos aparta de las personas queridas y nos lleva por otros caminos. Esta es una de esas veces y yo... — continuó con la voz quebrada por la tristeza de tener que dejarlo solo— te agradezco sinceramente todo lo que has hecho por mí.

Aunque Irving sintió de antemano el peso de la soledad que se le avecinaba, intentó mostrarse fuerte para no preocupar más a Lidia.

— Yo soy el que está agradecido. Gracias a vosotros he vuelto a vivir, después de muchos años, la felicidad de un hogar. Sé que tenéis que iros con tu familia y comprendo todos tus argumentos, pero me voy a atrever a hacerte una última petición.

Lidia preguntó intrigada de qué se trataba.

— Deseo que me acompañes, al igual que el año pasado, al baile de la Cruz Roja. Ya sabes que se celebra todos los años a finales de octubre.

Un lejano recuerdo, como si hubiera sucedido hacía mucho tiempo, acudió a su mente, trayendo a su memoria sentimientos encontrados de melancolía y felicidad.

— ¡Oh, Irving, por supuesto que sí! — contestó aliviada de que le hubiera pedido algo que ella sí podía concederle.

— Es, prácticamente, el único baile al que asisto en todo el año y deseo mucho que me acompañes.

— Señor Longley — dijo Lidia con solemnidad— , debo anunciarle que ya ha encontrado pareja.

— Nunca un hombre pudo ir mejor acompañado.

A Thomas Abock no le gustó nada que Lidia anduviera todavía por Boston. Esa joven había desaparecido hacía algunos meses, lo que había tranquilizado a toda la familia. Al verla en el yate de Parnell, la desconfianza en ella y la amenaza que Lidia Villena significaba para su ambición, volvió a desasosegar su espíritu.

— No hay que preocuparse, papá — sugirió Brian— . Si Parnell te dijo que ella estaba muy interesada en un trabajo en Miami, eso quiere decir que no tiene intenciones de quedarse en Boston.

— Hasta que no desaparezca de aquí para siempre no podremos dormir tranquilos. No me gustaría nada tener que repartir nuestra fortuna.

— No tendremos que hacerlo — aseguró Sean— . La abuela no se ha enterado de nada, y aunque lo hiciera, lo más probable es que fuera la más interesada en olvidar que esa niña existió.

— Sí, eso creo yo también — asintió Brian.

— Espero que tengáis razón — murmuró el padre, escéptico.

Thomas Abock no se equivocaba cuando sospechaba que no todo estaba saliendo como a él le hubiera gustado. Lidia sí había renunciado a buscar a su familia natural, pero Rose Asder no se resignaba a volver a perder a su nieta. Estaba haciendo todo lo que podía por encontrarla, aunque sin resultados positivos. Su obsesión por hallarla había llegado a tal extremo que no le importaba en absoluto el escándalo que surgiera a raíz de la noticia de la aparición de una nieta desconocida hasta entonces. Su mentalidad y toda su vida se habían trastocado desde que tuvo conocimiento de la existencia de esa chica. No podía decir que su vida anterior no hubiera sido feliz, pero el hecho de haber reconocido y aceptado a su nieta, había liberado de un gran peso a su conciencia. Se arrepentía enormemente de lo que hizo. Como mujer práctica que era, también sabía que la mejor penitencia para su pecado sería recibir a Lidia con los brazos abiertos, aceptando con resignación las críticas e incluso los desprecios que recibiera.

Las hojas empezaban a caer. Lidia contemplaba con admiración el paso del verano al otoño. Los días eran más frescos, pero a pesar del cambio de tiempo, ella no dejaba de dar largos paseos con su hijo. Sabiendo que faltaban pocos días para que Lidia y el niño volaran a Miami, Irving aprovechaba el mayor tiempo posible para estar con ellos. Los tres disfrutaban mucho y evitaban hablar de la próxima partida de Lidia. Para los dos era un tema de

conversación doloroso, aunque habían quedado en verse lo más posible. Irving era el padrino de Michael y había prometido visitar a su ahijado con frecuencia. Sin duda lo haría, al igual que ellos dos viajarían a Boston en vacaciones.

Lidia disfrutaba mucho con su hijo. Él era su gran consuelo. Si bien se había sentido victoriosa después de su último encuentro con James, no podía negar que su corazón había quedado dañado.

Durante todos los meses que habían estado separados, no había conseguido olvidarle. Sólo se había liberado un poco de la tristeza que suponía no tenerlo a su lado. Volver a verlo había sido dar marcha atrás en sus sentimientos. ¿Olvidaría alguna vez a ese hombre? No podía responder a esa pregunta. Sí sabía que le costaría mucho erradicarlo de su corazón.

Unas semanas antes del baile, Lidia decidió ir a Boston para comprarse un traje de fiesta. No quería nada llamativo, aunque tampoco deseaba que Irving se avergonzase de ella. Si él le hubiera leído los pensamientos, se habría enfadado por pensar semejantes tonterías. Hiciera lo que hiciera, Irving jamás se avergonzaría de ella.

— No tengo mucha práctica en esto de acompañar a las mujeres de compras, pero iré contigo gustoso si lo deseas — se ofreció Irving, complaciente.

— Me encantaría. Tú eres muy elegante y ya me demostraste una vez que también tienes gusto para los vestidos femeninos — aseguró Lidia.

— Me halagas, querida. Debo reconocer que soy de la vieja escuela y me gustan las mujeres arregladas. No le veo ningún atractivo a los harapos que llevan algunas chicas hoy en día.

— Eso quiere decir que te gusta la mujer...

— Femenina ante todo — terminó él.

— Pues no se hable más... Vayamos derechos a mirar vestidos elegantes y femeninos — respondió Lidia con espíritu alegre.

Irving la llevó a algunas de las tiendas que él conocía. Había trajes maravillosos, aunque demasiado caros para el bolsillo de Lidia. A pesar de que a Irving le hubiera complacido enormemente regalárselo, Lidia no lo había consentido. Había dejado muy claro que sólo iría al baile si se compraba ella misma el vestido.

— Tú ya me has ayudado bastante, Irving. Por favor, no insistas — le había dicho con rotundidad.

Fueron a otras tiendas de precios más asequibles, donde encontró varios modelos que le gustaban. Lidia decidió probárselos.

Irving sonreía complacido cada vez que Lidia salía del probador con un nuevo modelo. Todos le sentaban muy bien, que era exactamente lo que él había esperado.

— ¿Y bien? — preguntó Lidia, indecisa, girando en redondo ante él con uno de los modelos.

— Estás muy guapa con todos. Quizás el negro se ajuste mejor a tu cuerpo.

— Sí, creo que es el más bonito, pero... ¿no lo ves un poco atrevido? — preguntó con una cierta timidez.

— Lidia, por favor, no seas tan recatada — la censuró él— . El escote del vestido no es nada escandaloso, y sin embargo hace resaltar todos tus encantos. No lo dudes y llévatelo; estás guapísima con él — le apremió Irving para que no se echara atrás.

El detective pidió hablar con James y fue recibido al instante.

James había esperado con ansiedad su llamada. Más de dos veces estuvo a punto de hacerlo y presionarlo para que le contara lo que había averiguado. Había podido sofocar con dificultad esos momentos de arrebato y esperar con impaciencia a que el detective tuviera el informe completo.

— Bien, Peter, ¿qué novedades me traes? — preguntó sonriente, intentando mostrarse tranquilo.

El detective le alargó el sobre con el informe dentro.

— Ahí tienes todo escrito; además, he adjuntado algunas fotos.

James deseaba devorar el informe en esos momentos, pero por experiencia sabía que siempre era conveniente hablar con el detective sobre el caso.

— Luego lo leeré detenidamente. Primero quiero que me hables de los puntos que consideres más importantes — dijo James sin poder disimular un tono de ansiedad en su voz.

El detective inició su relato, intentando no olvidar ningún detalle.

— La casa pertenece a Irving Longley. Ahora están viviendo allí la señorita Villena y el niño, junto con un matrimonio que cuida la casa. El dueño acude los fines de semana.

James reaccionó con curiosidad al oír la palabra "niño".

— ¿Un niño has dicho?

— Sí, un bebé, el hijo de la señorita Villena — comentó con naturalidad— . Comprobé la fecha de su nacimiento en el hospital. La tienes en el informe — siguió informándole sin darse cuenta de la conmoción que habían supuesto para James sus palabras.

Intentando reaccionar con tranquilidad, James se levantó y le dio la espalda para ocultar su palidez y su desesperación, temiendo que los enloquecedores latidos de su corazón fueran escuchados por el detective. "¡Un hijo!", pero... ¿de quién? Se estaba haciendo esa pregunta cuando su memoria retrocedió y recordó los momentos en los que Lidia y él... Se volvió de pronto, y con las manos apoyadas en la mesa, preguntó con precipitación.

— Quiero saber la fecha exacta del nacimiento de ese niño.

El detective cogió el informe y buscó el dato.

— El niño se llama Michael Villena y nació el dos de agosto de este año.

James se quedó pensativo durante unos segundos, al cabo de los cuales, y después de hacer un sencillo cálculo, comprendió todo lo que se había estado preguntando durante tantos meses.

— ¡Maldita seas, Lidia Villena! –exclamó golpeando la mesa con el puño, ignorando momentáneamente la presencia del detective.

Repentinamente, en su rostro había aparecido una expresión letal.

— Siento haberte traído malas noticias, James.

Al oírle James volvió a la realidad.

— Me has hecho un gran servicio, Peter. Por favor, mándame aquí la minuta cuando quieras.

Nada más quedarse solo, leyó el informe con tanta furia que hacía que le temblaran las manos. También contempló extasiado las fotos: Lidia empujando un cochecito, Lidia cogiendo al niño y abrazándolo, Irving paseando con ella y el bebé... De un manotazo tiró las fotos al suelo, fuera de sí por el engaño del que había sido víctima.

Lidia había pasado los meses de embarazo en casa de Irving Longley para ocultarse de él. Lo había planeado todo minuciosamente para que él no se enterara de que ella iba a tener un hijo suyo. ¿Con qué objetivo? Simplemente con el fin de que él no supiera jamás que tenía un hijo y no pudiera reclamarlo.

James cerró la carpeta con fuerza. La rabia lo consumía.

¿Cómo había podido ocultarle Lidia una cosa así?, ¿quién se creía que era? Se levantó bruscamente del sillón para no contemplar esa carpeta maldita. Que Lidia Villena, una mujer tan bella y tan dulce cuando quería, le hubiera hecho algo así era imperdonable. Le había engañado con premeditación, urdiendo un plan perfecto para que él hubiera ignorado siempre su paternidad. Le dolía el corazón por el desprecio que suponía este engaño, sintiendo también cómo la tristeza lo atenazaba por completo. Jamás se había sentido así a causa de nadie y más le desesperaba el hecho de que hubiera sido Lidia Villena, la única mujer por la que había sentido algo, la que le había engañado tan fríamente. Durante unos minutos estuvo mirando por la ventana con ojos vacíos, ajeno completamente a todo lo que ocurría a su alrededor. Solamente el reiterado sonido del timbre del interfono le devolvió a la realidad. Su secretaria le informó de la llamada que le esperaba, pero James la rechazó sin miramientos. Su estado de ánimo estaba tan alterado que no hubiera podido hablar de una forma coherente con nadie.

Después de entrar en el baño para refrescarse la cara, se sentó de nuevo en su cómodo sillón y decidió pensar detenidamente los pasos a seguir para dar el golpe de gracia a Lidia. Su rostro, aún perturbado por el revés que acababa de recibir, sufrió un cambio radical cuando una máscara de hierro fría y vengativa lo cubrió.

Siempre había oído decir que la venganza aliviaba las penas e incluso las hacía más llevaderas. Eso era exactamente lo que él esperaba que le ocurriera, pues su venganza contra Lidia Villena ya estaba tomando forma en su mente.

Nancy Vantor notó enseguida que algo le ocurría a su hijo y le echó la culpa a la hispana que había osado meterse en sus vidas.

Sabía que su hijo no la veía desde hacía meses, de ahí su cambio de humor, pero sospechaba que algo había ocurrido en esos últimos días para que James se mostrara tan taciturno.

A pesar de que su marido era un hombre sencillo y campechano y ella una mujer estirada y altiva, siempre habían formado un matrimonio unido y sólido. Nadie se explicaba cómo siendo tan distintos se compenetraban tan bien. Por suerte, así había sido a lo largo de todos los años que llevaban juntos. A pesar de sus caracteres tan opuestos, ambos se entendían a las mil maravillas, siendo la felicidad de su hijo el objetivo más importante para ambos.

Disentían en la forma de conseguir esa felicidad. Mientras que la señora Vantor estaba convencida de que James sólo sería feliz casándose con una igual, su marido creía que el joven sólo debía casarse con la mujer que quisiera, sin importar si era rica o pobre.

Muchas veces habían discutido por esta cuestión. James siempre los aplacaba dándoles la razón a ambos. Estaba convencido de que se enamoraría de una mujer de su círculo; a las demás no las trataba.

Cuando conoció a Lidia, a pesar de gustarle más que ninguna otra, no había cambiado sus ideas respecto al matrimonio. A medida que fueron pasando los meses y para su asombro, se fue dando cuenta de que cada vez podía prescindir menos de ella. Sus ideas fueron perdiendo fuerza, hasta el punto de dar un primer paso pidiéndola que viviera con él.

Nancy era una mujer fuerte y segura de sí misma, capaz de cualquier cosa con tal de conseguir lo que quería, por ese motivo no dejaba de insistir, aunque con cautela, para que su hijo no abandonara la vida social. Se acercaba el día del gran baile de la Cruz Roja, el acontecimiento social más importante de Boston. Allí se daban cita no sólo la flor y nata de la sociedad bostoniana sino de todo el país. Era un momento ideal para conocer a gente importante y para que chicos y chicas de la alta sociedad nacional e internacional tuvieran ocasión de conocerse.

— James, tienes que decirme si vas a asistir al baile de la Cruz Roja. Este año estoy al cargo de la lista de asistentes y debo entregarla cuanto antes; te ruego que nos acompañes — le suplicó su madre después de haber insistido durante varios días— . Irán muchísimas chicas interesantes y amigos tuyos. Estoy segura de que si te lo propusieras podrías pasarlo muy bien.

James miró a su madre sin alegría.

— Ya te he dicho varias veces que ese fin de semana estoy muy ocupado, así que, por favor, no insistas.

— James, tu madre sólo quiere lo mejor para ti — intervino su padre en defensa de su esposa.

— Ya lo sé, papá, pero debe aprender a no dirigir mi vida — contestó él con voz dura.

Nancy pasó por alto la rudeza de su hijo y continuó con lo que le interesaba.

— Te voy a leer la lista por si conoces a algunas de las jóvenes que asistirán... o amigos tuyos, naturalmente — añadió para que James no se enfadara de nuevo.

Él la miró con resignación y se dispuso a aguantar con paciencia el rollo de la lista de asistentes a la cena— baile.

Llevaba la señora Vantor un rato nombrando a gente que a James no le interesaban en absoluto, cuando el nombre de Longley captó su atención. Le hizo leer a su madre los últimos nombres, como si estos le interesaran, y comprobó que Lidia Villena no venía en la lista. Sin embargo, Irving Longley iba "acompañado".

Inmediatamente dio por supuesto que su pareja sería Lidia. Los ojos le brillaron de placer por su descubrimiento. Sin quererlo, Lidia le facilitaría las cosas asistiendo a ese baile.

— ¡Está bien, mamá! — exclamó fingiendo aburrimiento— . Me has convencido. Conozco a algunas de las personas de la lista, así que iré a ese baile.

Su madre salió encantada del comedor, sintiéndose victoriosa.

Lidia se vio reflejada en el espejo y le gustó cómo le quedaba el traje. El terciopelo negro hacía resaltar más su blanca piel, y el corte, ajustado al cuerpo, realzaba su espléndida figura. El escote era un poco bajo, haciendo la forma del pecho. Se sujetaba por medio de una ancha tiranta de raso que salía desde un costado, rodeaba la nuca y terminaba en el otro costado. Como único adorno, Lidia llevaba una banda de raso apoyada en las caderas, la cual iba sujeta por delante con un lazo y libre en su caída. El pelo se lo recogió en un moño informal.

A Lidia le apetecía asistir a ese baile con Irving. Por otro lado, también temía encontrarse allí con James. De su primer encuentro, después de tantos meses sin verse, ella había salido victoriosa, pero no quería volver a tentar a la suerte. Era mejor dejar las cosas como estaban. A pesar de su aprensión, Lidia sonrió cuando Irving alabó su belleza e intentó comportarse con naturalidad.

La cena estuvo espléndida. Al igual que el año anterior, fue servida en un gran comedor bellamente adornado con todo tipo de flores. Lidia se mantuvo tensa durante un tiempo, hasta que comprobó, después de mirar disimuladamente hacia todos lados, que James Vantor no estaba por allí. Sintiéndose más relajada, comió con apetito los manjares que se fueron sirviendo y charló y rió desenfadadamente con sus vecinos de mesa. Se dirigían hacia el salón de baile cuando, para asombro de Lidia, se les acercó Rose Asder. Tan bella y elegante como siempre, Rose no perdió tiempo en acercarse a su nieta. Durante la cena, en uno de los momentos en los que tuvo que levantarse de la mesa para vender, junto con otras damas, las papeletas para el sorteo que tendría lugar más tarde, sufrió un pequeño shock momentáneo al ver la imagen exacta de su querida hija Rose Mary. Al comprobar que era su nieta, su corazón se le llenó de alegría y dio gracias a Dios por haber escuchado sus plegarias.

— ¡Querida señorita Villena! ¡Qué alegría verla! — exclamó con expresión exultante— . Intenté hablar con usted después de nuestro primer encuentro pero no la encontré. No habrá estado usted enferma, ¿verdad? — preguntó con preocupación.

— No, no, tan sólo tuve que ausentarme de Boston por una temporada — contestó Lidia, todavía azorada por el repentino encuentro— . Está usted muy guapa, señora Asder — dijo mirando con admiración a su abuela— . Yo tampoco he olvidado nuestro encuentro y espero volver a repetirlo de nuevo más adelante.

— Rose siempre ha estado guapa, Lidia — intervino Irving.

— Tú siempre tan amable. Pero... — continuó sintiéndose curiosa— , ¿dónde has estado tú también? No hay quién te vea.

— Tú sabes, Rose, que nunca me han gustado las fiestas, y menos ahora que ya voy para viejo. Cada vez paso más tiempo en casa.

— ¡Vamos, Irving!, tú eres todavía joven, aunque... no tanto como la señorita Villena, claro — comentó dirigiéndole una mirada maliciosa— . Es una broma, querida; estás en buenas manos, te lo aseguro — afirmó cogiéndose del brazo de él— . Irving Longley es uno de los mejores hombres que he conocido.

— Vas a hacer que me ponga colorado — contestó él sonriendo— .

Y ya que has sido tan amable, saciaré tu curiosidad informándote que Lidia y yo mantenemos una sincera amistad y además somos socios en un negocio, ¿verdad Lidia?

— Un negocio en el que si quiere, usted también puede colaborar — siguió Lidia enigmática.

— Me rindo — contestó Rose con humor— . Realmente me tenéis intrigada.

Lidia sonrió y le explicó a Rose su labor y la ayuda de Irving en la parroquia. La dama ya conocía esa colaboración de Lidia, pero guardó silencio.

— Contad conmigo — dijo al instante— . Por cierto, señorita...

— Llámeme Lidia, por favor.

— Bien, Lidia, me gustaría seguir charlando contigo más detenidamente. ¿Podrías darme tu teléfono para quedar en algún momento? — preguntó esperanzada.

— Me encantaría, pero prefiero llamarla yo a usted porque, de nuevo, debo ausentarme de la ciudad por unos días.

Rose se sintió desilusionada. Le dio su tarjeta con la esperanza de que ella cumpliera su

promesa.

Lidia se sentía intrigada por la insistencia de Rose Asder por verla. Pensó que quizá su intención sería tan sólo formalizar su colaboración con la parroquia.

— ¿Hace mucho que conoces a la señora Asder? — preguntó a Irving cuando ella se alejó.

— Hace muchos años que conozco a los Asder. Mervin Asder era un buen hombre. Rose se quedó desolada cuando él murió.

Ambos sufrieron mucho con la muerte de su hija Rose Mary — continuó Irving— . Mervin nunca lo superó y a Rose le ha costado muchos años volver a vivir.

— Pobre mujer — contestó Lidia como en un susurro— . Yo la conozco muy poco. Tan sólo charlamos en una ocasión, pero me pareció muy amable.

— Sí, es una mujer encantadora, igual que su hija Jennifer. Sin embargo el yerno y los nietos... bueno, son distintos — terminó para no caer en la crítica.

Lidia conocía muy bien la calaña de los Abock. No quiso volver a recordar todo lo ocurrido con ellos.

Cogidos del brazo, ambos entraron en el salón de baile, donde charlaron con unos amigos y bebieron una copa de champán.

— Quiero brindar por nuestra amistad, Irving — dijo golpeando ligeramente su copa— . Gracias por todo.

— Ha sido un placer, querida.

Se disponían a bailar cuando un caballero desconocido se les acercó.

— ¿Señorita Villena?

Lidia asintió.

— Traigo una nota para usted — dijo entregándole un pequeño sobre.

Lidia lo abrió, sintiéndose ligeramente desconcertada.

"Tengo que hablar contigo de algo muy importante. Te aconsejo que no te niegues, sería una estupidez por tu parte. Mi ayudante te guiará hasta mí".

James Vantor.

Lidia palideció al comprobar que James no la dejaría en paz. El temor momentáneo se tornó en furia al confirmar la tozudez y arrogancia de ese hombre. En un arranque de rabia, arrugó la nota y la arrojó al suelo, ante la perplejidad del empleado de James.

— Dígale a su jefe que no lo veré ahora ni nunca.

— Yo no haría tal cosa, señorita; el señor Vantor tiene mucho interés en hablar con usted.

— ¡Me importa un...!

Irving la cogió del brazo para calmarla y se agachó para recoger la nota. La leyó con rapidez y se dirigió al caballero que esperaba.

— ¿Puede disculparnos unos minutos, por favor?

Él asintió y se alejó un poco.

— Lidia, ¿estás segura de lo que haces? — le murmuró al oído— .

Conoces a James Vantor y sabes muy bien de hasta dónde es capaz de llegar para conseguir lo que quiere. Ahora sólo desea hablar contigo. ¿No crees que lo más prudente sería no desafiarlo y acceder a lo que te pide?

— Si lo hago, esto no terminará jamás — replicó ella completamente perturbada— , y yo deseo iniciar una nueva vida.

— En el yate de Parnell yo cometí la torpeza de interrumpiros; quizás ahora desee continuar la conversación y terminar de una vez con vuestra relación — le sugirió intentando calmarla— . Si ahora hablas seriamente con él, puede que se solucionen todas vuestras diferencias.

Lidia le miraba pensativa, dudando de que Irving tuviera razón. Ella quería solucionarlo todo, y si era sin peleas, mejor, pero no confiaba en James. Por otra parte, a pesar de su arrebato anterior, temía desafiarlo. Antes no le hubiera importado, sin embargo ahora no podía arriesgar tanto.

— Está bien, Irving, quizás tengas razón.

Siguió al caballero que la esperaba y subió con él en el ascensor hasta el último piso, donde se encontraban las suites.

Lidia fue introducida en un salón bellamente adornado, donde se encontraba James, nervioso por su tardanza, de pie, delante de una de las ventanas, con una copa en la mano.

Se volvió al oír la puerta, sintiendo cómo su sangre bullía a más velocidad en sus venas sólo con verla. La observó detenidamente, apreciando de nuevo la exquisitez de esa mujer. Si cabía, la maternidad había aumentado aún más su belleza. Parada delante de la puerta, con el provocativo vestido negro ciñéndole su cuerpo perfecto y la piel resplandeciendo como el marfil debido al reflejo de la luz de las lámparas, parecía una diosa del Olimpo.

Jamás había contemplado nada tan bello y tenía que ser precisamente la hispana Lidia Villena la que perturbara todos sus sentidos y la que le hubiera engañado tan cruelmente. Recordando, después de unos segundos de ensimismamiento, por qué la había convocado allí, se acercó a ella con una expresión gélida en su rostro y un fulgor de celos en sus ojos.

— Longley sigue teniendo buen gusto para elegirte los vestidos.

Se ve que no se equivoca en la talla — dijo provocándola mientras recorría lentamente la mirada por el cuerpo de Lidia.

Ella se quedó impasible, no dándole la satisfacción de sentirse provocada. Las veces que había respondido con furia a sus provocaciones, él había terminado dominando la situación. Ahora no le daría esa ventaja.

— Qué quieres, James, ¿por qué me has hecho venir aquí? — preguntó con frialdad.

— La última vez que nos vimos no pudimos terminar nuestra...

charla, y... desde entonces han ocurrido muchas cosas.

Lidia no entendía muy bien adónde quería ir a parar, pero le conocía y sabía que estaba tramando algo.

James se sentó cómodamente en uno de los sillones y le señaló otro a Lidia para que hiciera lo mismo.

— No, gracias. Oiré lo que tienes que decirme y me iré.

Una sonrisa cínica curvó los labios de James, anticipándose al triunfo que estaba a punto de conseguir.

— Lo que tengo que decirte se expresa en pocas palabras, así que no te cansarás mucho ahí de pie — respondió con dureza.

Lidia comenzaba a sentirse intrigada. James estaba interiormente lleno de ira, eso lo había notado nada más entrar. Era el hecho de que se mostrara tan controlado y frío lo que la preocupaba. Lo miró reflexiva, preguntándose qué sería exactamente lo que pretendía. La respuesta cayó sobre ella como un huracán repentino y devastador, como una fuerza despiadada y arrasadora, armada con toda la potencia para aniquilar lo que encontrara a su paso.

— ¡Quiero a mi hijo! — exclamó con una voz cargada de amenaza, lanzándole una mirada que a Lidia le pareció tan mortífera como un arma punzante.

Lidia lo miró horrorizada, dudando si era real lo que estaba ocurriendo o simplemente se trataba de una pesadilla.

— ¿Qué has dicho? — preguntó incrédula.

— Está muy claro. El hijo que tuviste en agosto, es mío, y por tanto tengo derecho a reclamarlo — afirmó con una seguridad que amenazó durante unos minutos con hacerla perder la cordura.

Aunque las piernas le temblaban y el corazón le latía a toda velocidad, Lidia no quería que él notara el estado caótico en el que se encontraba. Si se derrumbaba, estaba perdida. Debía mantenerse fuerte y luchar para convencerle de que estaba equivocado.

Enderezando la espalda, se dirigió con paso firme hacia otro de los sillones y se sentó antes de que las piernas no la sostuvieran.

— No sabes lo que estás diciendo, James — aseveró con voz trémula.

James se acomodó tranquilamente en el sillón y le lanzó una sonrisa perversa.

— Por favor, Lidia, dejémonos de juegos. Admito que me has engañado muy bien. Tu plan resultó casi perfecto, pero... cometiste un error y yo supe sacar ventaja de tu imprudencia

— continuó con un aplomo peligroso— . Creí en ti y me decepcionaste. Ahora me tomaré mi revancha.

Estaba dolido por su abandono, mucho más dolido de lo que ella nunca hubiera imaginado. Se sentía traicionado, y ella no quedaría inmune por ese golpe asestado a su orgullo y a su corazón.

Lidia lo había herido en lo más hondo. Un hombre como él no se sentiría satisfecho hasta que no vengara ese agravio.

— Estás equivocado, James. Lo nuestro terminó hace muchos meses; lo que yo haya hecho después, no es asunto tuyo — comentó, intentando mostrarse serena.

— Sí, es cierto que dejaste muy claro que yo no te importaba, de lo contrario no hubieras actuado como lo hiciste. Eso pasó y yo ya casi lo había olvidado — mintió con aplomo— , pero cuando me enteré de que había un niño en medio de toda esta intriga y que ese niño era mío, decidí tenerlo.

A Lidia le hirieron sus palabras, aunque más la desesperó su firmeza en conseguir a Michael.

— ¡Mi hijo es sólo mío; tú no tienes nada que ver con él! — exclamó con fiereza.

Él la miró con insolencia.

— ¿No es coincidencia que Michael haya nacido nueve meses exactos después de haber estado juntos?, ¿o tras haberte mantenido virgen durante veinticuatro años te dedicaste a acostarte con medio Boston justo a la semana siguiente de haber estado conmigo? — preguntó con sarcasmo.

— No te importa con quién haya estado yo o no; solamente afirmo que tú no eres el padre de mi hijo — mintió a la desesperada.

James la hubiera estrangulado en esos momentos. Con malicia decidió que seguiría manteniendo la calma, así su venganza sería más dulce.

— ¿Y se puede saber, entonces, quién es el afortunado padre? — preguntó con ironía.

— ¡No tengo por qué decírtelo! — contestó Lidia con osadía— . Y ahora, si me perdonas — dijo haciendo ademán de levantarse— , debo volver al baile. Irving me espera.

Adoptando una expresión de complacencia, James permaneció donde estaba, aparentemente tranquilo.

— Pues tendrá que esperar más tiempo. No saldrás de aquí hasta que aclaremos esta cuestión — dijo levantándose inesperadamente y dirigiéndose a la puerta, cerrándola a continuación con llave.

— Eres muy empecinado, James, y lamento decirte que no siempre podrás salirte con la tuya. Yo tengo un hijo, es cierto, pero jamás admitiré ante nadie que tú seas el padre, así que, por favor, zanjemos este asunto y olvidemos todo.

James le dedicó una sonrisa perversa y volvió a sentarse. Cogió la copa de la mesita de donde la había dejado anteriormente, y bebió con lentitud premeditada.

A Lidia no le gustó nada esa sonrisa. Por regla general, cuando se mostraba tan sereno en una discusión era porque sabía que tenía las de ganar, y eso empezó a preocuparla en serio.

James dejó la copa de nuevo y dijo tranquilamente:

— Pediré las pruebas de paternidad.

Lidia se quedó lívida. No había pensado en eso. Ahora recordaba que muchos juicios se ganaban debido a esas pruebas. Si James conseguía que se le hicieran los análisis a él y a Michael los resultados le darían la razón y ya no habría vuelta atrás.

Visiblemente afectada, su voz tembló cuando quiso replicarle.

— ¡Por encima de mi cadáver! No permitiré que nadie haga ningún tipo de pruebas a mi hijo.

— Por encima de lo que sea, Lidia. Estoy dispuesto a todo con tal de conseguir a mi hijo — siguió él, duro.

Lidia estaba desesperada. Quería salir de allí, coger a su hijo y marcharse muy lejos para que nadie los encontrara. Sin pensarlo dos veces, corrió hacia la puerta e intentó abrirla. Todo esfuerzo fue inútil, porque James había cogido la llave.

— Deja que me vaya, por favor — suplicó desolada.

— No, hasta que me digas la verdad.

Lidia se sintió momentáneamente acorralada.

— ¿Qué te propones, James?, ¿qué quieres de mí? — preguntó con voz cansada.

James se mantenía entero. El dolor que Lidia le había infligido con su desprecio lo había fortalecido. Ya había tenido bastantes meses de pesar. Ahora él tenía el poder absoluto sobre ella, y por Dios, que lo utilizaría.

— De momento, la verdad.

Intentando mantener la cabeza fría, Lidia se enfrentó de nuevo a él con calma.

— Yo sólo recuerdo el nacimiento de mi hijo.

La irritación que sintió James ante su respuesta se manifestó claramente en su rostro.

— ¿Si?, pues te recuerdo que antes de eso tú y yo compartimos una apasionada noche de amor, llena de besos, de...

— ¡Calla! — gritó Lidia, colérica.

— Parece que no quieres oír la verdad, pero esa noche está ahí y yo no la he olvidado. Fruto de ella es nuestro hijo y yo lo quiero — terminó tajante.

— Michael tiene mis apellidos y es sólo mío — insistió Lidia con obstinación.

El enfado de James iba en aumento. Con ojos de un verde tormentoso, se plantó delante de ella y la agarró con fuerza.

— Tu obcecación no te servirá de nada conmigo, Lidia. Tu hijo es también mi hijo, es decir, un Vantor, y te aseguro que sus apellidos serán cambiados muy pronto.

Lidia lo miró angustiada. Al ver la determinación en su rostro se imaginó a Michael siendo alejado de ella y gritó con desesperación.

— ¡No!, ¡mi hijo es sólo mío!, ¡no lo perderé!

No pudo aguantar más y estalló en llanto.

A James le cogió desprevenido este arranque de dolor y se arrepintió momentáneamente de haberla llevado a ese extremo de aflicción. La abrazó con ternura y no permitió que ella se separara de él.

Lidia se sintió reconfortada en sus brazos. Aun sabiendo que su cercanía debilitaría sus defensas, no hizo ningún movimiento para separarse.

— Cálmate, cariño, tranquila — le susurró con ternura— . Sabes lo que significas para mí. Yo no quiero hacerte daño, pero tienes que comprenderme: necesito saber la verdad — murmuraba mientras la besaba delicadamente— , oír de tus labios lo que yo intuyo. Por favor, Lidia, contéstame. Yo soy el padre de tu hijo, ¿verdad? — preguntó con el corazón lleno de ansiedad.

Hacía mucho tiempo que Lidia no sentía sus caricias. Estaba enamorada de él, y esta era una prueba muy difícil de superar.

— No...no quiero hablar de eso, James, por favor — contestó con la voz entrecortada.

— No hablaremos más de eso — dijo antes de besarla apasionadamente— , pero, por favor, contéstame sólo a esa pregunta.

Lidia no tenía fuerzas para seguir discutiendo ni deseaba herir de nuevo al hombre que amaba.

— Sí, tú eres el padre de mi hijo y el único hombre con el que he mantenido relaciones — confesó obnubilada por el amor que sentía por él.

Con el corazón henchido de orgullo y de amor, aunque él todavía no había identificado este sentimiento, James la abrazó y la besó con tal pasión que Lidia creyó morir de felicidad. Sus besos, acariciadores y ardientes, la hacían estremecerse, debilitando su voluntad y sus más firmes convicciones.

James la estrechaba desesperadamente contra sí, deslizando suavemente la mano por su espalda hasta acariciarle el cuello mientras la aproximaba aún más a él. Había soñado tantas veces con ese momento, a pesar de la ira que lo había atormentado durante todos esos meses, que no quería que acabara nunca. Su intención era fundirla con él, unirla a su destino para que nunca más lo abandonara.

Lidia gimió, y él se apartó unos instantes para mirarla fascinado. Quiso decir algo, pero James acalló sus palabras con besos devastadores. En esos momentos, tumbados sobre el sofá,

demostrándose sin reservas lo que realmente sentían el uno por el otro, se encontraban en el paraíso. No quería que ningún reproche o resentimiento interrumpiera ese maravilloso momento.

Con desgana, Lidia se separó de él y lo miró con los ojos brillantes por la emoción. No sabía qué decir, considerando que quizás lo más prudente era no hablar. Sin necesidad de palabras, los dos habían expresado lo que realmente yacía en el fondo de sus corazones.

James tuvo que hacer un gran esfuerzo para dejarla ir. No quería forzarla. Deseaba con desesperación que Lidia viniera a él por propia voluntad, siendo consciente de que, para conseguir eso, tenía que tener paciencia.

— Debo bajar, James.

— Aún nos quedan asuntos que concretar — le recordó él suavemente.

Lidia le rozó los labios con los suyos.

— Tenemos toda la noche para eso...

James se echó a reír y la besó de nuevo.

— Tienes razón.

Abrió la puerta y dejó que Lidia pasara primero.

Ambos salieron del ascensor y se dirigieron hacia el salón donde se estaba celebrando el baile. Irving se quedó perplejo al observar cómo se miraban. Lidia sonreía y James la tomaba por la cintura posesivamente. Su sorpresa inicial se tornó en alivio y dicha al confirmar su teoría de que esos dos jóvenes estaban muy enamorados. A pesar de que todas las parejas discutían y ellos no iban a ser menos, el amor que sentían el uno por el otro era más que evidente. Si bien se mostró receloso antes de cantar victoria, le habría hecho muy feliz que James Vantor y Lidia Villena reconocieran su amor y se casaran para que ambos criaran juntos al precioso niño del que eran padres.

Irving estaba charlando con dos amigos, uno de los cuales era Simon Parnell. James se puso serio al recordar, a través de él, lo que sucedió en su barco. Ambos se saludaron amistosamente y luego Parnell se dirigió a Lidia.

— Ya me ha confirmado Irving que dentro de unos días volará a Miami. Yo estaré allí para entonces, así que la recibiré en cuanto me llame — declaró con jovialidad— . Sé que es usted una buena periodista — continuó sin notar la mudez de Lidia— . Estoy seguro de que apreciará el equipo que tenemos en la emisora.

Lidia notó enseguida la presión de la mano de James en su cintura. Después de los momentos que habían compartido, este jarro de agua fría había sido de lo más inoportuno.

— ¿Nos disculpan, señores? Lidia y yo vamos a bailar.

Ambos caballeros sonrieron y los animaron a divertirse.

— ¿Qué significa eso de que te vas dentro de unos días? — preguntó James nada más iniciar el baile.

— Debo trabajar.

— Aquí tienes trabajo. Lo dejaste por propia voluntad; estoy seguro de que Clark te volvería a contratar encantado.

— Quizás sí, James, pero mis padres están muy ilusionados con Michael y desean con ansiedad que nos traslademos a vivir con ellos — comentó con cierta aprensión— . Por supuesto tú podrás ir a ver al niño cuando quieras, — añadió bajando la voz— . E incluso en vacaciones yo puedo traerlo para que pase unos días contigo.

James no podía soportar más la tensión y la furia reprimida.

— Estoy comprobando que te importan un bledo mis sentimientos — le espetó con aspereza.

Sus palabras fueron para Lidia como un mazazo. Volvían a demostrarle de nuevo la fuerte personalidad de James Vantor.

— Sí me importan, James, y por eso te digo que estaré encantada de que nos visites cuando quieras.

— ¿Te conformarías tú con eso?, ¿con unas simples visitas de vez en cuando?

Lidia lo miró sorprendida.

— Pero es distinto, James. Yo soy su madre...

— ¡Y yo su padre! — la cortó él.

— Ya lo sé. Yo me refiero a que tú... bueno, quiero decir que no puedes querer aún a Michael porque ni siquiera lo conoces. En cuanto lo trates lo adorarás...

James la miró con hostilidad.

— Si no conozco a mi hijo es porque tú me lo has ocultado — la acusó con ojos duros.

— Lo siento, James. Creí que era lo mejor para los dos. Tú y yo nos movemos en mundos diferentes. Con el tiempo te casarás con una mujer de tu mismo círculo — continuó Lidia mirándolo afligida— .

Tendréis hijos — le dolía el corazón al decir esto, pero esa era la realidad— y seréis felices. No sería justo para ella que llevaras al matrimonio otro hijo extramatrimonial. Si ignorabas ese nacimiento te evitarías muchos problemas. Eso fue lo que pensé.

— ¿Y sólo te movió tu bondad hacia mí para ocultarme el nacimiento de mi hijo? — preguntó incrédulo.

Esa era la pregunta que Lidia había temido. Creía que explicándole uno de sus motivos se quedaría satisfecho. Como en otras nefastas ocasiones, había subestimado la inteligencia de James.

Él no pararía hasta arrancarle toda la verdad, y la verdad era que el motivo principal que ella había tenido para esconder a su hijo era su miedo a perderlo, su temor a que James se lo quitara.

— No importan los motivos. Hice mal en ocultártelo y lo siento.

Creo que es suficiente — contestó con expresión altanera.

— No es suficiente. Cuando volvimos de París, desapareciste.

Deseo saber los motivos que te movieron a ello y lo que has hecho y pensado desde entonces hasta ahora — exigió con firmeza.

Lidia se revolvió furiosa y se apartó de él, pero James volvió a cogerla por la cintura y la estrechó contra sí.

— Te irás cuando yo lo diga — le dijo furioso al oído— . Tienes que contarme muchas cosas y... o me lo cuentas voluntariamente o lo haces ante un tribunal — aseveró con crueldad.

Un destello de temor se reflejó en los ojos de Lidia.

— ¿Estás loco?

— Puede ser, pero te aseguro que, en esta ocasión, no te saldrás con la tuya.

— ¡Suéltame, James, y olvídate de mí! — exclamó asustada.

— Eso será fácil, querida — dijo aun a sabiendas de que eso sería imposible— , pero a mi hijo no lo perderé.

Lidia comprendió enseguida lo que él se proponía.

— ¡No podrás quitarme al niño, James! ¡Me has camelado para sacarme la verdad, pero te aseguro que jamás lo admitiré ante un tribunal!

— ¿Crees que dejaría que me ganaras en un juicio? — preguntó esbozando una sonrisa amenazadora— . No lo permitiría, y menos teniendo yo la razón. Tendrás que elegir, Lidia: o me das a mi hijo por las buenas o lo tendré con todas las de la ley — aseveró con rencor.

No podía hablar en serio. No era posible que sus pesadillas se estuvieran haciendo realidad. Tal como ella había estado temiendo durante mucho tiempo, James pretendía quitarle a Michael. No podía ser. Lucharía por su hijo hasta el final y le ganaría. La Ley le daría la razón a ella. La Justicia se encargaría de proteger a Michael entregándoselo a su madre.

Lidia lo miró desafiante, cometiendo el error de retarlo.

— No te saldrás con la tuya, James. Michael es mi hijo y no consentiré que lo alejes de mí — le advirtió con clara hostilidad.

Sin darle opción a réplica, se separó de él con un brusco movimiento y se alejó con paso seguro y con el corazón destrozado.

## 22

Lidia se había mostrado orgullosa con James. Ahora que podía pensar con la cabeza más fría, se preguntaba muchas veces si no habría cometido una equivocación irreparable. Irving también consideraba que Lidia debería haber defendido su terreno ante James Vantor de una forma más sutil, empleando con más astucia sus armas de mujer.

— Di algo, Irving — le pidió un día Lidia mientras comían, después de llevar ambos un buen rato sumidos cada uno en sus propios pensamientos— . Por favor, dime lo que piensas.

— Sabes muy bien cuál es mi opinión en este asunto. Lo que te aconsejo es que busquemos un buen abogado para que te defienda ante un tribunal.

— Eso quiere decir que estás convencido de que James seguirá adelante con su amenaza.

— No creo que sea sólo una amenaza. Yo soy hombre, Lidia, y comprendo muy bien el rencor que pueda sentir James Vantor. Es muy grave lo que tú le has hecho y peor todavía si pensamos que él podía haber ignorado toda su vida que tenía un hijo — expuso sin miramientos.

En otras circunstancias, Lidia se hubiera sentido ofendida al escuchar estas duras palabras. Ahora necesitaba, de forma seria y L concreta, sus consejos, no sólo como hombre, sino como persona sensata y madura.

— Le pedí perdón, Irving, y le ofrecí que viniera a vernos a Miami cada vez que quisiera. Mi ofrecimiento fue sincero — añadió compungida— , pero James lo rechazó.

Irving sonrió con benevolencia.

— No es suficiente que actuaras de buena fe. James Vantor está herido por tu engaño. Se siente traicionado, y me temo que te va a ser muy difícil llegar a un acuerdo con él.

Dos días después, Lidia recibió la notificación del juzgado por la que se la citaba para contestar a la demanda interpuesta por James Vantor.

El papel temblaba en sus manos mientras lo leía. Había temido que eso sucediera, aunque en el fondo siempre había tenido la esperanza de que James se hubiera echado atrás. No lo había hecho.

Había acudido a la Ley para reclamar sus derechos sobre su hijo y ahora, Lidia tendría que luchar contra él.

La altivez con la que había recibido las amenazas de James se desmoronó por completo al comprobar que él iba en serio. Había pensado mucho en sus palabras y siempre las desechaba apelando a todo tipo de argumentos. Teniendo en cuenta la posición de James en la alta sociedad, Lidia nunca hubiera pensado que a él no le importara ser motivo de escándalo. El hecho de que acudiera a un tribunal para conseguir a su hijo dejaba al descubierto ante la opinión pública sus amores con la hispana Lidia Villena. Era evidente que no le importaba, que en esos momentos, para él era mucho más importante vengarse de Lidia quitándole el niño que todas las habladurías que tendrían lugar a raíz de conocerse la noticia.

— ¡Cómo has podido meternos a tu padre y a mí en este escándalo? — preguntó roja de ira Nancy Vantor a su hijo— . ¿Tan mal te hemos tratado como para que nos pagues con esto?, ¿crees que nos merecemos esta vergüenza? — siguió la dama al borde de la histeria.

— Siento mucho que os veáis implicados en este asunto, pero no puedo solucionarlo de otra manera — contestó James con calma.

— Podías haber evitado el escándalo renunciando a la paternidad de ese niño, que cualquiera sabe de quién es — añadió su madre con maldad.

— Si tuviera la más mínima duda de que Michael no fuera hijo mío, te aseguro que no habría movido ni un dedo para cerciorarme.

— ¡Me importa un bledo si es tu hijo o no! — chilló su madre— , lo que tienes que hacer, si es que te importamos algo tu padre y yo, es olvidarte de este desgraciado asunto cuanto antes.

Howard Vantor se levantó del sillón desde el que había estado escuchando toda la discusión en silencio y se acercó a su mujer para consolarla.

— Cálmate, querida, e intentemos razonar con moderación.

— No entiendo cómo te muestras tan impasible, Howard — le increpó su mujer— . ¿No comprendes que ésta puede ser la ruina social de tu hijo y de todos nosotros?

James se levantó colérico del asiento al escuchar los superficiales razonamientos de su madre.

— James, por favor, tranquilízate tú también y hablemos con calma — le rogó su padre— . Nancy, sentémonos y escuchemos lo que James tenga que decirnos.

Ella accedió con desgana.

James les habló de su breve relación con Lidia y de las consecuencias de esa relación.

— No me gusta meterme en tu vida amorosa, hijo, pero no entiendo cómo has podido ser tan descuidado. Dando por supuesto que no harás vida de monje, hoy en día hay muchos métodos para evitar que una mujer se quede embarazada — dijo su padre con suavidad— . Parece obvio que tu relación con esa chica ha sido tan sólo una simple aventura, sin embargo, las consecuencias nos llevan a una penosa situación.

— A mi relación con Lidia Villena no se le puede llamar aventura; más bien se le debería denominar seducción por mi parte — aclaró James ante la perplejidad de sus padres.

— ¡Eso no es creíble! — saltó su madre— . Yo diría que eres tú el que ha sido seducido sin darte cuenta.

— Me gustaría que me aclararas lo que acabas de decir, James — le pidió su padre.

A pesar de su habitual reserva, James sabía que en lo concerniente a Lidia, a partir de esos momentos no podría haber secretos.

— Lidia me gustó desde el primer momento que la vi. Confieso que mi primera idea fue convencerla de que saliera conmigo. Pensé que sería muy agradable tener una aventura con ella — explicó con sinceridad— . Sus reiterados rechazos me enfadaban y me desanimaban...

— ¿Rechazos? — le interrumpió su madre— . Eso me resulta todavía más increíble.

— Pues es verdad. Así y todo, en cuanto tenía la oportunidad de encontrármela otra vez no podía evitar sentirme atraído por ella y volvía a perseguirla.

— Admiro tu constancia — comentó su padre— , y veo que al final lo conseguiste, ¿no?

— No de la forma que tú crees. Ella nunca hubiera accedido a mi petición de que viviera conmigo...

— ¿Le pediste que viviera contigo? — preguntó su madre, atónita.

— Se lo pedí varias veces y siempre se negó. En una ocasión en la que ambos nos vimos solos debido a una serie de circunstancias, yo la seduje sin miramientos — confesó sin pudor.

— No sé cómo interpretar eso — expuso su padre, aprensivo.

— No imagines lo peor, papá — le tranquilizó sonriendo— . No acostumbro a agredir a nadie y menos a una mujer.

Después de reflexionar durante unos momentos, Nancy Vantor seguía sin querer darle la razón a la hispana.

— Si esa mujer se dejó seducir, es problema suyo.

— Quizás sí — respondió James— , pero el hijo que ha tenido a raíz de ese encuentro, es también asunto mío.

— Es obvio que lo que quiere es pescarte por medio de ese niño.

James miró a su madre con paciencia.

— Si no hubiera sido por un golpe de buena suerte y mi astucia, nunca habría descubierto el nacimiento de Michael. Lidia no me habló de su embarazo y cuando lo consideró oportuno desapareció sin dejar rastro. Tan sólo una información fortuita me ayudó a dar con ella.

Howard Vantor hizo un movimiento con las manos y se encogió de hombros.

— Bien, creo que está clara la situación de esa joven y la tuya, pero todavía no comprendo tu interés por ella antes del embarazo, tu obsesión por encontrarla y tu empeño por conseguir al niño — insistió su padre— . Ya que estás sincerándote con nosotros, te rogaría que nos aclararas todas nuestras dudas para poder adoptar una postura lógica.

El semblante de James se tornó sombrío cuando los malos recuerdos volvieron a su mente.

— Me dolió mucho que me abandonara. ¡Eso no se lo perdono! — exclamó más bien para sí mismo— . Michael es consecuencia de nuestra breve unión y yo tengo derecho a él.

El señor Vantor no quedó muy satisfecho con su respuesta.

Conociendo a su hijo, sabía que James jamás se había preocupado por ninguna mujer. Eso quería decir que debía sentir algo muy profundo por esa hispana cuando se tomaba tantas molestias por ella. James no se atrevería a reconocerlo ante sí mismo y menos lo haría ante los demás, aunque se tratara de sus propios padres.

— Gracias por tu explicación, hijo — dijo su padre, comprensivo— .

Y ahora debemos unirnos los tres para seguir adelante con esto.

— Yo no estoy de acuerdo...

— ¡Nancy...! — exclamó su marido, autoritario— . James es nuestro único hijo y su hijo es nuestro nieto, por tanto tenemos que luchar por él.

Nancy Vantor se echó a llorar.

— Yo quería otra vida para ti –se lamentó sollozando, dirigiéndose a su hijo— . He puesto todos los medios posibles para que hicieras un buen matrimonio, y sin embargo tú me pagas con esto.

— Mamá — comenzó James con suavidad— , tú has tenido la vida que has querido. Por favor, déjame a mí vivir la mía.

— ¿Y crees que lo que te está sucediendo es la situación ideal?

— No sé si es lo mejor para mí, pero es lo que me ha tocado vivir. El destino puso a Lidia en mi camino y a través de ella he tenido un hijo. Tengo el mismo derecho que Lidia a tenerlo. No renunciaré a él — terminó con firmeza.

— Bien, entonces sigamos adelante con la demanda y consigamos a nuestro nieto — concluyó Howard Vantor con orgullo.

El espíritu alegre y jovial que había imperado en la casa de Rockport hasta el momento de conocer la demanda interpuesta por James, se había convertido en tristeza y desasosiego. Lidia trataba de mantenerse optimista ante los ojos de Irving, pero no podía evitar sentir un gran peso en el corazón cada vez que pensaba en la posibilidad de perder a su hijo. Este pensamiento la invadía constantemente, reflejándose en su rostro la pena y el miedo que sentía.

Por más que Irving intentaba a veces distraerla con otros asuntos, el tono grave de su voz y el brillo apagado de sus ojos indicaban a Lidia su preocupación.

— He invitado a mi abogado, Paul Amper, a cenar con nosotros el sábado. De ti depende si quieres contratarlo para que te defienda o no. Yo creo que deberíamos escuchar sus consejos.

— Sí, creo que tienes razón. Durante estos días he intentado engañarme a mí misma creyendo que James no seguiría adelante con la demanda — confesó con aflicción— . Pero el tiempo pasa y veo con claridad que no tiene ninguna intención de echarse atrás. Si quiero luchar por Michael, lo mejor es prepararme para ello.

Paul Amper era un hombre de mediana edad, serio, muy correcto y agradable. Irving y él se conocían desde hacía mucho tiempo y se consideraban, además de abogado y cliente, muy amigos. Antes de invitarlo a su casa, Irving le había contado todo lo referente a la situación actual de Lidia. El abogado había estudiado el caso detenidamente y había conectado con personas de su confianza para recabar algunos datos importantes. Era un hombre que siempre iba con la verdad por delante. Nunca daba a sus clientes falsas esperanzas, por ese motivo esa noche, en la que cenaba con Irving Longley y Lidia Villena, se encontraba más serio de lo normal.

Irving notó también el tono apagado de su voz, pero para no desanimar más a Lidia, intentó relajar el ambiente contándole algunas anécdotas de su vieja amistad con Paul.

La cena transcurrió de una forma distendida y natural. Ambos hombres hablaron amenamente de muchos temas interesante y Lidia también participó de lleno en la conversación. Terminado el postre, los tres se dirigieron al salón para tomar el café delante de la acogedora chimenea.

Con la taza en la mano y sintiéndose más relajada que antes de la cena, Lidia sacó la conversación que tanto la preocupaba.

— Señor Amper, usted ya conoce por Irving la dolorosa situación en la que me encuentro. Quiero preguntarle directamente si puedo tener esperanzas respecto a mi éxito en

este juicio.

El abogado removió despacio el café con la cucharilla y luego dirigió a Lidia una directa mirada.

— Antes de contestar a su pregunta, me gustaría que usted, a su vez, respondiera a las mías. — Lidia asintió y él continuó hablando— .

Efectivamente, conozco su historia "a grosso modo", pero considero importante que me informe acerca de algunos detalles en concreto.

Lidia permitió que el abogado iniciara sus preguntas.

— ¿El señor James Vantor III es el padre de su hijo?

Comprendiendo que ésta era la pregunta clave, Lidia contestó la verdad.

— Sí.

El abogado la miró pensativo. Desgraciadamente, su expresión no era muy alentadora.

— Me temo que esta simple e importante respuesta pondrá al tribunal en su contra — afirmó sin rodeos.

Lidia palideció y dirigió su mirada hacia Irving con alarma.

— Siento ser tan brusco, señorita Villena, pero quiero que usted se dé cuenta, desde el principio, de lo difícil si no imposible que será ganar este juicio.

— Pero yo soy la madre de ese niño — exclamó angustiada— . Lo estoy criando con amor y dedicación; tengo testigos — añadió desesperada, señalando a Irving— . Su padre, James Vantor, ni siquiera lo conoce. No puede quererlo como yo.

— Yo puedo comprender eso, pero el tribunal se atiene a los hechos y a lo que considera que es la verdad, y la verdad es que usted intentó engañar al padre del niño ocultándole su nacimiento, ¿no es cierto?

— ¡Sí!, pero lo hice precisamente para evitar esto. James Vantor es un hombre muy poderoso y yo tenía miedo de que me quitara a mi hijo. Es evidente que mi temor no carecía de fundamento.

— Usted tiene sus razones para haber actuado como lo hizo, pero también es cierto, y le advierto que le estoy hablando a corazón abierto para que no se lleve a engaño, que usted hizo un mal a otra persona ocultándole lo que, legítimamente, tenía derecho a saber — le aclaró el abogado— . El que Vantor quisiera o no al niño es otra cuestión; usted no le dio opción a elegir. Esta es una baza a favor de Vantor y él lo sabe, por lo que le advierto que se ensañará en este punto hasta destrozarla.

Lidia se apoyó en el respaldo del sillón sintiéndose derrotada.

— ¿Te encuentras bien? — le preguntó Irving, solícito— . Si lo deseas, dejamos esta conversación para otro día.

Lidia lo miró con afecto.

— Gracias, Irving, pero, tal como dice el señor Amper, es mejor saber a lo que me tengo que enfrentar desde el principio — reconoció apenada.

— Me gustaría darle esperanzas y ser portador de buenas noticias — añadió el señor Amper— , pero estaría engañándola.

— Lo comprendo. Por favor, siga preguntándome lo que quiera.

— ¿Fue usted misma la que le dijo a James Vantor que él era el padre de su hijo?

— Él estuvo seguro de que era suyo desde el momento en el que se enteró de que yo había tenido un hijo. Traté de negarlo, pero él no me creyó. Después de mucho discutir, James me hizo confesar que Michael era su hijo.

— ¿Por qué estaba Vantor y lo está tan seguro de que el niño es suyo, incluso después de negarlo usted?

Era una pregunta muy directa y Lidia no pudo evitar ruborizarse.

— Porque sabe que él fue el primero y el único hombre con el que he mantenido una relación íntima — contestó en un susurro.

El abogado movió la cabeza, comprendiendo.

— Perdone que insista, señorita Villena, pero no entiendo por qué está tan seguro de que después de él no hubiera podido haber otros hombres en su vida.

— Primero porque me conoce y sabe que yo estos asuntos no me los tomo a la ligera, y

segundo porque Michael nació exactamente a los nueve meses de haber estado con él —declaró un poco más tranquila— . James está seguro de todo esto que le estoy diciendo y... no se equivoca.

El abogado miró a Irving cada vez más preocupado. Haciendo un gesto de impotencia continuó hablando.

— Este caso cada vez se pone más difícil para usted — afirmó con desánimo— . El hecho de haberle ocultado el nacimiento de su hijo será uno de los puntos fuertes en los que Vantor se ensañará con usted. Ahora creo que la atacará todavía más con preguntas relativas a la negación por su parte de su paternidad sobre el niño. Sus preguntas serán directas y no la dejará explicarse. Esto la desesperará y la conducirá a cometer errores irreparables.

Lidia suspiró con desaliento.

— Bien, veo que éste es un caso perdido — reconoció con dolor— .

¿Qué me aconseja que haga?

— Es muy difícil acertar en los consejos. Teniendo en cuenta el prestigio, la eficacia y la habilidad de Vantor ante un tribunal, acrecentado todo ello por el rencor que siente hacia usted y su firme decisión de conseguir a su hijo, forma todo ello una bomba difícil de parar — reconoció por el bien de la joven— . Mi opinión es que debería usted hacer todo lo posible para convencerlo de que retire la demanda y se pongan ustedes de acuerdo respecto a su hijo; de esa forma quizás consiga usted algo. Siento ser tan franco — comentó el abogado apesadumbrado— . Estaría por asegurar que perdería usted a su hijo si consiente en llegar hasta el juez — declaró contundente.

Lidia trataba de comprender con razonamiento lógico todo lo que el abogado le estaba explicando, pero su amor maternal se negaba a reconocer que existiera una mínima posibilidad de que le fuera arrebatado su hijo.

— Cualquier juez del mundo consideraría que lo mejor para un niño es estar con su madre — insistió Lidia.

— Sí, pero no con esas premisas en su contra, por no hablar del factor económico — añadió el abogado— . James Vantor es un hombre muy rico, lo que quiere decir que puede ofrecer a su hijo todo el bienestar que un niño puede necesitar. Esto es muy importante a la hora de entregar un niño a uno u otro cónyuge.

— A mi hijo no le faltará de nada conmigo — saltó ella a la defensiva— . Yo no soy rica, pero puedo perfectamente vivir de mi trabajo y ganar lo suficiente para mantener dignamente a mi hijo.

— Tiene razón, pero un puesto de trabajo, que usted de momento no tiene, puede durar muy poco en los tiempos que corren. Aunque usted sea una buena periodista y pueda conseguir con facilidad los trabajos que quiera, le aseguro que Vantor no lo expondrá así ante el juez — le explicó el abogado de una forma real— .

Sé, más o menos, cómo va a reaccionar él ante estas cuestiones porque yo utilizaría las mismas tácticas en su lugar. Vantor es un hombre joven, pero está en el oficio desde que empezó a estudiar en la facultad de Derecho. Le aseguro que sabe muy bien lo que hace.

Lidia intentaba buscar una respuesta que le asegurara su victoria, pero el señor Amper, con su sinceridad, se lo estaba poniendo muy difícil. Aun así decidió agotar sus recursos para terminar de convencerse de que por ese camino nunca podría vencer a James.

— Usted es también un buen abogado, señor Amper. No creo que a James le sea fácil ganarle en un juicio.

— Por supuesto que la defendería con todas las posibilidades a mi alcance y, desde luego, a Vantor le iba a costar salir victorioso.

No obstante, creo que debemos ser prudentes y no arriesgar la seguridad de Michael con usted y la felicidad suya con su hijo. A veces merece la pena tragarse el orgullo e intentar solucionar las cosas por las buenas. Sin duda mucho más que vivir toda la vida arrepentidos por no haber actuado con inteligencia — le aconsejó el abogado.

Irving había estado observando en silencio a los dos interlocutores. Su semblante serio indicaba claramente que su espíritu se encontraba tan perturbado como el de Lidia. No quiso intervenir en ningún momento de la conversación para no influir en el ánimo de ella. El

asunto que estaban dirimiendo su amigo y Lidia era muy importante. Se hacía imprescindible pensar con seriedad y firmeza los pasos a seguir. El futuro de Michael dependía de la decisión de su madre. Era fundamental que ella no se equivocara.

Tras un rato de silencio en el que Lidia trató de poner sus pensamientos en orden, se dirigió por primera vez a Irving para pedirle su opinión.

— Es un asunto delicado, pero me alegro que Paul no se haya andado con rodeos y te haya expuesto el caso tal como él, con toda su experiencia, lo ve — contestó cauto— . Yo no soy abogado; soy simplemente un hombre de empresa. Debido a mis negocios he estado la mayor parte de mi vida relacionado con abogados, y te puedo asegurar que un buen abogado, si lo tienes en contra, se convierte en un hombre peligroso.

— Tu respuesta ha sido muy clara — afirmó Lidia— . Creo que apelando a mi sensatez, debo olvidarme de enfrentarme a James en su terreno. Mi única salida, después de haber escuchado al señor Amper, es humillarme ante James Vantor para intentar que acceda a compartir a nuestro hijo, ¿no es así, señor Amper?

— Sinceramente, creo que es la postura más inteligente por su parte.

Lidia se vio sumida esa noche en un maremágnum de pensamientos enfrentados. Su amor maternal la impulsaba a luchar por su hijo y a no rendirse. Incluso le pasó por la imaginación durante breves momentos la idea de huir de nuevo para que James no los encontrara nunca. Desechó enseguida la imagen de su hijo y ella siempre huyendo y decidió pensar en un plan más práctico para sus objetivos. No le era fácil mostrarse fría y realista. Por el bien de Michael debía olvidarse de sí misma, de James y de todos, y concentrarse tan sólo en la forma de conseguir lo mejor para él.

Simon Parnell volvió a llamarla para reclamarla en Miami.

Lidia, muy a su pesar, tuvo que explicarle parte de lo que le ocurría y posponer su partida. Parnell, hombre inteligente y decidido, no dio importancia al relato de Lidia, valorando mucho más su valía como profesional del periodismo que su azarosa vida privada. Sin admitir más excusas que las estrictamente necesarias, se despidió de ella no sin antes haberla hecho prometer que le llamaría nada más solucionar sus asuntos de Boston.

Esta llamada fue otro motivo más de preocupación, pues si bien Parnell se había mostrado muy comprensivo, era lógico pensar que la esperaría tan sólo por un tiempo. Faltaba poco para la inauguración de la emisora y era natural que el dueño quisiera tener la plantilla completa y los programas elaborados para ese momento.

Lidia tenía la esperanza de poder solucionar sus problemas a tiempo, aunque sin garantía de que todo saliera como ella esperaba.

James se sentía satisfecho con el paso que había dado. Lidia era una mujer terca y orgullosa, y él no estaba dispuesto a consentir más sus caprichos. Si ella se hubiera mostrado sincera y humilde con él, nunca se habría planteado quitarle a Michael. Sin embargo, además de engañarle y mentirle, había tenido la osadía de mostrarse orgullosa. Esa postura era totalmente intolerable y él no estaba dispuesto a perdonárselo. Lidia Villena merecía un castigo por su traición, y él le aplicaría uno que no olvidaría jamás.

Se disponía a salir de su oficina cuando su secretaria le informó que la señorita Lidia Villena le llamaba por teléfono. Su sorpresa se manifestó con evidencia en el brillo de sus ojos, pero conteniendo el deseo de hablar con ella, hizo un gesto negativo a la secretaria y esta se excusó aludiendo que el señor Vantor estaba muy ocupado y no podía ponerse al teléfono.

— Primer golpe — comentó Lidia nada más colgar.

— ¿Qué has dicho? — preguntó Irving.

— He intentado hablar con James y él no ha querido ponerse al teléfono.

— ¿No crees que te precipitas en tus juicios? — preguntó Irving, queriendo sentirse optimista.

— Antes siempre contestaba a mis llamadas. Está claro que no desea hablar conmigo.

— Ten paciencia, Lidia. Tú sabes que no va a resultar fácil convencerlo. Aun así debes intentarlo por todos los medios a tu alcance — dijo animándola— . Estoy seguro de que tarde o temprano lo conseguirás.

— No tengo mucho tiempo, Irving. El día de la citación no está lejano y yo no sé si

podré conseguir lo que me he propuesto en tan poco tiempo — respondió desolada al comprobar que su primer paso había sido un fracaso.

Irving la miró con ternura y sintió pena por ella, por el joven Vantor, que también había sufrido, y por el pequeño que habían tenido. Con lo fácil que hubiera resultado todo si ambos jóvenes no hubieran sido tan empecinados... La vida no siempre era fácil y esa joven estaba conociendo ahora una de sus caras amargas.

Lidia volvió a llamar a James varias veces y siempre recibía la misma respuesta. Intentó también conectar con él en su casa y en la de sus padres, pero él no consentía en ponerse al teléfono. Ante su insistencia, la última vez que había tratado de hablar con él, la secretaria le había dicho que el señor Vantor sólo hablaría con el abogado de la señorita Villena.

El padre López, al tanto de todo lo que le estaba ocurriendo a Lidia, la animaba a tener paciencia y confianza en Dios.

— Todo se arreglará, Lidia. Por favor, no desesperes. Dios es sabio y no permitirá que sufras en vano. A veces, como humanos que somos — continuó él con bondad— , no comprendemos ciertos sucesos que nos acontecen en la vida, pero todo tiene su razón de ser y quizá esto sea un pequeño purgatorio para luego encontrar la felicidad.

Lidia quería creerle. De hecho, siempre que hablaba con el padre López y escuchaba sus consejos, sentía un poco de alivio en su alma. Sus inspiradas palabras fortalecían su espíritu y la animaban a seguir adelante con valor y entereza. El bálsamo curativo que el sacerdote le aplicaba con sus alentadores razonamientos le servían para coger fuerzas y enfrentarse de nuevo con James. Él, con su indiferencia y determinación de seguir adelante, volvía a derrotarla.

Pensando únicamente en su hijo y también movida por la rabia que sentía contra la actitud de James, se trazaba una vez más un nuevo plan para abordarle y hablar con él.

## 23

El nerviosismo y la frustración empezaban a hacer mella en el ánimo de Lidia. Pasaban los días y James continuaba rechazando la posibilidad de hablar con ella, a pesar de sus ruegos. Irving la aconsejaba que enviara a Amper para dialogar con Vantor, pero Lidia estaba segura de que ella era la única persona capaz de convencer a James.

— Quizás lo consiguieras, Lidia, pero él no te va a dar la oportunidad de que lo intentes — le dijo un día Irving, cada vez más preocupado por el cariz que estaban tomando las cosas.

— No quiero parecer testaruda, Irving. Si me muestro así es porque conozco a James y sé que su reacción ante Amper, a pesar de ser buenos colegas, será fría y obcecada. Toda la buena intención que lleve Paul Amper no le servirá de nada — afirmó con bastante seguridad— . En el estado en el que se encuentra James, del cual yo tengo la mayor parte de la culpa, enviar a una persona de mi parte, aunque sea lo único que él permita, será decisivo para que empeore la situación.

— Puede ser — admitió él— . De todas formas, y teniendo en cuenta el poco tiempo que nos queda, creo que debemos intentarlo.

E Lidia aceptó resignada los buenos intencionados consejos de los dos hombres y accedió a que Paul Amper la representara ante James.

El día que tendría lugar la reunión de los abogados, Lidia no dejó de pasear por los jardines de la finca de Irving, nerviosa e impotente. Su fiel amigo trataba de ayudarla y levantarle el ánimo, pero todos sus esfuerzos eran en vano. Por mucho que Irving trataba de distraerla, Lidia sólo estaba pendiente de la entrada de la finca, por donde aparecería de un momento a otro el coche de Paul Amper. Al hacerse de noche, la joven hispana, a pesar de su alterado estado de ánimo, atendió a su hijo con el mismo primor de siempre.

Se disponían a cenar cuando el abogado entró por fin en la casa.

Lidia no tuvo nada más que mirarle para saber que había fracasado en sus propósitos.

— Lo siento, señorita Villena. James Vantor está decidido a seguir adelante y conseguir la guardia y custodia de su hijo — le anunció apesadumbrado.

Lidia temblaba de rabia ante la tozudez de James.

— ¿Le dijo por qué se muestra tan terco?

— No le perdona su engaño y además está convencido de que el niño estará mejor con él.

— ¡Cómo puede pensar semejante idiotez? — exclamó Lidia fuera de sí— . ¡Cómo puede un hombre inteligente como él pensar ni por un segundo que Michael estará mejor rodeado siempre de niñeras y personas a su servicio que con su madre?, ¿le ha vuelto loco este asunto o qué?

Paul Amper prefirió permanecer en silencio hasta que la joven se calmara. Comprendía sus sentimientos y su furia hacia Vantor, aunque reconocía que el joven abogado tenía razón en muchos de los argumentos que le había expuesto.

— ¡No! — continuó ella, exaltada— , ¡no permitiré que ese hombre, orgulloso y malvado, se salga con la suya. No sé todavía lo que haré, pero juro que...!

Irving se acercó a ella y la tomó por los hombros con delicadeza. Sería nefasto que Lidia perdiera los nervios.

— Tranquilízate, Lidia, y no digas cosas de las que luego puedas arrepentirte — le aconsejó— . Los asuntos importantes hay que solucionarlos con la cabeza fría y el espíritu sereno. Piensa en tu hijo y en su futuro, y olvídate de rencores y decisiones precipitadas.

Con suavidad la ayudó a sentarse y la obligó a comer algo de la cena.

— Si tienes que seguir luchando, es mejor que comas para que no pierdas fuerzas — comentó Irving bromeando.

Lidia sonrió débilmente y se dirigió de nuevo al abogado.

— ¿Qué es lo que quiere exactamente James?

Paul Amper temía herirla de nuevo, pero su deber era contarle todo lo que había ocurrido durante su reunión con Vantor.

— La patria potestad les corresponde a los dos, es decir, a James Vantor y a usted, pero la guardia y custodia del niño, que se otorga normalmente a la madre, dependerá de la

decisión del juez.

Vantor está dispuesto a conseguirla y le aseguro que, teniendo en cuenta los argumentos que empleará, la conseguirá — afirmó sin ningún tipo de duda— . Tal como usted ya sabe, eso quiere decir que Michael vivirá con su padre, permitiéndosele a usted visitar a su hijo sólo los días que el juez dictamine.

Hizo una pausa antes de continuar con las malas noticias. El rostro lívido de la joven era preocupante.

— Debo añadir a lo ya he dicho que Vantor desea conocer a su hijo antes del juicio. Si bien usted está en su derecho de negarse, yo le aconsejaría que no empeorara las cosas y permitiera que viera al niño — agregó captando con pena la agitación de Lidia.

Lidia empezaba a comprender la gravedad de su situación y la urgencia con la que debía resolver este problema.

— Bien, usted me aconsejó que tratara de hablar con James Vantor para intentar una solución aceptable para los dos — dijo Lidia dirigiéndose al abogado— . Ante la evidencia de mi fracaso, ¿qué me aconseja usted ahora?

— Yo le aconsejé en su momento lo que creía que era lo mejor para usted. Pensé erróneamente que Vantor se avendría a dialogar y llegarían a un acuerdo. Es obvio que me equivoqué — admitió el abogado— . Ahora sólo me resta decirle que en esta ocasión sea usted misma la que decida.

Lidia lo miró desolada.

— Sólo me queda una opción, ¿no?

— Aparentemente eso parece... a no ser que a usted se le ocurra otra idea mejor.

Lidia reflexionó durante unos momentos, tratando de encontrar cuanto antes una salida que le diera alguna esperanza.

— No quiero precipitarme, así que lo pensaré detenidamente esta noche y le comunicaré mi decisión mañana por la mañana — señaló, sintiéndose moralmente destrozada.

— Si finalmente decide ir a juicio, quiero que sepa que haré lo imposible para que no pierda a su hijo –le aseguró Amper tratando de animarla.

— Sé que no podría confiar en nadie mejor. Muchas gracias por su paciencia conmigo.

Esa noche, Lidia no pudo dormir. Mil imágenes de su hijo alejándose de ella la impedían conciliar el sueño. Su pena era tan honda que, a pesar de reconocer que llorando no se adelantaba nada, no pudo evitar llorar amargamente mientras contemplaba a su hijo plácidamente dormido. Por primera vez en su vida se sentía impotente ante los dictados del destino. Siempre había creído tener un control absoluto sobre su vida y sus acciones. Ahora se empezaba a dar cuenta de que, más que nada, lo que había tenido hasta entonces había sido suerte. En cuanto la fortuna le había dado la espalda, no tenía poder ni fuerzas para dominar la situación y encauzarla tal y como ella deseaba.

Sus ojeras a la mañana siguiente eran una clara manifestación de su tristeza. No había dormido, pero a pesar de sentirse cansada físicamente y desilusionada de la vida, había tomado una decisión.

En otras circunstancias no hubiera pensado ni siquiera en esta posibilidad. Ahora debía aplicar a su actual situación la frase que había oído a su padre muchas veces en su vida: "A grandes males, grandes remedios", y rezar para que todo saliera tal y como ella lo había planeado.

Después de comer, aprovechando que Irving y ella estaban cómodamente sentados delante de la chimenea tomando café, Lidia decidió comunicarle lo que tenía pensado.

— Irving, he decidido no ir a juicio.

Ante el estupor de su amigo, Lidia continuó con fría calma.

— Anoche estuve reflexionando durante largas horas y he decidido trasladarme a Boston para intentar por todos los medios a mi alcance hablar con James.

— Pero no has conseguido nada en todo este tiempo — dijo él desconcertado.

— Por eso mismo debo intentarlo de otra manera. El teléfono no ha dado resultado, así que no me queda más remedio que imponerle mi presencia a ese maldito cabezota — afirmó, calculadora.

— Si no ha querido hablar contigo, supongo que tampoco querrá verte.

— Mi plan no es ese. Lo que tengo en mente es "coincidir" con James en los lugares a los que él acuda. Si mi instinto de mujer no me falla, tarde o temprano se acercará, aunque sólo sea por curiosidad — le explicó con ojos desafiantes.

— Cualquier hombre se acercaría a ti enseguida — replicó Irving alabándola— , pero teniendo en cuenta que Vantor está en guardia contra ti, creo más bien que adivinará rápidamente tu intención.

— No lo adivinará si yo le hago creer, a través de mi abogado, que voy a ir a juicio. Al verme hacer vida social, más bien pensará que estoy contenta porque creo tener la victoria en la mano — le explicó ella.

Irving la miró preocupado.

— Pero a Paul no podemos mentirle — dijo suspicaz.

— Y no le mentiremos. Amper y yo debemos preparar el juicio por si me falla mi plan, ya que es la única alternativa que me quedaría. En el caso de que yo tuviera éxito con James, estoy segura de que tu abogado sería el primero en alegrarse.

— De eso no me cabe ninguna duda — contestó Irving sintiéndose más aliviado.

Uno de los colaboradores de James Vantor llamó el viernes anunciando su llegada el sábado para recoger a Michael.

— El niño estará bien, señorita Villena — la tranquilizó él— . Aparte del cuidado de su padre, hemos contratado una puericultora para que lo atienda durante el tiempo que esté con el señor Vantor.

Lidia estuvo a punto de negarse a entregar a Michael. Rectificó su actitud al reconsiderar lo perjudicial que podía ser su negativa para sus proyectos. Aun no pudiendo afirmar que su permiso significara ninguna concesión por parte de James, Lidia tenía la esperanza de que este contacto entre James y ella a través del niño, aunque frágil, fuera un primer paso para la reconciliación.

El sábado, puntualmente, llegó el empleado de James, acompañado por la puericultora, en una limusina. Ambos entraron en la casa, y despues de los saludos, Lidia subió con la puericultora a su habitación para que viera al niño y explicarle su plan de comidas. Al señor Keen le fue servido un café mientras esperaba.

El señor Keen era un hombre de unos cuarenta años, diligente, trabajador y dedicado por completo a su jefe. Ambos hombres llevaban mucho tiempo trabajando juntos, habiéndose llevado siempre muy bien. Hombre discreto y prudente, estaba al tanto de todo lo que había ocurrido entre James y la hispana. Nunca le había hecho comentarios a su jefe sobre lo que se rumoreaba de sus amores con la señorita Villena, y James tampoco le había hablado de Lidia hasta hacía unos días. Sus órdenes habían sido tajantes y él las cumplía a rajatabla. Ahora que había conocido a la señorita Villena, no se extrañaba de que su jefe estuviera tan encandilado por ella.

James Vantor había intentado mostrar una actitud indiferente al hablarle de la hispana, pero él lo conocía muy bien y sabía que sus palabras frías ocultaban un sentimiento apasionado por esa mujer.

Aunque su vida de trabajo y compromisos no había cambiado, su humor y su semblante no podían ocultar la desilusión que le produjo el abandono de la señorita Villena. Tomando esta relación por una aventura más, el empleado no le había dado importancia, hasta que poco a poco se fue dando cuenta de que esa relación no era un simple escarceo de unos días. Conociendo a James Vantor desde hacía muchos años, sabía que, en esta ocasión, su jefe se había enamorado sin remedio, aunque él no lo quisiera reconocer.

Una vez que las dos mujeres bajaron de nuevo, Lidia le enseñó el niño al señor Keen. El secretario se quedó perplejo al ver el parecido del bebé con su padre. La férrea decisión de conseguir a su hijo demostraba la seguridad de James Vantor en su paternidad. Si el señor Keen hubiera tenido dudas en algún momento, estas acababan de disiparse con sólo ver al crío.

— Es un niño muy guapo. Enhorabuena, señorita Villena — la felicitó él con cordialidad.

Lidia sonrió con orgullo, notando cómo entre ambos se establecía una corriente de simpatía.

— Quédese tranquila. Al niño lo cuidaremos con cariño. Esta tarde, sobre las siete, volveremos a traerlo — aseguró sonriendo con simpatía.

— Muchas gracias, señor Keen, es usted muy amable.

James esperó impaciente la llegada de su hijo. Había decidido llevarlo a casa de sus padres para que ellos también lo conocieran.

Los tres se encontraban expectantes ante la aparición del nuevo miembro de la familia.

El coche aparcó delante de la gran escalinata frontal del edificio, donde ya se encontraban los Vantor. James se acercó y ayudó a salir a la enfermera, la cual llevaba a Michael en los brazos.

Se quedó paralizado al ver al niño, no pudiendo controlar las distintas emociones que sintió al contemplar a su hijo y al recordar a Lidia a través de él. No había esperado que su corazón le traicionara con tanta crueldad, sintiendo inevitablemente una gran nostalgia de Lidia Villena. En esos momentos, hubiera dado todo lo que tenía por que las cosas entre ellos hubieran transcurrido de una forma diferente. Deseaba con un doloroso anhelo que ella estuviera allí con su hijo, formando parte de su familia. Los ojos se le humedecieron por la emoción. Recobrando la compostura con rapidez y recordando todo lo que la hispana le había hecho, cogió al niño de los brazos de la enfermera y entró en la mansión.

Nancy Vantor se encontraba exultante de tener a su nieto en sus brazos. Después de la discusión con su hijo, todo tipo de pensamientos habían pasado por su mente, siendo el más doloroso la firme convicción de que su hijo había sido engañado por la hispana y le había hecho creer en la paternidad de ese niño. Esto, junto con el pesar que sentía de haber fracasado en los proyectos que había planeado para él, habían contribuido a que las últimas semanas hubieran sido las peores de su vida. Cuando James les comunicó su intención de conocer a su hijo y de traerlo a su casa para que ellos también lo vieran, Nancy Vantor se había negado en rotundo, alegando que, al no estar segura de que fuera su nieto, no estaba dispuesta a recibir al hijo de una desconocida en su casa. Su marido trató de convencerla de que debía colaborar con ellos para hacer feliz a James; ella no cedió. Su marido no insistió más y James hacía mucho tiempo que había decidido que no podía contar con su madre para este asunto. Para sorpresa de James y de su padre, esa mañana se presentó la primera en el salón, alegando que sentía curiosidad por ver a esa pobre criatura. El señor Vantor y su hijo se miraron de soslayo, evitando hacer comentarios que pudieran alterarla.

Ahora que Nancy había comprobado el parecido de ese niño con su hijo, se había dado cuenta de que James había tenido razón todo el tiempo.

Con una alegría manifiesta, dejó al niño en brazos de su padre y subió corriendo a su habitación. Sofocada y contenta, Nancy le mostró a James una serie de fotografías de cuando él era pequeño.

— Es igual que tú a su edad, James — le señalaba sonriendo— . Este niño es nuestro y debe quedarse con nosotros. Es un Vantor y debe vivir aquí — exclamó muy segura de sus palabras.

— Eso estoy tratando de conseguir. De todas formas no será fácil convencer a un juez de que un niño estará mejor con su padre que con su madre. Será una misión difícil. Sólo trabajando bien los errores que Lidia ha cometido podríamos conseguir que el tribunal se pusiera de mi parte — afirmó esperanzado.

— Lo conseguirás, James — aseguró su padre— , no tendrás dificultad en poner el caso a tu favor. Tienes muchas bazas en tu mano de las que ella carece, y esas serán las jugadas más importantes para hacerte con el juez.

— Eso espero — concluyó pensativo.

Durante todo el sábado, Michael pasó de mano en mano.

Refunfuñó los primeros momentos al verse entre extraños, pero el mimo y la atención de los que era objeto, hicieron cambiar rápidamente su semblante. Ahora dedicaba sonrisas a todos los que se le acercaban, haciendo las delicias de sus abuelos y de su padre.

James lo miraba orgulloso, sintiendo su pecho henchido de satisfacción de ser él el padre

de ese adorable niño. Aunque desechando el pensamiento con furia, no pudo evitar admirar a la madre y preferir que hubiera sido Lidia Villena la madre de su hijo antes que ninguna otra. Se despreciaba a sí mismo por desear todavía a esa mujer. Su única esperanza para que su espíritu volviera a la serenidad era olvidarla de una vez por todas. No le sería fácil.

Cada vez que ella había intentado hablar con él, había estado a punto de arrojar todos sus esfuerzos por la borda y olvidar lo que le había hecho. En muchas ocasiones faltó muy poco para caer como un tonto de nuevo en sus redes. "¡No!", — se dijo a sí mismo— "¡no la perdonaré. Viviré con mi hijo tranquilamente y la olvidaré para siempre!".

Con gran pesar por parte de los Vantor, el niño fue devuelto a su madre a la hora convenida. Lidia lo esperaba ansiosa, sintiendo un gran alivio cuando John Keen le volvió a poner a Michael en sus brazos.

— Es un niño muy bueno. Ahora no sé si, después de los mimos que ha recibido por parte de todos, se volverá un poco más rebelde — dijo el secretario bromeando.

— Me alegro de que se haya portado bien — respondió Lidia, callándose la curiosidad que sentía por saber cómo había reaccionado James al ver al niño.

Le hubiera preguntado muchas cosas, pero no venía al caso.

Ni le conocía ni tenía confianza con él. Era lógico pensar que se mantendría discreto respecto a los sentimientos de su jefe, que era a quien le debía lealtad.

Lidia había estado intranquila durante todo el día. Comprendía que James quisiera conocer a su hijo, pero tenía miedo de que al verle tan parecido a él se obcecara todavía más por tenerlo. Siempre había sabido que, tarde o temprano, él desearía ver a Michael. Así y todo, su petición a través del abogado la había cogido desprevenida.

Ahora sabía, sin que nadie se lo dijera, que habiendo conocido a Michael, James no renunciaría a él. La pelea entre ellos había empezado hacía tiempo. Después de ese día, sería aún más dura. Un sentimiento de angustia la invadió de pronto y la movió a abrazar a su hijo con fuerza protectora.

Irving la esperaba en el salón cuando ella bajó después de haber acostado a Michael.

— ¿Qué tal te encuentras, querida? — preguntó, sintiendo como propia la aflicción que ella experimentaba.

— Estoy bien, de verdad. Debo sobreponerme y enfrentarme con valentía a las circunstancias. Tenía que llegar el momento en el que tendría que compartir a Michael con su padre — admitió con desaliento— , pero es que me cuesta tanto separarme de él...

Irving trató de consolarla empleando sus más cariñosas palabras.

— Nunca te agradeceré bastante todo lo que haces por mí, y siento no ser en estos momentos la mejor compañía, pero me resulta muy difícil arrancar de mi mente los aprensivos pensamientos que me atormentan — confesó afligida.

— Es lógico que te sientas preocupada. Aun así tienes que conservar la entereza y contemplar tu situación de una forma positiva — la aconsejó Irving con delicadeza— . Soy consciente del momento tan difícil y decisivo por el que estás pasando, pero nada adelantas pensando que te puede suceder lo peor. Es mejor para ti y para Michael que procures por todos los medios mantener tu espíritu optimista y esperanzado.

— Tu sentido común siempre me desarma, Irving — replicó Lidia con admiración.

Llevándose el vaso de whisky a los labios, Irving bebió un sorbo y se dispuso a explicarle sus planes.

— He meditado mucho acerca del plan que tenías pensado seguir con James a partir de ahora, y me parece que no tienes otra alternativa. He tratado de encontrar otras soluciones; incluso pensé en ir yo mismo a hablar con él. Tampoco lo veo viable, teniendo en cuenta el odio que Vantor debe tenerme por haberte ocultado de él — admitió con desaliento— . Tienes también razón al decidir vivir en Boston para conseguir mejor tu objetivo, y referente a esto es de lo que quiero hablarte.

Antes de que Irving pudiera continuar, Lidia lo interrumpió.

— Creo que sé lo que vas a decirme y te lo agradezco enormemente, pero he decidido que ya es hora de que ponga orden en mi vida. Gane yo el juicio o no, estoy segura de que James no querrá separarse de Michael, lo que quiere decir que no permitirá que me aleje de

Boston, por lo menos por ahora. Tendré que instalarme allí de momento y buscar trabajo de nuevo — explicó con resignación.

— Pensar así demuestra una gran sensatez por tu parte. Lo que yo quería ofrecerte no era mi casa, sino la de Michael — dijo enigmáticamente.

Ante la mirada interrogativa de Lidia, Irving continuó.

— Sería maravilloso para mí que vivierais conmigo, pero comprendo que quieras mantener tu independencia. Desde que nació Michael, aparte del oso de peluche, ya tenía pensado cuál iba a ser mi regalo. No pude entregároslo en su momento. Ahora me complace decirte que dispones de un piso en Boston — le ofreció él con orgullo.

Lidia se quedó muda por la sorpresa, no sabiendo qué decir ni cómo agradecer tanta bondad.

— Pero Irving, no puedo permitir que te gastes tanto dinero en nosotros. Esto es demasiado, y...

— Es el regalo para Michael de su padrino. Él es el único ahijado que tengo y le quiero mucho, como si fuera mi propio nieto — añadió emocionado— . Acéptalo, Lidia, por favor — le rogó él— . Sería feliz sabiendo que estáis cerca de mí y en una buena casa.

Aunque hizo lo posible por reprimir las lágrimas, Lidia no pudo impedir que el llanto acudiera a sus ojos después de ser testigo, una vez más, de la generosidad desinteresada de Irving.

— Daría cualquier cosa por hacerte feliz, pero no quiero que te sientas responsable de nosotros. Yo debo seguir mi camino y buscar un trabajo que nos permita mantenernos a mi hijo y a mí. No podemos depender siempre de ti, Irving. Sería una carga que tú no te mereces — dijo mirándole con afecto.

Él la observó durante unos segundos con expresión benévola.

— Si supieras más de la vida, te darías cuenta de lo que supondría para mí que Michael y tú vivierais siempre conmigo. Sé que, desgraciadamente, eso sería pedir demasiado. Lo que sí te ruego es que aceptes el regalo que os hago. Teneros cerca será un gran consuelo y una enorme alegría — agregó emocionado.

Haciendo un espontáneo movimiento, Lidia se levantó del sillón y le dio un cariñoso beso.

Al día siguiente, ambos se dirigieron a Boston. Lidia conocía perfectamente la ciudad, por ese motivo se quedó extrañada cuando el coche se detuvo delante de un precioso edificio en la mejor zona de la ciudad, cerca de la casa de Irving.

— No me irás a decir que...

Irving le pasó el brazo por el hombro y no la dejó terminar.

— No digas nada y observa todo con atención.

El portal, muy amplio y decorado con muchas plantas, espejos y moqueta, daba una idea de la categoría de los pisos. Lidia estaba cada vez más perpleja, sirviendo de diversión para Irving sus expresiones de asombro.

— Si vieras las caras que estás poniendo a cada paso que damos, te reirías con ganas.

— ¡Irving, es un sitio precioso! No puedo creer que yo vaya a vivir aquí. Sinceramente, no creo que sea justo — señaló con una cierta vacilación.

— ¿Justo? — exclamó Irving, soltando a continuación una carcajada— . El que tú vivas aquí es lo más justo que he hecho en mi vida. Te ofrezco simplemente un bien material, que no es nada y que cualquiera puede comprar, a cambio de algo que no tiene precio: el cariño, la bondad y la alegría que tú me has dado — agregó mirándola fijamente.

El piso no era muy grande. Tenía un bonito salón, un pequeño comedor, la cocina, dos cuartos de baño y dos dormitorios: el tamaño ideal para Lidia y su hijo. Ella lo prefería así y reconocía que en uno demasiado lujoso se habría encontrado fuera de lugar. Todo estaba perfectamente terminado y la cocina instalada.

— Mi regalo incluye todo el mobiliario y todos los gastos anuales del piso, pero prefiero que seas tú la que elija lo que vaya a formar parte de tu hogar.

— No sé qué decir, Irving. Estoy abrumada, a la vez que feliz con tu regalo. Es precioso y yo... bueno, gracias de todo corazón — dijo abrazándolo.

Ese mismo día volvieron a Rockport e hicieron los preparativos para instalarse en Boston. Hasta que la casa de Lidia estuviera lista, vivirían todos en casa de Irving. Lidia tenía muchas cosas que hacer, siendo las principales buscar trabajo y conectar con James de alguna manera. Él no había querido recibirla ni hablar con ella en ningún momento, provocándola una frustración que la llenaba de rabia. Tal como decía Irving, no adelantaba nada enfadándose e insultándolo. James no la oía y, además, convertía su ira en una pérdida de energía.

— Ya sé que no es práctico enfurruñarse así — reconocía ella— , pero por lo menos me desahogo. No sé si podré llevar a cabo mi plan, porque lo más probable es que me abalance como una fiera sobre él e intente estrangularlo en cuanto lo vea. ¡Será arrogante...! — exclamó furiosa.

Irving observaba divertido estas pataletas. A veces también temía que Lidia, en el momento que se encontrara con James después de tanto tiempo, no fuera capaz de controlarse y estropeara sus propios planes.

## 24

La nueva casa de Lidia estaba prácticamente vacía aún.

Apremiada por Irving, había recorrido con él varias tiendas de muebles, pero tomaba las decisiones con lentitud. Si bien deseaba que su casa quedara bonita, quería sobre todo que fuera lo más práctica posible. Michael y ella necesitaban pocas cosas para estar a gusto, así que convenció a Irving de la conveniencia de elegir lo estrictamente necesario.

— Eres una persona especial, Lidia. Cualquier mujer que tuviera la oportunidad que tú tienes de amueblar una casa sin mirar los gastos, compraría muchísimas cosas por el mero hecho de que le gustaran, sin pararse a pensar si eran prácticas o no. Sinceramente, querida, creo que eres demasiado austera — la acusó Irving— . Tu encanto y tu belleza merecen un marco hermoso e incluso lujoso, pero... no te preocupes — la tranquilizó él— , no voy a obligarte a comprar lo que no quieras; tan sólo he expresado una opinión.

— Y yo la respeto. De verdad que no necesito el lujo para vivir.

Irving la miró fascinado, cada día más perplejo de la sencillez de esa mujer.

Lidia no podía perder tiempo. Los días pasaban con rapidez y la fecha de la citación ya no estaba lejana. Lo que más la desasosegaba y reclamaba con más urgencia toda su atención era L conectar con James y convencerle, empleando las artimañas que fueran necesarias, de que no podía quitarle a Michael sino compartirlo. Nunca hubiera pensado que algún día le ofrecería a James esa alternativa. Sin duda eso era preferible antes que perder a su hijo para siempre.

— Me he enterado de que James Vantor no hace tanta vida social como antes — le dijo un día Irving— . Sólo acude a alguna que otra fiesta o acontecimiento social importante. Si quieres coincidir con Vantor es primordial que te metas en sociedad. Yo conozco a mucha gente, así que a partir de ahora no rechazaré ninguna invitación.

Lidia le sonrió expectante. Rápidamente, su rictus alegre se tornó sombrío al notar cómo el semblante de Irving cambiaba bruscamente su expresión.

— ¿Sucede algo, Irving?

— No se me había ocurrido antes. Pensándolo ahora detenidamente, no creo que sea buena idea que James te vea conmigo en todas partes. No lo sé con seguridad, pero sospecho que debe estar resentido además de celoso de mí; pienso que sería una torpeza por nuestra parte enfadarlo todavía más — admitió con bastante lógica.

Lidia estuvo de acuerdo con su razonamiento. Ella sabía muy bien que sus sospechas eran una realidad.

— Tienes razón, Irving. En un caso como éste, el factor sorpresa es esencial. Me temo que, nada más verte, James se pondría en guardia y a la defensiva — reconoció analizando detenidamente todos los puntos— . Lo que yo deseo es desconcertarlo, conseguir que se pregunte qué hago allí y quién me ha invitado. He de despertar su curiosidad e incluso su suspicacia respecto a mí. James no se atreverá a preguntarle a nadie, es demasiado orgulloso para eso, por lo que no tendrá más remedio que dirigirse a mí si quiere averiguar cuál es mi juego.

— Muy buena idea, pero ¿has pensado en alguien como tarjeta de presentación?

— Sólo se me ocurre una persona, y no sé si estará dispuesta a ayudarme — contestó pensativa— . Me refiero a Rose Asder.

— Es una magnífica elección. Rose conoce a todo el mundo aquí. Con ella no tendrías ninguna dificultad en acceder a las mejores casas de Boston.

"¿Mejores?" se preguntó Lidia con ironía. Que fueran ricos y poderosos no quería decir que fueran mejores que los demás. Lidia sabía que había gente buena y gente mala en todas las capas sociales, no se podía generalizar..., pero también estaba segura de que la riqueza desmedida corrompía; prefería la sencillez y generosidad de los más humildes.

Rose Asder sufrió una sacudida cuando reconoció la voz de Lidia al otro lado del teléfono. Desde que la había visto la última vez en octubre, había esperado su llamada. Había estado muchas veces a punto de telefonearla, pues sabía que se alojaba en casa de Irving Longley, pero no quería agobiarla. Ahora que era ella la que la llamaba, su corazón saltaba de alegría. Había pensado continuamente en su nieta, haciendo planes y disfrutando en su mente

de las alegrías que ella le daría a partir de ahora. Se le había hecho largo el tiempo. Ahora, ¡por fin! Lidia acudía a ella.

Igual que la primera vez que se vieron, quedaron en el retaurante del mismo hotel. En esa ocasión fue Lidia la primera en llegar. El camarero la llevó hasta la mesa reservada y le ofreció una copa mientras esperaba. Ella aceptó contenta. Esa nueva oportunidad la mantenía alegre y esperanzada. Unos minutos después de que el camarero le sirviera una copa de vino blanco, llegó Rose Asder, llenando el salón con su belleza y su elegancia. Lidia la miró admirada y la saludó con calidez. Rose la besó con afecto y le sonrió con ternura.

— Querida niña: estás aún más guapa que la última vez que te vi — afirmó, orgullosa de la belleza de su nieta.

Lidia le dio las gracias con un cierto rubor.

— Ni comparación con su atractivo y su elegancia — contestó con franqueza.

— Gracias, cielo; los piropos a mi edad siempre son bienvenidos.

Lidia rió con espontaneidad.

— Bien, como a partir de ahora espero que seamos amigas — afirmó la dama ligeramente titubeante— , te ruego que me llames Rose.

Lo de "señora Asder" es demasiado formal, y contigo no quiero formalidades sino naturalidad.

La joven la miró desconcertada.

— Ya sé que debo explicarme mejor, pero es que... bueno, después de pensar durante mucho tiempo lo que iba a decirte, ahora resulta que no hablo con coherencia — se disculpó Rose, nerviosa.

Lidia no sabía a dónde quería llegar esa mujer, pero su agitación le indicaba que trataba de decirle algo importante.

— Querida — continuó la señora Asder turbada— , mis nervios me destrozarán si no aclaro contigo ciertos aspectos de tu nacimiento — concluyó a bocajarro ante la hilaridad de la joven— . Ya sé que esto es inesperado para ti y que te estarás preguntando si me he vuelto loca, pero ¿te importaría contestarme a algunas preguntas?

— Claro que no, Rose, pregunta lo que quieras.

Ambas estuvieron hablando durante más de una hora de sus respectivas vidas, aclarándose mutuamente todo lo que se habían estado preguntando durante mucho tiempo.

Rose sacó el pañuelo para enjugarse las lágrimas. Lidia la miró apenada.

— No debes sentirte culpable, Rose. Tú hiciste lo que creíste mejor para tu hija — dijo Lidia para animarla— . Tenías tus planes para ella y estabas convencida de que eran los mejores para su felicidad.

No es de extrañar que al enterarte de su embarazo se te cayera el mundo encima. La noticia hubiera generado un escándalo que tú no estabas preparada para afrontar — continuó tratando de calmarla.

— Hay veces que uno daría cualquier cosa por reparar los errores cometidos. Desgraciadamente, eso casi siempre es imposible — se lamentó acongojada.

— No estoy de acuerdo. Con el paso que has dado conmigo has enmendado tu equivocación con tu hija. Todo está perdonado, Rose, y así tienes que considerarlo a partir de ahora.

— Pero tú...

— Yo he sido muy feliz. Gracias a Dios me entregasteis a un matrimonio maravilloso que me crió con cariño y dedicación. Te digo sinceramente que no cambiaría mi vida por ninguna otra, aunque también es cierto que estoy muy contenta de haberte conocido — admitió con sinceridad— . Estoy muy orgullosa de tener una abuela como tú — continuó emocionada— , y de saber que mi madre fue una gran mujer.

Rose la abrazó, sintiéndose feliz de que su nieta la comprendiera y la aceptara.

— Sí, era una buena chica y debes saber que tú fuiste fruto del amor. Rose era una chica sencilla y cariñosa. No era sofisticada, ni vanidosa ni orgullosa. Su belleza y su naturalidad atraían a los hombres, por esa razón yo tenía muchas esperanzas en su futuro.

Me parecía que se merecía lo mejor, un príncipe por lo menos — explicó con tristeza— ,

y ahí estuvo mi error. Mi ambición no me dejó ver la belleza de las cosas sencillas de la vida, como es el amor puro, el que sentía mi hija por ese estudiante francés y él por ella, la entrega desinteresada, la generosidad sin límites... A partir de su muerte cambié, pensando que había sido como una especie de castigo divino — confesó abiertamente— , y todavía arrastro la pena de haberle negado a mi hija la felicidad. Ahora que te he encontrado y que me has perdonado, siento como si ella me perdonara también y descansara por fin en paz.

Lidia le cogió la mano con afecto y se la apretó, tratando de transmitirle todo su cariño y apoyo.

— Todos cometemos errores y necesitamos ser perdonados. A partir de ahora, lo que debemos hacer es mirar hacia el futuro con esperanza y optimismo — afirmó alegre— . Nos hemos encontrado y ya no nos separaremos, querida abuela — dijo con lágrimas en los ojos.

Rose no cabía en sí de gozo. Era una mujer afortunada, y a partir de ese momento, aunque sin olvidar jamás a su adorada hija, rompería con el pasado y dedicaría su futuro a construir la felicidad de su nieta.

— ¡Qué ilusión me ha hecho que me llames abuela! A partir de ahora te presentaré como mi nieta y todas sabrán...

— No, abuela — la interrumpió Lidia con energía— . No quiero que sea manchada la memoria de mi madre, y tú sabes muy bien las habladurías que suscitaría la noticia de mi aparición.

— A mí ya no me importan los cotilleos. Nada ni nadie podría empañar la alegría que siento por haberte encontrado.

— Eso ya lo sé. Lo que no quiero es que el nombre de mi madre sea arrastrado por el fango. Lo pasado, pasado está, Rose, así que, por favor, te ruego que no desveles nuestro secreto — le suplicó Lidia.

— Pero eso me parece injusto para ti.

— Yo no lo considero así. Estoy muy orgullosa de ser tu nieta y eso no cambiará nunca, lo sepan los demás o no.

Rose movió la cabeza con expresión resignada, no queriendo ser para su nieta motivo de disgusto.

— Como quieras, cielo, pero lo que es ineludible es que formas parte de mi familia. Eres mi nieta y por tanto tienes derecho a la herencia de tu madre.

— No deseo resultar reiterativa, Rose, pero...

— En esto soy inflexible, Lidia — exclamó tajante— . Te corresponde la parte de Rose Mary, tu madre, de la fortuna Asder, y lo recibirás, al igual que mis otros dos nietos, cuando llegue el momento. Mañana abriré a tu nombre una cuenta en un banco para que puedas vivir con comodidad.

Antes de que Lidia pudiera protestar, Rose hizo un ademán con la mano acallando lo que la joven iba a decir.

— No te estoy regalando nada, cariño. Simplemente te doy lo que te pertenece. Por favor, Lidia — le rogó cogiéndole la mano— , no me hagas desgraciada rechazando lo que he guardado para ti con tanta ilusión.

— Sólo deseo hacerte feliz, Rose, pero... en fin... no sé... — masculló nerviosa— , me he enterado de tantas cosas en una hora que... necesito tiempo para asimilarlo. De todos modos, muchas gracias por tu generosidad y cariño — añadió dándole un abrazo.

Una vez que Rose se desahogó con su nieta, contándole toda la verdad, quiso saber más de la vida de Lidia. La joven se sentía todavía confundida por todo lo que acababa de descubrir, pero ella también quería sincerarse con su abuela desde el primer momento; de hecho, esa había sido su intención cuando la llamó. La diferencia estribaba en que antes ella no sabía con total seguridad que Rose Asder fuera su abuela. Sin embargo ahora, conmovida por la revelación que la señora mayor le acababa de hacer, le daba un poco de reparo confesarle que ella también había tenido un hijo estando aún soltera.

— Mi situación tampoco es muy convencional — admitió con un suspiro— . Dentro de mi labor en la parroquia del padre López, del cual ya te he hablado, estaba la de recaudar dinero pidiéndoselo a los más ricos de la ciudad. Realizando ese trabajo tuve ocasión de

conocer a James Vantor, con el que no he dejado de tener problemas desde ese momento.

— ¿James Vantor III? ¡Pero si es un partido inmejorable! — exclamó sorprendida— . Dicen que es un poco arrogante. También he oído que tiene una gran capacidad para el trabajo, ¿no es así?

— Bueno..., creo que sí — reconoció a regañadientes— . Nos caímos mal desde el principio. Yo no toleré su arrogancia y a él le desagradaron sobremanera mis respuestas, por lo que a partir de ahí fuimos enemigos. Desgraciadamente para mí, él no dejó de perseguirme, con la sola intención de fastidiarme, supongo.

— No hay más que verte para dudar de eso — murmuró su abuela con orgullo.

Lidia le sonrió agradecida.

— En los actos sociales en los que coincidíamos aprovechaba para acercarse a mí. Una de esas veces y sin que ninguno de los dos lo buscara, descubrimos, aun en contra de nuestra voluntad, nuestra mutua atracción — confesó con cierto pudor— . De ese encuentro yo me quedé embarazada y tuve un hijo: Michael.

El color desapareció del rostro de la dama, rememorando de nuevo todo lo acontecido a su hija. Momentáneamente, se dejó llevar por el pánico. Recuperando la compostura y la moderación con rapidez, se dijo con firmeza que no volvería a cometer el mismo error que había cometido con su hija.

Con afecto, y para que Lidia supiera que contaba con todo su apoyo, se inclinó hacia ella y la besó.

— Continúa, querida.

— Debido a mi triste experiencia con los Abock — señaló con suavidad para no alterar a su abuela— , necesité un abogado y tuve que acudir a James obligada por las circunstancias. Debo decir en su favor, que, a pesar de todas nuestras diferencias y de mis continuos rechazos, él me ayudó a resolver ese problema.

— ¿Eso quiere decir que os reconciliasteis? — preguntó esperanzada.

— No. A partir de ahí se precipitaron los acontecimientos y ahora somos auténticos enemigos. Sería muy fácil echarle toda la culpa a James, pero yo también he cometido una serie de equivocaciones que a él le resultan imperdonables.

Rose la miró con preocupación.

— Cometí el error de ocultarle mi embarazo y el nacimiento de nuestro hijo, por miedo a que me lo quitara. Ahora no sólo sabe todo sino que está dispuesto, en represalia, a quitarme a Michael — terminó desolada.

— Tranquila, cielo, todo se arreglará — la animó Rose— . Estoy segura de que en cuanto hables con él, solucionaréis vuestros problemas.

Lidia le habló de sus intentos de ver a James y de sus continuas negativas a entrevistarse con ella.

— Estoy desesperada — confesó compungida— . Tú eres mi única esperanza.

Rose la miró sin comprender.

Tan pronto Lidia le explicó lo que tenía proyectado para conectar con James, Rose se ofreció a ayudarla en todo momento, fraguando con rapidez en su mente el primer plan de ataque.

— Bien, niña, no hay tiempo que perder; tienes que prepararte para asistir el próximo sábado a una boda por todo lo alto — la anunció sonriendo— . Sí, no me mires con esa cara. Yo estoy invitada, y estaría por asegurar que también lo están los Vantor, aunque hasta que no estemos allí no podremos estar seguras.

Su espíritu había rejuvenecido repentinamente con esta nueva misión que Dios le había enviado. No supo ayudar a su hija en su momento, pero sí lo haría con su nieta. La ilusión renovada y la mente en activo de nuevo, la impulsaron a organizarlo todo con rapidez.

Una vez en su casa, Rose decidió hablar con su familia para que fueran los primeros en saber que debían contar, a partir de esos momentos, con dos nuevos miembros en la familia: su nieta y su bisnieto.

Después de cenar, los reunió a todos en el salón y les rogó que la escucharan con atención. La conmoción fue general nada más empezar su discurso. Su yerno y sus nietos

habían temido durante mucho tiempo ese momento, y ahora que la realidad se les echaba encima, no eran capaces de asimilarlo, por lo que decidieron mostrarse incrédulos y tacharla de inocente.

— Esa mujer te ha engañado, Rose — aseveró su yerno con frialdad— . En cuanto se ha enterado de quiénes somos y de lo que puede conseguir inventándose esa historia, no ha dudado en jugar con tus sentimientos.

— Considero lógico que estéis extrañados y que penséis así, pero estoy completamente segura de que Lidia Villena es mi nieta, la hija de mi querida Rose Mary — afirmó sin ningún atisbo de duda en su tono.

Jennifer, su hija mayor, se había quedado muda de asombro.

La noticia que acababa de recibir había hecho que su mente retrocediera al pasado y volviera a recordar todo el sufrimiento de su hermana por la pérdida de su hija y más tarde por su enfermedad.

Ella fue la primera a la que Rose Mary informó sobre su estado.

Ambas estaban muy unidas y no había secretos entre ellas. Cuando su madre se llevó a Rose Mary a Europa, Jennifer se quedó muy triste y preocupada por su hermana. El regreso de Rose Mary sin su hija, la sumió también en un desesperado dolor. Superando su pena, acompañaba continuamente a su hermana, tratando con paciencia y cariño de devolverle la sonrisa.

Rose Mary jamás se recuperó de la pérdida de su hija y de su amor. No había alegría dentro de ella, por ese motivo su cuerpo, sin vida anímica, no tuvo fuerzas para soportar la terrible enfermedad que la atacó poco tiempo después.

Ahora descubría, por medio de su madre, la verdad de todo lo que había ocurrido y le parecía una pesadilla, una fantasía de su imaginación.

Jennifer miró a su madre con expresión desencajada.

— Dime que no he oído bien, mamá, que tú no engañaste a Rose diciéndole que su hija había muerto.

Rose se echó a llorar y reconoció su culpa.

— Ahora sé que fue algo horrible lo que hice y que merezco todo tu desprecio, Jennifer, pero entonces yo era distinta. Actué conforme a mi forma de pensar, a mi educación. En esos momentos, creí que eso era lo mejor para tu hermana — confesó con desaliento— . Muchas veces me he arrepentido de ello, pero he callado por ti y por tus hijos.

Enjugándose las lágrimas, continuó entre sollozos.

— Después de todos estos años de sufrimiento, Dios ha querido darme la oportunidad de arrepentirme de mi mala acción acogiendo en mi familia a mi nieta abandonada por mí. Debo y quiero hacerlo.

Por favor, no me despreciéis y ayudadme — suplicó mirando a su hija.

Jennifer, que siempre había admirado y querido mucho a su madre, siendo su alegría y su apoyo en todo momento desde que su hermana murió, no podía soportar verla sufrir. Había sido un gran golpe saber la verdad de lo que su madre había hecho, pero estaba arrepentida y una vez más necesitaba la ayuda que ella no podía negarle.

— No llores, mamá. Todos te ayudaremos y rectificaremos en lo que podamos el mal que le hicimos a esa chica.

Thomas Abock dio un respingo en cuanto empezó a notar cómo la situación se le escapaba de las manos.

— ¿No creéis que os estáis precipitando? — preguntó a las dos mujeres— . Rose nos ha contado una historia que ocurrió hace muchos años. Eso no quiere decir que la señorita Villena sea la auténtica hija de Rose Mary. Yo más bien creo que es una impostora que intenta meterse en nuestra casa — aseveró con dureza— .

Debe haberse enterado por alguien de lo que ocurrió y ahora pretende aprovechar la situación.

— Nadie sabía mi secreto, Thomas, ni siquiera mi marido — confesó apenada.

— ¿Y qué me dices de las personas que se encargaron de entregarla en adopción? — preguntó de nuevo, intentando buscar algún punto débil en su argumento.

— Desgraciadamente, la amiga que nos acompañó a Europa y que se encargó de regresar con la niña y entregarla en adopción, ha muerto hace poco. Ella jamás volvió a contactar con la persona que entregó personalmente la niña a los Villena. Fue una de mis condiciones y ella la cumplió a rajatabla — confesó Rose con contundencia— .

— Nunca podrás estar segura de ello.

— Lo estoy. Mis queridos amigos eran las personas más leales que he conocido. Cuando ocurrió lo de Rose Mary, ellos ya no eran muy jóvenes, por lo que, en recompensa por su lealtad y discreción, los aparté del trabajo y los mantuve hasta su muerte. Yo los visitaba de vez en cuando, pero nunca volvimos a hablar de la niña — explicó con detalle— . Yo personalmente encargué las cruces para mis hijas antes de saber lo de Rose Mary. Mi querida amiga las recogió un año después. Una se la regalé a Jennifer, y la otra se la puse a mi nieta antes de entregarla. Esto último no lo vio nadie, por lo que sólo yo sé, junto con Lidia y sus padres adoptivos, que ella tiene la cruz desde que nació. Esas cruces las diseñé yo. Las reconocería en cualquier parte. Para más seguridad, tienen la marca del joyero que las hizo y que es imposible de ver a simple vista.

Los Abock estaban más que convencidos de que ella decía la verdad, ya que hacía bastantes meses que conocían parte de esa historia por medio de un anciano, antiguo empleado de la casa, que había sido testigo por casualidad de una conversación clandestina entre Rose y su empleada de confianza. Se resistían a acoger a otro miembro en su familia y a tener que compartir su fortuna, pero ante la fuerza mayor del peso de la verdad y de la complicidad y amor entre madre e hija, no tuvieron más remedio que encogerse de hombros y soportar el golpe del destino. La hispana había ganado y, a su pesar, no podían hacer otra cosa que aceptarla como parte de la familia. Si se oponían a Rose, sabían que ella podía hacerles mucho daño en los negocios. El cincuenta por ciento de todas las empresas de la familia le pertenecían, y teniendo en cuenta los partidarios con los que contaba en los consejos de administración, lo más sensato era aceptar a la hispana y seguir ellos con la dirección de los negocios.

Después de consolar a su madre, Jennifer le rogó que le hablara de Lidia.

— Prefiero que la veas personalmente y te formes tu propia opinión sobre ella. El sábado la he invitado a venir conmigo a la boda de los Glaston. Ya que Thomas estará de viaje, vente con nosotras — le sugirió su madre.

— Iré encantada.

Lidia le contó a sus padres y a Irving su encuentro con Rose.

Los Villena sufrieron un gran impacto con la noticia, temiendo perder a su hija. Lidia los tranquilizó con la dulzura que la caracterizaba y les transmitió de nuevo todo su amor.

Irving la miró con ojos desorbitados cuando Lidia le dijo que había descubierto que su familia natural era la familia Asder. Él sabía que era adoptada, pero en ningún momento Lidia le había contado sus sospechas. Una vez recuperado de la impactante sorpresa, se alegró mucho de que Rose Asder, una de las mujeres más encantadoras y bellas que él había conocido, fuera la abuela de su querida amiga.

— En vista de que Dios me ha ayudado más de lo que me merezco, de momento me dedicaré de lleno a la parroquia y a tratar de convencer al cabeza dura de James Vantor — expuso más animada— . Rose se ha ofrecido a ayudarme en todo. No la defraudaré y me emplearé a fondo para conseguir lo que me propongo.

Lidia se esmeró en la elección de la ropa para asistir a la boda.

Según le había contado Rose, se celebraría en la mansión de la familia Glaston. Debido al frío invierno, la ceremonia tendría lugar en una parte del inmenso salón, siendo servido más tarde un cóctel en la misma casa.

La falda marrón de raso con una banda haciendo de cinturón de la misma tela, le sentaban muy bien y la blusa de muselina en color hueso, con flores de la misma tela en distintos marrones, le daba realce a su bello rostro. Para protegerse del frío se puso el abrigo de visón que James le había regalado. El pelo se lo había recogido en un moño, haciendo resaltar de este modo los bonitos pendientes de brillantes que Rose le había entregado como legado de su madre.

Rose y su hija entraron en casa de Irving para recoger a Lidia.

Todos se saludaron con afecto y esperaron expectantes, sobre todo Jennifer, a que Lidia apareciera. No habían pasado unos minutos cuando ella bajó deprisa la escalera. Vio a Rose nada más entrar en el salón, reparando enseguida en la bella mujer que la acompañaba y en su maravillada expresión.

— ¡Dios mío, mamá, si es igual que Rose Mary!

Rose sonrió y se acercó a Lidia.

— Ven, cariño, quiero presentarte a tu tía Jennifer, la única hermana de tu madre.

Lidia se acercó despacio hasta donde se encontraba su tía.

Cuando estuvo frente a ella, dudando sobre lo que hacer o decir, tan sólo se le ocurrió darle la mano para saludarla. Jennifer se encontraba todavía aturdida por lo que acababa de ver. Sintiéndose emocionada, no era capaz de pronunciar palabra, tan sólo miraba a Lidia con intensidad. Al ver la mano de la joven extendida, reaccionó súbitamente y la abrazó con afecto. Lidia correspondió al abrazo, comprendiendo todo lo que esa pobre mujer estaba sintiendo al tener entre sus brazos, por primera vez, a la hija de su única hermana.

Era una escena conmovedora. Irving se sentía dichoso de que a Lidia se le fueran solucionando las cosas. Bien era cierto que le faltaba lo peor, pero por lo menos ya contaba con su familia y con él mismo para respaldarla.

Las tres mujeres, plenamente felices de encontrarse juntas, hablaron sin parar durante todo el tiempo que duró el trayecto hasta la casa de los Glaston.

La mansión, tal y como esperaba Lidia, era magnífica. Fueron de las primeras en llegar. Todavía faltaba mucha gente. Durante el recorrido en coche, Lidia le había pedido a Rose que la presentara como a una amiga. Al principio ella se negó, puesto que quería que todos supieran que era parte de su familia. Ante la insistencia de Lidia, accedió.

— Está bien, respetaré tus deseos y diré que eres mi ahijada, hija de una prima muy querida para mí — le prometió su abuela.

Una parte del salón había sido bellamente adornado para la ceremonia. Había un pequeño altar al fondo de la habitación.

Delante se encontraba un banco, adornado con flores blancas, para los novios y los padrinos. Detrás se alineaban los bancos reservados para los invitados. Todos ellos estaban adornados con guirnaldas de flores multicolores que hacían que la habitación despidiera un agradable olor. Los invitados se fueron sentando en los sitios que les iba señalando el maestro de ceremonias. Las mujeres Asder fueron colocadas en el medio, al lado de otra pareja conocida de Rose.

Tanto Lidia como Rose habían intentado localizar a James, pero él no estaba allí. Lidia se sintió un poco desilusionada, pensando en la desgracia que podría suponer para ella no contactar con James lo antes posible.

Todos los invitados se encontraban ya en sus lugares y la novia estaba a punto de hacer su entrada en el salón, cuando los Vantor aparecieron y fueron colocados en uno de los últimos bancos.

La marcha nupcial sonó en el momento que la novia, del brazo del padrino, apareció por la suntuosa escalera engalanada. Con paso estudiado, bajó con lentitud, y poco a poco, con una radiante sonrisa en los labios, se fue acercando al novio, que ya la estaba esperando en el improvisado altar.

James Vantor, vistiendo un traje de chaqueta azul marino, camisa azul clara y una bonita corbata de seda, estaba muy atractivo.

Él conocía a casi toda la gente que se encontraba allí, según había comprobado tras un rápido vistazo, lo que quería decir que tendría que saludar a la mayoría de ellos nada más acabar la ceremonia.

Hizo un gesto de fastidio, cada vez más cansado de la vida social y de las conversaciones de siempre. Sus salidas habían disminuido mucho últimamente. Su ánimo, escéptico e indiferente, le había movido a aislarse, sintiéndose mucho mejor navegando solo o montando a caballo antes que asistiendo a fiestas.

Su semblante aburrido cambió repentinamente de expresión cuando un fugaz movimiento

de una de las personas que ocupaban los bancos del medio, captó su atención. Observó con detenimiento la figura que le era familiar, y aunque consideraba imposible que fuera ella, siguió escudriñando absorto cada movimiento de la desconocida. Una de las veces que Lidia se volvió para contestar a una pregunta de Jennifer, el corazón de James se paralizó momentáneamente, para, inmediatamente después, palpitar desbocado con una desbordante excitación. ¡Era ella! Al comprobar que se trataba de Lidia Villena la mujer que se encontraba unos bancos delante de él, la ceremonia y todo lo que le rodeaba dejó de tener importancia. Todo se había desvanecido de pronto, quedando ante sus ojos tan sólo la figura de esa terca hispana. Su cuerpo y su espíritu habían recobrado vida nada más verla. Todo su autocontrol para dominarse de los anhelos y la pasión que sentía por ella se había esfumado con sólo saber que ella estaba cerca de él. Se despreció a sí mismo por ser tan débil ante esa mujer. Ella le había engañado cruelmente, le había ocultado el nacimiento de su propio hijo, le había negado su paternidad, había preferido vivir con un hombre mayor antes que con él, y sin embargo, ahora que la veía, después de haber conseguido con un sacrificio sobrehumano vencer su deseo por ella durante esos meses, ahora, como un imbécil, todo su ser volvía a la vida.

Después de la ceremonia, los invitados saludaron a los novios.

Lidia y su abuela se acercaron a ellos y les felicitaron. Se dirigían hacia la parte del salón donde tendría lugar el cóctel, cuando a lo lejos Lidia divisó a James mirándola fijamente. Fue un choque tremendo para su corazón, ya que había perdido toda esperanza de verlo esa noche. Se quedó parada un momento, sosteniéndole la mirada. En pocos segundos se recuperó del impacto y continuó al lado de su abuela sin hacer ningún ademán de dirigirse a él.

James estaba desconcertado. Se preguntaba qué hacía Lidia allí y por qué, al verle, no se había acercado, después de lo que había insistido en hablar con él durante los últimos dos meses. No entendía su juego y eso le molestaba. Su desazón y desconfianza le pusieron en guardia. Al comprobar que pasaba el tiempo y que Lidia ni siquiera le miraba, empezó a pensar que aquello había sido pura coincidencia. Quizás ella se había cansado de llamarle y había decidido seguir adelante con el juicio.

Lidia temblaba de pies a cabeza. Controlando el impulso de precipitarse hacia él, había conseguido dominarse y charlar alegremente como si su ánimo estuviera sereno. Para su desgracia, era muy consciente de su cercanía, lo que hacía que su esfuerzo por aparentar normalidad resultara cada vez más difícil. No mejoraba las cosas el hecho de que le encontrara cada vez más guapo. Su pelo moreno, cortado de una forma muy varonil, le favorecía muchísimo.

El fuego verde que despedían sus ojos cuando la miraban la hacía ser consciente de su mutua atracción y de su habilidad para anular su voluntad cada vez que estaban juntos. Era una situación trágica la suya y ambos lo sabían, una situación que, tarde o temprano, tendría que estallar para bien o para mal. Si no estuviera Michael por medio, la situación tendría como única solución alejarse de allí y no volver a verlo nunca más. Lamentablemente, eso era imposible por ahora, pues ninguno de ellos estaba dispuesto a renunciar a su hijo.

Tanto los Glaston como muchos de los amigos de Rose y Jennifer se mostraban muy atentos con Lidia, sobre todo los jóvenes. La joven se comportaba con bastante reserva con ellos.

Respondía a sus preguntas con cortesía, pero no les alentaba a continuar. La señora Glaston pensaba que su actitud se debía a la timidez e insistía en que conociera a más gente. Le presentó también a sus hijos y, ¡horror!: James estaba con ellos.

— Creo recordar que ya nos presentaron en otra ocasión ¿no es así señorita Villena? — preguntó James con sarcasmo.

Lidia lo miró con rabia durante unos segundos. Enseguida cambió su expresión al recordar que no podía permitirse el lujo de enfrentarse con él.

— Sí, creo que sí — contestó en un murmullo.

— ¿Y llevas mucho tiempo aquí? — preguntó tuteándola directamente uno de los Glaston— . Es extraño que no hayamos coincidido nunca.

— Eso no debe extrañarte si se trata de la señorita Villena.

Aparece y desaparece como por encanto, y te aseguro que nunca sabrás dónde ha estado

— afirmó James con mordacidad.

Conque estaba dispuesto a humillarla, ¿eh? "Maldito arrogante...," pensó.

— No le hagas caso, Arthur — respondió Lidia fingiendo indiferencia— . Simplemente voy a Miami a ver a mis padres de vez en cuando.

— ¡Miami, qué lugar tan atrayente! — exclamó el otro de los Glaston— . Ya decía yo que tu naturalidad y tu alegre sonrisa no podían venir de otro sitio más que del sur — exclamó con admiración.

James empezó a ver claramente cómo las artimañas de esa mujer encandilaban a cualquier hombre y eso no estaba dispuesto a tolerarlo.

— Aquí también tenemos bellos lugares, como por ejemplo...

Rockport — sugirió incisivo, levantando una ceja— . ¿Te gusta esa zona, Lidia? Pienso que es muy sana, sin polución ni ruidos; ideal para criar niños.

Lidia notaba cómo el sofoco la ahogaba cada vez más. ¿Sería capaz ese maldito canalla de descubrir delante de todos lo que había pasado entre ellos?

Lidia sonrió para despistar a los Glaston y frustrar los planes de James.

— Toda la región de Nueva Inglaterra es muy bonita. No sólo para los niños sino para todo el mundo — contestó con su voz más dulce.

James iba a atacar de nuevo, pero afortunadamente para Lidia, su tía Jennifer la rescató y se la llevó a otro lugar para presentarle a unos amigos.

Él la siguió con ojos llenos de ira. En circunstancias normales, nunca hubiera puesto en evidencia a nadie, pero Lidia Villena le había hecho mucho daño y tenía que pagar. "Voy a por ti, Lidia".

Nancy Vantor también observaba continuamente a la joven hispana, preguntándose acerca de la relación que pudiera existir entre ella y los Glaston. Le resultaba también de lo más enigmático que Rose Asder y su hija Jennifer prácticamente no se separaran de ella. El temor la envolvió al ver a su hijo hablando con ella.

Afortunadamente, luego habían seguido cada uno por su lado. Era lo mejor. Lo que había pasado entre ellos era agua pasada, y ahora ella seguiría con sus viejos planes de casar a James con la mujer adecuada. Si cuando se casara, su mujer no aceptaba a Michael, ella le llevaría a su casa con gran placer para que viviera siempre con sus abuelos. Michael era suyo, sangre de su sangre y por tanto debía vivir con su familia.

— ¿Qué tal va todo, Lidia? — le preguntó su abuela en un aparte.

— Lo estoy pasando muy bien, de verdad. Lo malo es que acabo de comprobar que James no está aún preparado para hablar conmigo. No adelantaría nada forzando una conversación entre nosotros. Es mejor tener paciencia y esperar — añadió con sentido común.

El empleado de James volvió a recoger al niño el domingo.

Lidia y él charlaron con mutua simpatía, sin dejar de tener en cuenta que, por el momento, ninguno de ellos podía cambiar esa triste situación.

James pasó el día dedicado a su hijo. En casa de sus padres, rodeado de juguetes y de mimos por parte de todos, Michael reía incesantemente y disfrutaba con alegría de todo lo que se le ofrecía.

A Lidia le gustaba que su hijo se viera siempre rodeado de cariño. También lo temía. Sabía que cuanto más trataran los Vantor al niño, más le querrían y más se empeñarían en tenerlo. Para evadirse un poco de su problema, se dirigió a la parroquia del padre López para oír misa y charlar un rato con él. El sacerdote la saludó con afecto y se preocupó por su situación y la de Michael. Lidia le contó cómo estaban las cosas y, tal como esperaba, las cariñosas palabras del padre López aliviaron un poco su desazón.

— Debes tener fe en Dios, Lidia. Él no te abandonará. De entrada, gracias a Él has encontrado a tu familia y ellos te han acogido con amor. Este es un gran paso y hará que cuentes con un fuerte apoyo a la hora del juicio, si es que no consigues convencer antes al joven Vantor.

— Doy gracias a Dios todos los días por todo lo que me da, pero soy humana y creo que nada podría suplir la ausencia de mi hijo. Por mucho que tuviera, nada me haría feliz si no lo tengo a él — afirmó con aflicción.

— Lo conseguirás, Lidia. Conozco poco a Vantor, pero sé que no es mal muchacho. Aunque está muy dolido por lo que él considera un agravio, estoy seguro de que en cuanto se le pase el enfado hará todo lo posible por reconciliarse contigo — la animó con bondad.

Lidia admiró la generosidad del sacerdote para con el prójimo.

Por el contrario, ella no tenía tantas esperanzas respecto a James.

— He venido también para decirle que quiero empezar las clases esta misma semana. Mi vida, de momento, va a continuar en Boston, por lo que he decidido seguir prestando mi ayuda a la parroquia — se ofreció contenta— . Para empezar, quiero que acepte este cheque y lo invierta en lo que usted crea conveniente — dijo alargándole el papel— . En circunstancias normales, nunca hubiera podido colaborar con esa cantidad, pero ahora que mi familia me ayuda, tengo lo suficiente para vivir y ayudar a los demás.

El padre López la miró sorprendido.

— Muchas gracias, querida. La parroquia y todos los que colaboramos en las obras sociales te lo agradecemos mucho. Ya sabes lo bien que vendrá para cualquiera de las muchas necesidades que tenemos. Dios te compensará con creces tu generosa aportación.

El domingo por la tarde, puntualmente, el señor Keen devolvió a Michael. Al igual que la vez anterior, no hizo ningún comentario que diera a Lidia alguna pista sobre lo que pensaban los Vantor respecto al niño. Se limitó a mostrarse amable y a elogiar a Michael. Cuando salió de la casa, su gesto alegre se tornó preocupado al reconocer con pesar cómo cada día los Vantor se encariñaban más con el niño. Esto iba en detrimento de la madre, preguntándose si era justo lo que los Vantor pensaban hacer. Él reconocía que la señorita Villena tenía bastante culpa en todo este asunto, pero así y todo le parecía demasiado duro el castigo que James pensaba imponerle.

## 25

En la parroquia todos recibieron a Lidia con cariño.

Nadie tenía conocimiento del nacimiento de su hijo. El padre López había sido muy discreto y no había hablado acerca de ello. Ahora que Lidia veía el afecto que le tenían tanto compañeros como alumnos, se dijo que esa buena gente se merecía una explicación. Les habló de su hijo y les enseñó fotos, sin comentar nada sobre el gran problema que enturbiaba su felicidad. Todos la comprendieron y la felicitaron con cariño, haciéndola prometer que les llevaría a Michael pronto para conocerle.

Rose Asder seguía pendiente de su nieta y procuraba ayudarla con eficacia. Hablaban mucho por teléfono y se veían con frecuencia. Cada vez estaban más a gusto la una con la otra. Jennifer también estaba en contacto con ella. De hecho ya habían comido dos veces juntas.

— Irving, te anuncio que estás invitado a la ópera el sábado — le informó Lidia con entusiasmo— . Rose ha conseguido entradas para los tres, así que no te puedes negar.

Irving la miró vacilante.

E — Con esos cantantes tan estupendos, seguro que irá medio Boston si no más — comentó refiriéndose a la posibilidad de que James Vantor también asistiera— . Yo te estorbaría, Lidia, creo...

— No vuelvas a decir eso, Irving — le cortó ella, indignada— . Me ofende que hables así. Sabes lo que te aprecio y lo que me agrada tu compañía. Por favor, no vuelvas a decir esa tontería — terminó muy seria.

Irving se aproximó a ella con gesto de arrepentimiento y le acarició delicadamente la cara.

— Está bien, perdona, no quería molestarte. Tan sólo deseo lo mejor para ti — se disculpó con sinceridad.

— Ya lo sé, Irving, pero quiero que sepas que nada ni nadie podrá cambiar nunca el inmenso cariño que te tengo — declaró con franqueza— . Eres como un padre para mí, y un padre nunca estorba, al contrario, siempre es bienvenido.

Irving agradeció sus palabras en lo más profundo, sintiendo una enorme felicidad de poder contar con el afecto de esa gran mujer.

No habían hecho nada más que sentarse en sus respectivas butacas, cuando unos prismáticos la descubrieron inmediatamente.

James había quedado con una amiga para ir a la ópera. Ambos se sentaron en uno de los palcos del bello teatro y se dedicaron a contemplar el entretenido espectáculo que ofrecía el continuo movimiento de la gente. James era un gran aficionado a la ópera y a la música clásica. Había llevado los prismáticos para contemplar de cerca el espectáculo. Hasta que la función empezara, se dispuso indolentemente a contemplar a la gente asistente.

— ¿Ves a alguien interesante? — le preguntó su amiga con curiosidad.

Él estaba tan absorto mirando a Lidia que ni siquiera la oyó.

Algo en su interior continuaba revolviéndose cada vez que ella sonreía a Irving Longley. A esas alturas debería resultarle indiferente el comportamiento de Lidia. Para su desgracia, no era así, por más que él intentara acallar sus sentimientos.

— ¿James...?

— ¡Oh!, perdona, estaba distraído — contestó un poco azorado.

— Te preguntaba si veías a alguno de nuestros amigos.

— Sí he visto a algunos. ¿Quieres mirar tú?

— Gracias — contestó ella cogiendo los prismáticos.

James no sabía si se encontraría con Lidia en la ópera. Desde su fortuito encuentro en la boda en casa de los Glaston, podía coincidir con ella en cualquier parte. No sabía el motivo que la había movido a ello, pero parecía que, avalada por Longley y Rose Asder se había propuesto meterse en sociedad. Sabiendo la hostilidad que ella mostraba por la forma de vida de los más ricos, sentía una enorme curiosidad por saber las razones que la impulsaban a conectar con la gente que ella tanto despreciaba. James estaba desconcertado, y eso le desagradaba enormemente. Le había costado mucho permanecer alejado de ella. Sólo su

orgullo herido había conseguido mantener un férreo control de sus deseos. Ahora que su presencia se le imponía, notaba cómo sus fuerzas se debilitaban y se avivaba su ardor por esa orgullosa mujer. Sabía que la solución era alejarse durante algún tiempo de la vida social por completo, pero se negaba a desterrarse de su actividad habitual por culpa de una mujer que no merecía ninguna consideración por su parte.

La obra empezó y todo el teatro se quedó en silencio.

Normalmente, James se concentraba por completo en el espectáculo. Sin embargo, en esta ocasión su mente no era capaz de desembarazarse de la imagen de la bella hispana. Lidia estaba abajo, en el patio de butacas, y él era muy consciente de ello. Cada vez que cogía los prismáticos con la intención de observar más de cerca el escenario, una fuerza mayor que su propia voluntad los movía en cuestión de segundos hacia el asiento donde ella estaba sentada.

Furioso consigo mismo, los apartaba con brusquedad y miraba la representación con gesto irritado.

Hubo un breve descanso para cambiar los decorados.

Prácticamente nadie se movió de sus asientos, pero Lidia salió precipitadamente de la sala para llamar a la chica que cuidaba de su hijo. James la vio y salió del palco poniendo una débil excusa.

Estaba bajando la escalera, cuando vio cómo Lidia salía de la cabina telefónica que había en uno de los pasillos del hall y era abordada por uno de los Glaston. Ellos no le habían visto a él, pues estaban justo debajo del tramo de escalera en el que estaba James de pie.

— Lidia, ¿por qué no contestas a mis llamadas? — le preguntó el joven Glaston en un tono ligeramente irritado.

— Las veces que me llamaste no estaba en casa.

— Eso me dijeron, pero dejé mi número de teléfono para que me llamaras tú — le reprochó él.

— He estado muy ocupada y, de momento, hasta que no solucione un importante asunto, no tengo ninguna libertad para disponer de mi tiempo. Te agradezco tu interés, Arthur, pero me es imposible atender a tus demandas — concluyó con tono tranquilo, sin ningún ánimo de ofender al hijo de los amigos de su abuela— . Ahora, si me disculpas debo volver a mi asiento.

Antes de que pudiera alejarse, él la cogió del brazo. Lidia se liberó con suavidad y lo miró con expresión amenazadora.

— ¿Me llamarás cuando soluciones tu problema? — preguntó Arthur con más prudencia que antes.

— No te prometo nada, Arthur. No puedo.

El joven se sintió ofendido, y por el momento, no estaba dispuesto a suplicar más. Enderezando la espalda y forzando una sonrisa, se despidió de ella con fría cortesía.

Lidia sabía que no tenía alternativa. En esas circunstancias ni deseaba ni le convenía andar saliendo con hombres. No quería cometer errores que pudieran perjudicarla en el juicio.

Una voz gélida la detuvo a unos pasos de la puerta que daba acceso al interior del teatro.

— ¡Vaya, vaya!, la bella hispana sigue rompiendo corazones.

Una vez recuperada de la impresión que le había producido encontrarse allí con James, consiguió balbucear:

— No... no es verdad.

— Veo que sigues engatusando a los hombres y luego los esquivas — comentó con malicia mientras que sus ojos la devoraban.

Lidia le hubiera partido la cara allí mismo, pero prefirió seguir con la lucha dialéctica que él había empezado.

— Si no recuerdo mal, yo fui la seducida, no tú — contestó mostrando un fulgor de ira en sus bellos ojos pardos.

— Esa expresión de furia reprimida te favorece, aunque yo prefiero tu natural espontaneidad — continuó él fustigándola— . Y...

pese a que es cierto que fui yo el que te sedujo, digamos... que tú colmaste plenamente las expectativas que yo esperaba de ti.

¡Era el colmo de la desfachatez!

¡Me importa un bledo lo que tú esperes o no de mí! — gritó Lidia sin poder contenerse.

Lidia se apartó airada de él y entró en el teatro, temblando de irritación contra James y contra ella misma por no haberse controlado.

Durante el descanso, en mitad de la representación, Lidia ya se encontraba más serena. Salió al hall con Rose e Irving, donde charlaron entretenidamente sobre la obra mientras tomaban una copa. Vio a lo lejos a James charlando con un grupo de amigos. Él, como tenía por costumbre, la taladraba con una cínica mirada. Lidia se volvió de espalda para no verle. Ni así pudo calmar la indignación que sentía contra ese hombre.

A pesar de su aparente calma, James se sentía frustrado por todo lo que le estaba ocurriendo. Él siempre le había echado la culpa a Lidia, y en parte no le faltaba razón, pero también era cierto que nadie, ni él mismo, tenía la culpa de que no pudiera evitar sentir lo que sentía por ella. Esa desazón la sufría desde el día que la conoció, y muchas veces se preguntaba si no habría sido él mismo quien había complicado las cosas. Todo hubiera sido muy sencillo si Lidia hubiera pertenecido a su círculo de amigos. En ese caso ¿se habría enamorado entonces de ella? No podía contestar a esa pregunta. La verdad era que ninguna de sus amigas había despertado en él jamás la pasión y el anhelo que sentía por Lidia Villena.

— ¿Qué tal va todo, Lidia? — le preguntó su abuela con una expresión de complicidad en sus ojos.

— No muy bien — contestó con desaliento— . He permitido que en la guerra de voluntades que mantenemos James y yo él me gane con total facilidad. Conoce la forma de enfadarme y yo he sido tan tonta como para caer en su trampa. Soy consciente de que dando rienda suelta a mi genio no consigo nada. Así y todo he perdido los estribos.

— No te desanimes, querida. No hemos hecho nada más que empezar. Si no he perdido con la edad la intuición especial que tenemos las mujeres, estoy segura de que el joven Vantor está a punto de picar el anzuelo — aseguró con sonrisa pícara.

— Yo no estoy tan segura, Rose — contestó suspirando— . James es un hombre muy testarudo y muy orgulloso.

— Paciencia, querida — le aconsejó su abuela— ; por regla general, con los hombres hay que tener mucha paciencia.

Lidia dedicó la semana siguiente a la parroquia y a terminar de amueblar su nuevo piso. Faltaban algunos remates, pero Lidia se oponía a gastar más dinero.

— Pero por lo menos pondrás las cortinas, ¿no? — se quejaba Irving.

— Ya las pondré. De momento no son tan necesarias — le increpó ella.

— Te aseguro que unas cortinas no van a arruinarme — insistió Irving con la esperanza de convencerla.

— No hay quién pueda contigo, Irving. Está bien, te prometo que la semana que viene me ocuparé de ello.

Rose insistió en salir a cenar con frecuencia a los restaurantes de moda. Para desánimo de Lidia, en ninguna de esas ocasiones coincidieron con James. El sábado asistieron a un estreno teatral, pero tampoco lo vieron allí.

— Quizás no le guste el teatro — comentó Rose al salir de la representación— . Vayamos a tomar una copa a Cirius. Allí siempre suele haber gente conocida.

La sala de fiestas era magnífica. De corte tradicional y elegantemente adornada, estaba llena de gente lujosamente vestida.

Lidia y su abuela fueron saludadas por muchos amigos, pero Lidia no consiguió saber con seguridad si James estaba por allí. Ella no lo vio y eso le indujo a pensar que él había descubierto su estrategia y había decidido fastidiarla no dejándose ver.

Se equivocaba en esta ocasión. James no podía ser visto porque se encontraba de viaje. Pese a sus problemas personales y al gran dilema que continuamente dirimía su conciencia, la vida seguía y él no podía abandonar su trabajo. La aparición de Lidia en sociedad lo tenía confundido, resultándole imposible reprimir el impulso de ansiedad que lo dominaba ante la perspectiva de encontrarse con ella en algún acontecimiento social. Estaba en su mano ausentarse de fiestas y festejos, pero no quería prescindir del placer de contemplar a una

mujer tan bella. Aunque sus excusas para autoengañarse eran infinitas, su instinto de hombre siempre le conducía hacia la mujer amada. Jamás reconocería su debilidad; sólo de pensarlo se enfurecía, sobre todo cada vez que recordaba el engaño del que había sido objeto por parte de ella.

El tiempo se agotaba y la joven hispana temía que las esperanzas de conservar siempre a su hijo se esfumaran definitivamente. El señor Amper y ella estaban preparando el juicio por si fracasaba en su intento de convencer a James. El abogado había hablado varias veces con Vantor, pero en ninguna de ellas había habido acuerdo. El objetivo de James era conseguir a su hijo, y para eso se estaba preparando. Amper estaba asustado de la energía y la decisión que ese hombre había mostrado cada vez que habían hablado. Comprendía su furia; sin embargo, la forma de vengarse le parecía demasiado cruel.

— Ha llamado el señor Keen, Lidia — le informó Irving cuando ella volvió de la parroquia— . Pide que Michael esté preparado para pasar el martes con los Vantor. Por razones que no me ha explicado, no han podido venir este fin de semana y desean que el niño esté con ellos ese día.

Lidia frunció el ceño, pero sabía que no podía hacer nada por evitarlo. Su preocupación ahora no era compartir a Michael, eso ya lo tenía asumido, sino poder soportar la separación de su hijo si es que llegaba a suceder. Tenía esperanzas de que eso jamás ocurriera.

Por otro lado, también sabía que para ello tendría que ser lo suficientemente lista como para convencer a James. Aun tratándose de una ardua tarea, jamás se daría por vencida.

Nancy Vantor estaba cada día más entusiasmada con su nieto.

Hostigaba mucho a James para que, de una vez por todas, Michael viviera con ellos. No tenía paciencia para esperar. Deseaba tener a su nieto todos los días, no una vez a la semana. Michael era el principal tema de conversación en la familia, y aunque todavía no se había dictado sentencia, Nancy se había empeñado en preparar una habitación para el niño.

— Querida, yo también quiero tener a nuestro nieto con nosotros, pero lo que no deseo es que te lleves una desilusión si la sentencia del juez nos es adversa — le decía su marido con suavidad.

— James ganará el juicio, de eso no me cabe duda, y a partir de ahí, nuestro nieto será única y exclusivamente Michael Vantor. Es nuestro y con nosotros debe vivir –exclamó orgullosa.

Lidia seguía disfrutando mucho con las clases en la parroquia.

Las clases de inglés eran más lentas, puesto que les costaba aprender un nuevo idioma, pero las de costura avanzaban con rapidez. Casi todas sus alumnas tenían aptitudes con la aguja, lo que hacía que aprendieran deprisa y con ilusión.

— Te veo contenta, Lidia, y eso me hace pensar que estás más animada, ¿no? — le preguntó un día el padre López.

— Soy muy feliz con mis alumnas. Su bondad y muestras de cariño hacia mí hacen que me sienta orgullosa de dedicarles mi tiempo. Me relaja y me alegra el ambiente cordial y desinteresado que se respira aquí. Para mí es como una terapia, y quisiera que mi hijo sintiera desde pequeño la satisfacción de la entrega — le comentó al sacerdote con sinceridad.

— Estoy seguro de que cuando sea mayor, será uno de nuestros jóvenes colaboradores. Ayudar a los demás es siempre una gran alegría. Sé que tú se lo inculcarás desde pequeño.

Mary visitó a Lidia en casa de Irving. Se habían visto muy poco desde el nacimiento de Michael, aunque sí habían hablado por teléfono de vez en cuando.

— Estaríamos muy contentos si volvieras a la emisora, Lidia — le dijo con cariño.

— Yo también os aprecio mucho a todos, Mary, pero ahora tengo que solucionar el problema que ya conoces antes de pensar en trabajar. Con Michael la vida ha cambiado mucho para mí. Necesita dedicación por mi parte, lo que quiere decir tiempo, y ya sabes que el trabajo de periodista requiere muchas horas al día.

— ¡Pero a ti te gusta tu trabajo! ¡No puedes dejarlo!

— Hasta que Michael crezca un poco, trabajaré como periodista independiente para algún periódico o agencia. Si después de unos años me sale alguna cosa interesante, supongo que la cogeré — respondió con calma— . Te aseguro que, de momento, no es precisamente el

trabajo lo que me quita el sueño — indicó apenada.

Mary le pasó el brazo por el hombro.

— Ganarás, Lidia — aseguró para animarla.

— Eso espero.

La inquietud de Lidia aumentaba cada día al no obtener resultados satisfactorios. Quedaban apenas tres semanas para el juicio y ella no conseguía progresar en sus avances hacia James. No quería dejarse llevar por el pánico, pero temía que sus nervios la traicionaran en cualquier momento. Sus padres la llamaban con frecuencia y la animaban para que fuera a visitarlos con Michael. Un viernes por la mañana decidió de pronto que necesitaba el amor y el cariño de los suyos. Arregló al niño, hizo una pequeña maleta y cogió el primer avión que salía hacia Florida.

Irving se sorprendió mucho al recibir una llamada de Lidia desde el aeropuerto.

— Necesito estar con mis padres unos días. Deseo que estén con Michael y que me consuelen a mí. Volveré muy pronto, Irving — le prometió ella.

A continuación llamó al señor Keen para notificarle que ese fin de semana el niño estaría con ella.

— Pero no puede hacer eso, señorita. Yo tenía ordenes de recoger a Michael el domingo — respondió tratando de convencerla.

— Lo siento, señor Keen. Dígale al señor Vantor que puede recoger a mi hijo cualquier día de la próxima semana.

Después de esta indicación, colgó el teléfono sin darle opción a replicar.

— ¡Cómo se atreve! — gritó Nancy Vantor cuando el señor Keen les comunicó el mensaje de Lidia— . ¡Quién se ha creído que es esa mujer para llevarse a mi nieto a dónde a ella le dé la gana!

A James tampoco le había sentado muy bien la repentina decisión de Lidia, pero sabía que legalmente, ella estaba todavía en su derecho de hacer con su hijo lo que quisiera. Cuando el juez dictara sentencia, sería distinto. Mientras tanto, no se podía hacer nada.

Lidia y su hijo fueron calurosamente recibidos por sus padres en el aeropuerto. Ambos intentaban coger y hablar al niño a la vez, provocando la risa de Lidia. Michael los extrañó al principio, pero enseguida, acostumbrándose con facilidad a los mimos y atenciones de sus abuelos, reía cada vez que uno de ellos se acercaba.

Después de acostar a Michael, Lidia y sus padres hablaron de la dolorosa situación por la que ella estaba atravesando. A pesar de que intentaron animarla con sus más afectuosas palabras, sus semblantes reflejaban la desazón que sentían por su hija.

Lidia ya les había contado todo lo referente a los Asder. Se habían asustado un poco al principio, pues nunca imaginaron que algún día su hija llegaría a conocer a su familia natural. Ahora que conocían a Rose a través de Lidia, estaban muy contentos de que Lidia contara en Boston con la protección de su familia.

— Rose me está ayudando mucho. Gracias a ella he podido introducirme en la alta sociedad de Boston y tener así la posibilidad de conectar con James. Desafortunadamente, todavía no he conseguido hablar con él en serio, pero tengo la esperanza de poder hacerlo antes de que sea demasiado tarde — dijo con un tono ligeramente apagado.

— Debes mantener la moral alta, cariño — le aconsejó su padre— .

Tú eres la más interesada en que todo salga bien. Tienes que luchar sin descanso hasta conseguir lo que te has propuesto.

— Trato de no desfallecer, papá, y cuento con gente maravillosa que me apoya en todo momento. Así y todo hay veces que si no fuera por el amor de mi hijo, tiraría la toalla.

— ¡Eso nunca! — la increpó su padre— . Sé valiente y escucha los consejos de la personas que te quieren. A nosotros nos tienes aquí, y en Boston tienes a la señora Asder y a Irving. Todos te ayudamos como podemos, Lidia, pero tú eres la que tienes que mantener las fuerzas para seguir adelante. Si te derrumbas, los demás no podremos hacer nada por ayudarte — le advirtió con seriedad.

Le hubiera encantado quedarse más días con sus padres, pero sabía que debía volver a Boston y seguir con la tarea que se había propuesto.

Irving la recibió en el aeropuerto, sintiéndose aliviado al verla de nuevo en Boston.

Rose la llamó el lunes con urgencia.

— Querida, ve preparando un elegante vestido para el viernes por la noche. Tenemos una cena— baile en la mansión de unos íntimos amigos míos, los Kenson — le anunció entusiasmada— .

Celebran sus bodas de oro, todo un acontecimiento hoy en día.

Lucille y yo somos amigas desde pequeñas, así que, abusando un poco de su confianza, le he preguntado abiertamente quiénes asistirán a la celebración, y ¿sabes quiénes no van a faltar? — preguntó enigmática.

— Los Vantor, espero — contestó Lidia, empezando a sentirse esperanzada de nuevo.

— Exacto, cielo, así que prepara tus armas y procura ser la más bella del baile. Esta vez la presa no se nos puede escapar; no hay tiempo.

A Lidia le hacían gracia las expresiones de su abuela. Si James la oyera, se pondría todavía más furioso de lo que ya estaba.

Lidia encontró relativamente pronto el traje que luciría en la fiesta de los Kenson. En dos días de búsqueda por las tiendas consiguió lo que quería.

Su abuela admiró el gusto de Lidia y tuvo que reconocer que estaba guapísima con el modelo que había elegido. Era un traje largo de seda, ajustado al cuerpo y de color verde agua, con escote en pico pronunciado. Tanto el escote como los tirantes estaban bordados en plata. El sedoso pelo castaño se lo había rizado, dejando que cayeran los enormes bucles, de una forma natural, sobre los hombros. Como único adorno en el cuello, llevaba la cruz, de la que se sentía tan orgullosa.

Rose presentó a su nieta a sus amigos, sonriendo para sí al contemplar la admiración que despertaba en todos ellos.

James la vio nada más entrar, fascinado de nuevo por su exquisito porte y su temple. Nunca hubiera imaginado que Lidia, hermosa, pero hispana al fin y al cabo, fuera aceptada en la cerrada sociedad bostoniana con tanta naturalidad. Era cierto que estaba muy bien respaldada por los Asder, enigma que seguía sorprendiéndole teniendo en cuenta lo que los Abock, nietos de Rose Asder, habían intentado hacerle. Reconocía que, aparte del físico, Lidia atraía por muchos otros motivos. Ya había oído comentarios acerca de su simpatía e ingenio. A pesar de las acuciantes ganas que tenía de apartar de ella a todos los moscones que la rodeaban, no hizo ademán de acercarse. Cogiendo una copa de la bandeja que llevaba uno de los camareros, le ofreció su brazo a su acompañante y se dirigieron hacia la otra parte del salón.

Todos guardaron silencio cuando el matrimonio Kenson y sus hijos subieron al estrado para dirigir unas palabras a los invitados.

Los señores Kenson recordaron emocionados el día que se conocieron y todos los años de felicidad que habían disfrutado juntos. Agradecieron a sus amigos su presencia en tan grato día, deseándoles mucha felicidad y rogándoles que se divirtieran en la fiesta. Los invitados vitorearon al matrimonio, entregándole uno de ellos, en nombre de los más íntimos, un gran centro de plata con una cariñosa dedicatoria.

El enorme salón se había unido al amplio hall. Se había distribuido de forma que en una parte se encontraba una larga mesa, bellamente adornada, con todas las fuentes llenas de variadas comidas, y en la otra se había colocado un estrado donde estaba la orquesta interpretando agradables melodías. Lidia no se veía libre de admiradores, lo que entorpecía sus movimientos para vagar por el salón. A requerimiento de sus acompañantes, se dirigió al buffet varias veces, una de las cuales casi choca con James al darse la vuelta. Un frío "perdón" fue lo único que oyó de sus labios. Lidia se alejó de allí con rapidez para no tirarle el plato a la cabeza. Respiró hondo para calmarse y continuó sonriendo y charlando como si se encontrara a gusto. El corazón le palpitaba con fuerza y los nervios habían estado a punto de traicionarla. Debía tener cuidado si no quería estropearlo todo. Se jugaba mucho, por lo que debía actuar con más cautela.

Después de cenar, la orquesta comenzó a tocar ritmos más bailables. Le sorprendió que el primer baile se lo solicitara su primo Sean Abock. Se habían visto algunas veces en casa de

Rose, pero siempre se había mantenido más bien reservado con ella.

— He querido bailar contigo para hablar a solas — fue lo primero que dijo— . Debería haberme disculpado antes por mi equivocación, pero pensé que no te apetecería hablar conmigo. Ahora que ha pasado tiempo y que perteneces a nuestra familia, te pido perdón humildemente — expuso con sinceridad.

— Hace tiempo que os perdoné, Sean, aunque nunca comprenderé cómo una persona puede hacer lo que vosotros hicisteis, movidos solamente por la codicia.

El joven la miró avergonzado.

— Estuvo mal, Lidia, y me arrepiento de ello. Por favor, olvidemos lo que pasó y seamos primos de verdad — le rogó él.

Lidia sonrió y permitió que él depositara un casto beso en su mejilla.

Se dirigían de vuelta hacia donde estaba sentada Rose con unas amigas, cuando Lidia topó con unos fríos ojos verdes que la taladraban. La miraban a ella y a su primo con rencor, lo que quería decir que James había estado observándola mientras estaba con Sean y había visto con claridad cómo él la besaba. James había interpretado mal la escena, imaginándose cosas que no existían en la realidad. Esto la perjudicaba y ella lo sabía, por lo que decidió entrar en acción y encararse de una vez por todas con James en cuanto tuviera la más mínima oportunidad.

Sus intentos de descansar al lado de Rose resultaban siempre fallidos, debido a las continuas solicitudes para bailar de las que era objeto por parte de los hombres jóvenes presentes en la fiesta.

James se encontraba charlando con dos amigos no muy lejos de donde estaba Lidia bailando con uno de los jóvenes invitados, cuando observó cómo el mayordomo de los Kenson se acercaba a ella y le hablaba al oído. La expresión alegre de Lidia cambió al recibir el mensaje. James se puso tenso y a la expectativa, pendiente del siguiente paso de Lidia. Ella miró alarmada al mayordomo y le siguió con paso rápido. James se disculpó y fue tras ella, preguntándose preocupado qué habría ocurrido.

El mayordomo introdujo a Lidia en una acogedora salita, donde se encontraba el teléfono. James entró en la habitación detrás de Lidia, pero no pudo entender lo que ella decía porque estaba hablando en español. Lidia colgó el teléfono aliviada al comprobar que su hijo estaba bien. Creía estar sola, por lo que se sobresaltó al escuchar la voz de James.

— ¿Qué sucede, Lidia?, ¿le ha ocurrido algo a Michael? — preguntó mostrando inquietud.

Ella suavizó su expresión al notar el reflejo de la preocupación en el rostro de James.

— No, no ha pasado nada. La niñera tenía una duda y llamaba para consultarme — contestó con suavidad.

Al saber que su hijo estaba bien, el gesto de James cambió.

Ahora una sonrisa cínica curvó sus labios.

— Entonces podrás seguir divirtiéndote tranquila — dijo irónico— .

No te entretengo más; seguro que tus múltiples admiradores se estarán preguntando dónde estás — comentó malicioso mientras se dirigía hacia la puerta.

Lidia se movió con rapidez y dio unos pasos hacia él, alarmada, temiendo que se fuera sin lograr que la escuchara.

— James, por favor, espera un momento, tengo que hablarte — le suplicó.

— ¿Hablarme?, ¡qué novedad! Raramente has querido hablar conmigo por propia voluntad, excepto en nuestro viaje a París, al que, por cierto, me acompañaste por agradecimiento — señaló con amargura.

— ¡No es verdad! — exclamó enfadada de que él tergiversara sus explicaciones— . Fui muy feliz en París y creo que te lo he repetido varias veces. Fue el viaje más maravilloso que jamás he hecho.

— A todo el mundo le gusta París. Siempre se pasa bien allí — contestó con cinismo.

— Yo no me refería sólo a la ciudad. Fue el hecho de ir contigo...

Sus palabras, en las que no creía, volvieron a provocar el enojo de James.

— ¡Basta, Lidia! — gritó con irritación— . No te molestes en intentar engatusarme

porque no lo conseguirás. Te conozco y sé de lo que eres capaz. Tu aspecto, hermoso y angelical, engaña a cualquiera. Yo he sufrido en mis propias carnes tus garras y te aseguro que no volverá a suceder — sentenció con dureza.

Lidia se sentía desesperada. Sabía que James estaba muy enfadado con ella, hasta el punto de no querer ni hablarla, pero ahora se daba cuenta de que también sufría. A ella, que intentaba ayudar a los necesitados y que tanto se compadecía de las desgracias de los demás, nunca se le había ocurrido pensar que James también tenía sentimientos, a pesar de su dinero y educación, que tenía un corazón que latía como el de los demás, y que se alegraba o sufría según recibiera alegrías o penas. Ahora que pensaba en lo que ella habría sufrido si él le hubiera hecho algo semejante, se daba cuenta de la inmensidad de su pecado. Merecía todos los reproches e incluso castigos por su parte. Sí, era culpable, pero... quitarle a su hijo era demasiado cruel; eso no podría soportarlo.

Al darse cuenta de que James se disponía a salir, Lidia corrió hacia la puerta y se interpuso en su camino.

— James, por favor, perdóname — le suplicó con los ojos humedecidos por el llanto— . No tengo palabras para explicar lo que siento haberte hecho daño. Me arrepiento sinceramente de haberte ocultado el nacimiento de Michael. No te merecías eso — continuó ella con un tono de urgencia en su voz— y espero compensar todo el mal que te he hecho. También te confieso que no era consciente del dolor que te estaba causando — terminó sollozando.

James la miraba con una expresión neutra en su rostro. Se había sorprendido de la humildad que Lidia había demostrado al pedirle perdón y sus lágrimas habían logrado conmoverlo por breves segundos. Desgraciadamente, su herida era tan reciente que aún no se había curado. Sus ansias de venganza habían disminuido, pero su recelo hacia ella y su orgullo herido le impedían perdonarla tan fácilmente. Perturbado por su cercanía y por la aflicción que reflejaban esos ojos pardos tan añorados por él, volvió hacia el centro de la habitación.

— James, por favor — prosiguió Lidia, acercándose— , por el bien de nuestro hijo, actuemos con sensatez y no riñamos.

Intentó cogerle la mano para trasmitirle su firme voluntad de hacer todo lo posible por hacerle feliz a él y a su hijo, pero James la retiró como si la de ella quemara.

— Pensemos únicamente en los momentos felices y olvidemos lo que nos ha hecho sufrir. No podemos dar marcha atrás, James, pero sí podemos construir un futuro mejor. Por favor, ayúdame — le suplicó ella con tono de angustia.

James ladeó un poco la cabeza y la miró por encima del hombro.

— ¿Cuáles han sido tus momentos felices conmigo, Lidia? — preguntó con frialdad.

Lidia se aproximó aún más y se colocó delante de él.

— A pesar de nuestras continuas luchas verbales y de mi absurda hostilidad hacia ti, he pasado contigo momentos muy felices, como nuestro viaje a París — insistió de nuevo— . Si en un principio estuve un poco reticente a acompañarte, puedo asegurarte que aquellos días pasados contigo han sido de los más felices de mi vida.

— ¿Alguno más? — preguntó con un ligero tono irónico.

— Sí; la primera vez que estuvimos juntos — James tembló al recordar esos maravillosos momentos— . También cuando estuvimos saliendo a raíz de la acusación de los Abock.

Él recordaba con precisión todos esos instantes. Jamás los olvidaría.

— Pero te negaste a vivir conmigo, y sin embargo, Longley lo consiguió con total facilidad — puntualizó, dando completamente en el blanco.

Lidia sufrió una sacudida y lo miró consternada.

— Yo no estoy viviendo con Irving. Soy simplemente su huésped por un tiempo.

— ¿Y no crees que llevas demasiados meses como huésped?

— preguntó celoso— . Yo diría más bien que Longley babea por ti y no deja que te vayas.

A Lidia le dolió ese comentario, pues no era cierto, pero debía tener cuidado. James estaba muy susceptible y cualquier equivocación por su parte podría hacer saltar la chispa de

nuevo.

— Me quiere como a una hija y con Michael es bueno y cariñoso.

— Es lógico que sea bondadoso con el hijo si quiere ganarse a la madre — puntualizó mostrándose incrédulo.

Lidia mantuvo el aplomo.

— Estás equivocado, James. Irving es mi mejor amigo, pero nada más. Me ha ayudado desinteresadamente en los momentos más difíciles de mi vida y ni una sola vez ha insinuado algo que diera a entender que estuviera interesado en mí como mujer — afirmó con determinación— . Es un caballero y yo le aprecio mucho, pero te juro que nuestra relación es puramente amistosa.

James quiso ver el reflejo de la sinceridad en sus ojos.

— ¿Y no crees que en esos momentos difíciles tenías que haber recurrido al padre de tu hijo en vez de a un extraño? — preguntó con rencor.

Lidia lo miró consternada.

— No sabía cómo ibas a reaccionar.

Él se adelantó hacia ella con ira y la agarró por los hombros.

— ¡Y no podías haberlo comprobado, maldita sea? — gritó con violencia— .¡No podías haberme contado lo que te ocurría y haberlo solucionado entre los dos? ¿Por quién me tomas, Lidia?, ¿qué clase de persona te imaginas que soy!: ¿un bestia, un degenerado, un irresponsable...? ¡Contéstame! — chilló fuera de sí al tiempo que la zarandeaba.

— ¡No! — gritó ella también— . No pienso nada de eso de ti.

Simplemente me pareció que eras demasiado frívolo para afrontar ese tipo de problemas. Por otra parte — continuó vacilante— , también temía que me quitaras al niño.

Sus ojos la miraron desolados.

— Nunca he sido una persona frívola, Lidia. Vivo y me comporto de acuerdo con lo que yo creo que es bueno para mí y para los que me rodean. Simplemente practico lo que me han enseñado, que no quiere decir que sea lo mejor, pero es lo que yo conozco. A pesar de que no soy ningún santo, "mea culpa..." — añadió con ironía— , te aseguro que nunca actúo con maldad, a no ser que me hagan daño a mí primero — explicó con claridad— . La frialdad e indiferencia de la que tú has hecho gala al ocultarme el nacimiento de mi hijo, es propio de una persona calculadora e insensible, incapaz de pensar bien de los demás y de entregarse de una forma desprendida y generosa — la acusó con severidad, dirigiéndole una mirada cargada de condena.

Lidia estaba convulsionada, sofocada de horror por sus duras palabras.

— ¡No! — exclamó estremecida— , ¡yo no soy así; nunca he sido así! Tú, con tu arrogancia y tu orgullo hiciste aflorar lo peor de mí — le acusó acalorada— , hiciste que desconfiara de ti y que... a pesar de nuestra mutua atracción, decidiera alejarme de tu lado.

— Yo soy como soy, pero jamás he querido hacerte daño premeditadamente.

— Yo tampoco quise herirte, James — respondió Lidia más calmada— . Creí que no te importaría mucho que yo me fuera. Nuestra relación no había sido muy afortunada; era lógico pensar que, una vez que se te pasara el enfado por mi inesperada partida, te olvidarías de mí para siempre.

James la miró irritado, pero ella no le dio opción a contestar.

— Ahora sé que hice mal y me arrepiento dolorosamente de ello — confesó sin poder evitar las lágrimas— . Ahora no importa como tú seas, lo cierto es que yo no me porté honestamente contigo. Siento haberte engañado, haberte desilusionado y lo que es peor, haberte hecho daño. Por favor, acepta mis disculpas — le suplicó afligida.

James la miró reflexivo, sintiéndose enfadado por su comportamiento y a la vez conmovido por su arrepentimiento. Lidia era una mujer especial: cautivadora y desesperante, fría y cálida, dulce y mordaz. A pesar de sus defectos, James reconocía que sólo era feliz con ella.

— Está bien, te perdono — logró decir al fin, tras un tiempo que a Lidia le pareció una eternidad— , pero sólo si me prometes que nunca volverás a hacer algo semejante.

— ¡Oh, James!, ¡gracias! — exclamó saltando de alegría y abrazándole con

espontaneidad.

Él sufrió una sacudida al sentirla tan cerca. Repentinamente, se sintió desbordado por la pasión. Sin poder dominarse la abrazó con fuerza y la besó apasionadamente, olvidándose ambos de venganzas y rencores. Tan sólo ellos dos y su mutuo amor tenían importancia en esos momentos. James la besaba y la acariciaba con desesperación, manifestando un deseo largamente reprimido y una ansiedad urgente. Lidia le respondía en la misma medida, demostrándole su amor y su anhelo por él.

Unas voces lejanas los devolvieron a la realidad. James la retuvo con fuerza cuando Lidia hizo ademán de separarse.

— Estoy esperando una respuesta, Lidia.

— Sabes que lo sucedido no volverá a ocurrir. Lo prometo — contestó con solemnidad.

— ¿Y cuáles son tus planes? — preguntó él, todavía un poco suspicaz.

Lidia lo miró con ternura.

— Quisiera que compartiéramos a Michael lo más unidos posible. Sería muy beneficioso para nosotros y para él que viviéramos en armonía y le demostráramos nuestro amor.

Lidia hablaba con cautela, no quería forzar ninguna situación.

— No quiero perder a Michael — continuó Lidia con franqueza— , pero tampoco deseo que viva sin ti. No sé cuál sería la mejor solución.

James se alejó un poco de ella, malhumorado.

— ¡Sólo piensas en él!, ¿verdad? ¡Vives por él y para él, sin importarte lo demás! — le reprochó resentido— . Hace un momento, cuando te tenía en mis brazos, creí que sentías algo por mí. Ahora me doy cuenta de que tu único objetivo es conservar a Michael contigo. Te has fijado esa meta y no pararás hasta conseguirlo ¿no es cierto?

Iba a continuar, pero Lidia, con valentía y aun arriesgándose a ser rechazada, se acercó a él, tomó su rostro entre sus manos y lo miró con ojos cautivadores.

— Tú eres muy importante para mí, James. En todos estos meses no he conseguido olvidarte, lo que quiere decir que significas para mí mucho más de lo que yo creía. No sé lo que nos tendrá reservado el destino, pero desearía de todo corazón que se acabaran las rencillas entre nosotros y que hiciéramos todo lo posible para que Michael tuviera una infancia normal; que vea desde pequeño concordia y comprensión entre sus padres.

Lidia hubiera sido mucho más exacta expresando sus sentimientos. Con gusto le habría dicho que le amaba, pero temía molestarlo de nuevo. Teniendo en cuenta lo que pensaba de ella después de lo que le había hecho, hubiera tomado su declaración como una forma de manejarle, de conseguir convencerle con tiernas palabras para que cambiara de idea respecto a Michael.

James hubiera preferido escuchar otras palabras más profundas. Había conservado esa esperanza, pero Lidia no las pronunció. Él sabía desde que se conocieron que ambos se atraían.

Ya no se conformaba con eso; quería y necesitaba mucho más.

— Te he explicado cómo creo que debe ser nuestra relación a partir de ahora, pero todavía no me has dado tu opinión, James.

Él no se precipitó en responder. Lentamente se acercó a un sillón y se sentó parsimoniosamente, como si intentara ganar tiempo para meditar antes de contestar.

— No viviré apartado de mi hijo. — Los ojos de Lidia se agrandaron conmocionados— . Quiero que me conozca y que sepa desde pequeño que yo soy su padre. Deseo verlo crecer y educarlo como a mí me educaron, quererlo y que él me quiera. Mi hijo es un Vantor — expresó con firmeza— , con unos privilegios y unas obligaciones, y yo le enseñaré a disfrutar de esos privilegios y a responsabilizarse de sus deberes — declaró mirando a Lidia con una expresión de advertencia.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Lidia.

— ¿Estás intentando decirme que, a pesar de haberme perdonado, piensas quitarme a Michael? — preguntó con tristeza.

— No. Lo que quiero decir es que Michael vivirá conmigo, y tú puedes visitarle todos los días si quieres o... vivir con él — contestó, observando fijamente su reacción.

Si bien James parecía realmente haberla perdonado, tampoco le daba alternativa: o vivía con él o perdía a su hijo. De nuevo lo había subestimado. Había querido hacer un trato con él, pero sus deseos no se habían cumplido. James estaba decidido a conseguir a su hijo, aunque le dejaba una puerta abierta. Era ella la que tendría que elegir.

— Michael me necesita — señaló Lidia con tono apagado.

— Lo sé, pero también me necesita a mí. Soy consciente de que no le beneficiamos en nada acudiendo a la justicia para disputarnos su custodia; no obstante, quiero que sepas que no vacilaré en seguir adelante con la demanda si me obligas — le advirtió él contundente.

Lidia empezó a comprender con claridad que James había tomado la resolución de no ceder más terreno. Había consentido en hablar con ella, la había perdonado, le había demostrado que aún significaba algo para él y le permitía estar con su hijo en cualquier momento. Para él era mucho. Para Lidia, en cambio, no era suficiente. Por el momento, Lidia sabía que no podía exigir nada más. Para empezar, no estaba mal y, desde luego, no pensaba tentar a la suerte.

— Comprendo tus razones y las acato. Ambos queremos el bien de Michael y eso es lo único que importa.

Se acercó más a él y le extendió la mano.

— ¿Firmamos la paz? — preguntó mirándole con una franca mirada.

James la encontraba siempre guapísima, pero ahora sus ojos relucían con un vigoroso fulgor, con una nueva fuerza. A él siempre le habían atraído esos expresivos ojos pardos, considerándolos hipnotizadores. En todo momento reflejaban el estado de ánimo de Lidia. Ahora le indicaban que realmente deseaba reconciliarse con él. Con lentitud, James cogió su mano y la besó con labios cálidos.

Lidia no hizo ademán de retirarla, gesto que le dio motivos para pensar que no le molestaban sus caricias. Atrayéndola con suavidad, James la recostó sobre el sofá. Acariciándole suavemente el hombro y el cuello, buscó sus labios con avidez. Lidia le respondió en la misma medida, uniéndose de nuevo en un apasionado beso. Ese no era el sitio apropiado para demostrarse toda la intensidad de su amor. Ambos lo sabían, pero se resistían a separarse.

— Volvamos al salón y despidámonos de los anfitriones — logró decir James con la voz ronca por la pasión— ; necesitamos más intimidad.

Rose los vio enseguida. A través del mayordomo se había enterado de que estaban juntos, y eso le dio esperanzas de que Lidia lograra convencer a ese testarudo joven. Habían estado ausentes mucho tiempo, lo que indicaba que la conversación había sido larga.

Conocía de antemano el triunfo de Lidia, pues ningún hombre enamorado podía resistirse durante mucho tiempo a las súplicas de la mujer amada; ahora se lo confirmaba la actitud cariñosa de la pareja. Sólo un tonto podría dudar del gran amor que se profesaban su nieta y James Vantor.

Nancy Vantor hervía de furia. Conocía a su hijo mejor que nadie y sabía que estaba completamente loco por la periodista.

Durante todo el tiempo que ella había estado ausente, su hijo no había sido el mismo. Su tristeza y desilusión habían llegado a amargarlo, manifestando un mal humor continuo que él normalmente no tenía. Su pena inicial se fue convirtiendo en rencor, lo que le dio motivos para pensar que, finalmente, James había conseguido superar su pasión por ella. Ahora se daba cuenta de que había estado equivocada. Ninguna pareja que se odiara se miraría como ellos lo estaban haciendo.

Sus ojos echaban chispas de ira, pero no pudo impedir que su hijo se acercara con naturalidad y le presentara de nuevo a Lidia Villena. Había que reconocer que era toda una beldad, un peligro para cualquier hombre. A pesar de los encantos de esa joven, no la consideraba digna de su hijo.

Ambas mujeres se saludaron con fría cortesía. Lidia sabía por el señor Keen que Nancy quería mucho a su nieto, y solamente por eso estaba dispuesta a respetarla. Nancy no resultaba una mujer agradable; era demasiado consciente de la posición y del dinero que tenía. Esta prepotencia la hacía parecer frívola y tonta. Aunque le resultaba muy difícil soportar a ese

tipo de personas, Lidia decidió que no sería ella la que iniciara la guerra.

James captó enseguida la animadversión que a su madre le producía Lidia. Comprendía por qué. Decidió que, mientras que esa antipatía no afectara a su relación con Lidia, no tendría nada que objetar. Por el contrario, si en algún momento ésta se resintiera debido a la actitud de su madre, tomaría las medidas oportunas.

Los anfitriones no permitieron que se fueran tan pronto.

— No consentiré que mi fiesta se vacíe de jóvenes — les dijo la señora Kenson pretendiendo sentirse ofendida— . Si sólo nos quedamos los viejos, esto será muy aburrido, así que id a comer algo y luego bailad. Ya tendréis tiempo para estar solos más tarde... — comentó con picardía.

Lidia y James rieron la ocurrencia y obedecieron sus órdenes.

Al compás de una agradable música, ambos jóvenes bailaron alegres y bastante complacidos con su nueva situación. James la abrazaba con ternura, expresando con gestos y miradas sus esperanzas en el futuro y su renovada confianza en ella. Lidia tampoco hablaba, pero la calidez de su mirada confirmaba sus expectativas y su deseo de compensar todo el mal que ambos se habían hecho.

## 26

Lidia aprovechó esos momentos para que su abuela y James se conocieran. Con total naturalidad los presentó, nombrando a Rose como su "querida amiga". James la saludó con formalidad, sintiendo también una cierta aprensión por tratarse de la abuela de los Abock.

Rose desplegó toda su simpatía y atractivo ante el joven Vantor, haciendo que, rápidamente, los tres charlaran amigablemente.

— Estoy intrigado, Lidia — le comentaba más tarde James— . ¿Se puede saber de dónde te viene esa amistad con Rose Asder y sus nietos cuando lo lógico sería que no les tuvieras ninguna simpatía?

Lidia había esperado esa pregunta.

— Sí, resulta un poco extraño después de lo que pasó, pero ya está todo olvidado. Rose vino a pedirme perdón personalmente por la equivocación de sus nietos y nos caímos muy bien desde el principio — le aclaró ella— . Sean Abock también se ha disculpado y sus palabras parecían sinceras. Ya no tengo nada contra esa familia.

James dudaba de la sinceridad de los Abock. Rose Asder le había caído bien y parecía apreciar a Lidia, pero su yerno y sus nietos eran diferentes. Decidió mantenerlos a la mayor distancia posible.

L Ambos jóvenes salieron de la fiesta enlazados por la cintura y mirándose con ojos enamorados. Mientras iban en el coche, James le cogió la mano y se la besó con suavidad. Lidia le dedicó una radiante sonrisa, insinuándole con su expresiva mirada el amor que sentía por él.

James entró directamente en el garaje del edificio donde tenía su piso de soltero. Pasaba muchos días en la casa de sus padres, pero cuando necesitaba meditar en soledad, como le había ocurrido últimamente, recurría a su santuario, donde sabía que nadie le molestaría.

Comparado con el piso de Lidia, éste era muy grande. No había puertas de separación entre el hall, el salón y el comedor, haciendo que todo pareciera más grande. Había pocos muebles, lo que le daba a las estancias mayor sensación de espaciosidad. Lidia lo miraba todo fascinada, provocando en James sonrisas llenas de placer.

— ¿Te gusta? — preguntó expectante.

— ¡Es precioso, James! Tienes muy buen gusto.

— El edificio lo restauró un arquitecto amigo mío y yo aproveché para que hiciera la obra de mi casa a mi gusto. Una mujer quizá lo hubiese amueblado más, pero a mí no me gustan las casas recargadas; prefiero ver amplitud a mi alrededor.

Hizo que se sentara mientras él iba a la cocina a por una botella de champán. Después de llenar las dos copas, los ojos de James la taladraron con ansiedad.

— Brindemos por nuestra vida juntos a partir de ahora. Si lo intentamos, sé que podremos ser muy felices — afirmó chocando su copa contra la de ella.

Lidia asintió y bebió, no pudiendo descifrar la mezcla de emociones que se entrelazaban en su corazón.

James dejó las dos copas sobre una mesa, alargó la mano para que Lidia la tomara y la cogió por la cintura, haciendo que se meciera con él al ritmo de una grata melodía. Los dos bailaron acompasadamente en silencio, sintiendo la proximidad del otro y el latido de ambos corazones. El amor y la pasión bullían entre ellos, diciéndose con los ojos lo que sus labios todavía no se atrevían a pronunciar.

— Lidia, amor mío, no vuelvas a separarte de mí — le susurraba mientras la besaba suavemente en el cuello.

— Siempre estaré contigo.

Él la llevó delicadamente hacia el dormitorio, donde, nada más cerrar la puerta, comenzó a besarla con un anhelo reprimido durante muchos meses. El cariño y el fuego que ardía entre ellos los envolvía, no quedando ningún resquicio para la duda o el rencor.

Las palabras de amor brotaron sinceramente de sus labios, como si ambos necesitaran trasmitir al otro toda la carga de cariño que pesaba en sus corazones. Era una noche solemne para los dos, como lo habían sido las dos anteriores que habían compartido; noches de amor y felicidad en las que Lidia y James habían vivido por primera vez la verdadera intensidad y

belleza del amor.

Lidia se despertó temprano y se levantó. Observó emocionada a James dormido y sonrió con picardía al recordar los momentos sublimes que los dos habían compartido. A partir de ahora su vida cambiaría. No sería exactamente como ella siempre lo había planeado, pero en compensación contaría con la presencia a su lado de las dos personas que más quería en el mundo: su hijo y James Vantor.

Sin hacer ruido, salió de la habitación y encendió la luz del hall para escribirle una nota a James.

Su vestimenta no era la más apropiada para salir por la mañana, pero no tenía otra opción sino ponerse el vestido largo de la noche anterior. Cogió un taxi nada más salir del portal y se dirigió a su casa, donde vivían Michael y ella hacía tan sólo unos días.

Llamó a casa de Irving y tal como esperaba, Irving, la chica y el niño habían salido el día anterior para Rockport. Después de ducharse y ponerse cómoda, el chófer de Irving la recogió y se encaminaron hacia el campo. El viaje no era muy largo, pero a Lidia le dio tiempo a rememorar todo lo sucedido el día anterior, no creyéndose aún que James y ella se hubieran reconciliado y se hubieran demostrado su amor de una forma tan hermosa.

Más tarde, Irving la saludó con cariño, ajeno aun a todo lo que había ocurrido.

— Subo a ver a Michael y ahora hablamos — dijo con precipitación.

El niño le extendió los brazos y Lidia le apretó contra su corazón, sintiéndose muy afortunada por tener semejante tesoro.

De vuelta en el salón, Lidia se sentó a la mesa, preparada ya para el desayuno.

— Tengo buenas noticias. James y yo nos hemos reconciliado — le explicó sin poder contenerse más.

A Irving le brillaron los ojos de alegría.

— Sabía que lo conseguirías — comentó satisfecho.

— Durante la fiesta de los Kenson tuvimos oportunidad de hablar y decidimos terminar con nuestras diferencias. James se niega a separarse del niño, pero me da la oportunidad de verle todos los días o vivir con ellos. — Las condiciones de James no sorprendieron a Irving en absoluto. Era una forma muy inteligente de retenerla a su lado y él la aplaudía— . Confieso que su propuesta me sorprendió. Yo tampoco quiero ser una madre de visita y además amo a James. No creo que haya ningún problema en que vivamos juntos.

Irving, antes alegre, se mostraba ahora preocupado.

— Sabes que los convencionalismos no me importan, siempre que se respete a los demás, pero tú eres muy tradicional y conservadora, lo que me hace llegar a la conclusión de que te has visto obligada a aceptar lo que Vantor te propone.

Los ojos de Lidia se nublaron con pesar.

— La primera vez que James me pidió que viviera con él yo era libre, por lo que decidí lo que más me convenía. Ahora son otras circunstancias; debo pensar más en Michael que en mí misma. Él me necesita y yo haré todo lo que sea necesario por estar a su lado. — Al ver la expresión de Irving, Lidia levantó una mano intentando tranquilizarlo— . Dicho así parece que me estoy sacrificando por mi hijo, pero la verdad es que no es totalmente cierto — aclaró para que Irving no se llevara a engaño— . Ya sabes que estoy enamorada de James. Para mí no es ningún sacrificio vivir con él; al contrario, me hace muy feliz poder disfrutar de su compañía el mayor tiempo posible. Cierto que yo no he sido educada para vivir con un hombre sin estar casada, pero hay momentos en la vida en los que uno se ve obligado a seguir por cierto camino, y eso es precisamente lo que me ocurre a mí ahora. Dicen que cada uno se busca su destino; yo no estoy tan segura de que esa sentencia sea cierta. Lo que sí es verdad es que yo tengo parte de la culpa de lo que nos ha sucedido a James y a mí.

— Admiro tu franqueza y tu espíritu de lucha — la elogió Irving— .

No soy adivino, pero si el joven Vantor demuestra en vuestra relación la misma inteligencia que tiene para los negocios, y tú tienes la suficiente paciencia como para enseñarle a amar como tú deseas, os auguro un feliz porvenir juntos — afirmó mirándola con afecto.

— Espero que tengas razón.

James despertó una hora después de que Lidia se marchara. Le sorprendió y le irritó no encontrarla a su lado. Al comprobar que se había ido, su enfado aumentó.

Pese a que la nota que Lidia le había dejado era muy escueta, le tranquilizó saber que hablaría con ella por teléfono a las doce.

Con precipitación, Lidia preparó a Michael y, junto con la niñera, volvieron a Boston.

— ¿James?

— Sí — contestó él todavía malhumorado.

— Siento no haberme despedido, pero no quería despertarte.

— Me hubiese gustado encontrarte a mi lado al despertar. No creo que lo que tuvieras que hacer fuera tan urgente, ¿o sí? — preguntó con una cierta sequedad en su tono.

— He ido a buscar a Michael a Rockport.

— ¿A Rockport?

— Bueno... prefiero hablar todo esto personalmente. Te esperamos en esta dirección.

James apuntó la calle, ligeramente receloso de la nueva salida de Lidia. No quería empezar su relación desconfiando de ella, por lo que decidió salir enseguida hacia el lugar donde le había citado.

Ya fuera del coche, se detuvo delante del edificio y admiró su elegante fachada. Había oído hablar de esa nueva y cara construcción, por eso se preguntaba qué era lo que hacía Lidia allí.

La joven lo recibió con un beso.

— Pasa, James.

Entró con pasos lentos y se detuvo en medio del salón. Miró a su alrededor, aprobando el buen gusto de la persona que lo hubiera decorado y se volvió hacia Lidia con gesto interrogante.

— ¿Qué significa esto, Lidia?

— Siéntate y te lo contaré — le pidió ella sonriendo.

Él hizo lo que se le pedía y se dispuso a escuchar atentamente.

— Este piso tan bonito no es mío sino de Michael. Irving, que es su padrino, se lo ha regalado.

La sorpresa lo aturdió durante unos instantes.

— ¿Por qué? — preguntó James con gesto grave.

— Porque le quiere mucho y representa para él el nieto que nunca tuvo.

James se levantó bruscamente, como si le hubieran pinchado.

Con las manos en los bolsillos comenzó a pasearse por la habitación en un mar de dudas.

— ¿Y... sólo le quiere a él o... también a ti?

— ¡James, por favor! Creí que anoche había quedado zanjado ese tema.

— ¡Eso pensaba yo también y resulta que ahora me encuentro con esto...! — exclamó señalando todo lo que le rodeaba— . Yo puedo mantener a mi hijo y comprarle todos los pisos que quiera. No consiento que un extraño le haga esos regalos a mi familia.

— Irving no es un extraño — señaló Lidia con suavidad— . Si quieres imagínatelo como un abuelo para Michael y un padre para mí. No sé cómo convencerte de ello, James, pero te juro...

— Todo debe estar claro entre nosotros a partir de ahora, Lidia, y veo que la única forma de conseguirlo es hablando directamente con Longley.

Lidia lo miró con furia.

— ¿Es que acaso no confías en mí?, ¿no crees en lo que te digo?

— Quiero creerte y espero recuperar por completo mi total confianza en ti, pero ahora, por el bien de los dos, tengo que hablar con Irving Longley. Tu agradecimiento y cariño hacia él te mueven a defenderlo. Yo quiero comprobar por mí mismo la verdad, lo que él siente realmente por ti. Es vital para mí, Lidia, lo siento — respondió con la firme decisión de empezar su nueva vida juntos sin ningún secreto ni fantasmas entre ellos.

Lidia comprendió a lo que él se refería. Sabía que tendría que volver a ganarse su confianza con paciencia y sinceridad. Lo que le preocupaba era molestar a Irving.

James no tardó mucho en llegar a Rockport. Conocía el camino, y su ansiedad por

solucionar de una vez por todas sus problemas con Lidia le hicieron dirigirse con toda seguridad a la finca de Irving.

A pesar de que se sobresaltó al verle, temeroso de que hubiera sucedido algo malo, antes de preguntar por Lidia y el niño, prefirió que el joven se explicara.

— Perdone mi intromisión en su casa sin ser invitado, pero tengo que hablar con usted acerca de Lidia.

— ¿Están ella y el niño bien? — preguntó Irving con ansiedad.

— Sí, sí, muy bien.

Aliviado, Irving le señaló con la mano un asiento y le ofreció una taza de café o algo para beber. James rehusó con cortesía.

— Ya sabrá por Lidia que a partir de ahora pasaremos mucho tiempo juntos y yo... bien... después de haber estado tanto tiempo separados, quiero aclararlo todo entre ella y yo.

Irving asintió. Comprendía perfectamente el razonamiento del joven.

— ¿Y bien?

— No me voy a andar con rodeos, señor Longley. Sé que Lidia tiene motivos para estarle agradecida, pero yo quiero saber exactamente qué es lo que siente usted por ella.

Irving conocía el ímpetu de la juventud. Sus arrebatos se hacían todavía más virulentos cuando se estaba enamorado.

— Siento un enorme afecto por ella y por su hijo. Como usted ya sabe, Lidia es una mujer maravillosa: guapa, inteligente y con una atrayente personalidad; lo que se dice una tentación para cualquier hombre, pero..., a mí ya se me pasó la edad — confesó con franqueza.

— ¿Significa eso que usted no la quiere como mujer?

— ¡Por el amor de Dios, Vantor, la llevo treinta años! — exclamó con humor— . Reconozco que soy mayorcito, pero le puedo asegurar que todavía no estoy chocheando.

James rió la ocurrencia.

— Yo ya tuve una mujer maravillosa — continuó Irving, melancólico— , del estilo de Lidia. Fuimos muy felices.

Desgraciadamente, la perdí pronto. Mi corazón sigue con ella.

Francamente, considero bastante improbable que vuelva a enamorarme.

James lo miraba consternado.

— Siento mucho lo de su esposa, señor Longley, yo...

— No se preocupe, joven. Sé lo que siente y comprendo las dudas que habrá tenido con respecto a Lidia y a mí. La única relación que ha existido entre nosotros ha sido la de un padre y una hija — le explicó para alivio de James— . A pesar de ser un hombre de negocios y de relacionarme con mucha gente, en el fondo soy un solitario. Conocer a Lidia fue como una bocanada de aire fresco en mi vida. Ella representa a la hija que nunca tuve. Su naturalidad y compañía han iluminado mi existencia, y a su hijo, es decir... a vuestro hijo, le quiero como si fuera mi propio nieto. Quizás te parezcan muy atrevidas mis palabras, pero eso es lo que siento.

El que se sentía avergonzado era James por haber dudado de ese hombre.

— Supongo, entonces, que me considerará un intruso por haberle quitado a Lidia y a Michael.

— Al contrario; me hace muy feliz que Lidia y tú criéis a vuestro hijo juntos. Quiero lo mejor para ella y el niño, y considero que lo más idóneo para Michael es vivir rodeado del amor y las atenciones de sus padres. Yo me conformo con que me considere como su tercer abuelo — terminó sonriendo.

James le aseguró que así sería.

— Espero que nos visite con frecuencia, señor Longley. Siempre será bienvenido a nuestra casa. ¡Ah! y muchas gracias por el regalo que le ha hecho a Michael. Ha sido muy generoso.

No tiene ningún mérito. Yo he recibido mucho más de ellos.

Es una pena que el tiempo pase tan rápido, por eso le aconsejo, si me lo permite, que lo aproveche bien disfrutando con las personas que quiere.

James adivinó enseguida el significado de su mensaje. Pensaba tomar su consejo al pie de la letra. Lidia y él ya habían perdido demasiado tiempo con su separación. Había llegado la hora de permanecer juntos para siempre.

Lidia esperó inquieta la vuelta de James. Después de mucho pensar había llegado a la conclusión de que el paso que él acababa de dar era lo mejor para empezar de nuevo con la verdad por delante. Lo único que la preocupaba era que alguna palabra de James hiriera a Irving. Eso sería terrible. Su querido amigo sólo se merecía bondades y atenciones, pues eso era precisamente lo que él ofrecía siempre desinteresadamente.

Una vez que James le contó lo que Irving y él habían hablado, Lidia se sintió aliviada.

— Nunca debí dudar de él. ¡Soy un imbécil! — se acusó a sí mismo James.

— De sabios es rectificar, James, así que no vuelvas a pensar en ello.

Una vez que hubo bañado y acostado a Michael, siempre observada por James, Lidia preparó la cena con esmero. Ambos cenaron a la luz de las velas y charlaron animadamente durante toda la velada.

— Eres una extraordinaria cocinera, cariño. Una virtud más que añadir a tu curriculum — dijo cogiéndole la mano con suavidad.

— Tengo defectos y virtudes, como tú muy bien sabes, pero a partir de ahora espero limar mis defectos y acentuar mis virtudes...

por ti — aseguró mostrando una insinuante sonrisa.

— Si hablas así y me miras de esa forma, te aseguro que no podré responder de mí — afirmó abrazándola con pasión. Lidia lo besó con amoroso ardor, demostrándole una vez más cuánto lo quería.

El ronroneo de Michael los despertó a la mañana siguiente.

Lidia lo cogió y lo pasó a su cama, haciendo que James y ella sonrieran ante sus muecas. Padre e hijo continuaban jugando cuando Lidia les anunció que el desayuno estaba preparado.

— Hasta en bata y sin maquillar estás preciosa — le dijo espontáneamente James mirándola con admiración— . No me explico cómo he podido aguantar tanto tiempo sin ti — añadió casi sin pensar, sintiéndose en el paraíso rodeado de Lidia y de su hijo.

— Recuperaremos el tiempo perdido, cariño. No retrocedamos al pasado.

James volvió a su casa para cambiarse y coger ropa. Su vida había dado un drástico cambio. En menos de dos años se había enamorado de una mujer y había tenido un hijo. Aunque había pasado por momentos dolorosos, su corazón se henchía de alegría al pensar en la felicidad que le aportaría su familia. No sabía cuánto duraría ese período de dicha, pero él tenía la esperanza de que no terminase nunca. No era precisamente ese arreglo el que él y sus padres habían planeado para su vida, sin embargo, ninguna situación de otro tipo le haría tan feliz como tener a su lado a Lidia y al hijo de ambos.

El lunes por la mañana, su madre le llamó al despacho.

— Te estuvimos esperando ayer. Sentimos una gran desilusión al comprobar que no veríamos a Michael. ¿Ha sucedido algo, hijo?

Aun no queriendo lastimar a su madre, James tampoco pensaba planear su vida a su gusto.

— Estuve en casa de Lidia con ella y con Michael. Nos hemos reconciliado, mamá. A partir de ahora, viviré con ellos — explicó sin rodeos— . Iré a veros siempre que pueda y llevaré a Michael conmigo.

— ¡Cómo es posible que te hayas reconciliado con esa mujer?

Sabes que no te conviene, James. Tú te mereces mucho más que una simple hispana. ¡Me parece mentira que te hayas dejado engatusar!

— exclamó colérica.

— Somos muy felices juntos, mamá — contestó con calma— , y no pienso renunciar a ella. Te aseguro que si me gustara más alguna de mis amigas o alguna de las hijas de las tuyas, no estaría con Lidia.

— ¡Estás completamente ciego, James! ¿No ves que lo único que ella pretende es pescarte?

— ¡Ojalá Lidia hubiera pretendido eso desde el principio! — exclamó con tristeza— .

De haber sido así, yo no hubiera tenido que sufrir su ausencia.

— ¡Veo que no quieres razonar! — exclamó su madre con genio— .

Piensa que esta situación es muy triste para tu padre y para mí.

— Es inútil que sufráis por algo que no está en vuestras manos solucionar. Mi vida la dirijo yo, mamá, aunque siempre os estaré agradecido por todo lo que me habéis dado.

Viendo que su hijo estaba demasiado ofuscado como para razonar, Nancy decidió zanjar el tema por el momento.

— ¿Cuándo nos traerás a Michael?

— Espero que pronto. Ya os avisaré.

James había dado órdenes de que acondicionaran su piso para albergar a dos personas más. El decorador estaba ultimando una de las habitaciones para que en ella viviera un bebé, y también se había abierto una puerta, comunicada con la habitación de al lado, para que en ella durmiera la niñera. Su dormitorio era lo suficientemente amplio como para dos personas. También había mandado hacer nuevos armarios para Lidia. Quería que fuera una sorpresa, por esa razón no le había comentado nada.

La casa de Lidia era muy acogedora, pero demasiado pequeña.

James necesitaba más espacio. Sus cosas no cabían en el pequeño piso. Vivirían más cómodos en el suyo. Sería una sorpresa para sus empleados, puesto que nunca había vivido allí ninguna mujer.

Estaba seguro de que la naturalidad y el atractivo de Lidia, y el candor de su hijo, les encantaría a todos.

Lidia, por su parte, estaba muy contenta con James. Eran muy felices juntos, viviendo con intensidad el tiempo libre del que disponían. Era muy cariñoso con Michael, y con ella se comportaba como un marido enamorado. Siempre que estaban juntos hablaban de multitud de cosas, sincerándose el uno con el otro y lamentando lo sucedido anteriormente. Lidia estaba satisfecha con su situación, no pidiendo nada más de lo que ya tenía.

James se consideraba un hombre afortunado, reflejando en su semblante y en sus acciones toda la dicha que le envolvía. Dentro de toda esta felicidad, había una sombra que le desagradaba. No se atrevía a hablarlo abiertamente, pues temía empañar la maravillosa relación que ambos habían creado. No obstante, tarde o temprano tendría que solucionar esa cuestión con Lidia.

La joven hispana también intuía que James prefería que dejara sus clases en la parroquia y se olvidara de toda la gente con la que trataba allí. James consideraba que Lidia había iniciado una nueva vida con él, una vida que no tenía nada que ver con la que ella había llevado anteriormente, y tendría que asumir las reglas que le imponía la sociedad de la que James formaba parte. Era consciente de que no debía precipitarse, pero también sabía que cuanto antes se acostumbrara ella a esta idea, más fácil sería su convivencia.

Un día, al entrar en casa, le extrañó que Lidia no estuviera esperándolo. El niño y la niñera sí estaban allí. La chica le informó que Lidia se encontraba en el Hospital privado Saint George acompañando a una mujer hispana que estaba dando a luz.

Un furor, largamente reprimido, se manifestó sin disimulo en su brusco tono de voz.

— ¿A qué hora se ha ido?

— Hace unas dos horas, señor. El padre López vino a recogerla.

Me ordenó que le pusiera la cena y que le dijera que no se preocupara, que volvería lo antes posible.

— Gracias — contestó de mala gana antes de salir.

Precipitadamente cogió el coche del garaje y se dirigió al hospital.

Alli se encontró con el padre López.

— Buenas noches, señor Vantor — le saludó el sacerdote con simpatía.

— Buenas noches, padre. ¿Por qué está Lidia aquí?

— Ha querido acompañar a la pobre chica que está dando a luz.

Ha sido muy caritativo de su parte. Dios se lo premiará.

— ¿Es que no tienen a otra persona que pueda atender a esta gente? — preguntó enfadado.

El sacerdote mantuvo la calma; el gesto de desaprobación del joven le hizo augurar los peores presagios.

— Todos intentamos colaborar en lo que podemos. Lidia se ofreció a ayudarla cuando se enteró de que la muchacha no tenía medios para ser atendida.

— No quiero ser brusco con usted, padre. A pesar de no ser católico, le respeto mucho, pero no deseo que Lidia vuelva a ser molestada — ordenó con arrogancia— . Ella lleva otra vida ahora.

Entrará de mi mano en una sociedad que se rige por unos parámetros distintos a los de ustedes. Deberá respetar unas reglas inamovibles y preocuparse exclusivamente de nuestro hijo y de mí.

Los ojos del bondadoso sacerdote se mostraban comprensivos.

— Me temo, señor Vantor, que yo no soy quién para decidir en la vida de los demás. Lidia es una mujer inteligente y actuará conforme le dicte su conciencia. Ella es la que debe elegir su destino, no usted ni yo — contestó suavemente pero con una firmeza que sorprendió a James.

Lidia estaba contenta. Todo había salido muy bien y, afortunadamente, habían encontrado unos excelentes padres para el hijo de Rosaura.

Bajó con rapidez para contarle al sacerdote la buena noticia que le acababa de comunicar la asistente social. Bruscamente, se detuvo al ver a James y observar el verde tenebroso de sus ojos.

Intentando limar asperezas, se acercó a él con naturalidad y le dio un beso.

Después de explicarle todo al padre López y de despedirse de él afectuosamente, salieron del hospital.

La tensión entre ellos era manifiesta y fue James el que, no pudiendo aguantar más, dio el primer paso.

— ¿Piensas seguir con este tipo de actividades?

— ¿Te refieres a intentar ayudar a los demás?

— Podemos ayudarlos con más dinero. Las personas que se dedican a estas obras de caridad cuentan con toda mi admiración, pero tú ahora tienes otras responsabilidades más importante; nos tienes a Michael y a mí, y ambos te necesitamos.

— Para mí sois lo más importante, pero también deseo dedicar una parte de mi tiempo a la gente más necesitada — expuso con calma— . Hay tiempo para todo, James, y yo tengo la obligación de ayudar en lo que pueda.

— ¿Cuánto dinero quieres que dedique a la parroquia?

— El dinero es muy importante, es cierto, pero no es suficiente.

Esta gente también necesita cariño y apoyo. Se encuentran muy solos lejos de sus países. La mayoría de ellos no conocen nuestro idioma ni las reglas por las que nos regimos aquí. Sólo desean trabajar honradamente y ganar algo de dinero para enviar a sus familias. Si no los ayudamos, nunca podrán encontrar nada digno.

James intentó mostrarse conciliador. No quería volver a reñir con Lidia.

— Comprendo tus argumentos, Lidia, pero tú no puedes erigirte en el paladín de todos los necesitados. Para eso están las instituciones, los sacerdotes y las monjas. Tú puedes ayudarlos con dinero, con mucho dinero si quieres — le sugirió con rostro suplicante— . Por favor... no me contraríes en esto — terminó con humildad.

Lidia quería darle gusto, pero su conciencia le dictaba otra conducta. Estaba segura de que su amor y dedicación a Michael y a él no se vería disminuido por su pequeña colaboración en la parroquia.

— Todos ellos no son suficientes para las necesidades que hay.

Tanto las instituciones como las órdenes religiosas hacen todo lo que pueden. Desgraciadamente, se necesita mucho más. Si nos consideramos humanos y tenemos un mínimo de sensibilidad, debemos ayudar a los que sufren.

James reconoció la parte de verdad de los argumentos de Lidia, aunque estaba convencido de que ni era su misión ni podía beneficiarla el estar todo el día rodeada de mendigos. Aun no aprobando lo que hacía, sí estaba de acuerdo en colaborar económicamente

todo lo que ella creyera necesario.

A los dos días, cuando Lidia volvió a la parroquia para dar sus clases, el padre López le dio efusivamente las gracias por el generoso cheque que había recibido de James. Ella sonrió contenta al comprobar que él cumplía lo que había dicho. También sintió aprensión al dudar de sus intenciones.

Los Vantor seguían disfrutando de su nieto con asiduidad.

Lidia lo aceptaba complacida; consideraba muy beneficioso para Michael el contacto con sus abuelos.

Rose Asder también la visitaba con frecuencia. Se alegraba mucho de que Lidia y James se hubieran reconciliado. Ahora su máxima ilusión era que ambos se casaran cuanto antes. No apremiaba a Lidia, pero sus esperanzas se avivaban cada vez que los veía juntos. Esos dos jóvenes estaban enamorados, locamente enamorados, y si su sentido común era más fuerte que su obstinación, muy pronto los vería casados.

El día antes del cumpleaños de su madre, Lidia y el niño volaron a Miami, aprovechando para quedarse allí unos días. James no quiso acompañarlos. Prefería que Lidia disfrutara a solas de su familia.

— No me agrada quedarme sin vosotros, pero comprendo que todos estaréis más cómodos sin mí.

— Algún día tendrás que venir. Te aseguro que mis padres te recibirán con mucho cariño.

— Lo sé, amor. No obstante, considero que éste no es el momento. Supongo que ahora tendrás que explicarles muchas cosas.

Por favor, disfruta con ellos y no me olvides — se despidió, besándola con pasión.

James fue a revisar los arreglos de su casa, encontrándola vacía y sin calor. La obra estaba prácticamente terminada. De todas formas, cualquier sitio sin Lidia se le volvía insoportable. Para sentirse más acompañado se trasladó a casa de sus padres. Fue cariñosamente recibido, pero no pasó mucho tiempo antes de que su madre volviera una y otra vez al tema de Lidia y el niño.

— No quiero volver a oír tus argumentos sobre mi familia, mamá...

— ¿Tu familia? Dirás más bien tu hijo, porque ella no es familia tuya — contestó Nancy con voz agria.

James movió la cabeza con disgusto.

— Me temo que fui un imbécil al no atar a Lidia a mí desde el principio. Debido a mi estupidez estuve a punto de perderla. Te puedo asegurar que eso será remediado muy pronto.

Su madre lo miró horrorizada.

— ¡No puedo creer que hables en serio!

— Yo nunca bromeo con los asuntos importantes, y Lidia es la persona más importante que ha habido y habrá en mi vida — afirmó con una seguridad que asustó a su madre.

El señor Vantor sonrió complacido, descubriendo aliviado cómo la cordura de su hijo no había sido anulada por su madre.

Furiosa, Nancy Vantor salió de la habitación dando un portazo.

Lidia pasó unos días maravillosos con sus padres. Hubiera sido perfecto si James les hubiera acompañado, pero admiró la prudencia que lo movió a animarla a disfrutar ella sola, junto con Michael, de la compañía de su familia. Aun disgustándole quedarse solo, había cedido por ella, por su felicidad.

Lidia notaba que la forma de ser de James, antes arrogante y autoritario, iba cambiando poco a poco. Ahora se mostraba comprensivo y cariñoso, ganándose día a día su amor, cada vez más profundo. Había una sola cosa que a él le desagradaba, pero últimamente, hasta en ese tema intentaba ser más benevolente, o por lo menos procuraba respetar la postura de Lidia.

Nancy Vantor improvisó una pequeña reunión de amigos, para sorpresa de James. Sabía perfectamente que él se negaba a acompañarla a las fiestas a las que estaba invitada, por ese motivo se valió de su astucia para obligarlo a relacionarse con las personas, entre ellas varias chicas, que ella consideraba dignas de él.

Con el ceño fruncido, James se vistió para la cena. Al volver del trabajo y enterarse de que esa noche tendrían invitados, a punto estuvo de irse a su casa para dar un escarmiento a su madre. Su padre lo retuvo y lo convenció de que no se fuera.

— Si lo haces mostrarás un claro desprecio hacia nuestros amigos.

James estaba muy acostumbrado a esas cenas. Su madre las organizaba con frecuencia desde que él era un adolescente. Los invitados siempre habían sido de lo más selecto, incluyendo en cada ocasión a alguna chica guapa, hija de algún personaje importante.

Hasta que conoció a Lidia, las argucias que su madre empleaba para buscarle "una buena esposa", le hacían gracia. En cambio, desde que comprendió lo que realmente sentía por Lidia, le fastidiaban esos ardides para intentar lo imposible.

La mesa estaba impecablemente vestida y la comida no podía ser más deliciosa, como siempre que su madre organizaba algo, pero James se encontraba solo. Nunca hubiera pensado que pudiera depender tanto de una persona. Ahora se daba cuenta de que sus pensamientos no se apartaban en ningún momento de Lidia. La echaba de menos con desesperación, quería estar con ella continuamente y allí mismo se prometió que nunca volverían a separarse. Ellos tenían que estar juntos, siempre juntos, sin permitir que nada ni nadie se interpusiera entre ellos.

— ¡Te felicito, James, por el juicio que ganaste la semana pasada! — exclamó uno de los invitados— . Esas casas tenían que ser derribadas tarde o temprano.

Él no sonrió, simplemente asintió con frialdad.

— Sí, mi deber era ganar el juicio. Los que realmente han perdido son las personas que viven allí; perder sus casas no es motivo de alborozo — comentó apenado, para asombro de sí mismo.

— Esa gente ha sido indemnizada. Eso es suficiente, ¿no?

James pensó en Lidia y en lo que hubiera contestado a ese comentario.

— ¿Dónde crees que podrán comprarse sus casas con ese dinero?; desde luego no en la misma zona donde vivían.

— Hay que limpiar la ciudad de edificios viejos y feos — dijo otro de los invitados con petulancia— . Con el dinero que se les da a esos inquilinos, que se vayan donde puedan.

— Os aseguro que si yo hubiese sido su abogado — volvió a intervenir James— , habría intentado conseguir mucho más, por lo menos para que pudieran vivir cerca de donde han estado toda su vida.

Su madre lo miró con gesto torcido, deduciendo con rabia de dónde le venía esa súbita compasión por los pobres.

— Pero por mucho que les dieran nunca se podrían permitir vivir en esa zona — dijo una de las atractivas y estúpidas chicas que había invitado su madre— . Es demasiado cara para ellos y además...

no sé, tampoco encajarían con las costumbres de sus vecinos.

James saltó sin pensarlo.

— ¿Te refieres a que los ricos no quieren tener pobres a su lado?

— Bueno... — contestó ella un poco titubeante— , la verdad es que no es muy agradable ver a gente andrajosa a nuestro alrededor.

— No, efectivamente, no lo es, pero quizás habría menos si todos ayudásemos a remediar el problema de la miseria.

Pensando más tarde en la conversación que había tenido lugar durante la cena, no comprendía cómo había salido de su boca esa defensa de los necesitados. Sin duda era debido a la influencia que Lidia ejercía sobre él. Cuando estaba con ella discutían sobre este tema, pero en cuanto alguien ajeno a ellos dos discrepaba de lo que su amada consideraba tan sagrado, automáticamente salía en defensa de estas ideas, que era como salir en defensa de Lidia.

## 27

Después de pasar una semana con sus padres, Lidia volvió a Boston.

James la esperaba con ansiedad, contando los minutos que faltaban para poder tenerla de nuevo entre sus brazos. Una semana no era mucho tiempo, sin embargo a él se le había hecho interminable. Su amor por Lidia clamaba por ella; la necesitaba como nunca había necesitado a nadie y todo su ser anhelaba su presencia.

— ¡Cariño, ya estás aquí! — exclamó abrazándola con fuerza.

Lidia respondió con el mismo amor a su abrazo y a sus besos.

Con reticencia, ambos enamorados se separaron, y mientras James cogía a Michael y lo abrazaba, Lidia le iba contando todo lo ocurrido en Miami.

— Mis padres te envían recuerdos y te invitan a que les hagas una visita cuando desees. Son maravillosos, James. Estoy segura de que te encantarán.

— Me caen ya bien sólo por el hecho de haber tenido una hija tan especial como tú — dijo mirándola con arrobamiento.

Lidia le besó agradecida y se cogió de su brazo, dichosa.

James nunca había sido tan feliz. Todos los que le rodeaban le notaban más contento y alegre que nunca. Aunque sabían a qué se D debía ese cambio, les seguía sorprendiendo que el arrogante y poderoso James Vantor se hubiera enamorado tan perdidamente de una hispana de la clase media. Tanto sus colaboradores como sus amigos comprendían que la belleza de la señorita Villena era como para volver loco a cualquiera, pero nunca hubieran pensado que James sucumbiera tan profundamente ante sus encantos.

Uno de los que más se alegraba de esta relación era el señor Vantor. Quería mucho a su hijo y sabía que estaba enamorado de la señorita Villena, por esa razón deseaba que siguieran juntos y criaran a su hijo con el mismo amor y entrega que ellos se profesaban. Él siempre había pensado que el mayor logro de un hombre era conseguir una buena esposa para toda la vida. De nada servía tener un buen trabajo y dinero si no se disfrutaba de la felicidad en el hogar. Su mujer también estaba de acuerdo, aunque sólo consideraba "mujer adecuada" a las chicas que pertenecían a su círculo de amistades. Nancy se había encargado de inculcarle esta idea a James, de la que él discrepaba ahora rotundamente.

Simon Parnell había insistido durante mucho tiempo para que Lidia aceptara su trabajo en Miami. Ante la evidencia de que el futuro de esa chica estaba en Boston, le ofreció colaborar en uno de sus periódicos. Lidia se comprometió a escribir un artículo diario sobre algún tema de actualidad. Tendría que ponerse al día con rapidez. Haría el trabajo desde casa, que era lo que ella quería de momento.

Ante la insistencia de sus alumnas, Lidia prometió llevar a su hijo a su próxima clase.

— Espero que se porte bien y nos deje trabajar.

— Yo también tengo niños — comentó una de sus alumnas— . Si quiere los puedo traer para que jueguen con su hijo.

— ¡Una idea excelente! Me encantaría que se conocieran y jugaran. Mientras tanto, nosotras podemos preparar un café y charlar. ¿Os parece bien? — preguntó Lidia, contenta.

Todas estuvieron de acuerdo. En un momento hicieron una lista con lo que necesitaba llevar cada una para la reunión.

James había visto poco a Lidia durante esa semana. En el despacho habían tenido dos importantes casos a los que había tenido que dedicar mucho tiempo, y en las Industrias Vantor habían tenido una serie de problemas con varios productos. Aunque Lidia siempre lo esperaba, cuando llegaba era tan tarde y se encontraba tan cansado, que sólo le apetecía cenar algo rápido y acostarse. Hoy había tenido lugar el último juicio y habían ganado. Si bien estaba satisfecho de su trabajo, todavía arrastraba la tensión acumulada durante todos esos días. Lidia era su bálsamo perfecto, la única persona a la que quería tener a su lado en esos momentos para que le hablara y le diera todo su cariño, que era lo que él más necesitaba.

Con fastidio recordó que ella tenía las clases en la parroquia y que llegaría más tarde. No se resignaba a llegar a casa y no encontrarla, por lo que decidió ir hasta la parroquia para recogerla.

Las clases ya debían haber terminado. Oyó risas y voces infantiles al otro lado de la

puerta. Llamó dos veces, pero nadie respondió. Optó por abrir para preguntar por Lidia.

Había mucha gente en la habitación, gente humilde, vestida con vistosos colores, charlando alegremente unos con otros. Iba a volverse pensando que Lidia ya no estaba allí, cuando vio a su hijo en brazos de una de las mujeres, rodeada de otras mujeres hispanas, haciéndole carantoñas al niño.

"¡Esto ya es demasiado!", se dijo James antes de dirigirse hacia el grupo de desconocidas.

— Perdonen — dijo interrumpiéndolas— , pero me voy a llevar al niño — les advirtió haciendo ademán de cogerlo.

— ¡Cómo que se va a llevar a este niño?, ¿pero quién es usted?

— preguntó una de ellas mirándolo con desconfianza.

— ¡Soy su padre y me lo voy a llevar ahora mismo! — exclamó muy enfadado.

Lidia miró en la dirección de donde provenían las voces y enseguida adivinó lo que estaba ocurriendo. Dejando al padre López con la palabra en la boca, corrió hacia donde estaba James. Él ya tenía a su hijo en sus brazos y la miraba con furia. Lidia tranquilizó a las mujeres y se alejó un poco con James y Michael.

— ¡No permitiré que traigas a mi hijo a tus reuniones y lo rodees de toda esta gente! Me molesta enormemente que tú lo hagas, pero soy consciente de que no puedo prohibírtelo. Con Michael es distinto. A él lo voy a educar a mi manera y, desde luego, no toleraré que se vea rodeado desde pequeño de...

— ¿Seres humanos menos afortunados que usted, señor Vantor?

— le interrumpió el padre López sonriendo con bondad— . No crea que no le comprendo. Sé que para una persona como usted, que ha vivido toda su vida en la abundancia y que se ha visto siempre rodeado de personas igual de afortunadas, es muy difícil llegar a comprender que haya seres desgraciados y marginados en la sociedad. Yo le estoy muy agradecido porque usted nos ayuda muchísimo, pero debe comprender a las personas que también quieren colaborar con su presencia, como es el caso de Lidia. Ella y muchos como ella hacen una gran labor social, labor que sólo Dios sabrá recompensar.

Esa conversación ya la habían mantenido anteriormente, y al parecer, ninguno de los dos cejaba en su empeño.

— Estoy dispuesto a pagar a una persona que trabaje en su lugar. A ella la necesito yo y también nuestro hijo — contestó mirándola con resentimiento.

— Vosotros sois los primeros, James, y tú lo sabes — se defendió Lidia.

— Eso quiero creer; sin embargo hoy no estabas en casa cuando yo te necesitaba.

Lidia cerró durante unos segundos los ojos y a continuación lo miró apenada.

— Será mejor que discutamos esto en privado. ¿Podrías esperarme en el coche, por favor? — preguntó con suavidad.

Lidia miró consternada al sacerdote, una vez que James había salido.

— Lo siento, padre.

— Tienes que darle tiempo, Lidia. Después de tantos años de sacerdocio, conozco bien el alma humana y sé que ese muchacho está pasando por una etapa crucial en su vida. En un momento determinado de nuestro camino todos llegamos a un punto en el que debemos elegir qué vereda tomar. Unos se guían por el instinto, otros por la conciencia, otros por la vida material, pero el joven Vantor sólo se ha guiado por el profundo amor que te tiene. Él te ha elegido a ti. Ahora debe luchar contra sus propias creencias y contra su educación para poder comprenderte — le explicó el sacerdote con suavidad— . Poco a poco va saliendo de su cascarón protector y empieza a conocer la realidad del mundo a través de ti. Le sorprende, le repele y le asusta ese mundo, de ahí su resistencia a convivir con él. Tendrás que tener paciencia con él y poco a poco hacerle comprender que la mejor forma de ser feliz es entregándose a los demás. No será una tarea fácil, Lidia, pero estoy seguro de que lo conseguirás.

Los dos coches entraron en el garaje, uno detrás de otro.

James cogió al niño de la parte de atrás del coche de Lidia y subieron en el ascensor sin hablar.

James estaba muy perturbado por todo lo que había sucedido.

Tenía que reconocer que él no estaba en su mejor momento psíquico. Debido al intenso trabajo que había tenido últimamente, se encontraba nervioso y muy susceptible. Lidia siempre le tranquilizaba y le hacía olvidar sus preocupaciones. Era un verdadero ángel, una mujer única, pero... él la necesitaba más tiempo.

Mientras cenaban, James le cogió la mano y le pidió perdón.

— No me he portado bien y te prometo que pienso disculparme con ellos. — Haciendo una pausa para mirarla en profundidad, continuó— . Lidia, por favor, ¿sería mucho pedir que te dedicaras tan sólo a mí y a nuestro hijo?

— ¿Deseas que deje también mi trabajo para el periódico? — preguntó muy seria.

— ¡Por supuesto que no! — exclamó ofendido— . Me encanta que trabajes en lo que te gusta. Lo único que pido es que ni tu trabajo ni el mío nos impidan estar juntos.

Lidia separó su mano de la de él y lo miró con gesto grave.

— ¿Cuántas veces no he estado en casa cuando tú has llegado?

— Varias.

— ¿Y cuántas veces te he esperado yo hasta muy tarde con la cena preparada?

— Muchas, pero es distinto; yo venía de mi trabajo.

— Para mí las clases de la parroquia son un trabajo más. Cierto que no me pagan por él, pero a mí me da más satisfacciones que ningún otro.

James arrojó la servilleta sobre la mesa y se levantó con brusquedad.

— ¡No puedo comprender que una mujer hermosa e inteligente como tú encuentre placer en estar rodeada de gente ignorante y vulgar! — bramó con irritación.

Lidia se levantó furiosa de la mesa y se encaró con él.

— Prefiero estar con esa buena gente, aunque sea ignorante, antes que con muchos de tus amigos, cuyas únicas cualidades son la estupidez y la petulancia.

— No los conoces lo suficiente, Lidia, no les juzgues a la ligera — contestó intentando calmarse.

— Tú tampoco conoces a mis amigas.

— ¡No son tus amigas! Tu amiga aquí es Mary y todas las que tienes en Miami; no trates de confundir las cosas. Yo no digo que sean mala gente, pero tienes que reconocer que llevan una vida distinta a la nuestra. Aunque estamos obligados a ayudarlos, en eso estoy de acuerdo contigo, no tenemos por qué relacionarnos con ellos.

James se acercó despacio a Lidia y la tomó por los hombros.

— Lidia, tú ahora estás conmigo y llevas otra clase de vida...

— Ambas pueden ser compatibles. Soy muy feliz contigo y con nuestro hijo, ¿por qué no puedo ayudar también a los demás en la forma que deseo?; no hago nada malo, James, ¿por qué intentas impedírmelo?

— No deseo ver a mi mujer rodeada de mendigos y parias. Tú te mereces lo mejor y eso es lo que te ofrezco. Colaboremos en todo lo que podamos con los necesitados, pero no con tu presencia.

Lidia rechazó el beso que él intentó darle.

— Voy a terminar mis clases en la parroquia, James. Siento mucho disgustarte con esto. Me he comprometido con muchas personas y no pienso decepcionarles.

James la miró descorazonado y entró en el dormitorio sin decir nada más. Ninguno de los dos consiguió dormir bien, pensando cada uno en su causa y justificando sus propias acciones. Al día siguiente no volvieron a tocar el tema que siempre los distanciaba, pero ambos se mostraron fríos y reservados.

Antes de decidirse a pedirle a Lidia que se casara con él, James quería que ella comprendiera que al ingresar en la familia Vantor su forma de vida tenía que cambiar radicalmente. No solamente cambiarían de casa, viviendo a partir de su boda en su amplio piso, sino que tendría que aprender a relacionarse con sus amigos e intentar comprenderlos. A pesar de que algunos de ellos eran un poco frívolos, también los había bondadosos y comprensivos. En cuanto Lidia los tratase, los apreciaría igual que él. Sabía que tenía una ardua tarea por delante. Tarde o temprano la convencería.

James deseaba que fuera cuanto antes, pues estaba empezando a cansarse de la ambigua

situación que ambos mantenían.

Lidia fue requerida por el padre López, nada más terminar las clases.

— Siento molestarte, Lidia, pero creo que eres la única persona que nos puede ayudar.

— Sabe que, si está en mi mano, lo haré encantada — contestó ella complaciente.

— Sé que lo que te voy a pedir no va a ser fácil de conseguir por tu parte. He recurrido a ti porque debemos resolver un asunto con urgencia — le explicó con gesto apesadumbrado— . Se trata de Manuel Gómez, un joven chileno allegado a la parroquia. Es muy buen muchacho y ha estado trabajando hasta hace unos meses. Durante ese tiempo se ha enamorado de una chica norteamericana y ella de él. Quieren casarse, pero el servicio de inmigración cree que lo hacen para que él pueda quedarse en el país y quieren repatriarlo a Chile.

Los dos jóvenes están destrozados; saben que por sus propios medios serían incapaces de demostrar ante los de inmigración o ante un tribunal que están enamorados de verdad. Necesitan un buen abogado que los defienda; a ser posible un buen abogado de aquí, con prestigio — terminó mirando a Lidia con cierta timidez, sabiendo muy bien lo que le pedía y lo que representaría para ella.

— Comprendo lo que quiere decir, padre, y le prometo que haré todo lo posible para convencer a James. Ultimamente..., bueno, está un poco disgustado conmigo. Espero que James no sea tan testarudo como yo — comentó forzando una sonrisa para tranquilizar al sacerdote.

Lidia no deseaba otra discusión con James, pero tenía que ayudar a otra persona con urgencia. En esos momentos, era para ella de lo más embarazoso tener que hablarle precisamente del tema que siempre provocaba su desagrado; desafortunadamente, no tenía más remedio. Debía enfrentarse al problema con valentía, aunque luego las consecuencias fueran nefastas. Ésta era una situación urgente y él tenía que colaborar. Le iba a coger un poco a traición, pero no había tiempo para negarse y menos para discutir.

Esa misma noche, citó a Manuel en su casa. Ambos estaban sentados en el salón cuando James llegó. A pesar de su nerviosismo, Lidia trató de comportarse con naturalidad. Después de saludar a James con un beso, le presentó a Manuel y le contó la desgraciada situación en la que se encontraba. A pesar de que James captó enseguida que había sido objeto de una encerrona por parte de Lidia, no dio ningún indicio de haberse dado cuenta. Se sentó tranquilamente y escuchó con interés lo que el hispano le contaba.

Prestando toda su atención, su mente también daba vueltas y deducía que esta era la oportunidad que necesitaba para que Lidia comprendiera que ellos dos siempre debían ayudarse y complacerse.

Ella deseaba ahora que él ayudara a ese chico y lo haría. Si la conocía como él creía, Lidia no tardaría en reaccionar.

— Sí, tu situación es difícil, pero Lidia y yo te ayudaremos para que puedas quedarte aquí con tu novia. Preséntate mañana en mi despacho, en esta dirección — dijo entregándole una tarjeta.

— Muchas gracias, señor Vantor; es usted muy bueno — respondió el muchacho, agradecido.

Lidia estaba atónita. En cuanto la puerta se cerró y ambos volvieron a encontrarse solos, lo miró con arrobamiento y le besó con amor. James aprovechó ese gesto para demostrarle él también todo su cariño y pasión.

— Gracias, amor mío, muchas gracias por ayudarle en mi nombre — le susurraba ella con voz apasionada— . Siempre que te he necesitado, me has ayudado, en cambio yo... bueno, no te he complacido siempre que me lo has pedido. Lo siento, James, siento disgustarte por mi forma de ser...

Él la besó con desesperación y no la dejó terminar.

— Me gustas como eres, aunque a veces me des pequeños disgustos.

— ¡Oh, James, te quiero tanto...!

— Y yo te amo con todo mi corazón y toda mi alma — confesó emocionado— . Lidia, deseo que seas mi mujer, ¿quieres casarte conmigo? — le preguntó mirándola fijamente a los ojos.

Lidia se apartó de él y lo miró completamente perpleja. Sabía que James la quería, su corazón se lo decía, pero no estaba muy segura de que alguna vez llegara a pedirle que fuera su esposa.

Tenían un hijo en común y eran muy felices juntos, sin embargo, la misma sociedad los separaba, o más bien los convencionalismos y la hipocresía de esa sociedad. Ahora él rompía con las reglas del pequeño mundo en el que siempre se había movido y se decantaba por la mujer que amaba. Era una valentía por su parte, sobre todo si se tenía en cuenta que también debía enfrentarse a su familia. James lo había decidido hacía tiempo y nada ni nadie lo separarían de la única mujer a la que había querido y querría toda su vida.

— ¡James!, ¿estás seguro de lo que me estás pidiendo?

Él sonrió y la abrazó con ternura.

— Por regla general, soy un hombre bastante cabal y sé muy bien lo que hago. Tú eres lo más importante que me ha ocurrido en la vida, y ten por seguro que no voy a dejarte escapar. Te quiero, Lidia, y deseo convertirte en mi esposa lo antes posible. Estoy muy seguro del paso que voy a dar, cariño, y debo advertirte que mi matrimonio será para toda la vida — declaró dedicándole una mirada de lo más significativa— . No te exijo una respuesta ahora mismo, pues sé que no esperabas mi petición, pero, por favor, no te demores mucho.

Con los ojos transparentes por la emoción, Lidia le besó con ternura y se abrazó a él con fuerza.

— No tengo nada que pensar, amor. Yo también te amo con locura y deseo ser tu mujer más que nada en el mundo.

James le acarició el rostro y le expresó con la mirada todo lo que sentía desde que la conoció: amor, deseo, pasión y una urgente necesidad de tenerla continuamente a su lado.

— Ningún hombre puede ser tan feliz como yo en estos momentos — declaró antes de besarla con todo el anhelo que sentía su corazón.

Llevaban varios meses juntos, pero hasta ese momento, en el que ambos se habían declarado su amor, no se habían sentido tan unidos. Su unión fue distinta en esa ocasión. Libres del gran peso de la duda, ambos se entregaron sin egoísmos ni temerosos pensamientos. Se amaban, y los dos se lo demostraron con la profundidad de sentimientos que da la adoración mutua.

James se dedicó al caso de Manuel Gómez con entusiasmo y dedicación. Esta era la primera vez que trabajaba por caridad, y, para su sorpresa, lo estaba haciendo con gusto. El hecho de que Lidia le quisiera y hubiera aceptado casarse con él, le había dado unas tremendas energías para resolver cualquier problema que se le presentara. Se encontraba eufórico y alegre con todos, satisfecho de la vida y deseando que pasara rápidamente el tiempo para poder tener, ¡por fin! a Lidia con él como su esposa.

Mary abrazó a Lidia con afecto.

— ¡Enhorabuena, cielo! Tanto James como tú sois dos testarudos, pero yo sabía que tarde o temprano resolveríais vuestros problemas y formaríais una familia — comentó alegre— . ¿Qué tal está Michael?

— Muy bien. James y yo estamos encantados con él.

Irving y el padre López también se alegraron mucho con la noticia.

— ¡Querida Lidia, qué maravillosa noticia! — exclamó Irving con satisfacción— . Siempre he apreciado al joven Vantor, y ahora comprendo que es más inteligente de lo que yo creía. Os merecéis el uno al otro, y sé que seréis muy felices juntos.

Se veían con mucha frecuencia. Algunas veces también les acompañaba James, cuando el trabajo se lo permitía, pero Lidia y el niño contactaban con Irving una vez a la semana. Le invitaba muchas veces a cenar o a estar con ellos en su casa. Irving casi siempre rehusaba. Aunque le encantaba estar con Lidia y James, no quería molestarlos. Prefería que ellos fueran a su casa cuando quisieran.

James sabía que su padre aprobaría su matrimonio con Lidia.

También era consciente de la lucha verbal que tendría que mantener con su madre a propósito de su boda. Se sentía tan feliz que estaba dispuesto a mostrarse comprensivo incluso con ella; no deseaba perder el tiempo con discusiones inútiles.

— No sé por qué te opones, mamá. Tu te casaste con quien quisiste, ¿no?, pues eso mismo pienso hacer yo.

Nancy Vantor bufó exasperada.

— ¡No compares mi matrimonio con el tuyo! Tu padre era amigo mío. Digamos... que estaba a la altura de mi familia — añadió con petulancia.

— Gracias, querida — comentó su marido con sorna.

— Si comparamos la familia de Lidia con la mía, la única diferencia clara es el dinero, y te aseguro que eso no nos importa a ninguno de los dos.

— El dinero, la posición, la educación...

— Lidia ha sido muy bien educada por sus padres, personas instruidas e inteligentes. Su padre, profesor de Historia en la Universidad, quizás sea más culto que todos nosotros. Lidia ha estudiado también una carrera universitaria, igual que yo, lo que, por cierto, no han conseguido realizar la mayoría de las candidatas a mi mano que tú tenías buscadas –agregó incisivo— . Sabe ganarse la vida muy bien; yo soy el único culpable de que Lidia no sea ahora mismo una estrella de la radio. Respecto a la posición, eso es tan sólo circunstancial, puesto que nadie puede elegir la familia en la que nace — continuó esgrimiendo sus lógicos argumentos— . Sé que tenías la ilusión de que me casara con una mujer conocida, y yo lo habría hecho con gusto si me hubiera enamorado, pero no ha sido así.

Conocí a Lidia por casualidad y me enamoré de ella instantáneamente. Además de ser muy hermosa, es una mujer maravillosa y buena, digna del mejor de los hombres, aunque ella me haya elegido a mí — añadió desbordado de orgullo— . He tenido esa suerte y creo sinceramente que todos, incluida tú, mamá, estaremos siempre orgullosos de tenerla en nuestra familia.

— Si tú la quieres es porque debe ser una joven excelente — comentó su padre animando a su hijo— . Debes traerla cuanto antes para que nos conozcamos sin tanta formalidad como la primera vez.

Su madre los miró alarmada. Si no actuaba con astucia, James, con la ayuda de su padre, se saldría con la suya. Todavía no estaba vencida, pero necesitaba tiempo para actuar. Su hijo, su único hijo, no se casaría con una simple hispana desconocida.

Rose Asder visitaba a Lidia con frecuencia. Los días que hacía mal tiempo, solían merendar en casa; los que lucía el sol, le gustaba mucho acompañar a su nieta y a su bisnieto al parque. Allí, mientras Michael jugaba, ellas charlaban y se divertían con los últimos cotilleos que contaba Rose. El día que Lidia le anunció su compromiso con James, Rose se emocionó, pensando en la cantidad de veces que le había pedido a Dios que ayudara a su nieta. Sus oraciones habían sido escuchadas, y para su enorme felicidad, en breve tiempo, la hija de su añorada Rose Mary sería la esposa feliz de un hombre excelente.

Después de hablar con sus padres, Lidia les prometió que en breve tiempo, James y ella irían a verlos.

La feliz pareja vivía como en una nube de dicha. Eran el centro de atención de mucha gente, sobre todo por parte de amigos y conocidos de James. Pese a la sorpresa que supuso para todos ese súbito anuncio, les agasajaban con fiestas y celebraciones. Lidia se sentía un poco retraída ante tantas caras nuevas, pero agradecía con agradables palabras y cautivadoras sonrisas todas las atenciones de las que eran objeto. Muy orgullosa, contemplaba con satisfacción el cariño que los amigos le demostraban a James. Le apreciaban y le respetaban, aceptándola también a ella por el mero hecho de ser su futura esposa. Por James, ella también se mostraba amable y comprensiva con todos.

## 28

Todos felicitaron a James después del juicio. Manuel Gómez había ganado. Él y su novia podrían casarse y permanecer en los Estados Unidos para siempre, si así lo deseaban. Lidia estaba exultante de alegría, no solamente por los jóvenes enamorados, que ya no tendrían que sufrir más, sino también por el éxito de James. Ese caso no le iba a aportar nada económicamente hablando, pero Lidia estaba convencida de que le había venido bien conocer y vivir los problemas con los que se encuentran los inmigrantes cuando llegan a un nuevo país. Habían hablado mucho sobre ello y habían profundizado en las dificultades sociales, familiares y económicas con las que se tenían que enfrentar. James comprendía la situación de esa gente, aunque no siempre le daba la razón a Lidia.

Ambos tenían razón en algunos de sus argumentos. Las charlas que mantenían a este respecto siempre eran enriquecedoras, sin embargo, Lidia terminaba siempre con la sensación de que ninguno de los dos se convencía mutuamente.

James había ayudado al joven chileno porque Lidia se lo había pedido y porque, una vez conocido el caso, su sentido de la justicia así se lo exigía. Eso no quería decir que aprobara la postura de Lidia con respecto a los más humildes.

T Ella tenía la esperanza de que con paciencia y constancia lograría que él la apoyara.

Todavía no habían fijado la fecha de la boda. Ambos jóvenes preferían que fuera en verano. Lidia no deseaba una gran celebración, por lo que habían decidido casarse en la intimidad, acompañados tan sólo de sus familiares y amigos más íntimos.

— Será como tú quieras, cariño. La pomposidad con la que se celebran algunas bodas tampoco es de mi agrado. Para mí sólo existirás tú en esos momentos. Lo demás no me importa — dijo abrazándola.

— Te quiero, James, y prometo hacerte muy feliz.

Rose se presentó un día muy contenta en casa de Lidia. Le gustaba mucho la casa de su nieta y en esa ocasión alabó las bellas flores que llenaban el salón.

— James sabe que me encantan y me las envía continuamente.

Me gusta que te mime. No dudo de que será un marido excelente.

Rose traía un paquete en la mano. Se lo entregó a Lidia después de darle un cariñoso abrazo.

— Es mi regalo de boda, querida.

Lidia la miró con afecto y abrió el envoltorio con cuidado. Su expresión de asombro al ver la maravillosa pulsera que se presentaba ante sus ojos, hizo reír a Rose.

— ¡Qué preciosidad! Pero Rose... yo..., bueno, no se qué decir sino...

Y se abrazó a ella con fuerza.

— Muchas gracias, abuela — dijo emocionada.

— No tienes nada que agradecerme, cielo. Esta pulsera te pertenece porque era de tu madre. Tu abuelo y yo se la regalamos el día que se puso de largo — recordó nostálgica— . Fue una fiesta preciosa y tengo la gran satisfacción de saber que ella fue muy feliz ese día.

— Yo también estoy muy feliz de poder llevar el día de mi boda algo que perteneció a mi madre — afirmó contenta.

— Tengo también otra sorpresa para ti, querida Lidia, pero antes de iniciar los preparativos, deseo obtener tu aprobación.

— Sea lo que sea, puedes contar con mi aceptación.

— Me halaga que confíes tanto en mí — contestó la dama agradecida— . Se trata de organizar en mi casa una fiesta en vuestro honor. A raíz de conocerte ha vuelto a renacer la ilusión en mí. Me siento viva de nuevo, y aunque a petición tuya no puedo proclamar que eres mi nieta, quiero agasajarte de alguna manera y deseo hacerlo en mi casa, que es también la tuya.

— Será un placer para mí y para James — exclamó dándole un beso.

James aceptó la invitación de Rose Asder con escepticismo.

Desde el altercado con los Abock, a raíz de la denuncia que le pusieron a Lidia, no le resultaban simpáticos.

— Reconozco que Rose es distinta, pero no me agrada estar cerca de los Abock y menos

aún meterme en su casa.

— Esa casa es de Rose, aunque ellos también vivan allí — le aclaró ella con ternura— . Comprendo lo que sientes, cariño, y yo también prefiero estar alejada de ellos. No obstante, en esta ocasión no podemos negarnos. Rose es una mujer buena y atenta. Me tiene mucho cariño y desea con gran ilusión organizar esa fiesta en nuestro honor.

James la miró con embeleso y la sentó en sus rodillas.

— Me guste o no me guste, lo que deseo es complacerte, así que haré lo que me pidas — afirmó mirándola seductoramente mientras la acercaba para besarla.

Aun no teniendo nada que celebrar, Nancy Vantor pensó que la fiesta que Rose Asder pensaba dar en honor de James y Lidia podría ser una buena ocasión para hablar con la hispana. Era el último recurso que le quedaba para intentar anular la boda. A James no había logrado convencerlo, y para colmo, su marido estaba de su parte. Quizás este desafortunado asunto tuviera una solución si pudiera persuadir a la periodista de que se alejara de su hijo apelando a su bondad y a su amor por él. Si James se casaba con ella, sus amigos y toda la gente de la que siempre se había visto rodeado se alejarían de él, provocando, tarde o temprano, una gran desazón y tristeza en su ánimo. Eso perjudicaría al matrimonio, puesto que Lidia tampoco sería feliz viendo que su marido no lo era.

Dudando acerca de la reacción de la chica, Nancy intuía que con un poco de suerte quizás consiguiera llegar a un trato con ella.

Rose había invitado a mucha gente a la fiesta. Lo había organizado todo con esmero e ilusión, exactamente igual que si Lidia hubiera figurado oficialmente como su nieta. Para Rose no había ninguna diferencia, aunque respetaba el deseo de Lidia de dejar incólume el nombre de su madre.

Afortunadamente, su hija Jennifer también estaba encantada con su sobrina, y su yerno y sus nietos parecían haberse rendido ante la evidencia de que su familia constaba de dos miembros más.

Si bien en un principio intentaron evitar que Lidia entrara en la familia para no tener que repartir la herencia, ahora se encontraban satisfechos de que ella no tuviera ningún interés por sus negocios.

Ellos seguían llevando las riendas de todo, y eso era lo más importante para los Abock.

— Otra cosa será el marido. En cuanto James Vantor se entere de quién es realmente su mujer querrá defender los intereses de Lidia que, en parte, serán también los suyos — comentó Thomas Abock con aprensión— . Teniendo en cuenta lo listo que es para los negocios, no me extrañaría que empezara a pedirnos cuentas... ¡maldita sea!

Su hijo Sean suspiró con impaciencia.

— Papá, por favor, no empecemos de nuevo. Ya sabemos que Vantor tiene sus motivos para no congeniar con nosotros, pero adora a Lidia y hará lo que ella diga. ¡Bastante tiene él con sus propias empresas!

El gesto de Thomas Abock expresaba poca convicción.

— Ojalá tengas razón.

El espejo reflejó la radiante figura de Lidia. Como era habitual en ella, su sencillez y su armónica elegancia hacían resaltar aún más su belleza. James y ella habían elegido el modelo que llevaba en esos momentos: falda en muselina color tabaco con la cintura drapeada y cuerpo sin tirantes, bordado en pedrería. El pelo lo llevaba recogido, y como único adorno lucía la cruz y la pulsera que su abuela le había regalado.

James la miraba embobado, siguiendo con admiración cada uno de sus movimientos.

— Todavía no puedo creer que seas mía, amor. Dudo que haya otro mortal en la tierra con más suerte que yo — dijo acercándose peligrosamente a Lidia.

— ¡James...! — exclamó ella alejándose de él— , debemos irnos..., se hace tarde.

— ¿Tú crees? — preguntó con sonrisa burlona— . Está bien; entonces sólo un besito.

Lidia rió y lo besó con cariño.

— Pero antes de salir — dijo James sujetándola contra él— , quiero entregarte mi primer regalo de compromiso.

Lidia cogió el paquete con nerviosismo y lo abrió con cuidado.

Un bonito estuche forrado de terciopelo apareció ante sus ojos.

Dentro, un par de pendientes, bellamente diseñados con brillantes y una perla en forma de lágrima, la deslumbraron con sus destellos.

Sus ojos, brillantes de felicidad, subieron lentamente desde el estuche hasta los expresivos ojos verdes de James, transmitiéndole, con su profunda mirada, todo su agradecimiento.

— Gracias, cariño: son preciosos.

— No es nada comparado con la felicidad que tú me das — declaró abrazándola por la cintura y besándola suavemente en los labios.

Lidia se puso los pendientes y alabó de nuevo el gusto de James.

La gran mansión de Rose Asder se vistió de gala la noche de la cena— baile en honor de los jóvenes enamorados.

Lidia siempre la había admirado cada vez que había estado allí, pero esa noche lucía en todo su esplendor con los adornos luminosos y florales que se habían dispuesto en todos los rincones de la casa.

Rose salió a recibir a la pareja y los abrazó con cariño. Jennifer la besó con afecto, y los Abock, una vez asimilado el impacto que les produjo la belleza de Lidia, también la saludaron con respeto. James les dio la mano, sin hacer ningún esfuerzo por mostrarse simpático con ellos. Con Rose fue distinto, charló y bromeó con ella hasta que empezaron a llegar los primeros invitados.

La pareja de novios y Rose se colocaron de pie en el enorme hall para saludar a todos los que llegaban. Las habitaciones de la planta baja se comunicaban unas con otras a través de las puertas abiertas para ampliar el espacio y permitir que los invitados se movieran con más comodidad. Aparte del buffet y de la zona de baile, se había dispuesto una sala con varias mesas de juego por si a los invitados les apetecía jugar una partida después de cenar.

Lidia sonreía complacida al escuchar las alabanzas de las que era objeto, sonriendo a James con picardía cada vez que alguno de los dos recibía una excesiva atención por parte de alguno de los invitados. Acompañados de Rose se dirigieron a la mesa donde estaba dispuesta la comida y se sirvieron. Lidia no tenía hambre, pero probó un poco de diferentes platos para complacer a su abuela.

Continuamente eran abordados por amigos y conocidos que bromeaban con James acerca de su próxima boda.

— Creo que la única solución para que nos dejen charlar un rato a solas es que bailemos. ¿Me concedes ese honor? — le preguntó James al oído.

— Me encantaría — contestó Lidia en un susurro.

Se unieron a las parejas que se encontraban en la improvisada pista y, muy unidos, siguieron el ritmo de la melodía.

Mirándose con arrobamiento y dedicándose las más dulces palabras de amor, se olvidaron de todo lo que los rodeaba. En ese momento sólo existían ellos dos y su mutuo amor.

— James –le llamó su padre golpeándole suavemente en el hombro— . ¿Podría tener el placer de bailar con mi futura nuera? Ya sé que es difícil para ti dejarla — comentó bromeando— , pero creo que Lidia y yo debemos empezar a conocernos mejor.

El joven se apartó con reticencia, complacido a la vez de que su padre fuera tan atento con Lidia.

— Ya nos conocimos anteriormente, pero tenía ganas de hablar contigo de nuevo.

— Será un placer — contestó ella con cortesía.

— Hacía tiempo que quería darte las gracias por haber traído al mundo a mi nieto — comentó Howard Vantor con amabilidad— . Es un niño precioso, igual que James cuando era pequeño, y tanto su abuela como yo estamos muy felices con él.

— A mí me complace enormemente que mi hijo sea tan querido.

Siempre he considerado que es muy bueno para Michael verse rodeado del cariño de sus abuelos.

— Más importante es el amor de sus padres — remarcó él.

— Siempre lo ha tenido, pese a las diferencias que nos hayan separado a veces a James y

a mí. Ambos le adoramos y, pase lo que pase, Michael siempre será lo más importante para nosotros.

— Sé que es así, querida, pero hay que estar alerta y luchar mucho por lo que se quiere. James y tú vais a iniciar una nueva vida juntos, la cual no estará exenta de dificultades. De todas formas, esos problemas siempre se pueden superar con buen juicio y tenacidad — le aconsejó— . Contáis con el amor, que es la base principal para que un matrimonio se consolide, pero hay que cuidarlo y mantenerlo diariamente. Sed fuertes y lo conseguiréis — la animó con gentileza.

Lidia se alegró de contar con un aliado en la familia. Teniendo en cuenta la frialdad con la que la madre de James la había saludado hacía un momento, era obvio que nunca podría contar con su afecto o con su ayuda.

Antes de llevarla de nuevo con James, la miró con franca expresión y le dijo mientras acercaba su mano a los labios para besarla:

— ¡Bienvenida a la familia Vantor!

— También has hechizado a mi padre — le dijo más tarde James risueño.

— Me ha parecido un hombre encantador y con mucho sentido común.

— Sí, debo reconocer que su sensatez iguala a su inteligencia.

Siempre he estado orgulloso de él.

Su abuela la solicitó de nuevo y la llevó en presencia de una anciana señora que se encontraba sentada en una silla de ruedas.

— Te presento a Melodie, una querida amiga que fue madrina de tu madre.

— ¡Dios mío, Rose!, ¡es igual que tu hija! — exclamó la señora, completamente asombrada del parecido de Lidia con su ahijada.

— Eres la única persona que sabe nuestro secreto, Melodie, y quería que comprobaras por ti misma que te había contado la verdad cuando te dije que había encontrado a mi nieta.

— No hay más que ver a esta bella dama para saber que es la hija de Rose Mary. Es para mí un verdadero placer conocerla, señorita Villena — dijo con afecto.

— Llámeme Lidia, por favor.

— Gracias, querida. Yo quería mucho a tu madre. No solamente porque Rose fuera mi mejor amiga, sino porque ella, por sí misma, se merecía el cariño de todos. Era una muchacha encantadora y me alegra saber que tú, según me ha contado tu abuela, seas tan parecida a ella.

— No creo que sea tan buena como mi madre, pero me alegra que mi abuela así lo crea — comentó mirando a Rose con cariño.

Estaba despidiéndose de la anciana señora, cuando su primo Sean se acercó a ella.

— ¡Por fin puedo hablar contigo! Estás tan solicitada esta noche que no hay forma de acercarse a ti.

— ¡Qué exagerado! — exclamó ella riendo.

— ¡Enhorabuena por tu compromiso! Os deseo mucha felicidad a James y a ti.

— Muchas gracias; eres muy amable.

James los vio reír y bailar, notando cómo la sombra de la duda anidaba en él. Nunca le gustó la forma en la que los Abock, contando con el consentimiento de Lidia, habían zanjado la cuestión del robo en su casa. Por amor a Lidia casi había olvidado ese asunto, sin embargo, cada vez que veía juntos a Lidia y a Sean en mutua complicidad, volvían a surgir en su mente interrogantes que no habían sido aclarados.

Las bromas de los amigos hicieron que olvidara por el momento a los Abock.

Lidia reparó repentinamente en el camarero que le ofrecía una copa de champán.

— ¡Héctor!, ¡qué sorpresa!

— ¡Enhorabuena, señorita Villena! Tanto mi mujer como yo le deseamos mucha felicidad.

— Muchas gracias. ¿Qué tal está Margarita?

— Muy bien. Está en la cocina. Hemos tenido la suerte de que nos contrataran a los dos para esta ocasión.

— ¡Ah!, ¿si? Ahora mismo iré a verla. Estaré encantada de saludarla.

Se disculpó con su primo y se dirigió hacia la cocina para charlar con su antigua alumna.

James departió un rato con sus amigos en el jardín. Se disponía a entrar de nuevo en el salón cuando escuchó una conversación que provenía desde detrás de un gran arbusto.

— La hispana ha resultado ser más lista de lo que pensábamos — le comentaba Brian Abock a su padre— . A pesar de tener un secreto en su pasado y de no ser absolutamente nadie, ha conseguido pescar a un pez gordo como Vantor.

— Ya os avisé de que no la subestimaseis. Esa mujer hechiza con su belleza. No solamente ha conquistado al todopoderoso Vantor y a tu abuela, sino que además a tu hermano le tiene bobito.

— Sí, la abuela es muy lista. Ella también ha sabido comprar su silencio, ¿o no te has fijado en la pulsera que lleva Lidia?

— Por supuesto que sí. Es una joya muy valiosa que Rose ha sabido invertir muy bien.

Las voces se alejaron y ya no pudo escuchar nada más.

James estaba petrificado. No podía creer que Lidia tuviera un secreto y no se lo hubiera contado. ¿Qué estaba sucediendo?

Con gesto preocupado entró en el salón y la buscó. La última vez que la había visto estaba con uno de los Abock, pero en esos momentos no se encontraba ni con él ni con su abuela. Miró por todas partes sin lograr dar con ella. Preguntó a varias personas, pero ninguno de ellos la había visto.

Su nerviosismo y furor iban en aumento. Sólo Mary, la amiga de Lidia, le supo indicar el camino que la había visto tomar. Él abrió la puerta que llevaba hacia la zona de servicio y terminó dando con la cocina. Desde fuera se escuchaban risas. Entró sin llamar y allí vio a Lidia, tranquilamente sentada, con una taza de café en la mano, charlando amigablemente con los sirvientes.

Al verle, todos se callaron. Lidia se puso de pie y se acercó a él con la mejor de sus sonrisas, presintiendo de alguna manera, al ver su rostro crispado, la tormenta que se avecinaba.

— Veo que no me obedeces ni piensas obedecerme, ¿verdad? — preguntó con aspereza.

Lidia miró azorada a sus amigos e intentó ser razonable. Sabía perfectamente a lo que James se refería.

— Procuro complacerte, James y, sinceramente, considero una tontería que te enfades por algo tan trivial.

— Sigues sin entenderlo. Continúas ignorando que mi familia es muy importante aquí y respeta con rigidez unas normas de conducta, normas que, es obvio — dijo señalando con la mano lo que le rodeaba— , tú no estás dispuesta a acatar.

El corazón de Lidia palpitaba con fuerza, condenando la obstinación y la arrogancia de James. Equivocadamente, Lidia había creído que James estaba intentando respetar su deseo de ayudar a los demás. Ahora veía que no era así. James la quería, eso no lo dudaba, pero con la condición de que se atuviera a sus reglas. Mientras ella se resistiera a sus deseos, no habría paz entre ellos.

Excepto ellos dos, todos habían desaparecido de la cocina.

— No tengo por qué acatar ninguna regla. Considero que el amor no admite condiciones; debe ser entregado libremente.

— ¡No es esa la cuestión! Lo que me fastidia es que no te importe lo que yo piense, y además, intentes manipularme — la acusó con rencor.

— ¡Manipularte?, ¿pero qué estás diciendo?

— Siempre has jugado con mis sentimientos. Supiste desde un principio que yo estaba loco por ti, y esa fue la mejor arma de la que pudiste disponer para conseguir todo lo que te propusiste, como por ejemplo el tema de nuestro hijo. Eres muy lista, Lidia, pero ha llegado el momento de que aclaremos algunas cuestiones — manifestó mirándola con hostilidad al tiempo que se acercaba a ella.

Lidia mantuvo el coraje y no retrocedió.

— Creí que todo estaba muy claro entre nosotros — respondió con expresión altanera— . Desde un principio sabías a lo que me dedicaba y aun así me pediste que me casara contigo; no entiendo que ahora tengas dudas respecto a mí.

— ¿Eso quiere decir que lo sé todo sobre ti? — preguntó retándola a que le mintiera.

Lidia lo miró extrañada. Conocía bien a James, al menos eso creía, y estaba empezando a darse cuenta de que él había entrado en la cocina con el único objetivo de discutir con ella. No sabía lo que podía haber ocurrido en el salón durante el tiempo que ella había estado hablando con sus amigos, pero debía haber oído algo desagradable sobre ella y se encontraba furioso. Eso quería decir que había dudado de ella, y un matrimonio no podía sostenerse sobre cimientos tan frágiles.

— A mí me basta con lo que sé de ti — contestó dirigiéndole una mirada dolorida.

Esa simple frase le habría bastado si se hubiera encontrado en un estado normal, pero James estaba fuera de sí, acosado por el demonio de los celos y la duda.

— ¡Yo quiero saberlo todo: lo que piensas, lo que sientes y todos tus secretos! — exclamó acercándola a él— . ¡No iré al matrimonio con recelos!

Lidia se apartó de él con ademán desdeñoso.

— ¡Vaya!, ¡el gran James Vantor III me amenaza con no casarse conmigo! — exclamó con sarcasmo— . ¡Pues sabes lo que te digo, que me alegro de que te hayas mostrado tal como eres: caprichoso, autoritario y arrogante, porque eso me recuerda que no me convienes, y me da pie para romper nuestro compromiso! — gritó con los ojos relampagueando de ira.

James la agarró con fuerza y no la dejó irse.

— ¡No harás nada hasta que me cuentes tu secreto!, ¡quiero saber si he sido engañado! — exclamó con genio.

— Te quedarás con la duda, James, porque yo no volveré a hablar contigo — afirmó intentando zafarse.

James la cogió de la muñeca y tocó la pulsera que Rose le había regalado. Levantó el brazo de Lidia y la miró. Sus dudas aumentaron al comprobar el valor de la joya. Sabía quién se la había regalado, pero quería oírselo decir a ella y que le explicara cuál era el motivo de tan suntuoso regalo.

— Parece que siempre se me adelanta alguien con los regalos — comentó con sequedad— . ¿Quién te ha regalado esta pulsera?

— Desde hace unos momentos ya no hay nada entre tú y yo. No te debo ninguna explicación.

— ¡No me provoques, Lidia, y contéstame! — le exigió él con expresión severa.

Dos camareros entraron de pronto, interrumpiendo a James.

Ya no podían continuar allí. Aferrándola fuertemente del brazo, se dirigió con ella hacia la puerta. Su objetivo era pasar lo más desapercibidos posible y dirigirse a casa para continuar con la discusión.

James vio sus planes frustrados al toparse con Rose nada más salir de la cocina.

— ¡Ah, estáis aquí! Lidia, querida, te estaba buscando para preguntarte si no te importaba hacerte una foto con Jennifer y conmigo. A vosotros ya os han hecho muchas — terminó risueña.

Lidia y James guardaron silencio para no desilusionar a Rose.

Completamente decepcionado, a James no le quedó más remedio que dejarla ir.

El fotógrafo las estaba esperando cuando Rose, su hija y su nieta, entraron en la habitación.

Después de posar durante un rato, Lidia se dirigió hacia la escalera para subir a una de las habitaciones. Su excusa fue el arreglo femenino, pero lo que quería era pensar con tranquilidad en lo que le había ocurrido con James. Se encontraba deshecha, todavía incrédula de que hubiera terminado toda relación con el hombre que amaba. Pero... ¡no!, no podía ser verdad. Estaba alterada y James completamente desquiciado por algo que ella no acertaba a descubrir. ¡Todo eso era absurdo! Ellos se quería, eran felices, tenían un hijo... ¡Cómo podía haberse dejado llevar por un arrebato de mal genio! No tenía sentido y ella lo solucionaría con James en esos mismos momentos.

Decidida a buscarlo, abrió la puerta con resolución, casi chocando con una camarera que llevaba un teléfono portátil en la mano.

— Alguien pregunta por usted, señorita Villena — dijo la joven alargándole el aparato.

Cogió el auricular pensando que quizá sería la niñera de Michael, pero sus ojos se dilataron con horror cuando el secretario de Irving le dijo que la llamaba desde Londres para comunicarle la mala noticia de que el señor Longley había sufrido un infarto. Lidia palideció, creyendo que las piernas le fallarían de un momento a otro. No podía desfallecer. Tenía que conservar la calma para informarse con todo detalle del estado exacto de Irving.

Sin perder un minuto llamó al aeropuerto para reservar cuatro billetes en el primer avión que saliera para Londres. Tenía sólo dos horas para preparar el equipaje y llegar a tiempo de coger el vuelo.

Corría para buscar a James y contarle lo sucedido cuando Nancy Vantor la detuvo.

— Si tienes un momento, Lidia, me gustaría hablar contigo.

Lidia la miró extrañada. ¿Qué tendría que decirle esa mujer?

Teniendo en cuenta que casi ni la había mirado las veces que habían coincidido, le sorprendió su petición. De todas formas, no le pareció mal firmar la paz con la madre de su futuro marido, si es que James y ella conseguían reconciliarse de una vez por todas.

Desgraciadamente, ese no era el momento. Lidia no podía perder ni un minuto. Necesitaba cada segundo para llegar a tiempo al aeropuerto y poder coger el avión que la llevaría al lado de su amigo.

— Lo siento, señora Vantor, pero debo encontrar a James cuanto antes.

La dama la miró alarmada.

— ¿Sucede algo malo?

— Mi amigo Irving Longley ha sufrido un infarto y debemos volar a Londres inmediatamente. El avión sale dentro de dos horas.

James y yo tenemos el tiempo justo para recoger a Michael — le explicó con precipitación— y salir hacia el aeropuerto.

Decepcionada inicialmente, Nancy reaccionó a tiempo para maquinar lo que sería el golpe definitivo.

— Entiendo, querida. No debes perder tiempo –señaló, mostrando su mejor sonrisa— . Adelántate tú y ve preparando a Michael. Yo avisaré a James. Él te alcanzará enseguida.

Lidia sonrió confiada.

— Gracias, Nancy. Por favor, díselo también a Rose Asder.

— Les transmitiré tu mensaje — contestó con fingida complacencia.

— Muchas gracias — contestó Lidia antes de salir corriendo por la escalera de servicio para que nadie la entretuviera.

Nada más desaparecer Lidia de su vista, en el rostro de Nancy Vantor se dibujó una sonrisa maliciosa. Esta era la oportunidad que había estado esperando. Sin quererlo, la joven hispana había puesto en sus manos la clave que necesitaba para romper su compromiso con su hijo. La periodista se había ido a Londres con urgencia, pero James no lo sabía ni lo sabría. Ahora era muy importante que ella evitara todo contacto entre ellos. Si conseguía que James se desilusionara por segunda vez de la hispana, era seguro que rompería definitivamente con ella. Conocía a su hijo y sabía que no aguantaría una segunda humillación.

## 29

La sorprendida niñera se levantó con precipitación cuando Lidia la llamó con urgencia. Mientras hacían el equipaje le explicó lo que había ocurrido y la necesidad imperiosa de coger ese avión.

— No me perdonaría que le ocurriera algo y yo no estuviera a su lado — comentó más para sí misma que para la chica.

Michael lloró al ver perturbado su sueño. Lidia lo consoló y lo vistió con rapidez. Sabía que el viaje le descentraría mucho, pero esa pequeña molestia no era nada comparada con la ilusión que le haría a Irving verle cuando estuviera mejor.

Ya estaban listos, pero James no llegaba. ¿Habría ido directo al aeropuerto? Nerviosa, llamó a casa de Rose Asder. Los minutos pasaban y el teléfono no dejaba de comunicar. Llamó también al móvil de James sin obtener respuesta. Lo había dejado en el coche.

Él mismo le comentó que esa noche no lo necesitaba. Eso quería decir que James no estaba conduciendo.

Desolada y con el corazón lleno de pesar por Irving y por lo que había sucedido con James, decidió coger un taxi y esperar a James en el aeropuerto. Triste y hondamente decepcionada, en cuanto el vuelo con destino Londres fue anunciado, Lidia supo que James no vendría. Al parecer, la discusión que habían mantenido en L casa de Rose había sido definitiva. James no la aceptaba como era y ella no podía cambiar. No había esperanzas para su relación. Se sentía nerviosa y exhausta, a punto de llorar por Irving y por lo que había sucedido entre James y ella. No se explicaba todavía la actitud de James. Había pasado en cuestión de minutos de un estado de felicidad absoluta a una postura agresiva y recelosa. James no era voluble en su conducta. Era un hombre directo y con las ideas claras. Esta convicción la llevaba a la conclusión de que algo o alguien ajeno a ellos dos había hecho que su confianza en ella se resquebrajara. Quizás fueran habladurías sin sentido, pero el que él hiciera caso de esos cotilleos le demostraba que su confianza en ella no era todavía lo suficiente sólida como para embarcarse en un matrimonio.

Su corazón estaba destrozado, sin esperanzas de recuperarse en mucho tiempo. Por otra parte, se alegraba de que este incidente hubiera ocurrido antes de casarse. James debía aceptarla como era, igual que ella lo aceptaba a él. De no ser así, nunca podrían formar un matrimonio estable.

No pudo dormir debido a la maraña de pensamientos que ocupaban su mente. A pesar de la tristeza y el cansancio que padecía, se sintió satisfecha de serle útil a Irving. Aunque no podría ayudarle físicamente, por lo menos estaría a su lado hasta que se recuperara.

Después de buscarla por todas partes, James dedujo con desesperación que Lidia se había ido. Sin hablar con nadie, cogió su coche y se dirigió a casa. Pensaba encontrarla allí, y de hecho iba decidido a levantarla de la cama para seguir con la conversación que se vieron obligados a interrumpir. Al encender la luz le extrañó que las puertas de todos los cuartos estuvieran abiertas. Entró en el que compartían Lidia y él y estaba vacío. Corriendo, y notando cómo se le hacía un nudo en la garganta, vio cómo el niño y la niñera también habían desaparecido.

— ¡Maldita seas, Lidia Villena, maldita seas, pero esto se acabó! — exclamó con determinación.

En una de las maletas que quedaban, metió su ropa y se fue a su casa. Su rostro pétreo semejaba a una estatua sin vida y sus labios apretados indicaban la ira que sentía.

Nada más entrar en el salón, se acercó a la mesita de las bebidas y cogió una botella. A pesar de estar cansado, sabía que no podría dormir. Se sentó tranquilamente en un sillón y empezó a beber una copa tras otra, completamente destrozado por el nuevo zarpazo del destino.

Al día siguiente, el mayordomo lo encontró dormido en el mismo sillón. Olía a alcohol y esto le extrañó, puesto que su señor nunca había llegado a casa borracho. Le llamó con suavidad y le ayudó a levantarse. James se sentía fatal. Le dolía la cabeza, estaba un poco mareado y anímicamente estaba completamente aniquilado.

Una hora después, duchado y con ropa deportiva, tomó el café que el mayordomo le

había preparado y picoteó sin ganas una de las tostadas.

— ¿Quiere el señor que le prepare cena esta noche?

— No, gracias. Me voy ahora a Newport y no volveré en unos días.

Lidia no pudo ver a Irving. El médico la tranquilizó. Le dijo que el enfermo iba mejorando y que en unos días pasaría a la planta de Medicina Interna.

— Allí podrá verle y estar con él el tiempo que quiera.

Todos los días iba al hospital para hablar con el cardiólogo.

Afortunadamente, Irving era un hombre fuerte y mejoraba con rapidez. Así y todo a Lidia le parecía un proceso muy lento. Mataba el tiempo conociendo los monumentos de Londres y paseando con su hijo por el parque. Intentaba disfrutar de lo que veía, aunque su ánimo no estaba para fiestas. No podía evitar sentir nostalgia de James. Si bien estaba furiosa, su amor por él era tan profundo que su corazón lloraba por su ausencia. ¡Qué distinto hubiera sido conocer esa bella ciudad con él!, ¡cuánto hubieran disfrutado y reído...! "¡Oh, James!, ¿por qué?", se preguntó con un grito interior.

Al llegar a Londres volvió a llamarlo para decirle dónde se alojaba y darle el número de teléfono. No pudo localizarle ni en su casa ni en la de él. El mayordomo le dijo que James se encontraba en Newport.

Marcó el teléfono de los Vantor en Newport y tampoco tuvo suerte. No pudiendo localizarle en ningún otro sitio puesto que era domingo, decidió dejarle un mensaje. El mayordomo apuntó lo que Lidia le comunicó y le entregó la nota a la señora Vantor, según le había ordenado ella. Nancy Vantor sonrió satisfecha. Lidia Villena estaba ya en Londres y todavía no había podido hablar con su hijo.

Eso quería decir que James debía estar muy enfadado si no desilusionado por completo de la hispana. Aparentemente, su prometida le había abandonado de nuevo y James no se lo perdonaría.

Su abuela estaba muy preocupada cuando Lidia la llamó.

— Cariño, ¿qué tal estás? ¿Ha mejorado Irving?

— Todavía está en la Unidad de Cuidados Intensivos.

Afortunadamente, los médicos creen que se pondrá bien. Siento haber abandonado la fiesta con tanta rapidez; no tuve tiempo de despedirme.

— Lo comprendo, cielo. Si me necesitas llámame e iré enseguida a tu lado, ¿de acuerdo?

— Muchas gracias, Rose. Te prometo que lo haré.

El joven Vantor llegó a Newport y se dirigió directamente al embarcadero donde estaba atracado su pequeño crucero. Iba a aparejarlo cuando un grupo de amigos se le acercó y le invitaron a dar una vuelta en el gran barco de uno de ellos. James no tenía ganas de estar con nadie, pero le convencieron con insistencia.

— Llevamos bebidas, comida y chicas, ¿qué más se puede pedir? ¡Vamos, anímate James!

Dejándose llevar por su estado anímico, volvió a negarse. Se encontraba triste y deprimido, sin ánimo para disfrutar ni reír. Sólo una persona podría curarle, pero precisamente ella..., ¡esa maldita hechicera mentirosa y traidora...!

— Iré encantado.

Entre risas y bromas se alejaron del puerto. Todos estaban de buen humor. Aun teniendo el corazón roto, James lo disimulaba muy bien. Bebió más que comió, charlando amigablemente con todos. Las chicas se le acercaban continuamente, intentando captar su atención. Las respuestas de James, ásperas y cínicas, terminaron por ofenderlas.

Al final del día, cuando lentamente entraron en el puerto, sus amigos tuvieron que ayudarle a bajar del barco y le acompañaron a casa.

Nancy Vantor miró a su hijo con estupor, condenando con energía el estado en el que se encontraba.

— ¿Se puede saber qué pretendes, James? Tú jamás has bebido, ¿por qué lo has hecho hoy?

— Deberías estar contenta, madre — respondió con voz pastosa— .

Tu sueño se ha cumplido: Lidia y yo hemos terminado. ¿No merece eso una borrachera?

— le preguntó con cinismo.

Nancy Vantor permaneció callada, sintiendo una ligera aprensión por todo lo que estaba sucediendo.

James no pudo levantarse durante todo el día siguiente. Su estado era lamentable, tanto física como psíquicamente. Cuando pudo incorporarse sin que la cabeza le estallara, se sentó en un sillón y no quiso ver a nadie.

Sus padres estaban preocupados, y el señor Vantor se preguntaba qué podría haberles ocurrido a Lidia y a su hijo. Él había sido testigo del amor que los unía, siendo la prueba más fehaciente el estado en el que se encontraba James después de la ruptura con su novia. Debía haber ocurrido algo muy serio. Para él, visto desde la perspectiva de los años, nada era tan importante como el amor y la armonía en las parejas.

Lidia no pudo contarle a Irving la verdad para no preocuparle.

Necesitaba estar tranquilo y relajado. Cualquier mala noticia le hubiera perjudicado.

Ahora que había salido de la gravedad, Lidia pasaba casi todo el día con él. Le ayudaba a comer, a dar pequeños paseos por la habitación, charlaban y le leía el periódico. Por la tarde, cuando Irving dormía una pequeña siesta, Lidia volvía al hotel para estar un rato con su hijo.

Irving mejoraba, pero todavía debía pasar en el hospital varios días. No le darían el alta hasta que los médicos consideraran que ya estaba lo suficientemente bien como para viajar en avión.

— James me estará odiando por retenerte aquí tanto tiempo — le dijo un día un poco preocupado.

— Nada de eso. Está encantado de que te cuide, y yo no me movería de tu lado por nada del mundo.

Le costó trabajo mentir, pero lo haría una y mil veces por Irving.

No sabía nada de James y eso la tenía desconsolada. Ambos habían reñido acaloradamente y, según parecía, a raíz de esa discusión su noviazgo había terminado. Podía comprender que James la creyera culpable y estuviese dolido, pero no entendía que no hubiera preguntado ni una sola vez por Irving. Ella le había llamado varias veces, pero nunca había conseguido hablar con él, incluso el móvil lo tenía desconectado. Le había dejado mensajes hablándole de Michael y de la evolución de Irving sin recibir ninguna respuesta, como si James no quisiera saber nada de ella.

James se hundía cada vez más en la desesperación. Su fuerza y su arrogancia habían quedado anuladas por este nuevo golpe. Su obsesión por Lidia y por su traición era tan sangrante que todo intento de recuperación era inútil. Su madre le reñía por su comportamiento. Lo único que conseguía era que James se fuera de casa dando un portazo. Volvía de madrugada más deprimido, y completamente ajeno a todo lo que ocurría a su alrededor.

Nancy Vantor le oía llegar con tristeza, preguntándose si no se habría equivocado en sus cálculos. Ella también sufría por su hijo, viendo angustiada cómo James no era capaz de salir del bache en el que había caído.

Irving estaba ya mejor. Los médicos le dieron el alta y le recomendaron que se quedara unos días en Londres para poder observar su evolución.

Lidia le ayudó en todo momento y le acompañaba en sus paseos.

— No creo que una hija se hubiera portado tan bien como tú — le dijo un día, emocionado— . Has sido todo para mí: hija, enfermera, amiga..., nunca podré agradecerte bastante todo lo que has hecho por mí, Lidia — añadió apretándole la mano con afecto— . Muchas gracias.

— Estamos en paz, Irving, pero que conste que no lo he hecho por devolverte el favor sino por el cariño que te tengo — aseguró dándole un beso en la mejilla— . Ahora lo que más deseo es que te recuperes del todo y podamos volver a casa. Allí te sentirás mucho mejor.

Era una noche cálida de primavera cuando James salió de su casa en dirección a Boston. Había estado encerrado todo el día en su habitación y las bandejas que su madre había dispuesto que le subieran a la hora de la comida y de la cena permanecían intactas encima de la mesa. Había bebido poco ese día, pero debido al embotamiento de las resacas anteriores y a

su debilidad por falta de alimento, el equilibrio y los reflejos le fallaban.

Por primera vez desde que había conocido a Lidia se había puesto a meditar sobre su relación, su mutuo amor y el comportamiento de ambos. Como buen abogado, analizó punto por punto, llegando a la conclusión de que él era el principal culpable de todo lo que había sucedido entre Lidia y él. A pesar de haberse enamorado de ella nada más verla, nunca se molestó en comprenderla ni en apreciar sus cualidades. Encerrado en la torre de marfil en la que siempre había vivido, no quiso ver que fuera de su entorno había gente mucho mejor que él y los suyos; gente buena, generosa y desinteresada que se entregaban a los demás sin recibir nada a cambio. Lidia era una de esas personas. Él, con su egoísmo y soberbia, no se interesó por sus inquietudes ni por su labor en favor de los más humildes. Aunque su amor por Lidia era muy profundo, también había sido interesado. Deseaba a toda costa que ella rompiera por completo con su vida y se dedicara a complacerle. Su objetivo era que Lidia se metiera con él en una jaula dorada y olvidara que alguna vez había formado parte del mundo real, del mundo de la gente corriente, de los trabajadores, de los marginados...

Lidia le había ido perdonando sus exigencias porque le amaba, sin embargo, la falta de confianza en ella que demostró la última vez que discutieron había sido demasiado ofensiva como para que Lidia se lo tolerara. ¡Había estado equivocado!, ¡había cometido el mayor error de su vida!, y por su torpeza, había perdido a la mujer que amaba.

Como si de repente se le hubiera caído un velo de los ojos, comprendió que el único seguro para su felicidad era encontrar a Lidia, pedirle perdón y ayudarla a realizar su labor en favor de los necesitados. Sin ella no le merecía la pena vivir. Sólo Lidia Villena era capaz de despertar en él sentimientos y emociones que jamás había sentido. Haría cualquier cosa por volver a tenerla entre sus brazos, por volver a contemplarla con el hijo de ambos en su regazo y por volver a hundirse en sus ojos llenos de amor.

Un nuevo James Vantor salió de su casa. Con una renovada ilusión reflejada en su rostro, cogió el coche y se dispuso a buscar a su amada.

El avión procedente de Londres aterrizó en el aeropuerto de Boston puntualmente. Irving se encontraba muy bien; había hecho el viaje sin notar ninguna molestia. Lidia casi no había dormido, preocupada por el daño que pudiera causarle la altura a su corazón.

Ahora estaba tranquila y aliviada de estar ya en casa. No se sentía feliz, puesto que sin James ella nunca lo estaba, pero por su hijo y por todos los que la rodeaban, debía ser fuerte y seguir adelante con esperanza.

— Pensé que James estaría esperándote — comentó Irving, sorprendido de no verle a la salida.

— No habrá podido venir.

Él la tomó del brazo con suavidad, deteniéndola en su camino.

— Lidia, ¿qué ocurre? Me estás ocultando algo, ¿verdad?

La joven bajó la mirada con tristeza.

— No quería preocuparte.

— Ya estoy bien. Por favor, cuéntame lo que te sucede — le rogó él lleno de aprensión.

Lidia le habló de su último encuentro con James y de la dolorosa desilusión que sufrió al comprobar que no confiaba en ella.

— ¡Ese cabezota...! — exclamó Irving enfadado.

No queriendo que se excitara, Lidia le pidió que no hablaran más de ello.

— Vayamos a Rockport y charlemos en ese maravilloso lugar de cosas más agradables.

— Reconozco que soy un egoísta en lo que respecta a ti y a Michael; por ese motivo no rechazo tu ofrecimiento de acompañarme a mi casa de campo.

Llevaba tan sólo un día de vida apacible en Rockport, cuando Lidia recibió una llamada telefónica de Nancy Vantor. Le extrañó que esa encopetada señora se pusiera en contacto con ella.

— ¡Lidia! — exclamó Nancy con urgencia, con la voz entrecortada por los sollozos— , ¡debes venir inmediatamente al hospital. James te necesita! –Un suspiro hondo, lleno de angustia, interrumpió momentáneamente sus palabras— . No soy la más indicada para exigirte nada; al contrario, merezco todos tus reproches, pero por favor...

— ¿Qué le ha sucedido a James? — preguntó Lidia con impaciencia, temblando de miedo.

— Ha sufrido un grave accidente de coche — respondió Nancy llorando— . Está en coma y...

La señora Vantor estalló en llanto y no pudo continuar.

Con el rostro desencajado, Lidia dejó caer el teléfono.

— ¡Dios mío, no! — exclamó llorando.

Irving se levantó de un salto del sillón y acudió a su lado.

Cogió el teléfono y logró enterarse por Howard Vantor dónde estaba ingresado su hijo.

— Es urgente que Lidia venga cuanto antes. James la nombra continuamente y está muy excitado. Los médicos consideran que es muy importante para su curación que se tranquilice. Creen que la presencia de Lidia aquí calmaría su ansiedad.

El chófer los llevaba lo más rápidamente que podía.

— No podría soportar que muriera — murmuró Lidia llorando.

— No morirá — le aseguró Irving— . En cuanto sepa que estás a su lado y que le amas, luchará por su vida. Le ha sobrevenido el accidente en el peor momento. Sólo tú puedes hacer que renueve su ilusión por vivir.

Lidia se llevó el pañuelo a los ojos. Estaba destrozada, sufriendo dolorosamente la sensación de que su vida se extinguía junto con la de James.

— Siempre hemos sabido que nos amábamos. A pesar de reñir y de estar durante bastante tiempo distanciados, me confortaba saber que James estaba en alguna parte. Esa idea me hacía vivir con una cierta esperanza, en cambio si muriera...

— No pienses lo peor y procura tener entereza — la animó Irving acercándola a él para reconfortarla— . James te necesita ahora. Si te derrumbas no podrás ayudarle — le advirtió para hacerla salir de su desesperación.

Fue recibida con afecto por los señores Vantor, mostrándose en todo momento muy agradecidos con ella. No había tiempo para muchas explicaciones. Le presentaron al neurocirujano y éste le indicó lo que debía hacer.

— Ha sido usted muy amable en venir, señorita Villena — le agradeció el médico— pues el estado de James requiere una medida inmediata. — Lidia, con los ojos enrojecidos y la expresión descompuesta, lo escuchaba atentamente. Quería ayudar de la forma más eficaz, siguiendo al pie de la letra cada una de las indicaciones del médico— . Siéntese a su lado, cójale la mano y háblele. Procure no llorar. Recuérdele los momentos felices que ambos han vivido y... si le es posible, manifiéstele su cariño — le aconsejó el doctor con toda la formalidad profesional.

Lidia asintió mientras trataba de controlarse y reprimir el llanto. Se limpió las lágrimas antes de entrar en la habitación y muy despacio abrió la puerta sigilosamente. Decidida a mantener la entereza, creyó desmayarse al contemplar a James yaciendo inerte en la cama, pálido como un cadáver, con la cabeza vendada y el brazo derecho escayolado. La habían dejado sola con él. Se inclinó y le depositó un suave beso en los labios, luego se sentó sin hacer ruido en la silla que había al lado de la cama y le cogió la mano con mucho cuidado.

James no hizo ningún movimiento. Lidia dedujo que estaba inconsciente. Lentamente, para que él lo entendiera todo con claridad, comenzó a hablar.

— James, cariño, soy Lidia, tu amor. He venido para quedarme siempre contigo. Nada ni nadie nos separará. A partir de ahora viviremos una eterna luna de miel. Volveremos a París, a los mismos lugares en los que fuimos tan felices — continuó acariciándole suavemente la mano— . Recorreremos juntos los sitios más bellos, y cuando volvamos a casa, navegaremos en tu barco por ese hermoso mar que tú conoces tan bien. Te quiero, James. Eres mi vida; por favor, vive por mí y por nuestro hijo.

Un nudo en la garganta le impidió seguir hablando.

Sintiéndose desesperada, las lágrimas comenzaron a deslizarse de nuevo por sus mejillas. Si James moría, esa tragedia la hundiría para siempre. De pronto, dio un respingo y su mirada desolada brilló con esperanza cuando empezó a notar un ligero movimiento en la mano que retenía.

James parecía haberla reconocido, entendiendo todo lo que Lidia le había dicho. Para comunicárselo le apretaba débilmente la mano. No tenía fuerzas para hacer mucha presión, pero Lidia sintió enseguida el movimiento de sus dedos.

— ¡Sabes que estoy aquí, amor mío! ¡Oh, qué alegría! — exclamó acercando el rostro a su mano para besársela— . Permaneceré a tu lado constantemente, James; jamás te abandonaré.

Lidia permanecía a su lado continuamente, hablándole con frecuencia. Con esta ayuda y el valioso aporte profesional de los médicos, James mejoró antes de lo que todos creían.

Después de haber tenido dos días la conciencia disminuida, James abrió los ojos y miró a su alrededor. No sabía exactamente dónde estaba ni lo que le había ocurrido. En cuanto sus ojos se encontraron con los de Lidia, le apretó la mano con más fuerza y comenzó a llorar. Lidia le consoló con palabras dulces y besos suaves.

— Tranquilízate, amor. Lo peor ya ha pasado. Ahora, entre los dos, haremos que te recuperes rápidamente.

Nancy y Howard Vantor también lloraron cuando el médico les aseguró que su hijo estaba fuera de peligro.

— Indudablemente, sin la presencia de la señorita Villena, el proceso de recuperación hubiera sido más lento, si es que James hubiera tenido deseos de volver a la vida.

Después de siete días postrado, James, ayudado por un enfermero y por Lidia, pudo dar un pequeño paseo por la habitación. Aun sintiéndose todavía muy débil, le animaba poder andar y moverse.

Tras este primer paso, su recuperación fue mucho más rápida.

A pesar de la presencia de sus padres y de las visitas de los amigos, la compañía y dedicación de Lidia era lo único que lo reconfortaba.

Verla a ella continuamente a su lado, queriéndole y mimándole, fueron devolviéndole poco a poco la energía y la esperanza.

Un día en el que estaban los dos solos en la habitación, James se sintió con fuerzas para hacerle a Lidia ciertas preguntas que todavía le afligían. Alargando el brazo para que ella tomara su mano, comenzó a hablar en un tono aún débil.

— Lidia, cariño, me gustaría que..., quiero decir... no sé, no deseo perturbar nuestra felicidad, pero...

— James, por favor, pregúntame lo que quieras — le interrumpió ella dedicándole una tierna sonrisa— . Ya sé que todavía quedan cuestiones por esclarecer entre nosotros, pero no quería molestarte.

Pensaba hablarlo contigo cuando salieras de aquí.

— Me encuentro muy bien y creo que ahora tenemos mucho tiempo para charlar y reflexionar. He de advertirte que nada de lo que me digas cambiará mi amor por ti ni mi decisión de convertirte en mi esposa, pero creo que es aconsejable que vayamos al matrimonio sin ninguna carga de dudas.

Sonriéndola dulcemente, se llevó la mano de Lidia a los labios.

— Sí, yo también creo que es lo mejor.

James la hizo sentarse en la cama, para tenerla más cerca.

Deslizando delicadamente los dedos por su melena la acercó a él y la besó con ansiosa intensidad.

— El día de la fiesta de Rose Asder escuché por casualidad una conversación entre Thomas Abock y su hijo Brian. Hablaban de ti y de un gran secreto que guardabas y que me habías ocultado. Sé que antes de enfadarme debí haber acudido a ti para que me contaras lo que sucedía, pero... no sé, el miedo a que me engañaras y me abandonaras de nuevo me hizo actuar de una forma totalmente irresponsable — reconoció con pesar— . Te pido perdón, amor mío, y te juro que a partir de ahora acudiré a ti rápidamente en el momento que tenga una duda — prometió acariciándole el rostro.

Lidia lo miró dubitativa, anticipando el impacto que supondría para James conocer sus orígenes.

— Sí guardo un secreto, James.

Atónito, James abrió la boca para decir algo, pero Lidia continuó, no dejándole hablar.

— Antes de contarte de qué se trata, quiero que sepas que si te lo oculté fue por dos razones. Al principio, porque no estaba segura de que lo que había descubierto fuera realmente la verdad, y luego no me atreví. Yo deseaba que me quisieras por mí misma, que nada ni nadie influyera en tus sentimientos. Sólo así podría estar segura de la firmeza de tu amor.

— Sabes que nada me haría renunciar a ti y que, aun en contra de mis propias convicciones, te quise desde el primer momento — insistió él.

— Ahora lo sé, pero entonces no estaba tan segura — admitió con franqueza— . Conoces mi vida hasta que llegué a Boston. Aquí conocí a mucha gente: a ti, a Irving, a los Abock... La primera vez que vi a Sean Abock se fijó en la cruz que siempre llevo al cuello. Le llamó la atención y me dijo que su madre tenía otra exactamente igual.

— ¿Qué extraño, no?

— Pues sí, pero podía ser perfectamente una casualidad. Me interesé por el tema y localicé al joyero que las había hecho — continuó ella mientras James la escuchaba expectante— . Las dos cruces habían sido encargadas por la familia Asder para sus dos hijas.

James no acababa de encontrar la relación entre Lidia y esas cruces.

— ¿Cómo llegó ésta a ti, entonces? — preguntó intrigado.

— Porque me la puso mi abuela, Rose Asder, antes de entregarme en adopción.

James abrió los ojos desmesuradamente, completamente perplejo por lo que Lidia decía. ¡No podía ser cierto! Lidia y los Asder... relacionados...

— ¡Cómo dices? ¡No puedo creerlo!

— Es cierto, James. Rose me llamó, arrepentida, y me lo contó todo. Ella no tiene ninguna duda y yo, al parecer, soy el vivo retrato de mi madre. A partir de ese momento se ha portado como una verdadera abuela. Está muy ilusionada conmigo y yo la aprecio mucho.

James guardó silencio durante algunos segundos, tratando de asimilar la noticia.

— ¡Dios mío, es increíble! Por eso te regaló la pulsera –caviló en un murmullo mientras Lidia asentía. Pero... ¿y entonces los Abock por qué te denunciaron?

Lidia movió la cabeza con pesar.

— Aunque yo ya he olvidado ese desgraciado incidente, comprendo que tienes derecho a saberlo. Los Abock averiguaron la verdad sobre mí y quisieron asustarme para que me fuera.

Evidentemente, no querían repartir su herencia.

— ¡Malditos canallas...!

— No merece la pena enfadarse, cariño. Todo esto es agua pasada y debemos olvidarlo. Además, Sean, que creo que es un buen muchacho pero que quizás ha estado siempre muy influenciado por su padre, se disculpó y yo lo perdoné.

James volvió a sumirse en la meditación durante unos minutos.

Luego, la miró fijamente.

— Rose es una mujer encantadora. ¿Qué motivos tan poderosos pudo tener para entregarte en adopción?

— Su hija, o sea, mi madre, había sido madre soltera, y ya sabes... los prejuicios, la presión social, la ambición... no sé... era una mentalidad diferente, donde la naturalidad y los sentimientos puros terminaban ahogados por la hipocresía social.

James conocía todos esos elementos intrínsecos en las personas y en las sociedades que formaban.

— Mi madre se llamaba Rose Mary — continuó Lidia— , y yo fui el fruto de la relación que mantuvo con un estudiante francés. Al parecer estaban muy enamorados y quizás hubieran llegado a casarse si mi abuela no hubiera intervenido.

— Me imagino el golpe que supondría ese embarazo para toda la familia.

— Devastador. Hasta el punto de llevarla a Europa para que diera a luz — prosiguió con expresión desolada— . Mi abuela me entregó en adopción sin que ningún miembro de la familia se enterara y al poco tiempo mi madre murió de cáncer.

James la abrazó apenado.

— Es una triste historia, aunque... yo tengo que agradecer todo lo que ha ocurrido en tu

vida. Gracias a eso llegué a conocerte — dijo transmitiéndole su amor a través de su mirada— . Por otra parte — continuó vacilante, receloso de que sus dudas los llevaran de nuevo a una discusión— me pregunto por qué huiste de mí de nuevo, Lidia.

Te busqué para intentar solucionar nuestros problemas. Para mi desesperación ya te habías ido — recordó con pena.

— Ella no te abandonó, James — la voz de Nancy Vantor sonó clara y contundente en la habitación. Había entrado hacía unos segundos sin que ellos se dieran cuenta— . Lidia fue avisada en casa de Rose de que Irving había sufrido un infarto en Londres. Tenía prisa porque debía tomar el primer avión y quería que tú la acompañaras.

Iba a buscarte, pero yo me ofrecí para comunicarte lo que había sucedido. Su intención era que te reunieras con ella en el aeropuerto.

Te llamó al día siguiente y durante varios días más. Yo no te lo comuniqué ni te di los mensajes que Lidia dejaba — se acusó ella misma con los ojos llenos de lágrimas— . Toda la culpa es mía y comprendería perfectamente que no me perdonarais nunca — reconoció entre sollozos, arrepentida por el mal que le había hecho a su hijo, una acción cruel y premeditada que había estado a punto de llevarlo a la muerte.

— ¡Cómo pudiste hacer eso, madre? — exclamó James furioso— .

Sabías lo que yo amaba a Lidia y lo que sufría por su ausencia.

— Estaba equivocada — contestó con los ojos rojos por el llanto— .

Me horroriza que haya tenido que ocurrirte un grave accidente para que yo me diera cuenta de mi error. Lo siento muchísimo, creedme, y lo que más deseo ahora, si es que podéis perdonarme, es ayudaros en vuestra felicidad — se ofreció con un brillo de esperanza en sus ojos— . Hay veces que en la vida tienen que pasar ciertos tristes acontecimientos para que seamos conscientes del daño que estamos haciendo –admitió con pena.

Lidia se levantó y la abrazó.

— No llores, Nancy; todo lo malo ha pasado ya. De aquí en adelante formaremos una familia unida y feliz. Nos ayudaremos unos a otros con cariño y entrega.

James estaba todavía aturdido por las declaraciones de su madre. No podía comprender que por su orgullo y vanidad hubiera consentido que él sufriera. Había estado a punto de perder a Lidia y de morir él mismo por su culpa. Nada de todo aquello habría ocurrido si ella le hubiera contado la verdad.

Nancy se acercó a su hijo, pero él volvió la cara.

— ¿Qué clase de amor de madre es el tuyo! — estalló enfadado— , ¿cómo puede llamarse amor a lo que tú me has hecho? ¡Vete, no quiero verte! — gritó respirando con dificultad, mucho más alterado de lo que le convenía.

— James, por favor... — suplicó Lidia.

— Tienes razón, hijo. De todo de lo que tú me acuses ya lo he hecho yo. Merezco tu desprecio y el de Lidia — afirmó más calmada— , pero, desgraciadamente, no puedo hacer que el tiempo retroceda. Mi pecado es imperdonable; así y todo apelo a vuestra bondad y os ruego que me perdonéis, por favor...

— Yo te perdono, Nancy, y sé que a partir de ahora seremos buenas amigas — contestó Lidia con generosidad.

James seguía taciturno. Estaba muy dolido por lo que su madre les había hecho y no era el mejor momento para apelar a su perdón.

— James... — susurró Lidia tomándole la mano. Él no la retiró. La calidez y el amor de Lidia era lo único que él necesitaba, lo que siempre había echado de menos.

— Por favor, mamá, déjanos solos. — Tenía que reflexionar, recapacitar acerca del giro que había dado su vida a raíz de conocer a Lidia. Ella era su vida, la razón de su existencia, lo había comprobado dolorosamente las veces que Lidia le había faltado. Si alguien se interponía entre ellos, fuera quien fuera, lo eliminaría de su camino.

Nancy salió cabizbaja, dejando a la pareja sumidos en un profundo silencio. A medida que pasaban los segundos, el gesto de James se fue suavizando, al igual que los alocados latidos de su corazón. Lidia esperó pacientemente, hasta que una radiante sonrisa de James dirigida a ella le indicó que ya estaba más calmado.

Aún con las manos entrelazadas, acarició la suave piel de Lidia.

— Acércate más, amor, y bésame — le pidió. En esos momentos necesitaba su contacto, su calor, su amor...

Lidia se sentó en el borde de la cama y con cuidado aproximó sus labios a los de James. Él la recibió emocionado, acercándola a él todo lo que la incómoda posición le permitía. Lentamente sus bocas se unieron en un beso intenso y prometedor. James la aferraba estrechamente a él con el brazo izquierdo en un intento de sentirla de nuevo, de unirla a él para siempre. Lidia lo abrazó con firmeza, acariciándole la nuca y correspondiendo con arrolladora posesión a sus apasionadas caricias.

Fue frustrante para ambos tener que interrumpir su interludio amoroso, pero la visita del médico y su alegre charla los obligó a separarse.

Más tarde, sus padres volvieron a entrar. La expresión angustiada de Nancy le indicó a Lidia que esa mujer estaba pagando duramente el daño que les había hecho. Sintió pena por ella y miró a James con gesto de súplica. Howard Vantor se apartó de su mujer y se acercó a la cama.

— James, tu madre me lo ha contado todo y aún estoy...

aturdido por lo que ella ha sido capaz de hacer — expresó compungido— . Sé que su conducta ha sido deplorable, pero...

— ¡No te atrevas a justificarla, papá!

— Fue una locura, James — admitió su madre aproximándose también— . Estaba ofuscada, no sabía lo que hacía. Mi empeño por que acertaras en tu elección de esposa... ¡Oh, Dios mío...!, estaba equivocada, por favor, perdóname — le rogó de nuevo con los ojos todavía húmedos del llanto..

Lidia se disponía a salir de la habitación para dejarlos a solas cuando James la detuvo.

— ¡Quédate, Lidia, por favor! Lo que estamos discutiendo nos interesa a los dos. Tú ya formas parte de mí, eres mi familia y no volverá a haber secretos entre nosotros — su tono suave y firme la enterneció. James era un hombre serio, con convicciones muy arraigadas y un sentido inquebrantable de la lealtad. A pesar de que en un principio había tratado de luchar contra el poderoso amor que le inspiraba Lidia, una vez que lo aceptó no habría nada ni nadie que pudiera arrebatárselo. Lidia era la mujer a la que él había elegido para amarla y protegerla durante toda su vida.

— James, por favor, reconsidera tu postura y acepta las disculpas de tu madre — le pidió también su padre con voz quebrada.

James los miró con severidad, decidido a no ablandarse en exceso ante lo que podía haber sido un auténtico desastre en su vida.

— Por esta vez, olvidaré tu ofensa, mamá — declaró reticente— .

Ahora bien, te advierto que es la última vez que te perdono una intromisión en mi relación con Lidia — la amenazó con rigidez— . Tú eres mi madre y te quiero, pero Lidia es mi mujer y la amo con locura, al igual que a nuestro hijo. Mientras cada uno sepamos respetar la vida de los demás, viviremos en armonía. No lo olvides, por favor.

Con lágrimas en los ojos, Nancy se acercó a su hijo y lo besó, sin atreverse a exteriorizar en esos momentos el alivio que sentía. Ya fuera de la habitación, su marido la abrazó con ternura y la reconfortó.

— Todo ha pasado ya, querida. Ya verás cómo la vida a partir de ahora, con nuestros hijos y nuestro nieto, será mucho más placentera.

James fue dado de alta pocos días después. Andaba y se movía casi sin dificultad. Sólo el brazo derecho, todavía escayolado, quedaba como secuela del grave accidente.

Todos se trasladaron a la mansión de Newport. Después de tantos días encerrado en el hospital, lo que le convenía a James era relajarse cerca del mar y pasear al aire libre.

Lidia no olvidaba a Irving. Estaba pasando el verano en su casa de campo de Rockport y se veían con frecuencia. Irving había visitado a James en el hospital, y ambos habían charlado amigablemente.

— Es un buen hombre — comentaba un día James— . Siento muchísimo no haber ido a verle cuando estuvo tan enfermo.

— Sabe que tú no te enteraste, así que no tienes por qué preocuparte — le tranquilizó Lidia.

Algunos días, Lidia cogía el coche y, acompañada de James y de Michael, iban a Rockport para pasar la tarde con Irving. Juntos disfrutaban de la playa y daban largos paseos. Lidia nunca olvidaba saludar a los fieles sirvientes que tan bien la habían tratado el tiempo que estuvo viviendo con ellos.

Los preparativos para la boda se intensificaron durante el verano. A Lidia le gustó mucho cómo había quedado el piso de James y estuvo de acuerdo en vivir allí a partir de entonces.

— ¡Ya no aguanto más, Lidia! En casa de mis padres estamos muy bien, pero no tenemos la intimidad que yo desearía. Estoy harto de dormir sin ti y de no poder tocarte en todo el día — le comentaba un día James, desesperado.

— Yo también deseo estar contigo a solas, cariño, pero debes reponerte del todo. La semana que viene te quitan la escayola y...

— ¡Y a la siguiente nos casamos! — afirmó tajante— . Por cierto — dijo sacando del bolsillo un pequeño paquete— , tengo comprado esto desde hace mucho tiempo. Desafortunadamente, hasta hoy no he podido dártelo .

El anillo era precioso. De platino, estaba rodeado de esmeraldas y brillantes, muy al estilo del elegante gusto de James.

Mirándole con ojos enamorados, se abrazó a él y se lo agradeció efusivamente.

— Es un anillo de compromiso, amor, así que no olvides que ya eres mía.

— Siempre he sido tuya, James; tampoco olvides eso.

— Lo supe desde el primer día y ahora mismo te voy a demostrar de nuevo cuánto me perteneces — dijo abrazándola con fuerza y besándola apasionadamente. James se apartó repentinamente y la arrastró con él escaleras arriba hasta la intimidad de su habitación.

— Pero, James, este no es el momento... — él silenció sus protestas con un beso que la hizo olvidar todo lo que la rodeaba— .

Ven aquí, amor mío, disfrutemos de este momento a solas — dijo con voz ansiosa mientras su mano se deslizaban suavemente por su cuerpo. Lidia lo besaba con anhelo, descubriendo en esos momentos la urgente necesidad que ella tenía también de él. Al escuchar el vago gemido de James al caer sobre la cama, Lidia abrió los ojos con preocupación— . James, estamos locos, puedes hacerte daño. Todavía no... — Él no la dejó terminar. No deseaba que nada interrumpiera ese momento, ni siquiera sus propias molestias.

— Papá..., mamá... — gritó una vocecita al otro lado de la puerta.

Los dos se detuvieron súbitamente y se miraron divertidos.

Instantáneamente, se echaron a reír, al comprender que en esa casa y a esa hora del día, jamás tendrían intimidad.

— Michael ha vuelto, querido, y parece que nos llama.

El deseo de los novios no fue discutido por nadie. Lidia y James visitaron al padre López para ultimar los preparativos de la ceremonia.

— Padre López — dijo James— , quisiera pedirle perdón por las impertinencias que le he dicho en algunas ocasiones. No tenía nada personal contra usted. Mi mal carácter se debía a mis discordias con Lidia. Creía erróneamente que la gente que la rodeaba la apartaba de mí — confesó él— . Quiero que sepa que admiro su labor y desearía que me permitiera colaborar con ustedes.

Lidia lo miró asombrada.

— ¡James!, ¿estás seguro? — le preguntó incrédula.

— Durante todo el tiempo que he tenido que estar en el hospital, he pensado mucho.Cuando se está a punto de morir, se cambian muchos conceptos que antes se tenían como seguros y se replantea uno su vida. Yo no me arrepiento de lo que he hecho anteriormente, pero sí he aprendido a valorar más a las personas y a ciertas cosas a las que antes no daba importancia — explicó con aplomo— . No poseo ni la bondad ni la simpatía de Lidia — añadió mirándola con ojos admirativos— , pero sí tengo conocimientos de Derecho y puedo ayudar en ese campo a las personas que usted considere que lo necesitan — se ofreció abiertamente.

— ¡Eso es magnífico, cariño! — exclamó Lidia abrazándole— . No podías haberme hecho mejor regalo de boda.

— Muchas gracias, señor Vantor. Su ofrecimiento es muy bien recibido y le aseguro que nos es muy necesario. ¡Que Dios se lo pague! — exclamó ofreciéndole la mano.

La ceremonia de la boda emocionó a Lidia. En el altar, delante del padre López, cogidos de la mano y rodeados de todos sus seres queridos, ninguno de los dos hubiese podido describir con palabras la sensación de plenitud y felicidad que sintieron cuando se prometieron amor eterno.

El bondadoso sacerdote les dedicó un afectuoso discurso y las alumnas de Lidia cantaron bellas canciones hispanas.

Desde la iglesia, todos se dirigieron a casa de los padres de James, donde tuvieron ocasión de charlar unos con otros a la vez que disfrutaban de una deliciosa comida.

Al día siguiente, Lidia y James volvieron a coger el Concorde hacia París.

— ¡Cuántos bellos recuerdos me trae este avión! — comentó Lidia suspirando— . Fui tan feliz allí contigo..., por cierto, cariño — dijo incorporándose para coger su bolso— , debemos hacer una lista de lo que nos queda por ver y...

James le quitó el bolso y se acercó más a ella.

— Espero que tengamos tiempo para todo, amor, teniendo en cuenta que la mayor parte de los días los pasaremos en nuestra suite — le advirtió dedicándole una mirada de complicidad.

— ¿De los días has dicho? — preguntó mostrando una sonrisa provocativa.

— ¡Exacto!

— ¡Estoy completamente de acuerdo!

James rió con ganas.

— ¡Eres maravillosa, Lidia mía! Gracias por darme tu amor. Es el mejor tesoro que poseo — afirmó acercándose a ella y besándola con suavidad.

Un nuevo amanecer se vislumbraba a través de la ventanilla del avión. Los dos enamorados, con las manos entrelazadas, comenzaban una nueva vida, cargada con el amor y la ilusión que atesoraban sus corazones.